

OBRA DE EDUARDO RODRÍGUEZ PEREA



# EL SARGENTO BARBANCHO



13

En un pueblo de la sierra cordobesa y a plena luz del día, aparece el cadáver de una bellísima muchacha.

Yace apoyado contra la pared de una vieja casa de campo, junto a un camino solitario.

Su cuerpo presenta terribles heridas, estremecedores desgarros que muestran un crimen espantoso e insólito. No tiene ningún sentido asesinato tan violento, tanta saña ha sido innecesaria, la muchacha es joven y no ha podido ofrecer demasiada resistencia a su asesino.

Estas son las reflexiones que no deja de hacerse Juan Barbancho, sargento de la Guardia Civil del puesto de Hinojosa del Duque, y responsable de la solución de tan bárbaro crimen.

Nunca ha ocurrido nada semejante, ni en la localidad ni en la comarca, no hay precedentes, el pavoroso asesinato presenta demasiadas interrogantes.

¿Por qué se encontraba la mujer en esa casa? ¿Quién pudo convencerla para llevarla a las afueras del pueblo? Y las más escalofriantes: ¿Por qué una muerte tan atroz? ¿Por qué el asesino se encarnizó de ese modo con el cadáver?

Solo conoce las respuestas un personaje demencial, obsesivo y cruel, que ha terminado con la paz de la villa.

Barbancho analiza las escasas pistas de que dispone con su acreditado sentido común, sin dejar de lado su instinto. Debe evitar a toda costa que tan aterrador crimen vuelva a repetirse pero el tiempo corre en su contra, las fiestas mayores del lugar están próximas a celebrarse.

El trepidante relato policíaco se desarrolla en la Hinojosa del Duque de un siglo atrás. Costumbres, fiestas, gastronomía, lenguaje, medios de locomoción y magníficos monumentos reflejan la vida de un pueblo antiguo, con el carácter que le imprime sus setecientos años de historia.

Eduardo Rodríguez Perea

---

## **El sargento Barbancho**



Título original: *El sargento Barbancho*  
Eduardo Rodríguez Perea, 2019

---

Revisión: 1.0  
23/03/2020

*A mi madre*

Quiero fer una prosa en román paladino,  
En qual suele el pueblo hablar a su vecino...

*Gonzalo de Berceo,  
Vida de Santo Domingo de Silos*

# I

## EL CADÁVER

El sargento de la Guardia Civil Juan Barbancho llegó ante la vieja casa de campo, descabalgó con parsimonia, ató la montura a una argolla de hierro clavada en la pared, y se acercó al cadáver.

A los pocos pasos comprobó que era el de una muchacha a juzgar por el largo pelo negro y la postura airosa del cuerpo que, aún inerte, pregonaba su juventud lozana. Estaba sentada y apoyada contra la pared, con la cabeza inclinada a un lado. Un fuerte olor, acre y desagradable, provenía de la muerta, el guardia sacó su pañuelo y se tapó la nariz espantando al tiempo las numerosas moscas que revoloteaban en torno al cuerpo. Un grupo de curiosos prácticamente lo cercaba, el sargento, con voz autoritaria, ordenó al número Barea que los apartara, aquello parecía una feria. El guardia civil ejecutó la orden no sin cierta arrogancia pero con competencia, nadie protestó.

Barbancho se agachó ante el cadáver para examinarlo con detalle.

Se trataba, efectivamente, de una mujer joven y por lo que pudo apreciar, a pesar de la sangre seca que le bañaba el rostro, guapa y de buenas hechuras. Los ojos, de largas pestañas, estaban cerrados y la cara era blanca, ligeramente tostada, imaginó que por la juventud de la víctima ya que las mujeres de la zona, sobre todo las que trabajaban en el campo, se protegían facciones y brazos para no broncearse, la blancura se consideraba signo de elegancia y belleza.

Al reconocerlo con más cuidado sintió un estremecimiento. Casi en medio de la cabeza, inmediatamente después del arranque de la cabellera, se abría paso una terrible herida causada, posiblemente, con una hacha o azada que dejaba entrever los sesos de la infortunada víctima y manchaba de sangre el semblante y la pechera. Si fue atacada de frente, probablemente la herida la había causado una azada, que había alojado parte del cabello dentro del cráneo, ya la examinaría el médico. La parte delantera del vestido aparecía rasgada y uno de los pechos, blanquísimo, de pezón rosado y perfectamente formado, destacaba sobre aquel desastre. Fijándose más se dio cuenta de que presentaba varios cardenales, prueba de que había sido sobado con furia, como si hubiesen querido arrancarlo.

Miró para abajo y el sargento observó que la negra falda de algodón estaba subida más arriba de las rodillas y por los muslos habían corrido chorretones de sangre. Fue levantándola lentamente y entonces sintió una descarga que le recorrió el espinazo y que casi le hizo caer para atrás. La parte superior de los muslos aparecía horriblemente desgarrada pero era en la entrepierna y vientre donde se hallaba el origen de la sangría y del terrible olor. La ropa interior

estaba destrozada, el cerebro del guardia no podía asumir la salvaje carnicería que tenía ante sus ojos. No quiso mirar más, el espectáculo le había levantado el estómago. Horrorizado, casi sin darse cuenta de lo que hacía, bajó la falda de la muchacha y con alguna dificultad fue incorporándose, las rodillas y corvas se quejaban cuando permanecía agachado un tiempo, lo sufría desde hacía algunos años; las largas estancias en pie, con frío o calor según las estaciones, empezaban a pasarle factura.

Con la mirada perdida contuvo las náuseas como buenamente pudo, poco le faltó para vomitar y eso que en su vida había visto auténticas brutalidades, pero esta superaba a todas. Sin saber por qué, se fijó en las perfectamente ensambladas piedras del muro de la casa donde la joven estaba apoyada. Destacaban las *luteranas*, así llamadas en la zona, piedras berroqueñas durísimas que se utilizaban solo para paredes y tapias, ya que era casi imposible tallarlas. Admiró la habilidad de su construcción, las piedras grandes se encajaban utilizando lajas y piedras más pequeñas, pero no era fácil hacer tales muros, no, de hecho los expertos eran auténticos artistas. Y más todavía cuando se encontraba con las de tierra, era difícil creer que esas tapias hechas de barro y paja apisonados resistieran las inclemencias del tiempo, a veces más de cien años, fantaseaba el guardia.

Fueron unos segundos de extravío, de ausencia, pero pronto su carácter práctico lo devolvió a la realidad. Sacudió imperceptiblemente la cabeza y se centró en la escena que tenía delante, lo primero era guardar la compostura ante sus hombres. Al lugar habían acudido cuatro guardias, una pareja de caballería cuyos jacos estaban amarrados a una argolla unida a un *hincote* de hierro clavado en el suelo, y otra de infantería.

El sargento había recibido la noticia en su casa en plena siesta: un agricultor que regresaba al pueblo en su carro había descubierto el cadáver de la muchacha al pasar por el camino delante de la casa. De inmediato fue al cuartel a comunicar el hallazgo. Así lo había relatado el guardia a Barbancho que marchó apresuradamente al acuartelamiento, pasó a las cuadras, montó a caballo, y se dirigió a buen paso al lugar del crimen.

Observó a los espectadores que, expectantes, lo miraban a su vez como aguardando una explicación sin dejar de echar ojeadas al cuerpo de la joven. También había un pequeño grupo de críos que, una vez pasada la terrible impresión al presenciar el cadáver, ya estaban alborotando, pero una fría mirada del sargento los detuvo en seco. Aunque era bastante comprensivo y corrido por esos mundos de Dios donde tantas miserias humanas había contemplado, no pudo evitar una punzada de cólera al preguntar, algo destemplado, a los curiosos:

—¿Alguien conoce a esta mujer?

Los reunidos, entre los que figuraban varias matronas, se miraron entre sí con cara de ignorancia, sin decir nada, hasta que una de aquellas de más edad aseguró al sargento:

—No, tiene que ser forastera.

El guardia, en su interior, estuvo de acuerdo con la mujer. La noticia habría corrido como la pólvora por las calles cercanas a la casa de campo donde se encontraban. Cuando él llegó, el grupo de vecinos estaba prácticamente encima del cadáver, seguro que lo habían examinado a conciencia y, desde luego, la muchacha les resultaba desconocida. Pero también podía pertenecer a otro barrio.

Se volvió hacia la casa cuya puerta estaba abierta y con la cerradura rota y preguntó a quién pertenecía la vieja morada. Le contestó un hombre con aspecto de jornalero, pantalones de pana



atados con una guita a la cintura, sombrero de paja y camisa abierta donde se podía apreciar una mata de pelos canos, diciendo que pertenecía a don Estanislao Medina, uno de los terratenientes del pueblo. El mismo hombre añadió que la tenía arrendada a un labrador de la localidad junto con los terrenos que la circundaban y que la usaba para guardar los aperos de labranza. Al ser preguntado si sabía donde vivía el aparcerero y responder afirmativamente, fue enviado por el guardia a buscarlo con la orden de que se presentara en el cuartel esa misma noche. Uno de los guardias le tomó la filiación, nombre, domicilio y profesión, como mandan las ordenanzas, y el hombre se fue a cumplir el encargo.

El sargento se dirigió de nuevo al grupo de curiosos y preguntó si cuando llegaron habían visto algo más aparte del cadáver, a lo cual contestó otro hombre de aspecto similar al primero, acercándose con algo en la mano:

—Esto estaba cerca de la muchacha —dijo—, entregándole una herramienta. Se trataba de una azada pequeña, de las que se usan para roturar la tierra de las huertas y desbrozar matas, *azoleja* la llaman los paisanos. El guardia la cogió y examinó la pala de hierro. Tenía rastros de sangre, cabello y materia blancuzca, obviamente parte del cerebro de la víctima. Se molestó internamente ante la curiosidad y la impertinencia de la gente: «¡Serán alcahuetes, quién les manda coger nada! Y el tontorrón este igual pensaba quedársela» —observó para sí con un punto de maldad, mientras se inclinaba un poco y dejaba la minúscula azada junto al cadáver.

Reunió a sus guardias en corrillo y les instruyó acerca de las preguntas que debían hacer al grupo de personas allí reunidas. Cada civil habló con al menos dos de los presentes preguntándoles si habían visto a algún desconocido o, simplemente, algo que les hubiera llamado la atención al llegar. Más de uno lamentó haber sido tan curioso por las frías preguntas de los guardias que los ponía nerviosos, otros en cambio, especialmente mujeres, hablaban con todo lujo de detalles, satisfechas de ser protagonistas por un rato.

Por las declaraciones recogidas, el guardia confirmó la idea que se había formado del desarrollo de los acontecimientos. El labriego, al pasar junto a la casa y descubrir el cadáver, azuzó a sus mulas con premura, paró el carro ante su casa en la calle San Gregorio y diciéndole a su mujer lo que había encontrado, marchó como alma que lleva el diablo al cuartel a informar del macabro hallazgo. Había sido suficiente. La mujer, una vez se fue el marido, salió a la calle y lo habló con nerviosismo con las vecinas. Pronto se formó un grupo y, con algunos hombres, se dirigieron sin pérdida de tiempo a la casa de campo donde se encontraba el cuerpo. Todo había transcurrido sobre las cinco de la tarde.

Barbancho recogió las notas de los guardias con los datos y testimonios de los presentes y se las guardó en un bolsillo después de un breve vistazo.

Los fisgones ya estaban sobrando, miró entonces al grupo y dijo con voz tranquila aunque inflexible:

—¡Señores, aquí no hay nada que hacer, váyanse y dejen trabajar a la autoridad!

En ese momento se dio cuenta de que ellos no tenían medios para transportar el cadáver de la joven, por lo que ordenó:

—¡Y traigan ustedes un carro para llevar el cuerpo de la muchacha y una manta para taparlo!

El grupo de vecinos se fue apartando con lentitud, con desgana, se oyeron protestas de algunas mujeres por el encargo recibido, pero pronto se alejaron animados por los guardias, serios y autoritarios que, con sus fusiles al hombro, metían el respeto en el cuerpo. Un número acompañó

al grupo para hacer cumplir la orden de su superior.

Con determinación y seguridad, estaba acostumbrado a estos menesteres, el sargento ordenó a uno de los guardias de a caballo que fuera a avisar al juez y al médico titular del municipio, ambos imprescindibles en las formalidades a realizar.

Observó el exterior de la casa con atención. Era vieja, con paredes de piedra sin encalar y cubierta que necesitaba tejas nuevas. Estaba situada en un camino que se abría a la izquierda del que iba hacia Sevilla, a dos pasos de la ermita de San Gregorio, en la entrada a Hinojosa por el sur. Entró en ella seguido por uno de sus guardias de confianza apellidado Jurado y la examinó. No contenía nada especial a primera vista, solo algunas herramientas para el trabajo en los campos y escaso mobiliario, típico de una casa donde no se vive habitualmente. Había una cantarera con dos cántaros, algunos aperos apoyados contra la pared, una mesa baja con dos taburetes y una chimenea de piedra oscurecida por el uso con varios cacharros sobre la repisa. Luego la revisaría con más cuidado. Antes de salir se fijó en el suelo de tierra. Delante de la cantarera se advertía una gran mancha rojiza, ya seca. Le pareció extraño, cruzó por su mente la idea de que el crimen se hubiera producido en este sitio pero no se veían señales de arrastre del cuerpo hasta la puerta ni tampoco había apreciado manchas de polvo importantes en el vestido de la muchacha. No lo entendía pero ya tendría tiempo para hacerlo.

Se volvió al guardia ordenándole que marchara al cuartel e informara al teniente del hallazgo del cadáver. Si por ser domingo no se encontraba allí, que lo buscara por todo el pueblo si fuera necesario pero que no se acercara a la casa, ya le informaría el sargento de todo.

Barbancho salió fuera, sacó de un bolsillo de la guerrera su petaca de repujado cuero cordobés, lio un cigarro, lo encendió calmosamente con su mechero de yesca y exhaló el humo con auténtico placer. Se podía decir que era el único vicio del guardia civil, no muy aficionado a las parrandas ni, con exceso, al buen vino del país, bueno donde los hubiera, sobre todo el de las tierras cercanas a Valsequillo, en cuya dirección se quedó mirando.

El paisaje que se desplegaba ante sus ojos lo ocultaban dos elevados cerros, el del Cuete, conocido como *Cohete* en la localidad, donde aún quedaban restos de un antiguo castillo del que, aseguraban, se habían extraído sillares para la construcción de la iglesia de San Juan, y la Sierra Trapera. Tras ellos se encontraba el Valle del Guadiato con las poblaciones más ricas de la zona, Peñarroya y Pueblonuevo, que junto a otros pueblos constituían la cuenca minera más importante de la provincia. A poca distancia del lugar del crimen se encontraba la fuente de la *Castana* y un poco más abajo pasaba el Arroyo de las Viñas así nombrado por la gran cantidad de cepas que en los campos próximos a su cauce se plantaban. Nada comparable a los extensos viñedos que rodeaban el pueblo siglos atrás y que se habían visto drásticamente reducidos en los últimos años por la maldita plaga de la filoxera que exterminó la mayor parte de ellos, hasta el punto de que muchos labradores dejaron de cultivar el dulce y nutritivo fruto, si bien quedaban suficientes viñas para el consumo de la villa.

Menos mal que la zona hacia donde el guardia miraba no había sufrido demasiadas talas. Eran *Las Patudas*, situadas entre los collados y la cuenca minera, tierras feraces que pertenecían al extenso término de Hinojosa del Duque y donde se producía el mejor vino de la zona, si bien había paisanos que no estaban de acuerdo, defendiendo las bondades del de *Los Jarales*, ambos un poco ásperos como las gentes de la tierra. Tampoco faltaban las opiniones de quienes lo preferían más dulce, como el del citado Arroyo de las Viñas o el de Santo Domingo, el sabor

dependía del tipo de tierra donde se sembraban los viñedos. Bien es cierto que estas diferencias terminaban en cuanto se reunían unos pocos lugareños para descansar de las duras labores diarias al amor de una cuartilla de cualquiera de estos caldos.

Se dio la vuelta y ya sin gente molestando, el sargento inspeccionó el terreno con atención.

«—¡Dios mío, qué desastre!» —se lamentó. Los mirones habían pisado por todas partes y no había forma de reconocer ningún rastro, aunque admitió que era complicado al estar el suelo muy duro por encontrarse en pleno agosto y las labores agrícolas prácticamente terminadas. Tan solo algunos haces de trigo desperdigados aguardaban la trilla.

«—¡Gasta huevos el día que ha ido a pasar esto!, domingo de agosto, el maldito mes de agosto de estas tierras y víspera del Tránsito» —renegó Barbancho para sus adentros, refiriéndose a uno de los grandes días de fiesta del año, en el cual los campesinos que vivían en los campos marchaban en gran número a celebrar esta festividad al pueblo, al que no iban desde hacía meses.

El cuerpo estaba reclinado sobre la pared sombreada, lo miró de nuevo preguntándose a qué se debía la postura tan rara del cadáver, lo lógico sería que estuviera tumbado en el suelo y no sentado, como si lo hubieran colocado con ternura. Estaba claro que la *azoleja* que había dejado junto al cadáver a la espera de que la viera el juez, era el arma homicida. La herida no tenía la limpieza del tajo de una hacha, era una horrible hendidura, hecha con fuerza viril y rabiosa como demostraban las esquirlas de hueso que se apreciaban en sus bordes, a través de la espesa caballera.

Volvió a revisar con detalle el terreno delante de la mujer pero no apreció nada de interés. Aunque la víctima y el asesino hubieran forcejeado, no se apreciaba nada especial en el suelo, solo había tierra y *chinatos*, todo estaba pisoteado.

No había olvidado examinar con disimulo a los vecinos que encontró en torno al cadáver cuando fueron interrogados por sus guardias. Debajo de la visera del tricornio cubierto con lienzo blanco por ser verano, era fácil ver sin ser visto. Pero no se había encontrado con ninguna mirada huidiza ni temerosa, tan solo de curiosidad, quizá un poco malsana.

Los guardias que habían quedado en el lugar estaban callados, fumando y observando de reojo a su jefe.

La tarde transcurría en calma, silenciosa, solo se oía el estridente ruido de las chicharras y, regularmente, el piafar de los caballos, el calor abrasaba.

Era el domingo 14 de agosto de 1910.

## II EL EXAMEN

El hallazgo del cadáver se había producido en una finca cercana a las primeras casas de Hinojosa del Duque, a mitad de un camino entre campos segados. Hinojosa era uno de los pueblos más importantes de la zona, cabeza de Partido Judicial con varias instituciones oficiales, además de cabecera de línea y puesto de la Guardia Civil. Situado en la franja septentrional de la provincia de Córdoba, en la comarca de Los Pedroches, señorea un llano y extenso valle en la falda de Sierra Morena, con arboleda de encinas en su mayor parte y las mejores tierras de labranza del territorio, poblado desde la más remota antigüedad. Tenía cerca de once mil habitantes.

Pasadas las siete de la tarde llegaron juntos, por fin, don Vicente Perea y don Felipe Moyano, juez y médico de Hinojosa, en el pequeño coche del doctor tirado por un mulo para examinar el cadáver y proceder a su levantamiento. Con el tremendo calor y el tiempo transcurrido desde la muerte, pronto empezaría a descomponerse y más con el destrozo causado a la muchacha.

Sudoroso, Moyano bajó del coche, saludó con confianza al sargento y se acercó al cuerpo. Su aspecto era el de un tipo normal, estatura media y algo regordete y calvo, gastaba lentes y usaba un lenguaje desenfadado y directo, típico de los de la capital, de donde era originario. De carácter firme pero afable, cuando terminó la carrera supo que había una plaza vacante en Hinojosa y hacia allá se dirigió con armas y bagajes, es decir con lo puesto, empezando a trabajar como médico interino. Después de unos años ejerciendo, se presentó en Madrid para opositar y tiempo después, un examen le permitió acceder a la titularidad, credencial que le otorgaba el Ayuntamiento y que le convirtió en el médico principal de Hinojosa y de los pueblos cercanos. Desde siempre había ejercido sin distinguir demasiado entre ricos y pobres, postura no demasiado frecuente, quizá porque procedía de familia humilde. Había llegado al pueblo hacía veinte años.

Su compañero de viaje, el juez Perea, lo imitó, yéndose para Barbancho al que dio un afectuoso golpe en la espalda. Declaró:

—¡Vaya panorama!, el asesino podía haber esperado a que pasara el día de la Virgen para cometer su crimen, ha tenido que hacerlo precisamente hoy para joder el paseo con la familia. Bueno, ¿qué tenemos?

—No te va a gustar, míralo tú mismo —respondió el guardia civil.

—¡La madre que lo parió! —exclamó, contemplando el cuerpo a distancia y refiriéndose

probablemente al autor del desastre. Luego, levantando la mirada preguntó, ojeando la casa y sus alrededores:

—¿De quién es esto?

—De don Estanislao Medina, tiene arrendadas las tierras a un vecino.

—¡Hombre, del jefe supremo! —manifestó. Así calificaba el juez al mayor propietario de tierras de la localidad, hombre adinerado, con buenas relaciones en toda la zona y por supuesto en la capital, en definitiva, el cacique principal del municipio.

Barbancho le hizo notar la ausencia de su secretario, Perea le respondió:

—No quería putearlo pidiéndole que viniera, así que me he traído una libreta para anotar lo que vea. Buena persona que es uno —añadió, burlonamente.

El médico se había inclinado sobre el cadáver y estaba examinándolo. Reparó en la *azoleja* al lado del cuerpo, la tomó en sus manos, le dio un vistazo y la dejó de nuevo en el suelo. El sargento la recuperó y la entregó por el mango al magistrado que la miró someramente devolviéndola al guardia sin comentario alguno.

Ambos se acercaron más al cadáver, el juez sacó su pañuelo y se protegió la nariz, no se explicaba aquel olor, la mujer no podía llevar muerta mucho tiempo.

—¿De dónde viene esta pestilencia? —preguntó, apartando a manotazos las moscas, verdes, asquerosas.

—Ahora lo verás —respondió el guardia.

A pesar de la escena, cuando Perea se fijó en el cuerpo de la joven no pudo evitar uno de los comentarios habituales que casi siempre lograba su objetivo: escandalizar.

—Por lo que veo, tenemos carne joven y fresca, ¡coño qué desperdicio! —comentó con brutalidad.

—¡Vicente, no seas burro, que estás ante un cadáver! —reprendió el guardia.

El magistrado no hizo caso a la irreverente expresión de familiaridad del civil, seguramente su mejor amigo. De la misma edad, alto y enjuto, con ojos maliciosos debajo de unas cejas espesas que ya empezaban a canear, Perea iba siempre vestido con elegancia. A pesar de los años no había perdido la desfachatez ni la forma de expresarse, basta y malhablada a conciencia, el sargento sabía que disfrutaba escandalizando a los demás de vez en cuando, pero su cara seria y el cargo que ostentaba impedían a la gente mostrar su desagrado, es más, le reían las gracias con frecuencia. Pero se le podía perdonar este defecto porque no era ningún tirano; cuando ejercía de juez no tenía amigos ni reparaba en la riqueza o pobreza de la gente. Amigo del guardia desde niño, ambos habían compartido la adolescencia y no habían permitido el alejamiento propio de la madurez a pesar de residir el sargento fuera del pueblo durante muchos años. Ahora, su amistad se había reforzado desde que el guardia había regresado.

—¡Vaya preciosidad de mujer! —declaró, ya serio y con admiración cuando reparó en el rostro de la joven—. ¿Sabéis quién es?

—No, de momento —contestó el guardia—, hemos preguntado a los mirones que estaban aquí y ninguno la ha reconocido. Así debe ser, prácticamente nos conocemos todos.

Pero cuando el médico levantó la falda de la mujer dejando al descubierto el destrozo de la entrepierna, el juez no pudo evitar echarse para atrás como si hubiera recibido la cox de una mula,

perdiendo su mascota en el brusco movimiento. Quedó mudo, paralizado. Hasta al cabo de un buen rato no pudo hablar y lo hizo vivamente alterado.

—¡Dios santo! ¡Pero qué animal ha hecho esta atrocidad! —profirió, totalmente descompuesto. El médico lo miró y repitió sus palabras.

—Así es Vicente, esto es una auténtica atrocidad. —Añadió:

—El animal, como bien dices, quería hacerle el máximo daño, así lo demuestran los destrozos y cortes a ambos lados de la pelvis, en el vientre y en los muslos, la profundidad de las heridas solo puede hacerse con un objeto cortante y agudo.

—¿Una navaja? —indagó a duras penas el juez, trastornado y con el rostro lívido.

—No creo. Los cortes serían limpios, rectos, aquí se ven desgarros en curva, jirones de carne en los muslos, esto no lo hace una navaja. Al suceder aquí, en el campo —dijo, mirando a su alrededor—, es posible que lo hayan hecho con un hocino.

El sargento le daba la razón asintiendo con la cabeza.

—¡Qué barbaridad! —exclamó asqueado el juez a quien le había desaparecido el humor socarrón que casi siempre lucía.

—¡Así es la vida, hay bestias en todos lados!

—Pero esto no es frecuente, ni lógico, esto es... —articuló con dificultad mirando a los presentes— incalificable, una auténtica bestialidad, esto no pasa por estos lares. Estoy acostumbrado a las barbaridades pero esto no lo había visto nunca. Esto lo ha hecho un sádico, una mala bestia que solo quería torturar a la muchacha. Los paisanos —seguía hablando con el semblante demudado— cuando matan lo hacen con ira, con mala leche, sin pensar; cogen lo primero que tienen a mano, una piedra, una navaja, un golpe y a tomar por culo. Se puede entender la herida de la cabeza pero no esta monstruosidad.

—Pues si quería que la muchacha sufriera, no lo ha conseguido —comentó el doctor, impasible—, estaba muerta cuando le produjo las heridas. En fin, Vicente, esto es lo que hay. ¿Quieres saber algo más?

El médico se puso en pie concluyendo su breve examen.

—No, Felipe, con lo que he visto es suficiente, no se me va a pasar el asco ni la mala hostia hasta la feria. ¡Cómo puede haber cabrones así! Por lo menos —añadió—, ha tenido la galantería de apoyarla contra la pared y no dejarla tirada en el suelo como un perro. ¡Se habrá arrepentido después, el hijo de la gran puta!

Barbancho, que había permanecido callado escuchando a Perea, aprovechó una pausa de este en su diatriba contra el asesino y mirando al médico le dijo:

—Creo que hay que hacer la autopsia cuanto antes, esta misma noche si puede ser. El caso lo requiere, cuantos más datos obtengamos y más rápido, mejor. ¿Qué te parece, Felipe?

—Me parece bien ya que estamos puestos. De todos modos la tarde se ha jodido y si la hacemos hoy, al menos mañana tendremos libre el día si no surge otro problema, claro —contestó el galeno—. ¿Vas a estar delante? No tienes por qué, con que asista el secretario del juzgado es suficiente, ya lo sabes.

—Lo sé, pero quiero estar cerca por si aparece algo, este caso no es normal y no podemos perder el tiempo, seguro que nos va a calentar la cabeza. Y en cuanto al día libre lo tendrás tú, nosotros no tenemos más remedio que seguir al pie del cañón.

—Es cierto, pero estáis acostumbrados ¿no?, la Guardia Civil no conoce el descanso —

comentó con humor desganado el médico.

Terminó la conversación, el sargento apretó el hombro comprensivamente al juez que ya se había recuperado un poco y ordenó a los guardias que recogieran el cuerpo, ya había llegado un carro de varas con dos mulas.

El magistrado y el médico se despidieron de los civiles, subieron al carruaje del doctor y se encaminaron a Hinojosa. En ese momento, Barbancho cayó en la cuenta de que el juez no había tomado ninguna nota, probablemente redactaría el informe al llegar a su casa, pero el guardia razonó que no le hacían falta notas. Al igual que los demás, lo que había visto no lo olvidaría nunca.

Con cuidado, dos números envolvieron los restos de la joven en la manta que había traído el labriego y la colocaron encima de su carruaje.

El sargento miró una vez más por los alrededores y no encontrando nada de interés, montó a caballo y junto con sus guardias emprendió el camino al pueblo en pos del carro con la difunta, que guiado por el agrario se dirigió al cementerio.

La tarde empezaba a declinar.

### III

## LA AUTOPSIA

Pasaban las ocho de la tarde, el calor había bajado un poco.

El pueblo estaba en ebullición, se notaba alegría por todas partes; la ciudadanía disponía, además del día del suceso, domingo, el lunes siguiente, fiesta de la Asunción de la Virgen, y dos jornadas de descanso seguidas no eran frecuentes en sus vidas exceptuando la feria. Las gentes endomingadas llenaban las calles desde la Plaza hasta el Parque que recorrían paseando con sosiego, solo alterado por el ruido de la chiquillería que no paraba de correr y de gritar alborozada, con el júbilo propio de la edad.

Antes de conocerse la noticia del brutal asesinato, el ambiente era el típico de un domingo. Las señoras de pasar mediano iban muy recompuestas, sin dejar de hablar y de examinar con la capacidad única, patrimonio casi exclusivo de las hembras, de hacer dos cosas a la vez, mirar de arriba abajo a la señora, personaje o lechuguino de turno y hablar por los codos y, si se apura, hasta de gritar a sus mocosos cuando se desmandaban. Las jóvenes, lindas y ceremoniosas, muy en su papel, intentaban separarse un poco del férreo control de madres, tías o abuelas, pero era difícil por no decir imposible conseguirlo, máxime si algún jovencito en edad casadera intentaba abordarlas. Entre estos no faltaba algún *parpucho*, individuo poco natural, presumido y bastante ganso. Así lo denominaban las buenas señoras si no era muy de su agrado.

Los maridos, encorbatados, con traje sin chaleco dado el tremendo calor, paseaban charlando entre ellos con semblante serio, quizá un poco aburridos, saludando constantemente, sombrero en mano, a los matrimonios conocidos y observando, eso sí, de reojo y con prudencia, a cuanta jovencita o madura jamona de buen ver que cruzaba ante ellos. Los agrarios, que venían al pueblo muy pocas veces al año, solo en esta fiesta, la feria y pocas más, también paseaban vestidos con su único traje, sin corbata y con camisa blanca abotonada hasta el cuello. Algunos de ellos ya habían cogido una buena borrachera al mediodía nada más llegar al pueblo, tenían la mirada abotargada y vidriosa y el andar no demasiado recto. Sus mujeres los llevaban cogidos con fuerza del brazo, reprendiéndoles por lo bajo con los habituales *mandilón* o *modorro*, apelativos de los que los maridos se defendían como buenamente podían. No conseguían evitar que se les reconociera enseguida por su aspecto, cortedad y mirada desconfiada, y los niños parecían entrar en otro mundo cuando llegaban al Parque, con los ojos y bocas abiertas hasta el límite, pasmados, aunque pronto se adaptaban al ambiente festivo.



Pero todas las conversaciones fueron acaparadas por el notición del crimen, que había corrido como la pólvora. Empezó como un rumor que la mayoría consideró exagerado, pero cuando varios vecinos lo confirmaron, una especie de brisa helada se propagó por la población. ¿Cómo era posible?, eso no había pasado nunca. ¿Quién era la mujer asesinada? ¿Quién la había matado? Nadie sabía nada lo que no hizo sino incrementar la inquietud. Se palpaba el desasosiego en aquellas buenas gentes, muchas madres llamaron, algunas a gritos, a sus hijas para que no se separasen de ellas y, más pronto de lo habitual, se fueron para sus casas.

En la parte opuesta del pueblo, los guardias civiles, custodiando el carro con el cadáver, habían regresado por el camino de Sevilla para ir al cementerio, tomaron la redonda que bordeaba el pueblo por el oeste y pasaron cerca de uno de los muladares de la villa, junto al camino del Mármol. Allí se arrojaban los cadáveres despellejados de mulas, burros y demás ganado muerto de enfermedad o vejez por lo que, además del tremendo olor que del sitio venía, el espectáculo de decenas de cuervos revoloteando y emitiendo sus desagradables graznidos, y los ladridos de los perros, ensombrecía aún más la atmósfera del acompañamiento. Los guardias a caballo, junto con la pareja a pie, flanqueaban el carro de varas para evitar la curiosidad de los paseantes o vecinos con huertas y corrales situados en la zona que aún no conocían la noticia del crimen, aunque sabían bien que, nada más verlos, levantarían especulaciones sobre quién llevaban en el carro. A pesar del imponente aspecto del cortejo, algunos demasiado curiosos se dieron la vuelta y lo siguieron, aunque a los pocos pasos retrocedían ante las serias miradas de los guardias.

El médico había mandado a un muchacho a avisar a otro de sus colegas para que le ayudara en la autopsia pero el crío había regresado sin encontrar a ninguno, estarían disfrutando del domingo con la familia, supuso el galeno. Así que tendría que valerse del enterrador, experto también en estos menesteres. De hecho, había pueblos en que, cuando no disponían de médico o incluso cuando era su primer destino y no tenía experiencia en hacerlas, las autopsias las realizaba el enterrador solo. No era raro, había ayudado durante muchos años a practicarlas y tenía casi tanta destreza como el mismo doctor. Don Felipe había dejado al juez en su casa y se había ido al juzgado a recoger el instrumental. Allí se guardaba y estaba a disposición de los médicos cuando tenían que hacerla; también se mandaba a aquellos cuando era necesario diseccionar un cadáver en otro pueblo. El juez Perea prometió que enviaría a su secretario para asistir a la operación. Con el maletín dispuesto, el médico marchó al cementerio en su pequeño vehículo.

La siniestra comitiva custodia del cadáver llegó casi al mismo tiempo que él, después de cruzar el puente medieval de tres ojos conocido como *Los Tres Puentes* y entrar al recinto por una ancha puerta para el paso de carruajes utilizada tanto por los vivos como por los muertos. Así lo hizo el médico, bajó de su coche, ató el mulo a un madero transversal apoyado sobre otros dos clavados en el suelo donde los guardias civiles también habían amarrado sus caballos, y se encaminó a la sala de autopsias, aneja a la entrada del cementerio. Este se había terminado de construir hacía veinte años, los antiguos, situados a ambos lados del camino de Belalcázar, estaban saturados, por lo que se hizo necesario construir el nuevo. Desde que se había prohibido enterrar a los difuntos en el atrio de la iglesia parroquial, en el convento franciscano, hoy de los Carmelitas, y en otros sitios sagrados, se habían habilitado solares para este menester, pero habían quedado pequeños, por lo que el Consistorio decidió construir de una vez un camposanto nuevo,

amplio y bien situado, a medio kilómetro del pueblo y con extensos terrenos para ampliarlo cuando fuera necesario.

El sargento Barbancho entró en la sala detrás del doctor, aunque le esperaba un mal rato quería estar allí. La ley estipulaba que la autopsia debía realizarse al día siguiente de una muerte violenta, pero este caso era lo suficientemente grave como para hacer una excepción por la posibilidad de que apareciera algún indicio que, cuanto antes, los ayudara en la captura del criminal.

En la lúgubre estancia aguardaba el secretario del juzgado que acababa de llegar con ropa de domingo, se saludaron.

La pieza estaba dotada de una gran mesa de mármol, un barreño de buen tamaño lleno de agua que había preparado el encargado del camposanto, una palangana y un armario acristalado con sábanas, toallas, algodones y todo lo necesario para el macabro trabajo. Una moderna bombilla eléctrica colgada del techo iluminaba a duras penas la lóbrega habitación.

El enterrador, ayudado por uno de los guardias civiles, bajó el cuerpo del carro y lo trasladó a la mesa de disección. Don Felipe, que se había quitado la chaqueta y remangado la camisa, sacó los instrumentos del maletín y se dispuso a iniciar su trabajo.

El desgarrado y hermoso cuerpo de la joven yacía desnudo sobre la gran mesa, su larga cabellera negra rebosaba por el extremo y caía al vacío. El sargento miraba desde un ángulo de la sala, junto a la puerta, mientras los guardias aguardaban fuera, fumando. Odiaba estos momentos, no es que fuera delicado pero este acto le parecía una profanación y más en un cuerpo joven y perfecto como el que estaba en la mesa. A pesar de sus ventajas detestaba esta carnicería, así la denominaba el guardia, la autopsia podía ser necesaria y en no pocas ocasiones se había demostrado su valor, más de una vez había aparecido un dato que solucionó un homicidio; sin embargo no era lo frecuente, tanto por la escasez de medios como por la impericia de los que la realizaban, a los médicos se les enseñaba a curar, no a sacar pruebas de un cadáver. Pero la odiaba por lo absurdo de la vida, un cuerpo en la flor de su existencia que poco antes latía con la fuerza de la juventud, ahora, gracias a un desquiciado asesino, estaba tirado sin ningún respeto en los brazos toscos, fríos e inmisericordes de la muerte.

El secretario, sentado en una pequeña mesa, ya estaba preparado para tomar nota de las observaciones que le dictara el médico.

Este ató un pañuelo a su nuca tapándose la nariz, cogió con las pinzas un poco de algodón en rama y mojándolo en un frasco de alcohol fue limpiando la cara hasta llegar al cuero cabelludo de donde extrajo con cuidado el pelo que se había introducido en la herida, dejándola al descubierto.

—¡Vaya golpe bestial, la muchacha ni se habrá enterado! —murmuró.

La pala de la *azoleja* había penetrado al menos tres dedos dentro del cráneo y los sesos se veían perfectamente. El rostro aparecía deformado por el impacto pero no ocultaba la belleza de la mujer.

—Hay que tener mucha rabia o mucho odio para descargar semejante golpe —aseguró.

El sargento, venciendo su repugnancia, se puso su pañuelo en la nariz, se acercó como si lo hubiera invitado el médico y miró con atención la herida, ya despejada. Un estremecimiento recorrió su cuerpo.

A continuación, el doctor abrió los ojos de la víctima y los volvió a cerrar, acto seguido le abrió la boca y miró dentro. Soltó una exclamación:

—¿Pero qué coño es esto?

El guardia miró la boca abierta y vio brillar un objeto metálico que el médico extrajo con las pinzas y lavó un poco en la palangana.

—¡Una medalla! —exclamó. Ambos hombres se miraron interrogándose, sin entender nada. Moyano farfulló:

—¿Por qué el cabrón dejaría una medalla en la boca? ¿Qué pasaría por su maldita cabeza?

—Esto aclara un poco el asunto, por si teníamos alguna duda ya sabemos que el asesino está como una puta cabra —pensó Barbancho en voz alta, sarcástico.

El médico dejó a un lado el disco plateado e inició la operación. Sajó la piel del cráneo con un escalpelo partiendo de la frente y, rodeando la cabeza, la despegó del hueso; cogió a continuación la sierra cortando el hueso frontal y los parietales y el enterrador, ayudante circunstancial pero experto, introdujo entre ellos un separador para levantarlos dejando los sesos al descubierto. No observó nada especial en la terrible hendidura. Siguió con un corte de hombro a hombro bajando perpendicularmente hasta la cintura, ayudándose con la sierra para partir el esternón y separó las paredes del torso para despejar los órganos internos, sobre todo pulmones y corazón, pero esto no le interesaba especialmente. El enterrador sujetaba los huesos y los tejidos cortados con una especie de ganchos para que el médico pudiera ver y trabajar con comodidad.

Por fin, inició la incisión en el vientre hasta llegar a la entrepierna. Su cara era pétrea, no reflejaba ninguna emoción y eso que tenía delante varias vísceras destrozadas, pero estaba acostumbrado. A pesar de ello, Barbancho podía escuchar alguna que otra exclamación que por lo bajo se le escapaba al médico: «sabandija, mala bestia sin entrañas...» Cuando separó las paredes del vientre prestó toda su atención a lo que veía, extrajo el hígado, adonde había llegado el instrumento asesino produciendo diversos desgarros, y observó los intestinos, cortados en varias partes. El olor era nauseabundo, el sargento se apartó sujetando con fuerza el pañuelo sobre la nariz, mirando solo de reojo aquella escabechina. Don Felipe trabajaba en silencio que interrumpía por las observaciones que dictaba al secretario, el cual, pálido pero diligente, las anotaba con rapidez en su cuaderno.

Los minutos transcurrían, la macabra operación estaba finalizando. El doctor metió las muestras tomadas en unos botes y los precintó, luego las analizaría en el pequeño laboratorio de su casa. Dio un último vistazo al interior del cuerpo, introdujo en él los órganos que había extraído, acomodó la tapa del cráneo, y comenzó las operaciones de sutura.

El cadáver, una vez cosido y a pesar de los horribles costurones, tenía un aspecto menos espeluznante. El enterrador lo cubrió con una sábana.

Moyano miró al guardia.

—Bueno sargento, he terminado. Aseguraría que, por la temperatura corporal, por la rigidez casi total del cadáver y por las livideces que ya aparecen extendidas por todo el cuerpo, la muchacha ha muerto hace diez o doce horas, quizá menos. También es evidente que tuvo un forcejeo previo con el asesino como demuestran los arañazos y cardenales que tiene en los brazos porque los del pecho se los hizo después de muerta, verás que son de un color diferente. Y el destrozo de las vísceras fue causado por un objeto curvo y cortante, aseguraría que fue un hocino. Más que cortadas limpiamente, están desgarradas.

Y añadió un detalle que hizo, si cabe, más estremecedor su informe.

—Aunque tiene desgarrada la vulva, la moza era virgen. No he hallado pruebas de que haya

sido violada, el destrozo lo ha producido el arma utilizada.

—¿Quieres decir?

—Quiero decir que el asesino puede que sea impotente. Todo apunta a una violación pero esta no se ha producido digamos... como una violación común. Sé de lo que hablo.

El guardia asintió con la cabeza asumiendo con trabajo el testimonio del médico. Se enderezó, se quitó el pañuelo de la cara y sacó la petaca de la guerrera, encendiendo un cigarro.

El doctor se lavó a conciencia las manos con agua y alcohol, y se las secó junto con la frente y el cuello —¡esto parece un horno!—, comentó. Recogió la libreta donde el secretario había anotado sus observaciones y le dio un rápido vistazo guardándola a continuación en su chaqueta, luego pasaría a limpiar las notas para hacer el informe.

Mientras los hombres concluían su labor, el sargento volvió la vista hacia el cuerpo cubierto con la sábana y le vino a la cabeza el ritual del entierro de la joven en caso de que su familia se llevara el cadáver antes de que lo sepultaran definitivamente. En esta zona, la ceremonia del sepelio de un niño o, como en este caso, de una muchacha virgen, siempre estremecía. Era costumbre colocar el joven cuerpo vestido de blanco en un ataúd del mismo color, y cubrirlo de rosas y otras flores. La sensación, que pretendía ser alegre, de niños o jóvenes portando el féretro con vestidos claros y adornos florales, no podía ser más tenebrosa. La procesión fúnebre tenía de todo menos alegría, y si además se observaba, como era inevitable, el rostro de padres y familiares contemplando al ser querido, se caía el alma a los pies. Y eso que la Iglesia, al menos en estos rituales, procuraba eliminar el sentido tétrico del final de una vida, no recordaba los pecados de los hombres ni los males que tenían que sufrir en este valle de lágrimas. No predicaba resignación, todo lo contrario, lo celebraba con júbilo porque el difunto había alcanzado, por su inocencia al morir en tan temprana edad, aquello por lo que luchaban toda su vida los creyentes: la gloria eterna.

Volvió a la realidad, era tan injusta la muerte de la muchacha a manos de un malnacido descerebrado que desde luego si ese cabrón caía en sus manos no tendría tiempo de llegar ante ningún juez, se prometió. El médico interrumpió sus divagaciones.

—Bueno Juan, esto está concluido. ¿Tienes alguna idea para averiguar quién es la moza?

—¡Yo que sé Felipe! No hago más que darle vueltas pero realmente no sé por donde tirar. Espero que la familia denuncie su desaparición esta misma noche, si no es así mañana preguntaremos por todas partes, eso es lo primero, identificarla. Aunque no la conozcan por San Gregorio puede pertenecer a otro barrio, el pueblo es grande.

Quedó pensativo, murmurando.

—Pero si no aparece su familia, ¿cómo cojones vamos a preguntar por la muchacha? ¿Diciendo que es joven y guapa? Porque no vamos a poner el cuerpo delante de la gente —declaró exasperado.

—Ya le gustaría a más de uno —admitió Moyano.

Pero poco duró la duda al sargento, su rostro se aclaró de pronto y explicó al galeno la idea que le había surgido con la que aquel estuvo totalmente de acuerdo. Es más, era la única con sentido para identificar a la mujer en previsión de que al llegar al cuartel todavía no hubieran reclamado su desaparición.

—Bueno, voy a ver al teniente para decirle cómo andamos. Me llevo la medalla, por cierto ¿de qué Virgen es?

—Creo que del Carmen —contestó el médico—, pero no es problema averiguarlo, seguro que te lo aclara cualquier beata a la que preguntes.

—La mostraré a don Isidoro el cura —dijo Barbancho— y si no preguntaré en el convento, allí lo sabrán con más seguridad.

No hablaron más, el sargento se despidió de los presentes y saliendo fuera, ordenó a la pareja de a pie que permaneciera de vigilancia. Quedarían custodiando el cadáver toda la noche, por la mañana serían relevados.

Barbancho contempló por un instante los cipreses que, a la luz de la luna, sombreaban las paredes de nichos. El triste e inquietante aspecto del cementerio casaba perfectamente con su estado de ánimo.

Subió al caballo y, en compañía de la pareja montada, se marchó.

Aquel domingo de agosto estaba terminando, aunque no para un guardia civil.

## IV EL TENIENTE

Los guardias llegaron al cuartel, entraron por el corralón trasero y amarraron los caballos a sendas argollas de la pared encima del pesebre. Uno de los números les daría un caldero de agua y algo de paja y cebada.

El sargento salió de las cuadras pero en lugar de entrar al cuartel por la pequeña plazoleta que le daba acceso, se limitó a preguntar a la pareja que estaba de retén si alguien había denunciado la desaparición de la muchacha. Ante la respuesta negativa, sin entrar en el cuerpo de guardia, volvió sobre sus pasos y subió calle arriba en dirección a la Plaza Mayor. Se detuvo hacia la mitad, ante una casa que daba a la plaza de San Juan, detrás de la iglesia. Llamó a la puerta y cuando le abrieron, se dio cuenta de que había interrumpido la cena de la familia. Los presentes se sobresaltaron un poco al verlo y más después de haberse enterado del crimen, pero el guardia los tranquilizó, no pasaba nada, solo quería hablar con Francisco, el marido de la mujer que le había hecho pasar a la casa. Se levantó de la mesa este, un hombre delgado pero recio, de buena altura y que lucía un espeso bigote. La visita de Barbancho a aquellas horas tenía una explicación: Francisco Gómez era el único fotógrafo de la localidad.

Saludó al guardia y lo hizo entrar a la sala donde realizaba su trabajo, una habitación dominada por la cámara fotográfica, enorme artilugio compuesto por un gran cajón de madera cubierto por un paño negro y apoyado en un trípode con patas también de madera y conteras metálicas. En la pared del fondo, un gran decorado reproducía la entrada de un palacio rodeado por un jardín bajo un cielo luminoso. Las otras paredes estaban cubiertas de retratos enmarcados.

El sargento expuso al fotógrafo lo que pretendía, tal y como había comentado con el médico en el cementerio: hacer unas fotografías a la muerta. Para ello debía ir al camposanto inmediatamente con los trebejos necesarios para realizarlas de la mejor manera posible. Francisco protestó un poco, la noche, la escasa luz, no permitirían hacerlas de buena calidad, pero el guardia no le dio opción, era necesario que las fotos estuvieran listas por la mañana. Aunque a regañadientes, el hombre finalmente aceptó.

La idea del sargento era sencilla y desde luego mejor que la inicial de preguntar en todo el pueblo por la muchacha asesinada. Si así lo hicieran, sin conocer siquiera su nombre, los guardias sembrarían innecesariamente la alarma ya que las familias eran amplias y vivían repartidas por toda la localidad. Era fácil imaginar el revuelo al preguntar en las casas por sus mujeres jóvenes y

más si, como también ocurría, muchas familias residían en el campo. En cambio una fotografía, al mostrar a una persona concreta eliminaba automáticamente el sobresalto que suponía preguntar de forma general. Y como buen guardia civil debía evitar cualquier posibilidad de desorden público.

Como siempre que lo visitaba, con calma, a modo de breve descanso y mientras fumaba un cigarro, el sargento se entretuvo un poco observando las fotos enmarcadas en las paredes de la sala, comentando algunas con el fotógrafo. Abundaban las realizadas a los edificios monumentales del pueblo destacando la iglesia de San Juan y su impresionante portada en la Plaza Mayor; las de panorámicas que se desplegaban desde el cerro del Santo Cristo; algunas de ermitas como la de la Virgen de la Antigua, San Bartolomé o San Benito, y las más, de paisanos el día de su boda y de niños y niñas en su primera comunión. Algunos retratos eran curiosos, como el del fotógrafo acompañado por su mujer dentro de un avión que parecía de juguete, ambos con casco de aviador y pañuelo al cuello, tremolando al viento. A pesar de las explicaciones de Francisco, el sargento no entendía del todo cómo la había hecho.

Conseguido su objetivo, Barbancho salió de la casa y se volvió al cuartel. Discurría el problema que les había estallado en las manos, problema que se agravaría sin duda con la feria próxima y la consiguiente avalancha de forasteros que pronto empezaría a ocupar el pueblo. Un crimen de estas características, además del tremendo trauma que suponía tanto para la familia de la joven como para la población en general, les podría acarrear consecuencias no deseables a la Guardia Civil, responsable de su solución, si no descubrían prontamente al criminal, a lo que había que añadir el impacto económico negativo para la feria de Hinojosa, a la que acudían feriantes y gentes de todo el país.

Habían pasado las diez de la noche, se detuvo un breve rato en el cuerpo de guardia para nombrar la pareja que relevaría por la mañana a la que quedó en el cementerio, y entró por fin. Esperaba encontrar al jefe del puesto en su despacho pero no estaba seguro, si había salido de paseo con la familia era posible que Jurado no lo hubiera localizado todavía.

Sin embargo allí estaba su superior, vestido con traje de civil como tenía por costumbre hacerlo en días de fiesta, y sentado ante su mesa, aguardándolo.

Antes de entrar, el sargento se había fijado en un hombre que esperaba en la antesala, aunque le sonaba la cara no lo conocía. Se puso de pie y se presentó como el aparcerero de la casa donde había aparecido el cadáver. Estaba nervioso, estrujaba su sombrero entre las manos e iba vestido de domingo, seguro que había venido corriendo en cuanto le comunicaron la noticia.

—Pasa —le dijo Barbancho con semblante serio, entrando detrás de él. Le anunció al teniente su identidad y le mandó sentarse en una silla.

El labriego no aportó nada novedoso, tenía arrendadas las tierras a don Estanislao como todos los años, allí sembraba lo habitual, trigo sobre todo y algo de cebada; estaba casado y no tenía problemas con nadie del pueblo, los vecinos lo conocían y sabían que era hombre serio y cumplidor. Estaba trastornado con lo que había ocurrido, paseaba con su mujer y su hija pequeña por el Parque cuando un hombre le informó de lo que habían encontrado en la casa del campo. Dejó en el acto a su familia y vino corriendo al cuartel. Llevaba, por tanto, esperando varias horas. Preguntó si podía ayudar en algo.

—Lo primero que tienes que hacer es ir mañana a la casa y ver si te falta algo, la puerta está rota, igual la han abierto de una patada o con alguna piedra, lo miras todo bien y luego nos informas —casi le ordenó el sargento. El labrador asintió con la cabeza y se marchó,

probablemente dormiría poco esta noche.

El guardia suspiró cansado y se sentó frente al joven oficial, jefe del puesto, pero antes de que tuviera tiempo de ponerlo al tanto de los hechos fueron de nuevo interrumpidos. Un número entró en el despacho y les anunció que estaba allí don Estanislao Medina acompañado por uno de sus hijos. Ambos guardias se pusieron de pie al entrar el principal terrateniente del pueblo. Detrás suyo apareció un hombre de unos treinta años de edad y aspecto fuerte, anchos hombros y cara no muy agraciada. Saludaron al visitante con cortesía pero con seriedad, el guardia civil debe ser *político sin bajeza*, así reza uno de los primeros artículos de su Cartilla, y mantuvieron una breve charla. El cacique se había enterado del crimen y del lugar donde se había cometido en el casino, por lo que dejó su partida de dominó y se había venido para el cuartel de inmediato acompañado de su hijo, que no despegó los labios en ningún momento.

—Ya había venido antes pero no estaban ustedes —dijo. Los guardias no contestaron al reproche.

Habló bien de su aparcerero, era hombre serio que cuidaba de la finca como si fuera suya y fiel en sus obligaciones, cada año pagaba el arriendo religiosamente. En fin, no tenía idea de quién podía ser el autor del asesinato, en aquella zona había bastantes granjas, huertas y terrenos de labor como sabían los guardias, pero era tranquila ya que al estar entremedias de dos caminos no era frecuentada por gente extraña. El terrateniente se ofreció para cuanto necesitaran y se marchó al poco.

Los guardias se sentaron.

—No se ha portado mal el ricachón a pesar de su queja, igual piensa que debemos estar aquí cuando él lo necesite —comentó el teniente—. Tanta atención con nosotros no es habitual pero ha hecho bien, sabía que antes o después lo interrogaríamos.

Añadió:

—¿Qué te parece el aparcerero? No parece un criminal, estar paseando con la familia no es lo propio de alguien que acaba de asesinar a una muchacha. Sabía quién era pero he preferido que lo interrogaras tú, conoces más el asunto.

—Mejor, de todas formas mañana preguntaremos por él en el pueblo pero estoy de acuerdo contigo, no parece peligroso ni loco, es el tipo normal entre los agrarios, la mayoría serios y buenas personas, aunque ni ellos mismos se consideren así.

—Bueno, cuéntame todo sobre este maldito caso.

Barbancho se acomodó, encendió un cigarro y quedó un rato pensativo mirando el retrato del rey Alfonso que presidía el despacho, mientras ordenaba sus ideas.

Inició su relato y durante media hora explicó detalladamente lo sucedido, desde que llegó a la casa del campo hasta la disección del cadáver, mencionando a su superior el hallazgo de la medalla y exponiéndole las ideas que tenía en mente: colocar fotografías de la víctima en la Plaza y que los guardias investigaran por todo el pueblo fotos en mano, mostrándolas a cuantas personas encontraran. Los guardias de a caballo llevarían una copia a cada cuartel dependiente de la línea de Hinojosa y ellos comunicarían el crimen a la comandancia de la capital por telégrafo, además de enviarles una foto por el ferrocarril. Pero la labor más importante, insistió, consistía en que varios guardias patearan el pueblo, con preferencia la explanada del Pilar, para indagar sobre la muchacha. Tenía un pálpito, estaba casi seguro de que la solución para identificar a la joven se hallaba entre los forasteros.



—¿Cómo has encargado las fotos sin saber si los familiares habían denunciado la desaparición? —inquirió el jefe del puesto.

—He preguntado a la pareja de guardia en la puerta antes de hacerlo. Además me lo hubierais dicho, Jurado sabía que estaba en el cementerio asistiendo a la autopsia. Y finalmente, es casi imposible que la familia no se haya enterado de la muerte cuando todo el pueblo ya lo sabe. La chiquilla debe ser de fuera.

El teniente asintió, serio. Comentó que por la mañana se encargaría de hablar con el alcalde para pedirle la colaboración de los municipales y de los rurales, *roales* en Hinojosa, los guardianes de bosques y caminos. Si no obtenían resultados prontamente, lo comunicarían a los cuarteles de línea colindantes para ampliar el radio de acción. Y por telégrafo, a primera hora, informarían del crimen a la comandancia de Córdoba la cual, en cuanto tuviera conocimiento de los hechos, pronto empezaría a darles la lata.

Leandro Cortés, primer teniente de la Línea y Puesto de la Guardia Civil de Hinojosa, era un hombre inteligente y preparado, no un chusquero como la mayoría de guardias con galones ganados a base de muchos años de servicio. Él era oficial del Cuerpo, un hombre que se había instruido en la Academia de Guardias Jóvenes de Valdemoro y posteriormente en la Escuela de Oficiales de Getafe desde los doce años, desde que su padre, un capitán de línea, murió en acto de servicio. Había llegado a Hinojosa hacía tres años, con su recién estrenado nombramiento. Cacereño de la zona alta de Extremadura, nacido en Plasencia, era joven, tenía en torno a los treinta años, casado y con dos hijas de corta edad. Alto, enjuto y fuerte, lucía bigotillo negro en una cara lampiña un tanto aniñada que unos ojos brillantes y caladores hacía madurar, transmitiendo al tiempo una sorprendente sensación de autoridad. Residía en una casa cercana hasta tanto no arreglaran el cuartel viejo.

El teniente Cortés era un individuo sano, con las ideas claras, no era altivo pero tampoco demasiado amable. Aunque inspiraba confianza siempre imponía una cierta distancia, incluso a las fuerzas vivas de la localidad; participaba, como era su obligación, en los actos públicos y religiosos, pero no se mezclaba mucho con los importantes del pueblo. Su relación con Barbancho era correcta, incluso de vez en cuando y si lo permitía el servicio tomaban unos vinos juntos, ambos se entendían bien a pesar de la rigidez del escalafón y el teniente, de paso, aprovechaba para ponerse al día de los chismes del pueblo que el sargento conocía de primera mano al estar en permanente contacto con sus paisanos.

Apareció el cabo de caballería, que les dio parte del servicio quedando a la espera de las órdenes para el día siguiente. Este hombre, tercero en la jerarquía de mando, era el jefe de las dos parejas montadas de las que disponía el cuartel y sustituía al sargento cuando este tomaba algún día, escaso, de permiso, o salía del cuartel con alguna misión, como conducir presos, lo más frecuente.

Barbancho lo puso también al tanto de los hechos ocurridos y a continuación le comunicó los planes a ejecutar. Las parejas a su mando hablarían en primer lugar con los propietarios o trabajadores de las fincas colindantes a la de la casa donde había aparecido el cadáver. Después, cuando dispusieran de las fotos, se desplazarían hasta los cuarteles dependientes de la línea para entregarlas, y los días siguientes recorrerían los alrededores del municipio, caminos y fincas, para preguntar a todo bicho viviente. Porque esta era la misión principal, identificar a la joven asesinada.

El cabo refunfuñó un poco, no iba a estar de acuerdo a la primera:

—Pero mañana teníamos previsto recorrer el camino del Mármol, hemos recibido aviso de un cortijero, por lo visto la última semana le han robado varios borregos. Puede que el servicio nos lleve dos o tres días.

El sargento se impuso:

—Fuentes, no me calientes la cabeza, el asunto que tenemos entre manos tiene la máxima prioridad, así que te repito: en cuanto tengamos las fotos, tus guardias las entregarán en los cuarteles de la línea sin perder el tiempo, probablemente se tiren todo el día a caballo. Pero como no dispondremos de ellas hasta el mediodía o por la tarde, en cuanto despunte el sol mañana, irán a preguntar a todos los que trabajen o vivan en las fincas linderas a la casa donde se ha cometido el crimen.

—Bueno, si no queda más remedio lo haremos como usted ordena.

—¡No!, tú te quedas aquí para echarnos una mano, el trabajo fuerte lo tenemos en el pueblo.

Ante la contundente respuesta de Barbancho, que no había conseguido disimular del todo su interés por la salud del cabo, apareció en la mirada de este algo parecido al agradecimiento que rápidamente sofocó:

—A la orden mi sargento, mis hombres quedan a su disposición —repuso con algo de retintín, el momento de humanidad ya había pasado. Se marchó después de saludar.

Barbancho suspiró, nunca fue fácil la relación con este hombre, solterón, cascarrabias y con muy malas pulgas: un *malasombra* como calificaría un hinojoseño. Su carácter amargado y sus maneras con frecuencia déspotas tanto con sus subordinados como con los paisanos, lo había hecho enfrentarse en más de una ocasión al sargento para el cual los preceptos del Cuerpo eran claros y encajaban perfectamente con su mentalidad. Ni siquiera permitía en su presencia malos tratos de palabra y menos de obra hacia los delincuentes a pesar de que debía contenerse a menudo, pero en muy pocas ocasiones había perdido la compostura. Y, por supuesto, no se lo iba a permitir a su subordinado por más que lo considerara un caso perdido. En fin, el cabo nunca había aspirado al cargo de sargento aunque llevaba muchos más años de los doce que habitualmente se requerían para el ascenso. Total, para tener más responsabilidad, para la porquería que pagaban y encima para tener que irse del pueblo, no compensaba tener más galones, comentaba a quienes quisieran escucharle. Para colmo estaba enfermo, de ahí la orden de Barbancho de no acompañar a sus guardias a caballo; ya no duraría mucho en el Cuerpo, mientras tanto habría que aguantarlo, otro se daría de baja en el servicio, pero el cabezón del cabo, *casporro* dirían en Hinojosa, no lo haría hasta que estuviera medio muerto.

El teniente miró a Barbancho con sorna como diciendo: este hombre, genio y figura.

Abordaron a continuación el tema de la procesión de la Virgen del día siguiente a la que destinarían una pareja de guardias de acompañamiento y por último hablaron del servicio normal. No había pasado nada fuera de lo común, las típicas borracheras de algunos labriegos que ya iban apareciendo y que cogían nada más llegar al pueblo con las consiguientes broncas, rápidamente sofocadas. Los municipales habían *calentado* un poco a los más alborotadores y todo estaba tranquilo, no les habían pedido ayuda.

—Bueno, por hoy ya está bien —dijo Cortés con gesto cansado, y añadió—: mañana a primera hora iré al cementerio a ver el cadáver de la mujer antes de que el juez ordene su inhumación.

Se levantó de su silla y recordó algo en ese momento.

—Por cierto, ¿ha soltado el juez Perea alguna burrada? —le hacía gracia el personaje por su franqueza, a menudo en el límite de la impertinencia.

—Las habituales teniente, pero para variar es de las pocas veces que lo he visto fuera de sus casillas. Cuando examinó la salvajada que han hecho a la pobre muchacha, lo que ha salido de su boca contra el asesino ha sido tremendo.

—No es para menos, bien, vamos a descansar a ver si mañana tenemos suerte, marcha todo con normalidad y averiguamos quien es la mujer.

Los guardias se despidieron y marcharon a sus casas.

Era ya noche cerrada.

## V EL SARGENTO

El sargento Barbancho llegó a su casa, abrió la puerta y entró, tanteando el pasillo a oscuras. Con una cerilla encendió la vela de la palmatoria colgada en la pared junto a la entrada y avanzó con cuidado hacia el interior de la vivienda. Pensó que con el tiempo tendrían que instalar en el pasillo una bombilla eléctrica, invento reciente del que hablaban maravillas y cuyas ventajas ya había comprobado el guardia, tanto en la sala de autopsias como en la casa de algún adinerado, de hecho se rumoreaba que el Ayuntamiento tenía intención a no mucho tardar de alumbrar las calles con esos artilugios luminosos, que irían sustituyendo a los antiguos faroles.

Su mujer ya estaba acostada, lógico, en muchas ocasiones no tenía idea de cuando iba a llegar el marido y este no podía quejarse por mucho que le fastidiara cenar solo. Oyó su voz y el ruido de la cama al levantarse, apareciendo en el comedor vestida con un camisón y el pelo ligeramente revuelto. Probablemente no había dormido en espera de preguntarle por la muerte de la joven.

A pesar de su edad cercana a la madurez, tenía treinta y ocho años, Amalia era una hinojoseña de buen ver, de altura más que la media, cara blanca y sana, un busto que destacaba poderosamente y aunque había ganado algo de cintura, esta quedaba olvidada cuando se ojeaban sus rotundas caderas. Su espléndida figura atraía sin remedio la mirada de los hombres y era envidiada por más de una congénere. Pero lo que más destacaba era la expresión de su rostro, mezcla de altivez y de dulzura, con unos ojos negros que ablandaban inmediatamente las voluntades. Equilibrada, muy femenina y afectuosa, tenía gran capacidad para simpatizar, se notaba que había tenido que pelear con mucha gente en los años vividos fuera del pueblo. En definitiva, una real hembra cuyo atractivo no ocultaba su fuerte carácter.

La pareja pasó a la pequeña sala aneja a la cocina y la mujer empezó a disponer la cena. Era la misma comida del mediodía, ajoblanco y pisto. El guardia se despojó de la guerrera, se sirvió un vaso de vino manchego de una frasca situada en la alacena y se sentó a la mesa, aguardando las viandas que despachó en un suspiro.

Amalia preguntó, obviamente, por el asesinato mientras miraba comer a su marido pero el sargento contestó generalidades y no entró al trapo cuando quiso averiguar los detalles; el horrible hecho había sembrado alarma y desconfianza y aunque su mujer era prudente, para eso era la esposa de un guardia civil, ni quería intranquilizarla ni que propagara inadvertidamente el miedo si conocía los macabros pormenores. La visión del cuerpo desgarrado de la muchacha no

abandonaba a Barbancho, no conseguía asumir tamaña barbaridad, la gente podía ser agresiva y visceral en determinados momentos pero no inhumana como había demostrado el criminal. Estaba agotado y malhumorado, para qué iba a contarle a su mujer la carnicería infligida a la joven, inevitablemente y antes o después se enteraría, la gente disfrutaba con los detalles escabrosos.

Se levantó, Amalia recogió los restos de la cena y la pareja se dirigió al dormitorio alumbrándose con la palmatoria.

El amplio pasillo de la casa estaba ocupado a ambos lados por hermosas macetas de aspidistras, *pilistras* en Hinojosa, que montaban guardia ante las habitaciones tapadas por cortinas, todas interiores menos las dos que daban a la calle, una, un dormitorio, la otra, una salita de estar donde la familia pasaba la mayor parte del invierno al calor del brasero. Cuando el guardia se acostó, a pesar del tremendo calor quedó inmediatamente dormido, como un niño.

El sargento procedía por línea paterna de una familia de albañiles de Hinojosa y había nacido en esta villa en 1868, el año de La Gloriosa, cuando la popular reina Isabel, segunda de su nombre, tuvo que salir de España expulsada por su pueblo que años antes la aclamaba.

Ingresó en el Cuerpo a través de tíos de su familia materna, de los que varios ejercieron de guardias civiles, aunque el origen de la pertenencia al Cuerpo se inició con el abuelo, primero que había prestado sus servicios en la institución y cuya historia se perdía en el tiempo aunque no su figura, ya que su madre había conservado una fotografía donde podía observarse un individuo de semblante serio, bigote fino y uniforme de gala, con la cabeza cubierta con el sombrero de dos picos, antecedente del tricornio.

Juan Barbancho era recio, de estatura quizá un poco alta para la media de los habitantes de la zona, tez clara aunque tostada por tantas horas de sol y aire y mantenía lo que era casi una ordenanza, un frondoso bigote negro que ya empezaba a encanecer por algunos sitios. De temperamento tranquilo, se tomaba las cosas con parsimonia lo que podía despistar a quienes no lo conocían. Sus guardias lo respetaban porque sabían que cuando llegaba el momento de actuar su flema era engañosa; el sargento sacaba una buena porción de energía, decisión y mala leche cuando lo requerían las circunstancias, que ponía firme al más pintado, pero hay que decir que no era como algunos de sus compañeros, generalmente más expeditivos en sus formas de proceder.

Su historia era como la de tantos guardias civiles. Trabajó con su padre unos años de albañil pero deseaba entrar en el Cuerpo, de algún modo le habían influido sus tíos guardias y de todos modos el futuro se presentaba igual de duro en una que en otra profesión, proclamaba su progenitor, que no puso pegas a su hijo. Así pues, con la influencia de uno de dichos tíos que aceleró la emisión del informe favorable, avalado por el alcalde y el cura párroco, condición básica para acceder al Instituto Armado, y como sabía leer perfectamente tanto en papel impreso como manuscrito, escribir, y dominar las cuatro reglas aritméticas, conocimientos de los que no podían presumir muchos agentes del orden, ingresó como guardia segundo en el meritorio aunque nunca bien pagado Cuerpo del Duque de Ahumada a la edad de veintidós años. Desde principios de siglo, al estar casado, le hubieran exigido partida de matrimonio y certificado de buena conducta de su mujer.

Y había tenido una suerte relativa ya que pese a la dureza de las ordenanzas que impedían solicitar traslado y menos a la población de origen, puesto que solo el jefe provincial decidía los

destinos y, sobre todo, a que no era frecuente ni mucho menos que el nacido en un pueblo fuera trasladado al cuartel del mismo por los compromisos que se creaban con los paisanos y que no permitían a menudo un correcto servicio, el del sargento fue un caso insólito. Poco a poco, sin mostrar un interés evidente y, todo hay que decirlo, por su carácter serio pero competente que le granjeó buenas relaciones entre los mandos, logró algo excepcional: aprovechar una vacante en Hinojosa. Ahí había arribado con el empleo de sargento hacía cosa de tres años, prácticamente al mismo tiempo que el teniente, después de aprobar el correspondiente examen en la jefatura del tercio en Sevilla.

Sorteó el otro problema que consistía en que su mujer también fuera natural de Hinojosa. No solo no estaba permitido que un guardia civil prestara servicio en su pueblo de origen, tampoco lo estaba en el de su mujer por los mismos motivos. Pero lo cierto es que lo había logrado. Era *colodro*<sup>[1]</sup> de corazón y como buen *colodro*, a veces no hablaba demasiado bien del pueblo entre sus paisanos pero se habría dejado cortar una mano defendiéndolo ante cualquier forastero. Se sentía a gusto entre los suyos y esperaba que el próximo traslado tardara mucho tiempo en llegar... o no se produjera nunca.

Otra circunstancia rarísima es que vivía en la casa de su suegra, a pesar de que los guardias civiles estaban obligados a residir en la casa-cuartel, tanto los mandos como los números, todos disponibles para el servicio en cualquier tiempo y situación. Pero tenía su explicación: el cuartel, situado junto al Parque, estaba ruinoso, por cuyo motivo se habían trasladado hacía poco al edificio actual a la espera de que el Ayuntamiento, responsable de alojar a las fuerzas del orden, arreglara el antiguo o, lo más probable en este caso, construir uno nuevo. El que ocupaban actualmente no estaba preparado para alojar a toda la tropa y tanto el teniente como el sargento residían fuera de él. Pero con una condición ineludible: debían estar siempre a disposición del servicio, sus casas eran una especie de segundo cuartel, no era raro que en plena noche fueran avisados por algún incidente, incluso algún vecino iba directamente a sus domicilios a pedir ayuda. Así pues, esta era la razón de que el acuartelamiento estuviera ubicado en una antigua y amplia casa situada en una pequeñísima plazuela detrás de la Plaza Mayor o de la Constitución, con salida a la calle *Tintes*, así llamada por los establecimientos dedicados al teñido de pieles que, antiguamente, abundaban en esta vía. Por ella se abría un portón que daba acceso a las cuadras.

La guarnición del cuartel la componían diecisiete miembros, tres jefes, teniente, sargento y cabo, y catorce números, cinco parejas de infantería y dos de caballería. Era cabecera de línea que tenía a su cargo, además del puesto de Hinojosa, los de Belalcázar, El Viso, Santa Eufemia y Valsequillo. Las líneas más cercanas en la provincia eran las de Pozoblanco y Pueblonuevo todas pertenecientes a la tercera compañía, comandancia de Córdoba, y al cuarto tercio, con sede en Sevilla.

Con sus años de experiencia en el trato con personas de diferentes lugares, Barbancho sabía que la gente era más o menos igual en todas partes, la mayoría se dejaba guiar por el *qué dirán*, por las normas de la Iglesia y por las costumbres. Gente pacífica en su mayoría que solo aspiraban a mejorar un poco su dura vida, pero la lacra del analfabetismo entre los más pobres, que empezaban a trabajar a los cinco o seis años sin pisar una escuela, se lo imposibilitaba, por lo que en general eran rudos y algunas veces violentos. La brutal tasa de analfabetos de la región, similar a la del municipio y superior a la de por sí tremenda media española que alcanzaba las dos

terceras partes de la población, bastaría para justificar muchas veces sus comportamientos. Y esta tasa aún era mayor entre las mujeres.

En Hinojosa había cuatro escuelas, dos de niños, una de niñas y otra mixta, esta novedosa y no muy bien vista por algunos, eso de que estuvieran mezclados ambos sexos les parecía demasiado moderno. Empezaba a reducirse lentamente el analfabetismo gracias a la labor de los maestros, sobre todo jóvenes, que abordaban con todo su ímpetu e idealismo la tarea de desasnar a los pequeños. Eso sí, una vez convencidos los padres, lo más difícil, ya que preferían aprovechar la poca ayuda que podían aportarles sus hijos de corta edad antes que perder el tiempo llevándolos a la escuela, así pensaba la mayoría. Su mentalidad, una mentalidad de siglos, consistía en que si a ellos los explotaron sus padres, les parecía lógico hacer lo mismo con sus hijos, sin maldad, convencidos; consideraban la educación un lujo, muy pocos críos iban a la escuela y si lo hacían, la abandonaban pronto.

Lo dicho no era óbice para que las gentes de la comarca fueran personas trabajadoras y serias, con el carácter de los antiguos que cuando daban la mano el asunto iba a misa. De ahí que el trabajo del sargento no fuera agradable en muchas ocasiones cuando debía sancionar a algún vecino que había cometido una falta o un delito por motivos que, demasiadas veces, comprendía. Barbancho mantenía un trato cercano con ellos bastante más frecuente de lo habitual dado su cargo, hablaba con la gente común y ¡como no! con gente ilustrada, de esta siempre se aprendía algo, por más que entre los acomodados no abundara el gusto por la cultura aunque tratara de su pueblo, ni siquiera por la lectura fuera de los periódicos. La pasión de estos la constituía la tertulia diaria en casinos y tabernas, lo cual no significaba que entendieran demasiado el significado de la palabra escuchar, verbo que parecía estar prohibido, lo frecuente era quitarse la palabra unos a otros y mientras más fuerte se gritara más razón parecía llevar el de la voz cantante, bueno, en el pueblo y en cualquier parte de nuestro bendito país, razonaba el guardia.

En cuanto a su oficio, el sargento era de los que pensaba que había sido creado para ayudar, no para reprimir... hasta donde fuera posible, así lo proclamaba uno de los artículos fundacionales de la Institución. Las normas del Cuerpo, plasmadas en la Cartilla del Guardia Civil, estaban escritas hacía más de sesenta años, en tiempos de la reina Isabel, abuela del actual rey, y a menudo más parecían un conjunto de preceptos para que los ciudadanos vivieran en armonía. Los guardias estaban para ayudar a los buenos y reprimir a los malos, debían ser terribles solo para los delincuentes. Y debían ser los primeros en dar ejemplo con su comportamiento, «*prudente sin debilidad, firme sin violencia...*».

Bien es cierto que cada vez había menos gente que pusiera en duda la dureza de la vida de los guardias civiles<sup>[2]</sup> así como del papel fundamental de la Institución. Poco a poco la Guardia Civil estaba consiguiendo recuperar el orden que años antes no existía, tanto en las poblaciones como, sobre todo, fuera de ellas. Había acabado prácticamente con los contrabandistas y bandidos que asolaban los caminos y que tenían siempre en un puño a cualquiera que viajara sin protección. Y había conseguido un merecido prestigio porque muchos compañeros se dejaron la piel amparando a los ciudadanos, las ordenanzas eran claras, proteger con la vida si fuera necesario los bienes de aquellos.

El Cuerpo, sucesor de la antigua Santa Hermandad reformada y adaptada por los Reyes Católicos hacía más de cuatro siglos, había sido un gran logro del Estado, no todo se había hecho mal. Aunque algunos estaban convencidos de que se trataba de un cuerpo represivo por las

actuaciones en que el gobierno lo utilizaba para implantar la normalidad en los frecuentes alborotos de la época, sobre todo en los grandes núcleos urbanos, olvidaban una cuestión básica: que el motivo de su fundación era el mantenimiento del orden público. Y la realidad diaria y general mostraba que, en el conjunto del país, protegía los derechos de los ciudadanos y contribuía a la libertad y seguridad de todos.

Con las excepciones que siempre confirman la regla y salvo, claro está, para los malhechores.



## VI EL TRÁNSITO

El día amaneció como era normal en la época, despejado, radiante, con una luz que hería los ojos. A las ocho ya se notaba el picorcillo del calor, que prometía ser inclemente durante toda la jornada.

Un hombre de edad mediana abrió el portón de acceso al cementerio y se dirigió hacia la sala de autopsias custodiada por un joven guardia civil. Este entreabrió la puerta de la sala y siseó al otro guardia que dormitaba sentado en una silla con brazos y cara apoyados sobre una mesa. Se despejó de inmediato, se puso en pie, miró con aprensión el cadáver de la joven sobre el mármol, se ajustó el correaje y agarró el fusil saliendo al exterior y entornando los ojos al recibir la luz del sol. El recién llegado era el enterrador, los dos jóvenes entablaron conversación con él mientras fumaban un cigarro y hablaban del asesinato de la muchacha y de la vigilancia nocturna. El encargado del camposanto terminó el pitillo y se dirigió hacia al osario, al fondo del recinto, mientras los gorriones revoloteaban de ciprés en ciprés emitiendo trinos exuberantes que parecían alegrar la triste morada de los muertos.

Los guardias aguardaban el relevo que se produciría dentro de un rato si al *malasombra* del cabo no se le había olvidado o lo retrasaba a conciencia, conversaban entre ellos. Al cabo de media hora no llegó el relevo pero sí el jefe del puesto. Ambos guardias se pusieron firmes cuando distinguieron al teniente, nadie los había avisado de su visita de ahí su mirada de relativa sorpresa. Cortés los saludó con seriedad y preguntó si la sala de autopsias estaba abierta. Recibió la respuesta afirmativa y penetró en la siniestra habitación dejando la puerta entreabierta.

Ante el cuerpo cubierto por la sábana el joven teniente se detuvo, pensativo. Era muy pequeño cuando se encontró por primera vez en una situación similar aunque el cuerpo de su padre reposaba en el interior de un ataúd de madera basta, no sobre una mesa de mármol. Pero la sensación de curiosidad mezclada de aprensión, como de esperanza de que el cuerpo muerto se levantara de nuevo, prendió en el cerebro del guardia. Levantó la sábana para ver el rostro de la muchacha. La blancura del cadáver a la espera de su sepultura causaba una extraña impresión. Porque la cara de la muchacha era bella, muy bella... y muy irreal, como contemplar una estatua de mármol de rasgos perfectos. El teniente recordaba cómo su madre le obligó a besar la frente de su padre muerto. Nunca olvidaría la sensación, en sus labios infantiles, de la terrible frialdad de la piedra. No tocó la cara de la muchacha reprimiendo su primer instinto de hacerlo con ternura o

lástima, como queriendo consolarla. Tampoco pudo evitar la imagen en su cabeza de que el cuerpo ante el que se hallaba fuera el de su esposa, a la que amaba con todas las fuerzas de su juventud sana. Sintió frío en su alma, ¿cómo habrían sido sus últimos momentos? ¿Sufrió? ¿Fue tan repentino el ataque que apenas le dio tiempo a comprender que su vida terminaba? Sofocó tales pensamientos, cubrió la cara de la muchacha con la sábana y levantó esta a la altura de la cintura. Otro estremecimiento lo recorrió. Los costurones que bajaban del pecho y se perdían en el pubis eran siniestros pero más lo eran los desgarrones de muslos y vientre, pálidos, horrorosos, injustos. Ira, rabia, ansias de matar al que había despojado de su vida a aquella niña, cruzaron por la mente del oficial; estuvo seguro que para ciertos individuos la única justicia válida era la que se ejercía con la misma violencia que ellos habían utilizado con su víctima. Volvió a la realidad, cubrió el cuerpo, quedó un momento mirando su contorno a través de la sábana y se dio la vuelta, saliendo de la sala.

Charló brevemente con los guardias sobre cómo había transcurrido la noche, se despidió de ellos y abandonó el camposanto en dirección al cuartel.

El sargento se levantó a las siete y media, había dormido mal, inquieto a pesar de su talante en general tranquilo; se despertaba y acudían a su mente las imágenes de la muchacha asesinada, luego le costaba trabajo recuperar el sueño. Se puso los pantalones y en camiseta de tirantes pasó al corral donde, en verano, le gustaba lavarse en la pila de piedra situada junto al pozo y contemplar el cielo, lujuriosamente azul. La luz del día le hizo recuperar algo de su humor socarrón. Las gallinas piaban mientras examinaban al hombre con mirada atenta y curiosa. De chico les hacía perrerías. Al lado, miró el patio, lleno de macetas con flores de vistosos colores y un rosal que lucía en todo su esplendor. Todo patio hinojoseño que se preciara tenía su parra, a cuya sombra se sentaba la familia en verano para tomar el fresquito al caer la tarde, procurando no molestar a las avispas que zumbaban en torno a los dulces racimos de uvas. Pero claro, los niños no pensaban de igual modo por lo que gozosamente las alteraban con palos consiguiendo provocar furiosos ataques de los insectos y los inevitables gritos hacia los infantes, que salían corriendo para que no ser alcanzados por la rápida mano de la justicia materna o por la garrota del abuelo.

Terminó de vestirse, desayunó una rebanada de pan con manteca colorada acompañada de un café negro con la *gota*, generosa ración de anís, salió de la casa y marchó por la Villeta, donde vivía, en dirección al cuartel; no estaba lejos y le venía bien estirar las piernas por la mañana. Dudó en detenerse en la casa del fotógrafo, detrás de la iglesia mayor, que le cogía de paso, pero decidió dejarle más tiempo, si a media mañana no había traído las fotos ya vería.

Cuando llegó, entró en la sala de guardia, aún no había aparecido el cabo Fuentes, estaría disfrutando del día de fiesta en la cama, pensó malévolo. Ordenó a los guardias nombrados la noche anterior que marcharan al cementerio a relevar a sus compañeros. No tenía ganas de encerrarse en el despacho, todo su cuerpo le pedía acción pero debía esperar al teniente. Se sentaba, fumaba, se levantaba, salía a la puerta aunque no hablaba con los guardias, volvía a entrar, cogía papeles y los miraba sin leerlos. No debía abandonar el cuartel ya que estaba a la espera de las fotos pero si por él fuera marcharía, al menos, a la casa del campo donde hallaron el cadáver, seguro que allí encontraría algo útil para la investigación, se decía.

A las nueve apareció el teniente que dijo ante la mirada interrogante del sargento:

—Sí, ya sé que es fiesta pero hoy no podemos perder el tiempo.

El joven oficial tenía la costumbre de vestir de paisano los domingos y fiestas de guardar, de ahí la expresión de extrañeza de Barbancho al verlo con su uniforme habitual. Vio que el sargento estaba inquieto.

—¿Un café? —preguntó.

—Sí, no quiero volverme loco entre estas paredes y además es el día de la Virgen, vamos a ver el ambiente en la Plaza mientras esperamos a que Francisco traiga las fotos de una puñetera vez.

Dejó al cabo Fuentes, que por fin había aparecido, al mando del cuartel, y los jefes se encaminaron al casino, mientras Cortés comentaba con Barbancho su breve visita al cementerio.

Al aparecer en la Plaza, detectaron un enorme bullicio. Cuando iban a entrar en el casino distinguieron un grupo de gente vestida con elegancia, chaqué y pantalón a rayas, en la puerta del Ayuntamiento, y decidieron acercarse. Todavía no habían podido hablar con el alcalde sobre el suceso del día anterior. Aunque es cierto que no tenían obligación, ellos eran la autoridad militar y el Consistorio la civil, era un acto de cortesía y de sentido común mantener buena relación entre ellos. Se dirigieron al numeroso grupo formado por los concejales con su alcalde al frente.

—¡Buenos días señores! —saludó Cortés. Los hombres devolvieron el saludo e inmediatamente rodearon a los guardias interesándose por los detalles del crimen y la marcha de la investigación. El oficial, apartándose un poco con el regidor de la villa, lo puso al corriente de los hechos. Aprovechó la ocasión:

—Necesitamos su ayuda, alcalde.

—Cuenta con ella dentro de lo que se pueda, Cortés. Imagino que se refiere a los municipales.

—Sí, pero también a los *roales*, quizá más útiles en este caso. El pueblo lo tendremos más cubierto al destinar a su vigilancia casi todos nuestros efectivos, pero no podremos abarcar los caminos y campos más alejados solo con las dos parejas de caballería. Al menos no con la premura que necesitamos para identificar a la muchacha. Por eso los necesitamos.

—¿Cómo podemos ayudar?

—Hemos encargado unas fotos que tendremos esta misma mañana, les entregaremos unas copias.

—Bien, aunque no sé si nuestros guardias podrán serles útiles, ya conoce los jaleos que origina la gente que está entrando para la feria. Los municipales no levantan cabeza, es la peor época del año.

—Lo sé, pero colaborarían sin abandonar su labor, con mostrar las fotos y tener los oídos bien abiertos será suficiente.

—No es poner pegas pero es que gasta cojones la cosa... —se lamentaba el alcalde—. En fin, estamos tan interesados como ustedes en solucionar este problema cuanto antes. Mientras más se tarde en coger al hijoputa del criminal, mayor será el perjuicio para el pueblo. Así que no se hable más, al terminar la procesión hablaré con el alguacil para ponerlo sobre aviso y les preste la ayuda que necesiten.

Todo estaba claro, charlaron un rato más pero ante la proximidad de la hora para la ceremonia, teniente y alcalde se despidieron con un caluroso apretón de manos y la representación municipal se encaminó a la iglesia de la Caridad, de donde salía la procesión de la Virgen.

Ambos guardias entraron por fin en el casino en busca del ansiado café.

En la casa del sargento, Amalia dio el toque de diana poco después de las ocho de la mañana cuando ella ya llevaba levantada dos horas, terminando de planchar la ropa que llevarían ese día su madre y sus retoños y tener preparada la comida del mediodía, solo con un hervor final estaría dispuesta. Por último, una vez preparado el desayuno para la familia y despedir a su marido se dedicó a ella misma dudando, como siempre, qué vestido se pondría para la procesión. No es que tuviera muchos, finalmente se decantó por uno de color verde oscuro con jaretas en el pecho que lo resaltaban atractivamente, quizá más de lo que ella deseaba, pero con un toque de feminidad pensó: «¿Y por qué no?, si no puedo disimular esta pechuga...» Peinó sus cabellos haciéndose una raya en medio y cogió las dos mitades en rodetes. «Juan diría que me parezco a la Dama de Elche» discurría, recordando el comentario de su marido sobre la belleza de la antiquísima escultura de mujer íbera. «¿Tan hermosa era?» se preguntó. Calzó unos zapatos negros que su esposo le había comprado en Pueblonuevo y en conjunto, pensó mirándose en el espejo, estaba guapa. Revisó la vestimenta de hijos y madre y mentalmente dio su aprobación.

Formaba la familia del guardia su esposa, los dos hijos de la pareja y su suegra Catalina, de sesenta años, mujer discreta y conocida en el barrio de toda la vida, allí había nacido y vivido, había tenido dos hijos, un varón que murió a corta edad y Amalia. Su esposo falleció relativamente joven, vivía sola hasta que la familia del guardia se fue a vivir con ella. Era fácil la convivencia con Catalina, nunca se inmiscuía en las escasas discusiones de la pareja si no era para aconsejar a la hija que reprimiera su temperamento para con su marido, un tanto propenso a las bromas que a su esposa, algunas veces, no le hacían gracia. Y, desde luego, no era como muchas suegras de las que el sargento oía barbaridades. Cuando una pareja se casaba, al no disponer de casa propia habitualmente, se iban a vivir con los padres de la mujer o del marido, lo que era fuente de frecuentes trifulcas, generalmente por parte de las suegras, comandantes en jefe del hogar que imponían su autoridad con mano de hierro. De esta situación procedía un chiste antiguo que circulaba por el pueblo y que mostraba el humor corrosivo de sus paisanos: al morir una suegra de la patada de una mula, los asistentes van dando el pésame a la familia; las mujeres dicen a la hija: «mi más sentido pésame», los hombres al marido: «te compro la mula».

Dando algunos gritos a los mozalbetes que, para variar, ya se estaban peleando, Amalia consiguió poner orden en la casa y, todos dispuestos, cogiendo del brazo a la abuela, salieron a la calle y se encaminaron a la Plaza, de donde bajarían a la Caridad, ya que de esta iglesia salía la procesión. Estaba prevista a las diez, motivo por el que salieron a las nueve, el recorrido hasta la iglesia no era largo, pero sí lo sería el tiempo hasta llegar. Nada más salir, algunas vecinas que estaban *barriendo la puerta*, se acercaron a ellas para entablar conversación, como todos los días, y examinar atentamente el aspecto de Amalia. Después de cotorrear un buen rato y ante la impaciencia de los mozos, se despidieron de las vecinas y llegando a la acera enfrente del convento del Carmen, se produjo la segunda parada con una tía, hermana de su madre, de nombre Maruja, que salía de casa en ese momento con el mismo destino. La mujer, dispuesta hacía ya un buen rato, vigilaba la llegada de sus familiares a través de los visillos de la habitación que daba al exterior.

La calle iba cobrando animación, el *saludeo* entre las comadres era constante, por fin llegaron

a la Plaza Mayor donde se apreciaba gran algarabía. Los corrillos llenaban prácticamente el amplio solar y los comentarios y charlas se extendían por todos lados, creando un ambiente ruidoso y colorido mientras las campanas tañían anunciando la celebración. La hermosísima plaza estaba rodeada, en su parte central, de bancos de hierro en medio de los cuales destacaba un gran kiosco de música de artístico hierro forjado, con una gran farola en su interior que parecía montar guardia ante la espectacular fachada de la iglesia mayor. Delante de esta, otras dos farolas de tres lámparas y, al lado, un kiosco de periódicos y chucherías.

Los hombres del campo, con chaqueta y pantalón de pana, y camisa blanca apretándole el cuello, estaban incómodos, pero había que aguantarse. Las mujeres, algo más desenvueltas pero con mirada recelosa, no dejaban de mirar con cara de sorpresa a sus congéneres mejor vestidas y a los niños y niñas que, con pantalón corto y vestidos claros de volantes, correteaban gritando por todos lados.

Los dos casinos estaban llenos a rebosar, en el del *Gurri*, a la entrada de la Plaza, se veía a los acomodados del pueblo departir animadamente, estando varios grupos de pie en la acera para saborear el ambiente; en el del *Gato*, situado al otro lado y paso obligado a la Caridad, donde se celebraría la misa, lo mismo, todos mirando pasar a las señoras y señoritas vistosas con algún comentario, unos bromistas, otros de admiración cuando veían alguna buena hembra que no tenía por qué ser joven. Cuando pasó Amalia con su madre y su tía, sus hijos habían quedado atrás con los amigos, arrastró más de una mirada y arrancó expresiones entusiastas atizadas por el aguardiente, no todas de buen gusto. Llegaron algunas hasta sus oídos, pero su mirada seria hizo callar a los más osados.

Una figura que pasaba desapercibida entre la gente aguardaba delante de la puerta de una hermosa casa de dos plantas. Cuando pasó Amalia, la siguió discretamente sin apartar los ojos de su rotunda silueta.

Por fin giraron al final de la Plaza por la calle de la derecha que lleva hasta la pequeña ermita de Santa Ana, la más antigua de la villa. En ella, según la tradición, el rey Alfonso VIII había oído una misa después de la victoria sobre los musulmanes en Las Navas de Tolosa hacía ya siete siglos. Hasta hacía poco existía una calle que conectaba la pequeña plaza presidida por esta ermita con la iglesia de la Virgen del Castillo, en la Plaza Mayor, pero una de tantas salvajadas arquitectónicas la había eliminado.

Siguieron hasta la Caridad, la calle iba llena de gente que se apresuraba para coger un buen sitio en la iglesia, que no destaca del hospital y asilo colindante en el exterior al estar en línea con la acera. Las mujeres entraron en el no muy espacioso pero bello templo de tres naves, que estaba a rebosar; las paisanas, en cuanto vieron a las dos mujeres mayores, se desplazaron en los bancos y les hicieron sitio hacia la mitad, desde donde podían ver cómodamente el altar y seguir la ceremonia. A un lado del mismo se encontraba la exquisita imagen de la Virgen con un báculo en una mano y una palma en la otra. Es de las pocas vírgenes que no lleva el Niño en brazos, está rodeada de angelotes y reposa dormida sobre un lecho de bordes y cantoneras plateados.

Mientras se desarrollaba la misa, a la mente de Amalia acudió una leyenda acerca de las

instituciones de caridad similares a la que se encontraba junto a esta iglesia, a la que daba nombre, y que su marido le había contado. Procedía de un pueblo de la comarca y siempre le estremecía recordarla. Al asilo solo iban los abuelos a los que la miseria de sus hijos impedía mantener, era su mayor pena porque sentían que no eran queridos por los suyos. La leyenda en cuestión decía que un hombre llevaba a su padre a costas al asilo de aquel pueblo. En esto, debido al peso, se detuvo para recuperar un poco el aliento y entonces el padre le dijo: *¡aquí me paré yo a descansar hace muchos años cuando llevaba a mi padre adonde ahora tú me llevas!*

Después de la misa comenzaron los preparativos para la procesión. Amalia y sus familiares femeninas salieron del templo y se apartaron un poco de la entrada para dejar paso tanto a la gente como al trono con la imagen. La banda de música ejecutaba una marcha en honor a la Virgen, palpándose un sentimiento no exento de alegría ya que la Madre no ha muerto, sino que ha sido llevada al Cielo, ha efectuado «*el tránsito*» desde la tierra a las alturas, al lado de Dios y de su Hijo.

Se inicia la procesión que encabezan los monaguillos vestidos con túnica roja y sobrepelliz, uno de ellos portando la gran cruz de la parroquia. Le sigue el trono de la Virgen a hombros de sus fieles, escoltado por municipales. Detrás de la imagen, dos seminaristas del convento del Carmen y el cura párroco junto con el alcalde y concejales, todos con semblante grave y flanqueados por una pareja de guardias civiles vestidos de gala con fusiles al hombro. El grupo de devotos seguía creciendo, el trío femenino se incorporó detrás de la procesión, a pesar de los achaques de las mujeres mayores habían decidido acompañar a la Virgen. A los pocos pasos se detuvieron ante la exigua explanada del hospital donde aguardaban, sentados en sillas, los enfermos y ancianos internos en el establecimiento benéfico. Los menos impedidos se levantan pero todos homenajean a la Virgen rezando una breve oración. El acto emociona, la procesión continúa su camino.

El personaje que había seguido a Amalia desde que pasó delante de su casa, no despegaba los ojos de ella hasta el punto de que un sexto sentido hizo girar la cabeza a la mujer encontrándose con su oscura mirada que desvió rápidamente al sentirse descubierto. Amalia sintió un escalofrío sin saber por qué pero se obligó a poner toda su atención en la ceremonia.

La procesión siguió calle arriba en dirección al centro, giró a la derecha y pasando delante de la antigua cárcel, apareció en la hermosa plaza del *Pilarete*, colmada de curiosos que, fumando, aguardaban a la comitiva, y penetró lentamente en el convento de las Madres Concepcionistas. En la amplia plaza se encontraba una fuente de cuyo caño recogían agua los vecinos y tenía una alberca de piedra donde bebían las bestias de los labradores con los campos en la zona norte del municipio y que entraban al mismo por los dos puentes situados sobre un pequeño arroyo. La fuente da el nombre a la plaza, pero bien podía denominarse plaza de Las Concepcionistas o plaza del Convento, porque mucho más importante y mucho más impactante, tanto por su altura como por sus siete enormes contrafuertes de sillares de granito, blanqueados en su base y con varias rampas entre ellos, es el convento de monjas de clausura que preside la bella plaza. Se comenzó a construir no muchos años después de la iglesia de San Juan y seguramente se terminó casi al mismo tiempo que esta.

La procesión pasó lentamente al interior del alto templo, sencillo y luminoso, a través de una puerta decorada con columnas y escudos nobiliarios. Existe otra puerta al lado por la que entran los fieles que esperan en la plaza. Ya dentro, unos hombres, obedientes a las indicaciones de varias mujeres, entornan los portones de madera para resguardarse del tremendo calor.

Cotidianamente las monjas celebran sus actividades litúrgicas en la zona del altar mayor, al que se accede a través de una puerta que comunica con el interior del convento. Los feligreses están separados de las religiosas por una gran verja de hierro. Pero hoy es un día especial, por ello las religiosas se han situado en el espacioso y alto coro, donde aguardan la entrada de la Virgen. Algunos feligreses, sin hacer caso a las protestas de unas viejas que ya se habían acomodado y que se ven obligadas a levantarse, han corrido hacia los lados varios bancos para permitir el paso de la comitiva por el amplio pasillo recién creado. El cortejo entra en el templo y se detiene en la nave central mientras los portadores, con la imagen sobre los hombros, ejecutan un paso de vaivén mirando hacia el coro, aguardando...

Si un forastero acompañara la procesión por primera vez, se encontraría con la sorpresa de que en este convento hay otra efigie de la Virgen del Tránsito diferente a la de la Caridad, que las monjas solo presentan a los fieles en esta fiesta. La imagen parece querer incorporarse de su lecho con los ojos abiertos y mirando al cielo. Se produce entonces uno de los momentos más conmovedores cuando ambas vírgenes se encuentran. El silencio es imponente, se palpa la religiosidad, la fe en la sagrada Madre.

De repente el silencio se quiebra con unas voces dulcísimas que se elevan por la iglesia: son las monjas, de hábito blanco y manto azul, que desde el coro cantan un salmo acompañadas de un pequeño armonio, mientras contemplan a la Virgen de la Caridad mecida por sus portadores. La emoción es mayúscula, cuando concluye el increíblemente bello cantar, los fieles contienen sus ansias de aplaudir en el lugar sagrado, la impresionante armonía ha estremecido todos los corazones.

Toma el relevo la banda tras la imagen para ejecutar una marcha primorosa. Si alguien mirara a los lados apreciaría que en los rostros de bastantes hombres y en los de todas las mujeres aparecen lágrimas de adoración a la Madre que las comprende mejor que nadie; después de innumerables sufrimientos pasando por el mayor, la muerte de su Hijo, es transportada al Cielo, desde donde las conforta.

Termina el emocionante acto, las gentes están colmadas de la bondad y consuelo que la Virgen les ha transmitido. La procesión sale de nuevo a la calle y se encamina a su parroquia hasta el próximo año. Los grupos se desperdigán camino de sus casas, las mujeres a preparar la comida, los hombres, mientras tanto, a echar un rato en las tabernas. En la Plaza Mayor todas las campanas de la impresionante basílica suenan contundentes, entusiastas, creando una enorme algarabía entre las gentes y alborotando más, si cabe, a los niños que, entre gritos de alegría, corretean por su bella explanada.

Un rostro inquietante, impenetrable, observaba con fijeza a Amalia mientras se alejaba de la iglesia. Dudó en seguirla como era su más inconfesable deseo, pero al llegar a la Plaza la prudencia le aconsejó desistir.

## VII

### UNAS FOTOGRAFÍAS

Los dos mandos de la Guardia Civil, después de un café y una estimulante copa de coñac regresaron al cuartel mientras charlaban sobre el animado ambiente de la Plaza que el asesinato de la muchacha no había alterado en demasía. En el casino, Cortés había puesto al sargento al corriente de lo hablado con el alcalde, estando ambos de acuerdo en que lo más inmediato era disponer de las fotos para trabajar con garantías.

Hubo suerte, les estaba esperando el fotógrafo Francisco Gómez acompañado de un muchacho y con las fotografías de la víctima. Antes de hablar con él, los mandos se dirigieron al cabo Fuentes para preguntarle por las pesquisas de los guardias de caballería a su mando, que ya habían regresado de la ronda. Ninguna novedad, habían preguntado a los residentes de las fincas linderas a la casa donde había aparecido el cadáver y nadie había apreciado nada extraño el domingo. Después preguntaron a los guardias de la entrada si alguien había aparecido por el cuartel interesándose por la joven asesinada pero nadie lo había hecho.

Saludaron a Francisco y se dispusieron a examinar las fotos. Las antiguas placas de cristal habían desaparecido, ahora los fotógrafos utilizaban rollos de un papel especial que, una vez procesados en una habitación oscura y bañados en diferentes líquidos, producían fotos en papel acartonado, más cómodas y manejables. Francisco había realizado una decena desde distintas perspectivas y con distinto contenido, a los guardias les llamó la atención dos de ellas que reflejaban a la víctima con los ojos abiertos.

—¿Cómo has hecho estas fotos? —preguntó Cortés.

—Con mi flamante cámara portátil, teniente. Como era de noche, además de la bombilla de la sala de autopsias que daba poca luz, he utilizado el *flash* de magnesio con la ayuda de mi hermano Pedro.

El jovencuelo infló el pecho, orgulloso de su papel.

—He hecho varias para que puedan elegir, creo que el resultado vale la pena —añadió el fotógrafo.

El oficial se le había quedado mirando. Dijo con voz paciente:

—Francisco, me refiero a cómo se te ha ocurrido hacerlas con los ojos abiertos.

—Perdone teniente, no le había entendido. Pues simplemente para que se pueda identificar mejor a la muchacha. Le abrí los ojos, que mi trabajo me costó porque los tenía pegados, y con el



dedo enderecé los globos para que quedaran parejos. En las fotos que está con los ojos cerrados no se reconoce igual. El enterrador le ha arreglado un poco el pelo y ya ve el resultado, parece que está viva, ¿verdad? Creo que esta es la mejor —dijo señalando una—, pero ustedes me dirán cuál les gusta más.

Los guardias, examinaron concienzudamente el resto de instantáneas pero se decantaron por la que había elegido el fotógrafo, una casi perfecta en que la joven aparecía con una mirada que, efectivamente, la hacía parecer viva. Ambos habían visto el cadáver de la muchacha y era la que más fielmente reflejaba su bello rostro. Podían empezar a trabajar.

Le encargaron que hiciera veinte copias al menos, había que dotar a guardias y municipales de suficientes ejemplares y hacerlas, además, con la máxima urgencia, debían estar por la tarde o noche como mucho. El fotógrafo refunfuñó aduciendo que era día de fiesta, tenía invitados y había trabajado la noche anterior. Pero el teniente no le dejó opción insistiéndole, sin hacer caso de sus protestas, que eran imprescindibles para la investigación y que eso estaba por encima de todo. Ya le pagarían generosamente por ello, le animaba, aunque no sabía bien cómo, reconoció para sí el jefe del puesto. El fotógrafo asintió, no le quedaba más remedio, ya se arreglaría con las quejas de su mujer.

Los guardias quedaron hablando entre ellos.

—Hermosa muchacha, Barbancho, ¿qué te parece la foto?

—Es buena teniente, tanto la herida que le causó la muerte como las incisiones de la autopsia quedan ocultas y la cara aparece bastante natural, apenas se nota la hinchazón. Como dijo Francisco, parece que está viva, estremecen los ojos abiertos.

—Estremecen sin duda pero la hacen más reconocible. Colócala en la puerta de la iglesia, hasta que no tengamos copias no podremos hacerlo en la del Ayuntamiento ni entregarlas a guardias y municipales. Ha sido una lástima no disponer de ellas, hubiéramos puesto una en la Caridad para aprovechar la procesión.

—No es buena idea teniente, la gente se habría distraído y la devoción sufrido un duro golpe —comentó con humor el sargento—. Bueno voy a la iglesia, aún queda mucha gente por la plaza, seguro que va a formarse un buen barullo. He comentado el asunto esta mañana con don Isidoro el párroco y aunque protestó un poco nos permite pegar una foto en la puerta.

En ese momento, uno de los guardias de servicio los interrumpió:

—Mi sargento, hay un hombre que quiere hablar con usted.

—Que pase.

Reconocieron inmediatamente al aparcerero de las tierras donde apareció el cadáver. Después de revisar la casa a fondo había echado en falta una *azoleja* y un *jocino*, les dijo. Ambos guardias se miraron, sus sospechas se confirmaron: la primera herramienta estaba junto al cuerpo pero el hocino, aunque no había aparecido aún, encajaba con el arma causante de la carnicería tal y como acertadamente dedujo el médico.

Agradecieron al campesino su prontitud en cumplir el encargo y este se marchó.

Barbancho se encaminó a la iglesia de San Juan, en la Plaza Mayor. En la sólida puerta tachonada con grandes clavos de hierro fijó, con la culata de su revólver, la fotografía de la mujer por sus cuatro ángulos y, viendo la maniobra, empezaron a acercarse los paseantes. Cuando se enteraron de que era la muchacha asesinada el domingo, se empezó a levantar un murmullo entre curioso y espantado, a la vez que de admiración morbosa al contemplar la belleza de la muerta. El

sargento se apartó unos pasos, mientras observaba los rostros de los espectadores.

Un personaje anodino, mezclado entre los demás, miraba la fotografía de la joven asesinada con aparente calma, su cara no reflejaba expresión alguna. «¡Qué hermosa era!» —dijo para sí. Después se dio la vuelta y siguió el paseo con sus acompañantes.

Llegó la hora de comer, las gentes fueron desapareciendo de la plaza animadas por el terrible calor. El sargento regresó al cuartel para comunicar a su jefe lo realizado, y sobre las siete de la tarde, después de la siesta, seguirían, que para eso era el día de la Virgen, comentó irónico.

Salió del cuartel y cuando iba llegando a la Plaza se topó de frente con su amigo el juez Perea que también iba a almorzar. Barbancho lo puso al corriente tanto de la autopsia de la noche anterior como de las fotos encargadas y del contenido de la reciente conversación con el aparcerero. El magistrado asintió con la cabeza y pasó a un tema urgente que soltó sin sutilezas.

—Juan, tengo que ordenar el entierro de la muchacha. No podemos tenerla de cuerpo presente sin saber quien es, ni ella ni la familia, y lo más importante, no podemos esperar más dado el tiempo transcurrido desde su muerte, con este calor el cuerpo se va a deshacer.

Barbancho sintió cómo la indignación le recorría el cuerpo. No se contuvo.

—¡Joder, juez, es una putada! La niña debe tener familia, esta no sabe todavía que la han matado y para colmo, cuando se enteren y vengan por el cadáver, no podrán llevárselo hasta dentro de varios años porque ya estará enterrado, ¡es una cabronada, cojones!

—Lo sé y te entiendo perfectamente, a mí tampoco me gusta el asunto pero estoy sujeto a la ley, ya lo sabes, nuestra buena intención no tiene cabida en esto. Y tú no debes involucrarte más de la cuenta, cada uno tenemos nuestras obligaciones.

El guardia no tuvo más remedio que admitir el pequeño rapapolvo del juez.

—Así es Vicente, haz lo que tengas que hacer.

Para aminorar un poco la sensación de frustración del guardia, el juez desvió la conversación al tema gastronómico del que ambos eran aficionados, con menos posibilidades de disfrutarlo, lógicamente, por parte del civil. De niños, ambos se intercambiaban con frecuencia la merienda de la tarde y de vez en cuando el magistrado invitaba a comer a su casa al sargento y a su esposa.

—Bueno, dejemos este puñetero asunto, ya veremos cómo evoluciona. Dime, ¿qué vas a comer hoy? Es el día de la Virgen.

El guardia le dijo que lo ignoraba y le preguntó lo mismo, a lo que su amigo contestó con arrobo que cordero asado y aunque al sargento no le produjo demasiado entusiasmo ya que era partidario sin condiciones del cochino, los detalles que le aportó Perea fueron suficientes para producir en su estómago rugidos que podían escucharse a diez pasos y más a aquellas horas.

—Bueno, te dejo, que me has puesto malo —respondió el guardia de mal humor y con la boca llena de saliva—. A ver qué tiene mi mujer de comida, espero que sea algo especial para mantener nuestras buenas relaciones pero al no tener familia de visita no sé si me pondrá comida de gobierno. Si así fuera, tendré que castigarla con mi feroz indiferencia.

—Venga, no te quejes, que tu mujer siempre te sorprende. Ya me contarás.

Barbancho siguió su camino, cavilando distraídamente sobre la reciente conversación.

Sabiendo cómo se comía en casa del juez, siempre se sorprendía de que este no estuviera como un cebón. El magistrado podía alardear de la comida de su casa, quizá su único vicio. Al gozar de situación acomodada, tanto por familia como por su propia posición, su mesa era bastante espléndida e incluso original, dentro de las limitaciones de productos que se disponían en la villa, puesto que la comida habitual era prácticamente la misma en todos los hogares, solo que en los de familias pudientes era más abundante y no faltaba la carne, ausente casi siempre en los de los más pobres.

Pero lo cierto era que el placer de comer no contaba para la gente común. Era comida de subsistencia, sana y sabrosa aunque monótona y, gracias al cerdo, abundante en grasa y proteínas que los lugareños gastaban de sobrado en su dura labor diaria.

## VIII UN BANQUETE

El sargento estaba deseando llegar a su casa, adelantaba con paso firme los escasos grupos que iban en la misma dirección y saludaba a la mayoría. Tenía hambre de lobo además de sed, el cuerpo le pedía reparación urgente y más, después de la charla con el juez. Para colmo, había pasado delante de la fonda de Damián, de donde salían unos olores a guisos y fritos que levantarían a un muerto. Era la única fonda de la villa, la cual tenía cuatro posadas pero solo esta fonda que, además de habitaciones decentes, disponía de un buen comedor, famoso por la contundente comida que ofrecía a sus clientes, la mayoría comerciantes, representantes y cualquier visitante del pueblo, aunque algunos adinerados iban de vez en cuando allí a comer, beber y pasar un buen rato. El aspecto rollizo del propietario era su mejor propaganda.

Pasaba en dirección contraria un grupo escandaloso, los *colodros* tenían la costumbre de hablar alto pero estos se estaban excediendo, seguro que iban ya un poco *chisponeos* por no decir borrachos, advirtió el guardia. Sin embargo, al cruzarse con ellos bajaron la voz y lo saludaron, el guardia imponía con su aspecto. Le llamó la atención la mirada de uno de sus componentes al que también había visto ante la iglesia ojeando la fotografía de la joven muerta. Ignoraba por qué, pero siempre que se encontraban el sargento sentía incomodidad. Aquellos ojos oscuros, el pelo recortado en flequillo, la frente estrecha y sobre todo la afectada amabilidad que intuía era falsa, lo inquietaba. Le vino a la cabeza un hecho relacionado con este figurón hacía un tiempo, quizá fuera su mirada huidiza lo que le hizo recordar. Se trató de tocamientos a una muchacha que podían pasar por demasiado cariñosos pero en modo alguno agresivos, lo que ocurrió es que la niña se asustó, lo contó a su madre y esta, mujer de armas tomar, puso la denuncia en el cuartel. Cuando los guardias le hicieron ver que no tenía pruebas y sobre todo siendo quien era el elemento, descendiente de uno de los terratenientes más importantes del pueblo, la convencieron para que no siguiera adelante, hubiera sido inútil y podía buscarse problemas.

No le dio más importancia, estaba acostumbrado a las rarezas de la gente, una cosa era propasarse con una niña, otra matarla.

Finalmente llegó a su casa, la familia estaba esperándole, tenían invitados, bueno una invitada, Maruja, la tía de su esposa que las había acompañado en la procesión.

Barbancho dio un pellizco a su mujer en la mejilla, un cariñoso pescozón a los mozos y saludó a las mujeres mayores. Intentó pasar a la cocina a husmear la comida, pero Amalia, sin hacer caso

de sus protestas, se lo impidió. Se despojó de la guerrera, se remangó la camisa y pasó al patio a lavarse un poco. Su esposa se le acercó mientras se secaba las manos en el delantal.

—Ya me he enterado de lo que han hecho a la muchacha. ¡Es horrible! Es que no me cabe en la cabeza. No entiendo cómo puede haber gente tan mala y tan asquerosa.

—Nadie lo entiende, pero ya ves, hay locos en todos lados. ¿Cómo te has enterado? — preguntó el guardia por preguntar, como si fuera posible ocultar los macabros detalles de la muerte.

—En la procesión. Me lo ha contado una mujer que vive en San Gregorio y a la que conozco desde chica.

El guardia no dijo nada, entró en la casa y se acomodó en su sillón. Ya tenía en la mesa un vaso de vino acompañado de un plato de jamón y queso por ser un día especial, habitualmente bastaba con un platito de aceitunas de *cohecho*, sistema de preparación del fruto en salmuera para consumir a los tres meses. En lugar de la pequeña sala aneja a la cocina, hoy por ser día grande y sobre todo porque tenían invitada, se habían instalado en una amplia mesa situada en la misma cocina, la pieza más importante de la casa, con un buen hogar hecho de dos enormes lanchas de granito pulido, una en el suelo y otra en la pared en ángulo recto, negras por la acción del fuego. A la altura de los ojos, formando parte del hogar, una repisa, donde se colocaban cacharros de uso diario y pendientes de un travesaño las llaves, cadenas de hierro de las que se colgaban calderos grandes cuando se hacía la matanza y otros menesteres de envergadura. En época de matanza, los chorizos y morcillas se colgaban de palos sujetos por encima del hogar para su ahumado. No faltaba la cantarera, algunas de dos pisos que alojaban hasta cuatro cántaros. En la mayoría de hogares, en invierno, se situaba la familia alrededor del fuego, sentada en sencillas sillas de enea. Allí se comía sobre la misma piedra del hogar colocando encima de las trébedes, *estrébedes* en Hinojosa, artilugio de hierro con tres patas, la gran sartén con las migas o la cacerola con el cocido, donde todos metían la cuchara. No había raciones individuales, eso quedaba para los señoritos o para momentos singulares como este. Con el sistema clásico de comer todos del mismo recipiente había que andar atento, sobre todo en las comidas campestres: si el comensal se descuidaba, bien porque la comida estaba muy caliente, bien porque se había pasado con el vino y se mostraba más locuaz que de costumbre, corría el riesgo de quedarse sin los torreznos, pimientos, sardinas o trozos de bacalao que le correspondían. De la cocina partía la escalera de ascenso al doblado, o *cárama* como se dice en el pueblo, donde se guardaban desde trastos viejos hasta sacos de patatas y ristras de ajos y, colgadas del techo en redes individuales, sandías y melones.

Presidiendo la mesa, el sillón del patriarca, y a su alrededor, las sillas y taburetes de madera.

En contra de lo que esperaba, la comida constituyó una grata sorpresa para el guardia, de ahí que su mujer le impidiera entrar en la cocina. De reojo miró al marido pícaramente mientras la colocaba en la mesa y este le correspondió con una sonrisa de oreja a oreja, devorando con la vista el desmesurado festín. Se trataba de olla de carnaval, comida insólita en esta época tanto por el calor, que no propiciaba precisamente la digestión, como por las rotundas viandas que contenía. Porque faltaba medio año para dichas fiestas, donde todo era exagerado, bebida, comida y jolgorio. Amalia, sin embargo, no era mujer sujeta a algunas costumbres inamovibles y le gustaba alterarlas de vez en cuando.

Atacaron sin compasión y en silencio la *sopa dorada*, antesala del festín, confeccionada con

rebanaditas de pan, caldo de cocido, diversas especias y... azúcar, y luego apareció la inmensa olla colmada de espinazo, chorizo, pies, oreja, tocino y el impresionante *relleno*. Barbancho comprobó, satisfecho, que la gran cacerola contenía varios hilos del embutido rey del fabuloso guiso, y monumento gastronómico del pueblo en su apasionada opinión. Compuesto de huevo cocido y desmenuzado cuya yema le da su característico color amarillo, taquitos de jamón, paleta fresca y tocino añejo, todo especiado con sal y perejil, se cuece embuchado en tripa de vaca con el resto de viandas del cerdo, acompañadas de los excelentes garbanzos del país que nadan en un caldo delicioso. El sabor es fastuoso pero el *relleno* tiene un problema: no se puede parar, a medida que se engulle parece que se tiene más hambre, luego por la tarde habría que recurrir, probablemente, al bicarbonato.

Después de las expresiones entusiastas del sargento que, desde luego y al menos en esos momentos, no envidiaba el cordero del juez, la familia no habló más, se aplicó al bárbaro plato y le dieron un tiento tal que poco sobró, pero sobró, ya que para las mujeres *colodras* era casi un insulto que un convidado se quedara con hambre, por eso eran tan exageradas al preparar la comida y más si tenían invitados.

Terminó el contundente banquete, el sargento marchó al dormitorio a la siesta, los muchachos se fueron al patio y las mujeres quedaron charlando.

Eran las cinco de la tarde, hacía un tremendo bochorno que probablemente terminaría en tormenta.

## IX SAN JUAN

Sobre las seis y media de la tarde de aquel lunes, día de la Virgen, después de una corta siesta y un poco de bicarbonato para combatir los ardores de la comida del mediodía, el sargento se encaminó al cuartel. Cruzó como todos los días la Plaza, mirando al frente la iglesia de San Juan Bautista. Siempre le admiraba el bello conjunto de piedra, blanqueado tanto por dentro como por fuera. Al igual que el convento de las Concepcionistas, si quitaran la cal de las paredes, el edificio tendría una vista espectacular tal y como en la época en que se construyó, reflexionaba el guardia.

Pasó delante de la ermita de la Virgen del Castillo, patrona de la localidad durante siglos y arruinada por la desamortización, y en su mente apareció el extraordinario y bellissimo camarín barroco que alberga en su interior, reflejo de una época de prosperidad ya olvidada por el implacable devenir del tiempo.

Se acordó de la medalla que llevaba encima, se la enseñaría al párroco, para ello desvió sus pasos y se dirigió a la iglesia atravesando la amplia explanada pavimentada con losas de granito que había servido de cementerio hasta no hacía demasiado tiempo y que cerraba una hermosa verja de hierro forjado. Miró ante sí la fachada, le deslumbraba cada vez que la contemplaba, ¿y a quien no?, discurría. La espectacular portada de estilo renacentista, basado en los antiguos órdenes arquitectónicos, era una especie de arco de triunfo romano, digno de que bajo él pasaran no solo las más altas autoridades eclesiásticas sino hasta militares, caviló con una pizca de humor el guardia. Si le comentara este pensamiento al buen cura se pondría hecho un basilisco, la iglesia era un lugar sagrado, no un sitio para lucimiento de espadones, diría. Ante la puerta ya había algunos curiosos mirando la foto de la muerta. Pasó delante de ellos y bajando unos escalones, penetró en el interior del templo.

La imponente iglesia estaba en penumbra, entraba la luz por la puerta y por los altos y estrechos ventanales, pero hasta que se acostumbrara la vista había que ir con cuidado, algunas de las losas de color rojo del suelo estaban un poco levantadas, no sería la primera vez que alguien tropezara. Echó a andar por la nave de la derecha hasta la sacristía, probablemente allí estaría el cura con sus papeles, unas veces de su propio ministerio sacerdotal, otras con los del archivo de la iglesia. A la izquierda del altar mayor, adosado a uno de los pilares, miró el púlpito de madera y, como era inevitable, el esplendoroso retablo. Entró en la pequeña sala precedida de una gran

portada esculpida en piedra y allí encontró al sacerdote, absorto en sus papeles.

Don Isidoro Delgado, el arcipreste, era el sacerdote principal de la iglesia de San Juan con jurisdicción sobre, además de las iglesias de Hinojosa, las de varios pueblos de los alrededores. De estatura mediana, mostraba un aspecto fuerte, un poco rechoncho, mirada aguda, habituada a calar el interior de sus paisanos, y pelo crespo. Destacaba, en su ancho rostro, el ceño, que fruncía quizá más de lo necesario y que reflejaba su fuerte temperamento. De hecho eran famosos sus arrebatos cuando en la celebración de la misa hacía callar con cuatro voces a jóvenes demasiado alegres que alteraban con frecuencia la seriedad del acto. Incluso, si hacía falta, llamaba la atención en público a alguna mujer con falda demasiado corta enseñando el tobillo, o cuando entraba en la iglesia sin velo o sin guantes. Lo primero era el respeto al lugar sagrado. Imponía bastante hasta que se le conocía bien, aspecto este que el cura no facilitaba demasiado, de hecho mucha gente ignoraba su generosidad y vocación de servicio hacia los suyos.

Culto y apasionado, el sacerdote conocía la historia y monumentos de su pueblo mejor que nadie, constantemente recogía datos sobre la villa, pasados y presentes, y desde luego, era la persona que mejor conocía los avatares de la monumental iglesia mayor que, sin excepción, sorprende al viajero cuando la contempla por primera vez. La sensación, al aparecer por la calle principal que desemboca en la Plaza Mayor, es inesperada, indescriptible para cualquier espíritu con un poco de sensibilidad que no olvidará jamás la impresión producida por el grandioso monumento. Es algo inimaginable, sorprendente, mágico<sup>[3]</sup>.

El cura tenía entre sus manos precisamente dibujos antiguos de planos de la iglesia, estaba abismado en ellos cuando entró el sargento.

Levantó su mirada entre sorprendido y huraño, gesto que suavizó cuando reconoció al servidor del orden público.

—¡Hombre, guardia! ¿Cómo tú por aquí? —preguntó con simpatía.

—Don Isidoro, quería consultarle algo si tiene tiempo.

—Lo tengo, dime qué quieres saber. Por cierto, he visto la fotografía de la muchacha en la puerta. ¡Es terrible! ¿Ves lo que te decía? Cuando la sociedad abandona el orden y las buenas costumbres, pasan cosas como estas.

—Vamos don Isidoro, no sea exagerado, este es un caso entre un millón y en el pueblo nunca había pasado nada parecido. Mire esto —le dijo, sacando de un bolsillo de la guerrera la medalla encontrada en la boca de la muchacha—, ¿qué Virgen es?

—La del Carmen, sin duda.

—¿Dónde se compran estas medallas? ¿En el convento?

—Es lo más seguro, puede que en algún comercio de quincalla, pero lo normal es en el convento. ¿Por qué lo preguntas?

El sargento le dijo donde la habían encontrado y el cura se echó las manos a la cabeza, volviendo a clamar sobre estos tiempos infames como si en todas las épocas el ser humano no hubiera hecho burradas, decía para sí el guardia.

—Imagino que no tenéis idea de quién es el alma perdida que ha matado a la muchacha.

—Ninguna por ahora, pero es que solo han pasado unas horas desde que la encontramos —respondió, un tanto áspero, el guardia.

—Te entiendo, rezaré para que encontréis pronto al autor de este desatino y vuelva la paz al pueblo.



Barbancho desvió la mirada hacia los papeles que el cura tenía encima de la gran mesa de mármol vetado, situada en el centro de la sala. Allí firmaban los recién casados y los testigos después de la boda, o los padres al bautizar a su retoño.

En ese momento le vino a la cabeza una idea y aunque intuyó su resultado no dudó en asumirlo.

—Don Isidoro, quería preguntarle algo más. No se incomode pero debe hacerse cargo de que el asunto de la muchacha es muy importante.

—Te veo venir, sargento, pero pregunta y ya veré si te contesto.

—Pues nada, que si a través de su ministerio... se ha enterado de algo que pudiera ayudarnos.

El cura, paciente por fuera pero encrespándose por dentro, no tardó en replicar.

—Creo que me preguntas si he percibido algo sospechoso a través del sagrado sacramento de la confesión, ¿no es así, guardia?

—Hágase cargo, don Isidoro, tenemos que investigar cualquier posibilidad.

—¡Pero no faltando a mi sagrado deber! —tronó el sacerdote.

No se había equivocado Barbancho sobre el riesgo de su pregunta, pero era tenaz. Cambió de estrategia.

—No quiero que me diga nada sobre alguien en concreto en caso de que lo sepa, pero no creo que falte a su obligación si me lo indica de forma general, me refiero a...

—No sigas, guardia. Nunca delataré a un fiel de mi rebaño sea cual sea el delito que haya cometido, ya responderá ante el Altísimo.

Quedaron en silencio, Barbancho no quiso insistir, pero de repente y para su sorpresa oyó decir al cura:

—Si lo supiera no podría decírtelo, Juan, pero para tu tranquilidad te informo que no ha llegado a mis oídos nada que pueda serte útil. ¡Y la conversación ha terminado!

El sargento aparentó ante el sacerdote mayor impresión por su abrupta respuesta final de la que realmente sentía, pero entendió que no debía empeñarse en seguir por ese camino, bastante había obtenido. Además, tampoco estaba convencido de que el asesino revelara su crimen a un confesor.

Desvió la conversación hacia los antiguos bocetos de la monumental iglesia<sup>[4]</sup> desparramados encima de la mesa de mármol. Sintió curiosidad.

—¿Cómo ha localizado estos planos, don Isidoro? —inquirió el sargento.

—Tenemos un archivo bastante completo. En tiempos de la guerra contra el francés, hace ya un siglo, y en previsión de las salvajadas de aquellos individuos, se trasladó a lugares seguros, a casas de gente de fe que los hubieran defendido con su vida si hubiera sido necesario. Cuando aquella canalla abandonó el pueblo se recuperaron casi todos los documentos, así que de vez en cuando les echo un vistazo y también, de vez en cuando, me encuentro con estas maravillas.

—¡Hay que joderse! —exclamó el guardia.

—¡Sargento, ese lenguaje! —reconvino el cura.

Barbancho no le hizo demasiado caso y siguió mirando los planos diseñados por el primero de la saga de arquitectos que edificó la basílica, lo que aprovechó el sacerdote para meter baza, explicándole detalles del hermoso edificio y haciendo hincapié en las modificaciones que había sufrido a lo largo de los siglos. Tiempo atrás, cuando conoció las creaciones de estos grandes constructores, el guardia quedó asombrado y expuso al sacerdote una idea evidente:

—¿Cómo es que no tenemos en el pueblo al menos una calle en memoria de esta familia?

—¡A saber! Han transcurrido trescientos años así que igual hasta el mismo Consistorio lo ha olvidado o simplemente lo ignora, pero sería de justicia recordar a los Hernán Ruiz<sup>[5]</sup>, los arquitectos que construyeron el principal monumento de nuestro pueblo y de toda la provincia, de la capital para arriba, sin contar las fabulosas obras realizadas en las catedrales de Córdoba y Sevilla entre muchas otras —le dio la razón el cura.

Aprovechaba siempre estas explicaciones para darle al guardia, un poquito ateo según le decía a la cara, algunas puntaditas cuando aquel mostraba su perplejidad ante el grandioso templo.

—Hoy no existe la fe de aquellos lejanos tiempos, entonces la vida de la gente era más sencilla, trabajo y buenas costumbres dirigidas por la Iglesia, no como ahora, con revoluciones cada dos por tres. De ese modo se podían levantar estas maravillas.

—Los tiempos han cambiado mucho, es cierto, ahora las gentes se preocupan más por lo material pero, don Isidoro, reconozca que es justo que el pueblo llano quiera mejorar sus condiciones de vida; antes, más que ahora, había muchas injusticias, los señores y la Iglesia eran los dueños de todo —picaba el sargento—, pero tiene que reconocer que Hinojosa sigue siendo un pueblo pacífico y religioso, ahí están para demostrarlo sus más de treinta hermandades.

—No sé que decirte, a la Iglesia la están machacando terriblemente desde el siglo pasado, ya no se respeta nada, están soplando nuevos aires que veremos en qué terminan —decía un poco tristón el cura, obviando el comentario anterior.

El civil, aunque siempre tenía interés en charlar con el sacerdote, en esos momentos no disponía de tiempo, así que se guardó la medalla y se despidió.

Al salir de la iglesia eran las siete de la tarde, el cielo estaba encapotado.

Una sombra, a través de los cristales de una ventana situada en el piso superior de una lujosa casa, al lado de la iglesia, lo observaba sin pestañear.

## X EL RECONOCIMIENTO

El teniente estaba en su despacho, aguardándolo.

Contestó a medias al saludo de Barbancho y le entregó dos telegramas recibidos de Córdoba. En el primero, el comandante de la capital les ordenaba destinar todos los recursos del puesto a resolver el caso, y pronto, debido a la proximidad de la feria. Si hacía falta enviarían algunos números de los cuarteles cercanos para echar una mano. Los guardias se miraron entendiéndose, no estaban muy de acuerdo con aquella ayuda, era como si insinuaran su incapacidad para resolver el caso, pero reconocieron que no sería desdeñable tal apoyo. Sin embargo era la primera advertencia de la superioridad y había transcurrido un solo día.

El segundo era más interesante. Un viejo guardia perteneciente al cuartel de la comandancia en la avenida de Medina Azahara, cerca de Cercadillas, recordaba que en esa zona había aparecido hacía un tiempo el cadáver de una prostituta con una medalla en la boca, estrangulada. No habían encontrado al asesino, era casi imposible por ser lugar frecuentado tanto por los cordobeses de la capital como por los de los pueblos de la provincia. Tan solo recordaba este detalle. Si querían les enviarían el expediente por el tren al día siguiente.

El sargento miró al teniente:

—¡Claro, coño! Que lo manden ya, comprobaremos si la medalla es igual a la que encontramos en el cuerpo de la muchacha.

—Ya lo he pedido —contestó su jefe.

—Y si la medalla es como la nuestra, quiere decir...

—Que el asesino es de aquí, sargento. Creo que podemos descartar a los forasteros si las medallas coinciden.

—Efectivamente, sería demasiada casualidad que un cordobés de la capital o de los pueblos de la provincia tuviera una medalla igual... salvo que fuera de Hinojosa.

No hablaron más. El sargento observó unas fotografías desparramadas sobre la mesa del teniente, eran las copias de las realizadas al cadáver que el fotógrafo había traído diligentemente. Cuatro guardias habían salido para el Parque con dos de ellas, otra pareja se había llevado una para la misma misión por las calles del pueblo, y un número había ido a colocar otra en la puerta del Ayuntamiento y entregar en el cuerpo de guardia copias suficientes para municipales y *roales*, tal y como el teniente acordó con el alcalde. Las parejas de caballería habían tomado otras dos

fotos y marcharon a las afueras con objeto de ampliar su radio de inspección; al amanecer del día siguiente se dirigirían a los cuarteles de la línea para entregar un ejemplar en cada uno de ellos. Luego, se dedicarían a mostrarlas por los caminos y fincas cercanas. El sargento relató al teniente la charla mantenida con el cura respecto a la medalla y al intento fallido de sonsacarle alguna información jugosa. Confirmó que efectivamente la medalla era del Carmen, y comentaron que por ese lado poco podían averiguar, aunque nunca se sabía. Ojalá la de Córdoba fuera idéntica.

Barbancho cogió una foto, la guardó en un bolsillo de la guerrera y se despidió de Cortés diciéndole donde iba.

Llamó a uno de los guardias utilizando la típica expresión *colodra*:

—¡Jurado, *venacápaca!*

—¡A la orden mi sargento! ¿Para dónde tiramos? —dijo acudiendo de inmediato el joven guardia, barruntando que saldrían fuera del cuartel.

—¡No preguntes tanto, coño, *que no está el horno pa bollos!* —respondió un tanto desabrido el guardia. Estaba molesto por el primer telegrama, ¡que vinieran los jefes a resolver el caso!, rumiaba para sí. Ahora todos los superiores, civiles y militares tomaban cartas en el asunto, aunque eso sí, desde sus poltronas.

Cambiaron el tricornio por otro cubierto con funda blanca y visera, se colocaron la cartera de documentos a la espalda, el sargento se ciñó el cinturón con las cartucheras, revólver y bayoneta, agarró su fusil, y ambos salieron.

—Mi sargento, ¿puedo preguntar adónde vamos? —insistió Jurado con tiento, una vez fuera del cuartel—, lo digo porque a estas horas y con el bochorno que hace no debe haber mucha gente fuera de sus casas.

—Pues sí, puedes hacerlo —con la actividad se le había pasado el momento de malhumor—. Hemos colocado la foto de la mujer en la puerta de la iglesia, ahora en la del Ayuntamiento, por tanto los que pasen por la plaza deben verlas. Por otra parte, dos parejas de compañeros están por la zona del Parque enseñándolas a los feriantes que van llegando y una más por todo el pueblo. ¿Quiénes crees que faltan?

—¡Es verdad, la gente que vive en las afueras!

—Eso es. Aún así, tampoco estaremos seguros de que todos los paisanos vean las fotos, pero abarcamos lo que podemos, a ver si hay suerte. Mañana patearemos la explanada del Pilar y preguntaremos a los ganaderos que van llegando. Y ahora, además de preguntar a la gente con la que nos encontremos, vamos a acercarnos de nuevo a la casa donde apareció la muchacha, si no nos coge la tormenta, claro —dijo, mirando el cielo anubarrado.

—Seguro que ya mismo averiguamos quién es la muchacha y quién el asesino. Estoy deseando coger a ese cabrón.

Jurado era un guardia joven, llevaba en el cuerpo solo cuatro años, procedía de la vecina villa de Belalcázar y tenía un carácter abierto, francote y simpático a la vez que decidido. Era listo, no eran necesarias muchas explicaciones para entender perfectamente lo que se esperaba de él. Quizá era el que más destacaba de los guardias jóvenes del cuartel y el que más prometía, tenía una preparación más adecuada que sus compañeros, muchos de los cuales apenas cumplían con los requisitos para entrar en el Cuerpo, y eso que no eran demasiado exigentes<sup>[6]</sup>.

Los dos guardias bajaron por el *Pilarete* y se dirigieron a las afueras tomando el camino de ronda del pueblo, que describía un gran arco en dirección al camino de Sevilla, situado al sur.

Andaban silenciosos, el sargento contempló a lo lejos, en la cima de un cerro, el Santo Cristo de las Injurias, ermita que alberga una de las imágenes más veneradas en el municipio. A ella recurrían los lugareños cuando, tiempos atrás, la villa sufría una catástrofe en forma de plaga o de sequía y en los desastres de la guerra contra el francés, hacía cien años. Entonces bajaban la imagen al pueblo y la procesionaban junto con la patrona en aquella época, la Virgen del Castillo. Era uno de los paseos predilectos de los hinojoseños. El sargento iba de niño con sus amigos a cazar gorriones con el tirador y a coger moras en los árboles, parándose a tirar piedras en el pozo que se encuentra a mitad del camino; de adulto le gustaba ir con su mujer y sus hijos, la caminata era saludable y cuando coronaban el cerro, el guardia gozaba con la magnífica vista de su pueblo que, desde aquellas alturas, se aprecia perfectamente en toda su extensión, destacando la esbelta torre de la iglesia mayor. A la espalda de la ermita se divisa Belalcázar, la antigua Gahete, donde, pasado el pueblo, destaca la mole del castillo con su soberbia torre del homenaje, la más alta de España con sus casi cincuenta metros de altura. El nombre de la localidad no puede ser más apropiado y evidente ya que procede de su «*Bello Alcázar*». Allí residieron los nobles propietarios de todas estas tierras siglos atrás. La ermita del Cristo estaba rodeada de extensos campos de viñas y si se mira en su rededor, en el horizonte se aprecia que todo el término está circundado de montes, exceptuando la zona en dirección a Córdoba. Es un auténtico valle, abrazado por lomas suaves.

Seguían su camino, algún hortelano que tenía su huerta por aquellos lugares los saludaba con respeto y algo de curiosidad al cruzarse: ¡A la paz de Dios señores! Después de responder, le mostraban la foto pero ninguno reconocía a la joven. El calor era sofocante, de buena gana se hubieran desabrochado el duro cuello de la guerrera, de color rojo, con el emblema de la Guardia Civil, actualmente sus dos iniciales entrelazadas con la corona real encima; antes simplemente lucían el número del tercio. Pero iría contra el reglamento, así que se aguantaron contentándose con meter el dedo dentro del pescuezo separándolo de la tela para respirar con más desahogo. Debían ir impecablemente vestidos y aseados, *el desaliño en el vestir infunde desprecio*, así rezaba uno de los primeros preceptos de la Cartilla.

Pero costaba trabajo con el calor y el pesado uniforme<sup>[7]</sup>.

El paisaje era monótono, los campos ya estaban segados, los rastrojos a la espera de la reja después de la feria, algunos manchones no se ararían este año, todo tenía un color dorado. Flotaba en el aire el ruido de las chicharras y el canto de los jilgueros. Un escarabajo pelotero, *cucarabacho* decían los paisanos, empujaba su bola nutricia, atravesando el camino sin preocuparse de los hombres. También cruzaba reptando con lentitud algún aceitero de aspecto un tanto repelente, arrastrando su abdomen alargado y negro con bandas rojas. De vez en cuando les venía el fuerte olor de los establos que por ese camino había, olor siempre acompañado por enjambres de moscas. El paisaje uniforme lo quebraban las huertas con árboles frutales y alberca que alegraban el aspecto adormilado de los labrantíos. Barbancho gozaba de aquella tranquilidad, de aquella paz eterna que reinaba en los campos, apenas se veían personas, el espíritu se aquietaba olvidándose de las humanas salvajadas.

Llegaron al cruce del camino de Sevilla con la ermita de San Gregorio de Ostia, patrón de la villa, y el sargento y el guardia, viendo la puerta abierta, subieron los escalones y entraron en la pequeña iglesia precedida por un pórtico humilde con dos columnas de granito a los lados talladas de modo sencillo. Otras pilastras de piedra sin desbatar sostenían una parra colmada de racimos

de uvas doradas. No había nadie en su interior. El pequeño templo es rectangular siendo la parte frontal la más estrecha, allí está situado el santo en una hornacina y a cada lado, enmarcados en dos arcos sostenidos por columnas de piedra que arrancaban del suelo, se abren dos espacios ocupados por sillas para los pocos fieles que caben dentro.

Se sentaron en ellas quitándose los tricornios y disfrutando del frescor del lugar. Para el sargento era inevitable recordar la fiesta del patrón en su niñez, su ambiente alegre, sano y bullanguero. Cuando aparecía la procesión al caer la tarde, allá por el mes de mayo, los críos enloquecían de alegría con el estallido de los cohetes que lanzaba sin descanso el hermano que encabezaba la imagen llevada a hombros por sus fieles. La calle San Gregorio se llenaba de hinojoseños que acudían a visitar al santo, al que situaban ante la entrada de su ermita. Al terminar la ceremonia empezaban las rifas, en las que se sorteaba un lechón o un cordero. San Gregorio era un día especial para las mujeres. Desde días antes, preparaban los magníficos dulces del lugar para homenajear a los familiares y amigos que las visitaban, perrunas, orejas de burro, roscos con azúcar, roscos de flor y hornazos de fideos bañados en miel. Era el dulce festín de las féminas, los hombres tomaban unas copitas de aguardiente casero y los niños a jugar a la calle después de coger un roscó. Los vecinos invitaban a los amigos y conocidos que pasaban ante sus casas abiertas, algunos declinaban la invitación prometiendo que la aceptarían a la vuelta, así lo hacían por lo que el ambiente se tornaba aún más festivo... Sonreía cuando recordaba otra fiesta parecida, la de San Benito, después de Semana Santa, donde era preceptivo para los niños el hornazo de pan con uno o dos huevos cocidos, encastrados en la rosca. Si un crío hambriento intentaba pellizcarlo antes de que llegara el santo, los mayores le advertían que San Benito les daría con su porra en la cabeza.

Tales pensamientos quedaron interrumpidos de repente al entrar luz del exterior, la cortina que protegía la entrada había sido apartada. Los guardias miraron sin distinguir al principio al intruso, así les pareció quien había truncado sus recuerdos.

Al acostumbrar la vista a la claridad reconocieron al visitante, era una mujer, se pusieron en pie y se acercaron a ella identificando a la esposa del santero, guardián de la ermita, que se llevó un buen susto al ver a los guardias. Le preguntaron por su marido, no estaba, entonces el guardia le mostró la foto de la joven asesinada. Como no se apreciaba bien en la penumbra, salieron a la luz del pequeño atrio.

Cuando vio la imagen de la fotografía, la mujer sintió un escalofrío que alertó a los guardias.

—¡Yo conozco a esta muchacha! —exclamó.

Ante la pequeña ermita solo se oía el zumbido de las moscas en el silencio de la tarde.

## XI UN MÉDICO

La mujer había reconocido a la joven asesinada sin dudar un instante.

—¿Está segura? —preguntó el sargento con toda su alma.

—¡Claro que lo estoy!

La había visto el domingo sobre las doce o la una, relataba la santera, pasó por delante de la ermita procedente de la calle San Gregorio y cogió el camino de Sevilla, pero no pudo precisar hacia donde se dirigía. Describió a la joven como una mujercita preciosa y alegre, la había saludado con simpatía y una gran sonrisa, iba vestida con una blusa blanca y floreada, y falda negra con encajes, vestido más propio de una romería, no como los que suelen llevar las jóvenes del pueblo ni siquiera en días de fiesta, explicaba. Y un detalle característico: llevaba el pelo suelto que le llegaba hasta la mitad de la espalda, las jóvenes hinojoseñas de esa edad acostumbraban a llevarlo recogido en trenzas. Le llamó la atención, efectivamente, que fuera sola hacia el campo a esas horas bastante raras y no, no la conocía de antes, aseguraría que no era del pueblo. En respuesta a la evidente pregunta de por qué no había denunciado que había visto a la muchacha con vida poco antes de que la mataran, la mujer dijo a los guardias que no vio el cadáver cuando la encontraron en el campo porque no estaba en la ermita aquella tarde. Y la verdad es que ni se le ocurrió que la moza pudiera ser la asesinada. Finalmente, tampoco había visto nada fuera de lugar en los últimos días, solo los paisanos que tenían huertas o establos por los alrededores y los habituales paseantes.

Barbancho la creyó y consideró que no había más preguntas que hacer, lo que aprovechó la portera para intentar sonsacarle algún detalle escabroso para luego informar a sus vecinas, pero no lo consiguió. El elemento femenino estaba asustado y no iban a colaborar para aumentar el miedo, prudencia era lo que el caso requería, comentaba el sargento a su subordinado momentos después.

Se despidieron de la mujer, tomaron el camino de salida del pueblo por esa zona, el *Camino Sevilla* como lo conocían los lugareños, y fueron pasando entre huertas y corrales, oyendo los balidos de las ovejas y los mugidos de las escasas vacas lecheras. Un hombre venía por el sendero guiando un rebaño de borregos y algunas cabras que levantaban el polvo del camino, dejando este sembrado de cagarrutas. También le enseñaron la foto, sin resultado.

El sargento reconocía para sí que no estaba demasiado seguro del motivo por el que volvían a

la escena del crimen, solo que por ese camino había pasado la víctima y probablemente su asesino, y su instinto hacia allá lo conducía.

Ambos guardias iban distanciados uno de otro diez o doce pasos, como ordena un precepto de su Cartilla, por dos motivos: uno, para evitar sorpresas en descampado, lo que en el pueblo y a esas horas era improbable por no decir absurdo y otro, para examinar con cuidado terreno y personas a medida que avanzaban, que era lo que realmente pretendía el sargento. El cielo estaba cada vez más oscuro, negras nubes lo tapaban y hacía un bochorno terrible. Los fusiles les pesaban en el hombro por lo que se los cambiaban de lado con frecuencia, el sudor corría por la frente y la nuca de los hombres, absorbido en parte por la funda del tricornio. Hasta la cartera de documentos les molestaba en la espalda. Entre las piedras de las tapias se veía algún lagarto tomando el sol, oscurecido esa tarde por las nubes, con pachorra, impávido al paso de los hombres, aunque si se acercaban demasiado se escondía con rapidez. Enemigos mortales de los pobres bichos eran los muchachos, que con el tirador o la honda podían cargarse un buen ejemplar en menos que canta un gallo. Los agrarios decían que la carne de lagarto estaba muy buena, de hecho en algunas tabernas se ofrecía frita, acompañando al vino. Las lagartijas, más desconfiadas o más prudentes, desaparecían pronto entre las piedras. Iban quedando atrás las últimas huertas, el camino polvoriento les conducía fuera de la población, la casa ruinosa donde se encontró el cadáver se hallaba en una senda que se abría a la izquierda, la encontrarían un poco más adelante. Los guardias giraron, la vivienda campestre no estaba lejos, hacia ella se encaminaron sin dejar de observar las cunetas.

Ya se distinguía la casa cuando, al paso de los hombres, algo destelló de repente en la cuneta, algo que sobresalía entre los hierbajos. Se acercaron y los guardias vieron el brillante mango de una hoz, *jocino* le llaman los paisanos, suave por el uso constante.

—¡Coño! —exclamó el sargento—, lo sabía, lo sabía.

Con cuidado la levantó un poco con el pie para verla mejor, la hoja curva y acerada estaba en el fondo, casi enterrada entre la maleza. En el mango no se apreciaba nada especial, así que cogió la herramienta y la examinó. El dentado filo aparecía oscuro, como si lo hubieran embadurnado con algún líquido, pero lo más escalofriante era lo que tenía pegado, pequeños trozos de materia blanquecina, rojiza, verdosa... y maloliente. El sargento supo al instante lo que era.

—Bueno, creo que tenemos el arma que destruyó el vientre a la pobre muchacha; el criminal la mató con la *azoleja* y la desgarró con el *jocino* que luego tiró aquí. Por eso quería venir por este camino, si la herramienta no estaba en la casa debía haberla tirado cerca. Y he acertado —dijo, un tanto vanidoso.

—Es verdad, jefe —respondió con admiración sincera el joven guardia.

—Lo llevaremos a que lo examine el médico para eliminar cualquier duda, aunque pondría la mano en el fuego por lo dicho. Ya no nos acercamos a la casa, se está haciendo tarde y tenemos tormenta —apostilló el sargento, dándole la razón el estallido de un trueno lejano. Le entregó la herramienta al guardia que la envolvió en un pañuelo con cuidado para no desprender la materia pegada y dieron la vuelta hacia el pueblo apresurando el paso. Las nubes habían oscurecido el cielo por completo y comenzaban a caer gruesas gotas.

Parecía que el firmamento había abierto sus puertas de par en par. La lluvia furiosa y los ensordecedores truenos acompañados por relámpagos cegadores les hizo correr hacia la ermita, donde se guarecieron rápidamente. La santera, que había estado cosiendo sentada en el pórtico,



así lo demostraban los trebejos de costura encima de una pequeña mesa, no se hallaba allí, con toda seguridad se había refugiado en la vivienda adosada a la pequeña iglesia y acostado en la cama. Así lo hacían las mujeres del pueblo cuando estallaba una tormenta. De pequeño, la madre del sargento los cogía a él y a su hermano y los obligaba a acostarse con ella y con la abuela, lo que servía a los críos para hacerles pequeñas bromas que no conseguían sino asustarlas más, ganándose en recompensa algunos pellizcos. También su abuelo sembraba el pánico entre las féminas de la familia, burlándose de los truenos y exagerando las consecuencias del temporal, lo que provocaba que la abuela, una vez pasada la tormenta, no le hablara durante un tiempo.

Se quedaron en la entrada, pronto empezaron a formarse charcos y a correr el agua camino abajo, se pondrían los botines y el uniforme perdidos, comentaban los guardias entre ellos. Pero, al menos, refrescaría el ambiente. Callaron. Al fondo y a través de la cortina de agua el sargento contempló la calle sin empedrar y las humildes casas, a cuyas puertas algunos campesinos miraban al cielo esperando que aclarara mientras varios niños chapoteaban en los charcos entre gritos de alegría y, empapados, subían y bajaban a través del inclinado *pértigo* a las cajas de un par de carros de varas parados en las aceras.

Al cabo de media hora empezó a escampar por lo que tomaron los fusiles y bajaron directamente por el camino y la calle embarrados hasta la plazuela *Compañora*, donde giraron hasta llegar a la pequeña plazoleta donde se situaba el cuartel.

El sargento dio parte al teniente de las novedades, la entrevista con la santera y sobre todo el hallazgo del hocino, que le mostró. Cortés lo examinó con atención y estuvo de acuerdo en que lo revisara el médico para comprobar si los restos adheridos eran humanos, ellos estaban seguros, pero había que confirmarlo.

Observando al guardia, dijo con sorna:

—¿Qué pasa Barbancho, te gusta andar bajo la lluvia?

—¡No veas como nos hemos puesto! Pero el deber por encima de todo —respondió el guardia en el mismo tono.

Llamó a Jurado que recogió la hoz de nuevo, la envolvió en su gran pañuelo, y ambos se fueron a la casa del médico, que vivía cerca.

Llegaron, la puerta estaba entreabierta, detrás de ella había una cancela de hierro, llamaron y esperaron. Al poco apareció una mujer mayor que les abrió, un poco sobresaltada ante el intimidante aspecto de los guardias. Llamó con voz trémula al señor de la casa y al instante se presentó don Felipe en mangas de camisa. Los invitó a pasar.

Estaba terminando con un paciente, un hombre mayor con cara pálida que no reflejaba buena salud. Terminó de escribir la receta en un papelito y se la entregó:

—Que te haga este preparado don Buenaventura, el boticario, y te lo tomas disuelto en un vaso de agua en cuanto llegues a casa, verás como se te pasan los dolores.

El hombre preguntó cuánto le debía pero el médico lo empujó afectuosamente a la calle:

—Nada hombre, no es nada, ¿qué te voy a cobrar por el ratito que hemos echado? Ya me mandarás unos espárragos cuando llegue la temporada o si quieres, unas buenas setas dentro de poco, sé que tú coges las mejores.

—Dios se lo pague don Felipe y cuente con un buen canasto.

Hizo pasar a los guardias a su despacho, una habitación amplia con las paredes llenas de libros en estantes de madera y un biombo con visillos blancos que ocultaba una camilla. Enfrente

de la ventana que daba a la calle se situaba una amplia mesa, con una carpetilla de piel verde sobre la que el médico escribía y una lámpara de petróleo que encendía cuando empezaba a anochecer.

—¡Qué buena persona eres! Como sigas atendiendo a la gente sin cobrar no te vas a hacer rico en la vida —dijo el sargento con cordialidad.

—¡Bah, qué le voy a cobrar al pobre hombre! Es viudo, vive con un hijo jornalero y su nuera, ya no puede trabajar y se dedica a la recogida de espárragos y hongos cuando llega la temporada. Los cazadores le dan una propina cuando le encargan la rifa de perdices o liebres por las tabernas, apenas tiene para vivir. Ya sabes que el dinero me importa lo justito y además —dijo ensombreciendo la voz—, ese hombre se está muriendo.

Los guardias quedaron mudos pero el médico no les dio tiempo a expresar ningún comentario. Habían contemplado una muestra de generosidad que el sargento sabía era bastante frecuente, no solo con los enfermos sino incluso con sus colegas médicos. A estos, sobre todo a los nuevos, procuraba mandarles clientes, lo malo es que los lugareños no se fiaban mucho de los jóvenes, al contrario del doctor cordobés que era prácticamente *colodro* después de llevar veinte años en la villa. Al igual que él cuando llegó a Hinojosa, sobrevivían como podían. Si el médico era de familia humilde pasaba más hambre que incluso los maestros de escuela, lo que les movía a muchos era su vocación aunque, por otra parte, era un cargo respetable tanto por la profesión misma como por la preparación obtenida, que los convertía en una de las personas relevantes del municipio<sup>[8]</sup>.

—Bueno señores, decidme que traéis —dijo, fijándose en el envoltorio.

—Pues queríamos que vieras esto —contestó Barbancho, señalando el hocino que el guardia joven dejó al descubierto—, queremos que nos confirmes si estos restos son humanos.

—¿Es la herramienta que faltaba? ¿La que desgarró a la mujer?

—Es lo que suponemos —dijo el sargento.

Moyano tomó el utensilio, miró atentamente su filo, lo olió y exclamó:

—Pues dejad de suponer. Os confirmo que es tejido humano.

Los guardias le miraron sorprendidos por tan rápido dictamen, el médico lo explicó:

—Estoy acostumbrado a las autopsias y lo digo además de por el tejido en sí, por estos pegotes verdosos, son excrementos humanos; he visto muchas veces tripas de animales y estas siempre presentan restos de paja, bellota, etc. Estos están totalmente digeridos, y estos trocitos de carne corresponden al intestino grueso que quedó desgarrado junto con el hígado y el útero —explicó con crudeza.

Los guardias sintieron un estremecimiento a pesar de que habían previsto la respuesta del médico. Este les devolvió el hocino.

—¿Cómo va todo, tenéis alguna sospecha? —preguntó.

—Ninguna —respondió Barbancho—, tenemos a la víctima, tenemos las armas utilizadas, tenemos una medalla que seguro es del asesino, pero no tenemos ni puta idea de quien puede ser ese pedazo de cabrón.

El médico sonrió y los acompañó a la salida.

## XII EL PILAR

Volvieron al cuartel, ya tenían las armas utilizadas en el crimen pero realmente estas no habían aportado ningún dato esclarecedor que indicara un camino claro para la captura del homicida. ¿O sí, pero no lo veían?

A lo largo de la tarde fueron llegando los guardias de su ronda vespertina sin resultado de ningún tipo. Tampoco apareció nadie en el cuartel interesándose por la muchacha asesinada. El sargento se marchó, sabía que su jefe permanecería en el cuartel un rato más. Era temprano aún, las diez más o menos, se fijó en el reloj de la iglesia de San Juan al pasar, faltaban cinco minutos para esa hora. A pesar de la tormenta y a que había refrescado bastante, todavía había jaleo en la calle, lógicamente para los residentes en el pueblo, quizá menos de lo habitual en un día como este debido a la noticia que había alterado a las gentes. Los campesinos se habían recogido pronto, mañana volverían a los campos, pero esta vez lo harían animosos, ya faltaba poco más de una semana para la feria y dispondrían de una entera para sus negocios y disfrutar un poco.

Mientras caminaba hacia su casa el guardia no dejaba de darle vueltas al crimen, principalmente a la forma tan aterradora de la muerte de la muchacha. ¿Por qué el asesino se vengaría de ese modo? Estaba convencido de que era una especie de venganza, una mujer tan joven no podía haberle opuesto demasiada resistencia. ¿Por qué encarnizarse de ese modo si ya estaba muerta? La teoría del médico de que fuera impotente cobró fuerza, era lo más lógico, un loco perdido que no pudo consumar su agresión y se vengó destrozando lo que no pudo gozar. Pero había infinitas interrogantes, la más inexplicable era cómo el criminal pudo conseguir que la muchacha fuera sola a la casa de campo, aunque en ese momento se le ocurrió que pudo convencerla utilizando a otra persona, un cómplice. No veía ninguna explicación lógica pero también sabía por experiencia que todo delito la tenía, por absurda que pudiera parecer en los primeros momentos de la investigación.

Su familia había llegado hacía un rato, faltaban los mozalbetes, pero estos tenían edad para rondar un poco más. Barbancho cenó con su mujer y su suegra oyendo distraídamente la chachara de las mujeres que prudentemente no le preguntaron en demasía por el asunto que había trastornado la paz de la villa.

Se acostó pronto, sobre las once y media de la noche, al día siguiente madrugaría y se patearía todo el pueblo, sería una jornada dura.

A las seis de la mañana el guardia se despertó totalmente despejado al venirle a la cabeza los acontecimientos de los últimos días. Saltó de la cama, se aseó ligeramente, vistió el uniforme y salió a la calle después de un desayuno reconfortante. El pueblo empezaba a rebullir si bien los que trabajaban en las afueras, hortelanos y agrarios, ya estarían haciéndolo desde horas aún más tempranas.

Marchó al cuartel que todavía no había abierto sus puertas y, después de charlar un rato con la pareja de retén de la noche, entró en la oficina del teniente y se sentó en la silla de su jefe apoyando los pies sobre la mesa. Con el cigarro en la comisura de los labios tomó los telegramas de Córdoba y las fotos de la muchacha observándolas con atención. Las volvió a dejar en el escritorio y se quedó mirando la humilde estancia, pensando, dándole vueltas a todo lo ocurrido desde el asesinato. Su memoria fotográfica repasó los hechos, desde el hallazgo del cadáver hasta su traslado al cementerio, la autopsia, las fotografías, las herramientas causantes de la carnicería..., era raro que se le escapara algún detalle. Sintió un *punzonazo* de pena, la joven tendría familia que la estaría buscando con desesperación, era lo lógico, pero ya habían pasado dos días y lo que no entendía era que nadie se hubiera interesado por ella. La víctima era casi una niña, ¿cómo es que no habían recibido ninguna denuncia de su desaparición? El asunto era de locos.

Siguió cavilando mientras contemplaba distraído el humo de su cigarro elevándose en espiral hacia el techo.

Esperaba que no se tratara de una vagabunda, una muchacha que viajara sola, si así fuera sería difícil identificarla pero descartó la idea, las ropas que vestía eran de buena calidad y estaban limpias. Cada vez estaba más seguro de que pertenecía a alguna familia de comerciantes que hacían las ferias en los pueblos grandes de la zona, tanto de la provincia como de las vecinas Badajoz y Ciudad Real, por estar Hinojosa situada entre ambas. Si la niña fuera del pueblo ya la habrían identificado, sin duda. Además, no podía viajar sola, sería un peligro constante para ella, saltaba a la vista que no pasaba inadvertida por su belleza y gracia al decir de la santera. En los tiempos actuales la comarca no era conflictiva ni había delincuentes por los caminos, la Guardia Civil había acabado hacía años con los contrabandistas y bandoleros que poblaban Sierra Morena pero aún así, era un disparate creer que una muchacha marchara sola por los caminos. Su mente viajó entre sus vecinos, después del comunicado de Córdoba sobre la medalla de la prostituta apenas le quedaban dudas de que el asesino fuera del pueblo. Pero, ¿quién podría ser? En los tres años que llevaba en Hinojosa por lógica, y anteriormente porque nunca había perdido contacto gracias a las cartas familiares y a algún día de permiso, no recordaba ningún caso tan terrible ni ningún elemento que se hubiera destacado por su violencia sin sentido. Intentó evocar algún caso del pasado en el que un perturbado hubiera cometido un crimen similar pero no lo logró, simplemente porque no había ocurrido nada tan espeluznante. Tampoco conseguía sentir esa especie de vacío en el estómago, como un latigazo, cuando entreveía una posibilidad de solución, aquella sensación raras veces le fallaba pero aún no había aparecido.

Poco a poco fue apareciendo el resto de guardias. El sargento nombró una pareja para la vigilancia del cuartel, relevando a los que habían estado de noche y los demás quedaron a la espera de sus órdenes.

Jurado apareció sobre las ocho de la mañana, fresco, simpático:

—¿Qué tenemos para hoy mi sargento? ¡Dispuesto para lo que usted mande!

Su jefe lo miró con semblante serio que no intimidó al guardia joven, sabía que le caía bien y podía permitirse aquellas ligeras confianzas.

—¡Como siempre! ¿O te ha pasado por la cabeza desobedecerme alguna vez? Iremos tres parejas al prado del Pilar a preguntar a los feriantes, es el único camino por donde tirar de momento. El trabajo de los guardias ayer por la tarde, mostrando la fotografía de la muchacha no ha dado resultado. Mientras, esperaremos al teniente.

El telegrafista le entregó un cablegrama recibido en ese momento. En él, la comandancia de la capital le informaba que, en los próximos días, recibirían el apoyo de dos números de los cuarteles vecinos. El teniente llegó al poco, informándole su subalterno del contenido del telegrama que no entusiasmó a ninguno, aunque reconocieron que la ayuda les vendría bien. Podían destinar a estos dos guardias, vestidos de paisano por ejemplo, a merodear por el pueblo mezclándose entre los forasteros. Manifestó al jefe su intención de seguir investigando por el Pilar y quedaron de acuerdo, el oficial quedaría pendiente del telégrafo a la espera de novedades por parte de la capital, casos tan graves siempre producían inquietud y, en muchos casos, órdenes contradictorias de las altas esferas, tenían que estar atentos. Los guardias de caballería, como estaba previsto, partieron a los cuarteles dependientes de la línea de Hinojosa con las fotos de la víctima. A su regreso, una vez cumplida la misión, recorrerían las fincas del término municipal a su cargo.

Llamó al cabo Fuentes y a los guardias que lo acompañarían y el grupo, capitaneado por Barbancho, se fue para el Prado del Pilar atravesando la larga calle, que tenía tres nombres desde la Plaza hasta el Parque: Corredera, San Diego y Villeta.

Imponía el desfile de guardias con sus fusiles colgados al hombro, los paisanos los miraban impresionados, al sargento no le gustaban demasiado estos alardes pero no podía perder el tiempo en minucias. Su mujer estaba en la puerta de casa hablando con una vecina. Puso cara de asombro cuando vio a su marido y a los guardias detrás. Cuando pasó a su altura, Barbancho, sin alterar el semblante, le guiñó un ojo y siguió su camino.

Aunque faltaban varios días para la feria, en el ambiente ya se iba notando animación, los primeros feriantes estaban instalando sus puestos en esta zona de la calle. Atravesaron el Parque y llegaron al Prado, los guardias se repartieron el trabajo, dos parejas al mando de Fuentes trabajarían la zona próxima al Parque y Barbancho y Jurado se fueron más allá, al final de la explanada, junto al Pilar, zona cubierta de eucaliptos, donde se iban situando los últimos visitantes con sus ganados. Paraban a cualquier persona de edad madura y le mostraban la foto, no obtenían más que miradas de curiosidad y sorpresa al contemplarla. Preguntaron al dueño de una huerta próxima a donde se hallaban, se desplazaron hacia el camino de Pozoblanco donde enseñaron la foto a las mujeres que lavaban su ropa en Los Lavaderos, se dieron la vuelta y se desplazaron a la salida del pueblo por el camino de Belmez; observaron a cuanto forastero y lugareño pululaba por el sitio y finalmente regresaron a los alrededores del acogedor manantial, a la sombra de los eucaliptos a descansar un poco, sin por ello dejar de estar vigilantes. A sus espaldas destacaba una fábrica de secado de lana con su alta chimenea.

Se estaba bien allí, el frescor de las albercas del Pilar<sup>[9]</sup> aminoraba la sensación de calor que pronto se empezaría a notar. Del sólido muro y mediante cuatro caños, dos a cada lado, brota generosamente el agua procedente de un venero que atraviesa el lugar y que colma del precioso líquido, hasta hacerlas rebosar, las dos cisternas, una delante y otra mucho más extensa detrás. En

ellas, entre ovas verdes, saciaban su sed las bestias de los campesinos cuando llegaban al pueblo. Los antiquísimos estanques eran el hogar de abundantes sanguijuelas que, en verano, los niños se entretenían en sacar con un palo y que se utilizaban para descongestionar a los pacientes con exceso de sangre. También los agrarios revisaban con frecuencia la boca de mulas y burros por si se les había trabado alguna al beber, lo que era frecuente. De la bella pared de sillares de granito surgen dos arcos de hierro fundido que sujetan una baranda del mismo metal a ambos lados, como balcones desde los que asomarse a las grandes pilas de piedra. La fuente surtía por sus caños agua copiosa y fresca al caminante y a las mujeres de aquella zona del pueblo que llenaban allí sus cántaros, transportándolos con gracia, uno sobre la cabeza y otro apoyado en la cadera. Al guardia siempre le había llamado la atención esta habilidad, aunque cuando era mozo se fijaba, más que en su destreza, en el contoneo de caderas de las féminas, jóvenes y menos jóvenes, bueno, cuando era mozo y ahora, bien es cierto que Jurado lo superaba en aplicación. Con esta actividad, la mayoría de las mujeres *colodras* se mantenían fuertes y flexibles, sin renunciar a su andar esbelto y airoso, siempre coqueto. Una moza alegre y desenvuelta tuvo que ser la inspiradora del Marqués de Santillana siglos atrás, cuando compuso su célebre serranilla *La vaquera de la Finojosa*, que hablaba de la gracia y belleza de aquella hinojoseña medieval. Y el lugar del encuentro, aún sin ninguna razón de peso y sin existir todavía la fuente, tuvo que ser en este prado, juraría el guardia a quien se lo preguntara.

Tales reflexiones fueron interrumpidas de súbito cuando el sargento y el guardia Jurado advirtieron un revuelo cerca de donde estaban. Algunas gentes hacían aspavientos con los brazos y les pareció que una mujer lloraba, allí estaba uno de los guardias hablando, seguro que les había enseñado la foto, podía haber algo.

Se acercaron con celeridad y oyeron las conversaciones agitadas.

—¡Claro que la conozco! —decía un hombre con aspecto de pastor, muy alterado—. ¿Pero cómo puede ser? ¡Dios mío, no, no, es imposible! ¡Tiene que ser una equivocación!

Una mujer lloraba desconsolada a su lado, debía ser su esposa. Barbancho tomó rápidamente el control de la situación.

—¡Vamos señores, un poco de tranquilidad! —proclamó con voz firme.

Se había formado un corrillo, dentro del cual había bastantes paisanos del hombre que estaba hablando. Eran ganaderos del vecino pueblo de Monterrubio de la Serena, a poco más de treinta kilómetros de Hinojosa.

—¿Dice usted que conoce a la víctima? —preguntó Barbancho cuando pudo hacerse oír.

—Sí sargento, esta muchacha —dijo señalando la foto que le había mostrado el guardia— es la hija de Fulgencio Monterroso que está al llegar al pueblo para la feria. Mandó a la niña por delante con nosotros, se llama Guadalupe, ¡qué desgracia, no puede ser! —repetía a grandes voces.

El revuelo seguía creciendo, muchas personas se acercaban para enterarse de qué pasaba pero el sargento ya había tomado el mando de la situación. Los otros guardias mantenían a distancia a los curiosos.

—¿Entonces conocen a la familia, no es así?

—Los conocemos de siempre —contestó el hombre.

—Vamos a ver, ¿me pueden explicar entonces por qué la joven estaba sola en el pueblo, sin la compañía de ustedes?

—No estaba sola. Como le he dicho, había venido con nosotros. Somos ganaderos que todos los años venimos con las ovejas a la feria. La niña se quedaba en casa de una familia del pueblo a la que sus padres arriendan la casa.

—¿Del pueblo? Entonces ¿cómo es que no la han echado en falta?, lleva dos días muerta.

—No lo sé, yo tampoco lo entiendo —el hombre estaba aturdido, parecía culpable por ignorar la respuesta.

—Bueno, ya lo averiguaremos. A ver, cuénteme qué es eso de quedarse en la casa y el nombre de sus propietarios —inquirió Barbancho, con mirada seria.

—Verá usted —respondió el ganadero, intentando serenarse—, como le digo, sus padres y hermanos hacen la feria en Hinojosa desde hace tiempo. La niña, que ya es una mujer, bueno que era, les acompañaba, era la más chica de la familia. Se quedaban en la casa de unos alfareros, los Arellano, que viven por el camino de Belalcázar, a los que usted seguramente conoce. Entonces, igual que el año pasado, nos dijeron que mandarían a la muchacha por delante con nosotros como le he dicho, que ellos tenían que terminar con los preparativos para la feria y que llegarían al pueblo en una semana más o menos, o sea, ya mismo. Nosotros la dejamos en esa casa nada más llegar aquí y ella venía a visitarnos de vez en cuando.

—¿Y ustedes ven lógico que esa familia no haya dado parte al cuartel de una joven que lleva dos días desaparecida? —insistió el guardia.

—De eso no sabemos nada sargento, es raro que no lo hayan denunciado —le dio la razón el hombre.

—¿Dónde se hallaban ustedes ayer por la tarde? Varios guardias estuvieron en este sitio con la foto de la joven.

—No vimos a ningún guardia, nos habríamos ido a la casa donde nos quedamos antes de que llegaran.

La mujer seguía gimiendo, los ganaderos, desconcertados, no podían asumir lo sucedido. Barbancho siguió preguntando y, a duras penas, consiguió enterarse de a qué se dedicaba la familia de Guadalupe. Tenían un negocio de artículos de metal, reparaban y confeccionaban cacharros de uso común, desde sartenes a cántaras de aceite y también artículos de decoración más lujosos, como candelabros y lámparas de bronce, de donde sacaban el mayor beneficio. Trabajaban con sus dos hijos y marchaban bien, todos los años, desde hacía muchos, acudían a la feria de Hinojosa entre otros pueblos. Era frecuente que vinieran a la feria gentes de las cercanas regiones de Extremadura y La Mancha, incluso de mucho más lejos, atraídas por su fama y perspectivas de buenos negocios, sobre todo los tratantes de ganado, aunque también de aperos para el campo y de comercio en general como era el caso de los padres de la joven.

Después de un buen rato de conversación, a veces difícil por querer participar todos los presentes, el guardia les ordenó que avisaran a los alfareros que acogían a la joven en su casa para que se presentaran de inmediato en el cuartel.

Quedaba la duda más importante, cómo esta familia, que el sargento efectivamente conocía, no había denunciado la desaparición de la muchacha, no era lógico, debía tener su explicación pero no acertaba cuál sería. Vio alejarse a un muchacho enviado por la gente de Monterrubio para cumplir su encargo. La mujer seguía llorando, los hombres estaban trastornados.

Ya no tenía objeto seguir la investigación en el Pilar, por fin habían conseguido identificar a la joven asesinada, así que miró a su alrededor y se dispuso a regresar al puesto, observando

entretanto a los curiosos que se habían agolpado en buen número. Estos, viendo la cara seria del guardia, empezaron a disolverse volviendo a sus tareas, murmurando la desgracia de la joven y la brutal noticia que esperaba a su familia. Mandó regresar al cabo Fuentes y a una pareja, la otra seguiría en el Prado con los ojos bien abiertos, nunca se sabía qué podía surgir y en qué momento, así que después de un rato contemplando el trabajo de los tratantes Barbancho se encaminó, acompañado de Jurado, al cuartel, a la espera de la familia responsable de la joven.

En ese momento sonó el toque del Angelus.



## XIII LA FERIA

Cuando llegó, aún no habían aparecido los alfareros. Puso al teniente al tanto de lo ocurrido, recibiendo de este un breve elogio por la rapidez en la identificación de la muchacha para inmediatamente imponer su sentido práctico:

—Bueno, ya sabemos quién es la víctima. Vamos a comunicarlo a los compañeros de Monterrubio para que lo notifiquen a su familia y que nos amplíen información sobre ella.

Pasó la nota al telegrafista y quedaron a la espera.

Al cabo de media hora se presentó el matrimonio de alfareros con la cara descompuesta, la de la mujer llorosa y enrojecida. Los guardias imaginaron que el muchacho de Monterrubio les había soltado la noticia a bocajarro.

Se dirigieron a Barbancho:

—¡Sargento, dígame que no es verdad, por Dios! —gemía la mujer con acento desesperado.

El guardia compuso una mueca de comprensión, respondiendo a la mujer con palabras vagas y del modo más tranquilizador posible. Luego hizo sentar al matrimonio en unas sillas y esperó a que se serenaran un poco.

—Pero ¿cómo ha podido pasar? —preguntó el marido, tan alterado como su esposa, al cabo de unos instantes.

—No lo sabemos todavía Alfonso —contestó el guardia tratándolo con afabilidad—, pero tenemos que averiguar quién lo ha hecho, por eso os hemos mandado llamar. Queremos que nos expliquéis algunas cosas, pero la más importante es por qué no habéis denunciado la desaparición de la muchacha después de un par días sin aparecer por vuestra casa.

—Porque no había desaparecido. Estaba con su amiga.

—¿Cómo? —preguntaron casi al unísono sargento y teniente.

El hombre estaba anonadado y tardó en comprender que debía aclarar la situación, su mujer no paraba de sollozar.

Respondió al cabo de un rato:

—Pues verán —logró articular al fin—, Guadalupe, la niña que vivía con nosotros, era muy amiga de la hija mayor de Santiago Caballero, el de la tienda de ultramarinos, y estaban todo el día juntas. Santiago vino el sábado pasado con las dos muchachas a decirnos que iban a pasar unos días en El Viso, donde tienen familia, y por motivos de negocio, allí compra al por mayor

botas camperas a un zapatero de vez en cuando, pero que volverían para la feria, lógicamente. Las crías le habían calentado la cabeza para que dejáramos ir a Guadalupe con ellos y al final, mi mujer y yo consentimos. No nos gustaba demasiado porque somos los responsables, pero las niñas tenían tanta ilusión... Por eso no hemos denunciado nada, Guadalupe se fue con la familia de Santiago. ¡Dios mío, si llegamos a saber lo que iba a pasar! —se lamentaba el hombre.

—Nadie podía saberlo Alfonso, pero ¿te das cuenta de lo que me estás diciendo? —exclamó el sargento, que se había envarado con la respuesta del alfarero.

—¿Qué? —respondió el hombre con la mirada perdida.

—Que si me dices que la niña se fue con los Caballero al Viso, ¿cómo es que ha aparecido muerta en el pueblo?

El hombre se quedó mirando al guardia, sin entender.

Intervino la mujer.

—¿Están seguros de que es Guadalupe? —preguntó, entre lágrimas, con expresión esperanzada.

—Estamos seguros desgraciadamente, los ganaderos de Monterrubio nos dijeron que se quedaba con vosotros y además..., comprobadlo —dijo, enseñándoles la foto.

La mujer la contempló y se dio la vuelta gimiendo. Barbancho volvió a preguntar a Alfonso cómo era posible lo sucedido, el hombre no sabía qué contestar, nada tenía sentido. El teniente, reaccionando con prontitud, ordenó al telegrafista que enviara comunicación al cuartel de El Viso pidiendo que localizaran a esta familia con urgencia y les ordenaran regresar de inmediato a Hinojosa, sin ningún tipo de excusa. Lo hizo en el acto.

Mientras, el sargento animó al matrimonio a seguir hablando lo que hicieron después de un gran esfuerzo por recuperarse.

Guadalupe, la muchacha asesinada, vivía en realidad a caballo entre las dos casas, explicaban. En la de ellos pernoctaba pero, al estar todo el día con Inés, la hija de los tenderos, en casa de estos comía casi a diario y solo aparecía en la casa de los alfareros al anochecer. Así lo hacía desde el año pasado, no era infrecuente, las dos familias se conocían de sobra por lo que sentían que la joven a su cargo no estaba sola. La vida era la normal de dos muchachas, ayudaban un poco en las respectivas casas, hacían la compra, visitaban a Santiago en su tienda y luego, la mayor parte del día lo dedicaban a curiosear por los tenderetes de los feriantes. En cuanto a dejarla ir a El Viso no había mucho que hablar. A pesar de las primeras reticencias tenían absoluta confianza en la familia del tendero, la muchacha iba acompañada de mujeres y en la zona reinaba la tranquilidad, los niños estaban todo el día en la calle y por los campos cercanos, nunca había ocurrido nada preocupante. Finalmente comentaron que todos ellos trabajaban de la mañana a la noche por estar próxima la feria, la mejor temporada del año para su negocio, y no tenían un momento de descanso, así que no les venía mal despreocuparse de la muchacha sabiendo que estaba en manos de gente de fiar.

El sargento vio lógica la explicación. Tanto él como el teniente estuvieron cerca de media hora preguntándoles sobre la joven muerta y su familia. Los alfareros los habían conocido hacía tres años, cuando fueron a pedirles alojamiento para la feria y desde el primer momento les cayeron bien, eran gente seria, con la honradez propia de estos lares.

—La niña tenía por aquel entonces quince años y ya era una belleza, incluso nuestros hijos que son algo mayores estaban un poco enamoriscados de ella, cuando iba llegando la temporada ya la

esperaban con ilusión —comentaba la madre entre sollozos.

Y en cuanto a mandar los monterrubianos a su hija un par de semanas al pueblo, antes de las fiestas, dijeron que el año pasado fue la primera vez por la insistencia de la niña en pasarla con su amiga Inés, era como una temporada de vacaciones ya que luego, durante la feria, tenía que ayudar a los suyos en el negocio.

—Los padres la dejaron venir porque era su ojito derecho y confiaban en nosotros. ¡Dios mío, pobre madre cuando se entere! ¿Qué le vamos a decir? —gimió de nuevo la mujer, volviendo a llorar sin consuelo.

Siguieron hablando pero nada más aportaron que interesara a los guardias, por lo que estos dieron por terminado el interrogatorio y la pesarosa familia se fue para su casa.

Los dos jefes se miraron entendiéndose, había que pasar por estos tragos, pero al menos había quedado clara la incógnita de por qué no se había denunciado la desaparición de la muchacha. Faltaba averiguar el motivo por el que la niña no viajó a El Viso. El teniente preguntó a Barbancho:

—¿A qué se dedica este matrimonio?

—Tienen unas tierras, pocas, y una huerta, pero su principal negocio es la alfarería. Estos días son su mejor época, se dedican no solo a los botijos y cántaros, también fabrican recipientes vidriados de buena calidad como macetas, floreros, paragueros, etc. y los venden en la feria. Sacan buenos dineros, por eso decían que estaban muy ocupados, les vale la pena. Los chavales les ayudan y por lo que tengo entendido marchan bien.

No hablaron más, Barbancho se despidió del teniente hasta la tarde.

Mientras caminaba hacia su casa, el sargento iba cavilando sobre la reciente entrevista y los golpes que podía dar la vida. «No quisiera estar en el pellejo de los padres cuando se enteren de la muerte de su hija, una muchacha normal en todos los aspectos por lo que han dicho cuantos la conocieron. ¿Qué podía haber pasado para que la cría no fuera a El Viso?» Volvió a repetirse las preguntas que no desaparecían de su cabeza: «¿Por qué habría ido sola a las afueras del pueblo estando siempre acompañada? ¿Quién la habría persuadido para hacerlo? Porque desde luego había acudido convencida, con absoluta normalidad, así lo demostraba la alegría y el desparpajo de la muchacha cuando fue vista por la santera de San Gregorio. Y finalmente, la gran cuestión: ¿Por qué una muerte tan espantosa?» Nada tenía sentido para el guardia.

Los comentarios que la familia de alfareros había hecho sobre los feriantes reflejaban atinadamente su modo de vida. Era duro su trabajo, el estar fuera de sus casas, el montar y desmontar los puestos y acomodarse en una vivienda en el mejor de los casos o en la calle lo más frecuente, el llevar y traer mercancías... Sobre todo los ganaderos, que tardaban varios días en el transporte de su ganado, por ello algunos ya habían llegado al pueblo y cada día aparecían por los caminos nuevos rebaños. Al llegar, alquilaban de un año para otro los espaciosos patios de las casas, allí albergaban los animales, sobre todo mulas y allí dormían en el suelo, envueltos en sus propias mantas. Luego, al amanecer, se llevaban el ganado al Prado y no volvían hasta la noche. Algunos se quedaban de guardia en el Pilar custodiándolo en corrales construidos por ellos mismos, no se fuera a escapar algún animal o mezclarse con otros, robarlos era muy difícil. Pero la mayoría los sacaban al Prado para exponerlos durante el día y luego los guardaban al anochecer

en las casas arrendadas, donde disponían de cuadras con pesebres. Los cochinos se vendían separados del resto del ganado, en una era próxima, atravesando el camino de Pozoblanco en dirección a la ermita de Santo Domingo. La vida de estas gentes no era fácil pero sí agradecida, casi todos volvían a sus pueblos con buenos dineros que les permitían, una vez terminada la campaña de ferias, vivir con más desahogo durante el año, les suponía un complemento sustancial a su economía.

La feria de Hinojosa era muy importante y cada año crecía más. Estaba considerada como de las más notables, no solo de Andalucía, sino de toda España, sobre todo en lo que se refiere al ganado mular, de gran calidad, sin olvidar el resto de animales. Se celebraba durante la última semana del mes de agosto, mes en que se había terminado de recoger la cosecha más importante del año, la del trigo y la cebada, cuyo grano ya reposaba en las *cáramas* y la paja en los pajares; la dura faena había terminado por unos días y con dinero fresco en el bolsillo el agrario pagaba las deudas contraídas a lo largo del año al herrero y al carpintero, que les habían arreglado el carro, al zapatero, al tendero de ultramarinos..., y adquiría lo necesario para el próximo. Fundamental era la compra de una buena yunta de mulas si las propias ya eran viejas; había ancianos que la recordaban como una de las vicisitudes importantes de su vida: «Eso pasó el año antes de comprar las mulas, fue después» decían, era obvia la trascendencia de ese episodio en su existencia.

No solo era importante la agricultura y, por supuesto, la ganadería, sino la industria, como lo demostraba la gran cantidad de particulares y hasta de fábricas que se dedicaban al comercio de la lana, dada la gran cabaña de ovejas que se criaba en el municipio. Esta actividad producía prendas de vestir y de abrigo en importantes cantidades que no solo cubrían las necesidades de los vecinos sino que les permitía exportar, vendiéndola al comercio de Sevilla, lo que suponía otra fuente de riqueza. El pueblo había tenido una industria considerable que, actualmente, con la competencia de las fábricas de las ciudades grandes, había disminuido mucho. Aún así había molinos de aceite, fábricas de harina, hornos de tejas, fábricas de jabón, de sombreros y de curtido de pieles, artículos que se vendían en ferias lejanas como Guadalupe y Almagro y se llevaban a Málaga y otros puertos, de donde se exportaban al resto del país y a ultramar hasta que se fueron perdiendo las colonias. Trabajaban artesanos de todo tipo, los más importantes y necesarios eran los herreros y carpinteros, pero también zapateros, albañiles, alfareros, panaderos, muchas tejedoras de lienzos comunes y de costales, y muestra de la actividad de la villa era el gran número de profesionales existentes, abogados y notarios, boticarios, veterinarios, médicos...

El pueblo importaba en algunas ocasiones aceite, ganado vacuno y productos industriales, hierro y madera principalmente, pero su economía se basaba en la agricultura y ganadería donde trabajaba bastante más de la mitad de la población. En los años buenos exportaba todo tipo de cereales, destacando el trigo y la cebada, y ganado, como cerdos y ovejas, además de los productos de la industria propia.

Al calor de este comercio, existía en el pueblo y en la comarca una profesión muy antigua y necesaria dada la escabrosidad del terreno en cuanto se salía fuera de la población, sobre todo en dirección a la capital por tener que atravesar Sierra Morena: era la de los arrieros, osados y duros comerciantes que, a lomos de mulas y burros, se desplazaban hasta donde hiciera falta llevando mercancías de todo tipo. Incluso había motes en el pueblo, como los «*jarreretes*», degeneración

de «*arrieretes*», probablemente porque la familia en cuestión era de baja talla, aunque no debían ser bajos en carácter y determinación. Con las consiguientes paradas en los pocos pueblos camino de Córdoba, se tardaba en llegar a la capital una semana, eso con buen tiempo, el guardia imaginaba lo terrible que debía ser atravesar aquellos montes en invierno o con lluvias.

Las mujeres compraban una buena colección de telas para que la familia tuviera ropa todo el año, los vestidos los confeccionaban las madres, tías o abuelas, era lógico estar deseando que llegara la feria, se abastecían de los enseres, ropas y utensilios que hacían falta para la casa. A los niños y niñas les hacían zapatos o sandalias los zapateros de confianza, se compraban libros, lápices y cuadernos para la escuela y a los más ricos una buena cartera de piel de vaca. Los críos esperaban con ilusión la llegada de los feriantes con los aparatos de feria, *cacharritos* les nombraban. Se tiraban todo el día contemplando la instalación de las barcas, del ti vivo, las casetas de tiro pichón, y por supuesto los puestos de golosinas, de los que no despegaban los ojos. La víspera ya estaba toda la zona del Parque llena hasta los topes, así como las calles desde la Plaza, se salía a *bichear* por los tenderetes, pasear y admirar las atracciones.

El día de San Agustín, 28 de agosto, se iniciaba la feria con una misa en la iglesia mayor, preludeo para lo que sería una semana de negocios, fiestas y regocijo general. A la salida de la ceremonia, todo el pueblo se dispersaba por la calle principal en dirección al Parque y al Pilar, donde, en su amplísima explanada se desarrollaba el negocio de los tratantes. Era impresionante contemplar esta llanura en la semana de feria, un inmenso mar de cabezas de ganado y de hombres que, armados con varas de olivo, se pasaban todo el día ojeando los animales. Imagen frecuente eran los burros y mulas revolcándose en el suelo de tierra para desprenderse de los parásitos, agitando las patas en el aire y refregándose tanto por un lado del lomo como por el otro; luego las bestias se levantaban aliviadas y se quedaban mirando al frente con mirada ausente, satisfechas.

Pero el espectáculo curioso era el de los tratos de animales, cuando un lugareño se ponía al habla con un tratante y si este además era gitano, por lo general impecablemente vestido con traje y sombrero cordobés, el regateo era imprescindible. Se iniciaba con un precio desorbitado que el paisano despreciaba olímpicamente, dándose la vuelta como amenazando irse y cuando llevaba tres o cuatro pasos, el gitano le increpaba, quejándose del precio ofrecido que lo iba a llevar a la ruina, decía, lo rebajaba un poco y vuelta a empezar. Después de discutir durante bastante tiempo, iban acercando posiciones hasta que finalmente llegaban a un acuerdo, con el consiguiente alivio por parte de los espectadores que habían soltado más de una carcajada en su transcurso. Una vez hecho, el paisano extraía de la faltriquera la cartera cogida con una ancha goma y sacaba los billetes, los contaba con parsimonia, el tratante volvía a contarlos y puestos de acuerdo, cogía unas enormes tijeras y daba un picotazo en la anca del animal. Ya estaba marcado y podían irse a celebrarlo. Si se caían bien los dos, podían cargarse el beneficio obtenido por cada uno en el trato, pero eso sí, la cogorza la recordarían durante mucho tiempo.

Este era el negocio principal. Las cabezas de ganado que se comercializaban en la feria eran difíciles de cuantificar, pero un cálculo aproximado lo cifraría en torno a las ocho mil mulas, cerca de cinco mil asnos y seiscientos caballos; más de diez mil ovejas y cinco mil cerdos, además de dos mil vacas y cabras, en conjunto estas últimas. De todo este ganado se vendía al menos la mitad, lo cual situaba a Hinojosa como la segunda feria de España y la primera en ganado mular. Este animal era el más importante, el más apreciado y valioso. Las mulas y mulos, procedente del cruce de yegua y asno y viceversa, no podían reproducirse pero tenían en cambio

una resistencia y fuerza que los hacían ideales para las duras labores agrarias. Hinojosa era famosa por esta bestia a cuya cría se dedicaban ganaderos del pueblo y comarcas cercanas para luego venderlos en la feria anual, destacando los gitanos, especialistas desde siempre en este menester. Los agricultores habían desplazado por su lentitud y por su exagerado peso a los bueyes, aunque todavía se utilizaban algunos, pero las mulas se habían convertido en la herramienta básica para las labores del campo. De ahí la asombrosa cifra de animales que se vendían y la riqueza que generaban.

Importantísimo también era el ganado lanar, muy apreciado por su leche, lana y piel. Y mención aparte, el cerdo, alargado y de pelo negro o rojizo, que también se criaba, además de por toda la comarca, por la cercana Extremadura, famosa desde antiguo por sus espléndidos jamones, aunque los de Hinojosa no tenían nada que envidiarles, lógico, los *colodros* habían sido extremeños hasta hacía poco más de setenta años. Era curiosa la forma de llevar los cerdos a pastar a los encinares: el porquero, armado con su trompetilla, la hacía sonar delante de las casas de los dueños del cochino, con los que había acordado su alimentación en el campo. A esa señal, el cerdo salía de la cochiguera que su propietario había abierto previamente y se unía a la piara. A la vuelta, el mismo sistema, tocaba la trompeta para avisar al dueño y cada cerdo entraba en su casa, directamente al *tinahón*, así llaman los lugareños a la pocilga.

Las mujeres, por las mañanas, recorrían todos los tenderetes hasta el Paseo, las calles San Diego y Villeta estaban atestadas de puestos situados delante de las casas, en las espaciosas aceras, más espaciosas cuanto más cercanas al Parque. El bullicio no paraba en todo el día, las conversaciones, el regateo de matronas y vendedores, los niños tocando los cencerros y mirando los juguetes y los gritos de los comerciantes ofreciendo sus productos, formaban una algarabía que duraba hasta la noche. Unos vendían botas de cuero de vaca, otros aparejos para las mulas, otros cencerros, cascabeles y artículos mil para la ganadería; había tenderetes con juguetes y dulces y turrones con los que soñaban grandes y chicos durante todo el año.

En el Parque colgaban globos y banderas nacionales de papel de vistosos colores y en las tabernas se vendían berenjenas en vinagre, patatas fritas y, por supuesto, soberbias tapas de lechón frito, la tapa más popular en feria y única ocasión en que se devoraba a los pequeños descendientes del cerdo. Para beber, el buen vino manchego o de Villaviciosa, el vermut de barril mezclado con sifón, y una bebida que había llegado muy recientemente y que se consumía sobre todo en las capitales: la cerveza, amarga pero refrescante, el problema es que era bastante cara y los *colodros* no estaban muy dispuestos a aflojar la bolsa por una agria y casi desconocida bebida. Para mujeres y niños zarzaparrilla, limonada y horchata fresquita, además de helados que el heladero portaba en un pequeño carrito con dos depósitos cubiertos por tapaderas de chapa.

No hacía mucho y gracias a la luz eléctrica, los comerciantes de hielo habían inventado los *polos*, pequeños cilindros de nieve dura como una piedra a la que añadían líquidos dulces de diferentes colores. Los niños se pasaban toda la tarde dando vueltas al Parque y chupando el polo sin conseguir derretirlo. Y no faltaban espectáculos. En el tablado del Parque actuaban las estrellas de la copla y los mejores cantaores de flamenco. En una zona más apartada se instalaba la gran carpa del circo, donde lugareños y visitantes contemplaban boquiabiertos animales que en su vida habían visto y disfrutaban con las acrobacias de los atletas y con las gracias de los payasos. No faltaba la tómbola en la que, con un poco de suerte, los vecinos se llevaban a sus casas regalos que de otro modo nunca habrían comprado. Pero el espectáculo más importante, que

se celebraba cuando el año había sido bueno y el Ayuntamiento había llenado un poco las arcas municipales, era la corrida de toros. Hacía ocho años Hinojosa fue actualidad en todo el país debido a una circunstancia que pudo acabar en tragedia. Cuando el torero cordobés «*Machaquito*» se disponía a torear un morlaco, se hundió uno de los tendidos de la plaza cayendo muchos espectadores al interior del ruedo y quedando a merced del astado, que acababa de salir, fresco y furioso. El torero, con un valor inusitado, se fue para el animal y, arriesgando su vida, lo mató de un certero estoconazo. Por este motivo se le concedió la Cruz de Beneficencia, apareciendo la noticia de su proeza en todos los periódicos de España.

La mayoría de las mujeres, que apenas salían de sus casas en todo el año salvo para las celebraciones religiosas, disfrutaban sentándose en mesas que los taberneros colocaban delante de sus locales y con un buena rosca de churros, *guñelos* los llaman, que devoraban con deleite, pasaban toda la noche mirando el incesante pasar de vecinos y visitantes, parlotando sin parar. Los maridos hablaban de sus cosas al calor de las correspondientes cuartillas de vino. Y las gentes se permitían pequeños placeres, prohibidos el resto del año: una tableta de turrón almendrado de Castuera para la suegra, unos pendientes de chapa para la mujer, un real para los niños que compraban garbanzos tostados, altramuces y caramelos, y montar alguna vez en las barcas...

Transcurrida la semana de festejos y negocios, vuelta al trabajo y a la vida corriente.

La feria era reflejo de la prosperidad del pueblo y de ahí su importante población que no paraba de crecer, de hecho, en los últimos sesenta años, había aumentado en más de dos mil habitantes, casi tantos como vivían en varios pueblos de la comarca, alcanzando por estos años casi las once mil almas y eso sin contar los que no estaban censados, críos que nacían en los campos y que los padres no bautizaban al igual que muchos gitanos, además de por ser analfabetos, por el miedo a que se los llevaran al servicio militar o a la guerra.

## XIV UNA MUCHACHA

El sargento se levantó luego de la breve siesta, se aseó un poco y salió de la casa afrontando estoicamente el terrible calor de la tarde. Cruzó a la acera en sombra de la ancha calle y echó a andar con parsimonia, mientras reflexionaba sobre el caso.

«—Hemos identificado a la muchacha pero no tenemos idea de quién puede ser su asesino, no es el caso típico de agresión o violación, esa saña solo puede aplicarla un tío con la cabeza a pájaros y un gran odio dentro, pero a la vez astuto y con sangre fría. Hay que seguir el hilo de la gente que la conocía pero ¿qué relaciones podía tener la chiquilla si solo pasaba dos o tres semanas al año en el pueblo? Ha tenido por fuerza que ser una víctima accidental, imprevista, por esta razón. El asesino, a saber por qué motivos, ha elegido a esta niña como pudo elegir a otra, lo que complica aún más su busca. Es listo y lo demuestra que hasta ahora no hemos tenido noticias de él siendo de aquí como es casi seguro. Un individuo así siempre deja alguna huella, ¿tan ciegos estamos? Y para colmo, los de arriba dando la tabarra», mascullaba el civil camino del cuartel.

Los guardias estaban en sus puestos y el teniente aguardándolo en el despacho, todos serios, quizá más de lo habitual.

—¿Qué pasa teniente, hay novedades?

El oficial le dijo que se sentara y respondió, entregándole una nota:

—Han llegado de Monterrubio noticias de los padres de la muchacha, mañana aparecen por el pueblo si no lo hacen esta noche, ya están en camino. El telegrama confirma la información de los monterrubianos del Pilar, se trata de una familia con negocio de metal en taller propio que hacen la temporada de ferias en los pueblos importantes de todos estos contornos. Honrados y trabajadores, bien considerados en su pueblo.

—¿Qué nos cuentan de la joven? —preguntó Barbancho, leyendo el papel con atención.

—Verás que en el telegrama los compañeros nos dicen que la niña era «de moralidad normal», entiendo que como cualquier muchacha de su edad.

—Vamos, que no ha dado ningún motivo de escándalo con sus posibles admiradores. Está bien, pero ya no tenemos ningún motivo para sospechar de la gente de su pueblo, estamos casi seguros de que el asesino es de aquí.

—Casi seguros... —repitió el teniente.

Ambos hombres quedaron en silencio, pensativos.



A las ocho llegó al cuartel la familia de Santiago Caballero en la misma carreta que los había traído de El Viso, sin parar en su casa. Estaba compuesta por el matrimonio y sus dos hijas, de diecisiete y quince años, bajaron con premura del vehículo y entraron después de identificarse ante los guardias de la entrada. Los hicieron pasar al despacho del teniente.

No dio tiempo a preguntarles nada, el matrimonio lo hizo casi al mismo tiempo:

—¿Qué ha pasado? Los guardias civiles de El Viso no han querido decirnos nada, que ya lo harían ustedes, algo malo imagino —dijo nervioso el hombre, su esposa no se atrevía a hablar.

Tanto el marido como la mujer pusieron cara de no entender lo que el teniente les contaba con voz pausada sobre la muerte de la joven; el hombre se iba poniendo pálido, la mujer y sus hijas empezaron a lanzar gemidos que fueron creciendo hasta convertirse en gritos desgarradores. Se abrazaron entre ellas.

—¿Pero qué nos está diciendo? —clamaba la madre, sin admitir la evidencia—. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Pero cómo puede ser? ¿Por qué le han hecho eso?

—No lo sabemos todavía —respondió el sargento, intentando, a duras penas, transmitirles calma.

Los guardias acomodaron en unas sillas a la familia, ellos hicieron lo mismo y pacientemente aguardaron a que sus mentes asumieran el terrible hecho.

Después de un rato de desahogo entre lágrimas y cuando pareció que se tranquilizaban un poco, los guardias empezaron a preguntar, había que aclarar un misterio inmediatamente por más que, dada su reacción, estaba claro que la familia era ignorante de cuanto había sucedido.

Barbancho conocía como era lógico a la mayor parte de la población y con más motivo a los que poseían negocios públicos. Si a eso se añade que la mayoría de vecinos se trataban desde pequeños no dudaba en tutearlos.

—Santiago, Eulalia, queremos que nos aclaréis la cuestión más importante y por la que os hemos hecho venir con tanta urgencia: ¿Por qué no se fue la niña con vosotros a El Viso después de acordarlo con los Arellano? —inquirió Barbancho con semblante serio.

La pareja comprendió entonces las miradas suspicaces de los guardias. El marido se volvió a su mujer como cogiendo fuerzas y de nuevo a los civiles.

Habló, angustiado:

—Porque no quiso venir.

—¿Cómo? —preguntó el sargento.

—Se lo explico —aunque el guardia trataba a la gente con confianza, la gente no hacía lo mismo, el uniforme imponía. Santiago comenzó a hablar.

—Guadalupe había salido la tarde anterior, como tenía por costumbre, a dar una vuelta por los tenderetes de la Villeta, esa tarde salió sola. Inés —el hombre miró a su hija mayor— no pudo hacerlo porque tenía que ayudar a su madre con los preparativos del viaje. Cuando regresó, ya anochecido, nos dijo que no podía ir con nosotros porque tenía entre manos una compra que le interesaba mucho y había quedado en rematarla al día siguiente, nos dijo ilusionada.

—¿Y por eso no fue con vosotros? —repuso el sargento—, o sea, la joven dice que tiene un negocio entre manos y eso es suficiente para que no vaya de viaje. ¿Es un poco raro, no?, al menos la mandaríais a dormir a casa de los alfareros, no iba a quedarse sola en vuestra casa cuando os marcharais.

—Así es —respondió esta vez la mujer—, eso fue lo primero que le dije, pero Guadalupe nos

aseguró que a la mañana siguiente, cuando nos fuéramos, ella se iría a la otra casa, que no hacía falta que los avisáramos. Ya no era una niña y quería quedarse con nosotros por la noche para hablar con Inés, iban a estar varios días sin verse. No me quedé muy convencida pero tampoco lo consideré grave, nosotros salíamos temprano, sobre las ocho de la mañana y ella se iría a casa de los Arellano, a esas horas ya están trabajando aunque sea domingo, por el tema de la feria. No vimos ningún problema, Inés se había disgustado mucho por no venir su amiga con nosotros, ¡estaban disfrutando tanto con el viaje!, y Guadalupe quería animarla de algún modo. Por la mañana nos despedimos de ella sobre esa hora.

Los guardias civiles se miraron comprendiéndose al instante, como si dijeran ¿así de sencilla es la explicación? Insistieron:

—¿Entonces queréis decir que cuando os fuisteis al Viso, la dejasteis sola?

—Como le estoy diciendo. Pero vamos a ver, ¿qué problema hay en que nos marcháramos y dejáramos a una joven que tiene ya dieciocho años para que se fuera a la casa donde vive? Y no podíamos obligarla a venir con nosotros porque no es hija nuestra. Por Dios comprendánnos. ¿Quién iba a sospechar lo ocurrido? —protestaba la madre sin dejar de gemir.

Los guardias le dieron la razón, ¿qué podían decir? Las viviendas no estaban muy lejanas una de otra, no había ninguna razón para desconfiar; si les hubiera cogido de paso, se hubieran parado a dejar a la muchacha, pero la casa quedaba al lado contrario, hubiera sido una tontería ir a ella para dejar a la joven como si fuera una cría pequeña la cual, por otra parte, estaba todo el día suelta por el pueblo.

Preguntaron si sabían con quien había quedado para su negocio que por cierto debía ser muy bueno para no acompañarlas en el viaje, pero le contestaron que la joven en eso era inflexible, nunca decía nada y además, probablemente, solo conocía al vendedor de cara.

No insistieron, el asunto había quedado claro, solo quedaba seguir los pasos de la joven por el pueblo hasta su encuentro con la muerte, incógnita que la aguda mente del sargento planteó de inmediato al matrimonio: si despidieron a la muchacha a las ocho de la mañana, ¿dónde estuvo hasta las doce, hora en que la santera la vio pasar por San Gregorio? Los tenderos, lógicamente, lo ignoraban. «¡Coño! —se dijo el guardia—, no dejan de surgir interrogantes. Estaba claro que no había aparecido por la casa de los alfareros. ¿Qué habría estado haciendo a hora tan temprana? ¿A dónde iría? Quizá ese detalle aportara alguna pista sobre el criminal» Lo investigarían, lógicamente.

El sargento se dirigió a la mujer:

—Bueno Eulalia, tranquilízate y háblanos de la joven, como verás es muy importante que nos cuentes todo lo que sepas y, por supuesto, todo lo que nos cuente tu hija —dijo Barbancho, mirando a esta.

—Dígame qué quiere saber, ¡Dios mío —repitió de nuevo la mujer sollozando— no puedo creerlo, pobre niña!

—Pues cómo era, qué hacía en la casa, cual era su vida con vosotros. Pero sobre todo, eso que has dicho de que se quedó en el pueblo para hacer una compra. No lo entiendo muy bien. Luego hablaremos con Inés.

Esta se mantenía cabizbaja, gimiendo quedamente, el golpe había sido brutal.

Su madre comenzó a hablar. Desde hacía un par de años en que se conocieron, las jóvenes estaban todo el día juntas durante las dos semanas previas a la feria. La vida de las muchachas era

la habitual de cualquier jovencita, tal y como habían relatado los alfareros. Desayunaban, echaban una mano en la limpieza matutina de la casa, después las mandaba a comprar si faltaba algo para la comida del día, llevaban el almuerzo al padre, y luego las dejaba libres para curiosear por los puestos de los feriantes hasta la hora de la comida. Algunas veces salían a los alrededores del pueblo para ver el trabajo de los agricultores en la trilla o simplemente para pasear, pero sin alejarse mucho. Por la tarde lo mismo, solían estar un rato en la tienda del padre al que ayudaban a colocar el género e incluso a venderlo, luego otra vuelta por la calle hasta que llegaba la hora de irse a la otra casa, aunque algunas noches se quedaba con ellos después de avisar a los alfareros, claro.

—Bueno, algunas veces no lo hacía, pero les insisto, ya era mayor —aclaró la mujer.

El relato coincidía plenamente con el de la otra familia.

Hablaron luego de la forma de ser de la muchacha que la mujer describió entrecortadamente y sin dejar de sollozar. Alegre, habladora, un encanto, eso sí, con firmeza, se notaba que sería una mujer fuerte, no se la convencía a las primeras de cambio. Tenía un gran sentido común y mucha decisión, cuando estaba convencida de algo lo llevaba a cabo. A pesar de ser una joven que siempre había vivido en su pueblo, tenía mucha soltura relacionándose con la gente, mucho desparpajo, quizá debido a que trabajaba con los suyos en las ferias; sabía cómo decir las cosas y cómo conseguir las. Hermosa, tenía una cara muy guapa y un cuerpo atractivo que anunciaba a una gran mujer. Sabía sacarle partido a los vestidos alegres que usaba, era muy coqueta dentro de la decencia, iba siempre muy limpia, tardaba bastante en asearse y peinarse. Los hombres, sobre todo los jóvenes, se quedaban muchas veces como pasmados al pasar junto a ellos, tanto su belleza como su frescura y seguridad les hacía volver la cabeza, y las mujeres del barrio quedaron encantadas de su simpatía a los pocos días de conocerla, se paraban siempre a charlar un rato con ella.

A otra pregunta de los guardias sobre si la rondaba algún joven, la mujer lo negó y así lo confirmó su hija, nadie se había destacado, solo que ya era bastante conocida en el barrio y cada día entablaba amistad con más gente, pero nunca con muchachos jóvenes.

Adelantándose a otra pregunta de los guardias, la mujer inquirió nerviosa, derrotada:

—Y sus padres, ¿lo saben ya?

—Sí, están en camino, probablemente llegarán esta noche o mañana por la mañana lo más tardar —contestó el teniente. La mujer lanzó otro gemido.

—Y tú Inés, cuéntame cosas de Guadalupe, estabais todo el día juntas —dijo el sargento volviéndose a ella.

Inés era una jovencita guapa, de no mucho cuerpo, pero su cara despierta y sincera atraía de inmediato las simpatías; se le veía muy femenina, delicada, pero no débil. El suceso la había aplanado por completo, tenía los ojos anegados en lágrimas, su hermana pequeña, a su lado, no dejaba de gemir. Pero se repuso pronto.

Habló sobre la vida en común con su amiga, no le cabía en la cabeza lo que le habían hecho. Guadalupe no hablaba casi nunca con los muchachos, no les hacía caso, aunque sabía que muchos la miraban con interés nunca se sobrepasaban, en eso, quitando los graciosos de siempre, los del pueblo son respetuosos y serios, explicaba.

—No me gustaba, igual que a mi madre, que saliera sola, sobre todo por la cantidad de forasteros que no conocemos, pero aquí nunca se ha oído nada raro; además, si Guadalupe se

empeñaba en salir no había quien la convenciera: «Salgo a un recado, vuelvo pronto, no os preocupéis, cuando llegue os lo cuento», decía.

Aclaró entonces este tema, el motivo por el que salía sola algunas veces a la calle sin su compañía. La joven comentó que esto ocurría cuando realizaba algún trato.

—Eso lo llevaba en el alma —explicaba—, no era raro ver cómo daba una señal para la compra de un cacharro curioso y caro que ella conseguía por un precio ventajoso. Quedaba con el vendedor en que cuando llegaran sus padres pagarían el resto, si no perdería la señal. Y es que sabía hacer negocios, yo me he reído muchas veces cuando regateaba la compra de un cachivache. Su forma de hablar y su gracia hacían que el vendedor quedara prendado de Guadalupe desde el primer momento, era muy raro que cuando decidía comprar algo por un buen precio no lo consiguiera. Y muchas veces cerraba el acuerdo sin que nosotros lo supiéramos, lo lograba después de varios intentos, yo creo que el comerciante retardaba el arreglo para verla por su tenderete, por eso salía sola y cuando volvía a casa, todo eran sonrisas, había conseguido una buena pieza.

—Eso fue lo que tuvo que pasar con el malasangre que la mató —interrumpió la madre—, igual es un feriante con el que quedó para hablar de una compra y la asesinó porque sus intenciones eran otras. Y ese era otro de los motivos —añadió— de mandarla los padres unos días antes al pueblo, aparte de que no era imprescindible su ayuda en los preparativos para la feria. El año pasado no perdió el tiempo, cuando llegó su familia ya tenía apalabradas algunas compras provechosas y este año lo mismo en los pocos días que llevaba aquí. Sus padres le daban algún dinero para hacerlas.

Los guardias asintieron, los alfareros les habían comentado que en la habitación de la niña habían encontrado un par de recibos donde se detallaba la compra de una cubertería plateada y unas vinajeras de cristal, lo que valían, y la cantidad que había pagado como señal. El resto se liquidaría en la feria.

—No veis, entonces, ninguna explicación a lo ocurrido ni tampoco sospecháis de nadie, aunque por otra parte Guadalupe era bastante independiente y no siempre sabíais donde estaba ni con quien se relacionaba, ¿no es así? —preguntó Barbancho.

—Así es —la madre tomó de nuevo la palabra—, sin embargo, la niña no tenía un pelo de tonta, no me explico como pudo quedar a solas con el asesino y para colmo fuera del pueblo, ni aunque se tratara de un buen negocio; no me entra en la cabeza, debía tener mucha confianza con él y no creo que fuera asustada, tenía entereza de sobra para defenderse. No sé por qué, pero creo que el asesino es forastero —los guardias callaron, no iban a contarles por donde iban sus pesquisas—, si fuera de aquí ya se habría oído algo, eso no se puede tapar. Aquí abundan las jóvenes guapas y nunca ha pasado nada parecido. Porque si le gustara un muchacho hasta el punto de quedar con él fuera del pueblo —decía—, creo que no hubiera podido ocultarlo, no hay que olvidar que era muy joven y su disimulo no hubiera llegado a engañarme.

—Y yo también lo hubiera notado, estábamos juntas siempre —apostilló Inés, volviendo luego a su llanto silencioso.

La conversación había sido dura, triste, a los guardias no se les ocurrió preguntar nada más. Todos se pusieron en pie y despidieron a la acongojada familia.

Como siempre, el teniente preguntó a Barbancho sobre los tenderos, conocidos de sobra en la localidad por su negocio. El guardia le contestó que Santiago Caballero era propietario de una de

las pocas tiendas que había en el pueblo. Al ser cada familia prácticamente capaz de mantenerse por sus propios medios no abundaban los negocios de ultramarinos y otros artículos; había unas pocas tiendas como la suya donde vendían papel, hilos, sedas, azúcar y comestibles, y otras de paños ordinarios, donde también se vendía lencería, géneros de algodón, quincalla, etc.

Los guardias se marcharon del cuartel juntos, debían realizar una gestión urgente. Cuando terminaron y marcharon a sus casas, pasaban las once de la noche del martes 16 de agosto.

Había bajado un poco el calor gracias a la suave brisa.

## XV LA SOMBRA

La sudorosa figura entró en su habitación y se despojó del incómodo traje; se enfundó una bata liviana y calzó unas zapatillas de piel, ligeras, confortables. Se sentó en la mecedora junto al gran ventanal que daba a la Plaza y se balanceó suavemente. La ventana estaba entreabierta y por ella le llegaba el rumor de la gente que pasaba por la acera.

Antes de entrar en la alcoba había llamado a Luciana, una de las criadas de la casa. Estaba anocheciendo.

A través de los visillos contempló, un poco de lado, la fachada de la iglesia de San Juan, no la veía completa porque la tapaba la capilla de la sacristía, donde el cura tenía un pequeño despacho, se vestía para la misa y guardaba los ornamentos del culto. Se quedó mirando, sin verlas, las ventanas que dan luz a la capilla, bellísimamente cinceladas, dos de ellas coronadas por los escudos de los nobles que patrocinaron la construcción de la iglesia, labrados con finura y sostenidos por dos angelotes, un poco borrados después de tantos siglos de lluvia y viento. Encima de ellas otra ventana enrejada y, culminando el conjunto, un frontón triangular con una figura celestial en relieve. Arriba del muro, una primorosa crestería de piedra. A la izquierda de la fachada se distinguía el cuerpo saliente de la capilla bautismal con su preciosa y original ventana, construida con la parte baja en rampa muy pronunciada, que daba una curiosa sensación de profundidad. Se la conoce en el pueblo como la ventana de *Los Tres Soles* ya que, dependiendo de la hora, el sol ilumina la espléndida capilla en tres direcciones. También está coronada por una magnífica crestería, como un bordado en piedra, y presidiendo el conjunto, la gallarda torre.

Pensó que, hasta ahora, la Guardia Civil no había descubierto nada que pudiera comprometerle, ya sabían quién era la chiquilla, para la sombra sentada en la penumbra de la habitación era eso, una chiquilla, con la que se había equivocado pensando que, como la mayoría después de hacerle un regalo, iba a dejarse manosear hasta alcanzar el placer que necesitaba, pero la muy cabra se puso hecha una fiera y no se lo permitió. Los guardias habían descubierto quién era la niña, quién su familia, por qué estaba en el pueblo y algunas cosas más, pero no podían sospechar, ni por asomo, quién la había matado. Como todo el pueblo, conocía estos detalles sobre la muchacha debido a que el descubrimiento de su identidad por los civiles en el Pilar había sido escandaloso y se había extendido en un santiamén por todos lados.

También pensó en la amiga de la muerta, de menos cuerpo pero muy linda. Sabía que había

hablado con la víctima dos o tres veces y esperaba que no lo contara a la Guardia Civil pero pensó, tranquilizándose, que porque hubiera hablado con las muchachas no tenían motivos para sospechar, ellas hablaban con todo el mundo. Sin embargo, siguió reflexionando, a ver si por ahí van a ahondar, los guardias podrían recordar lo sucedido hacía unos años, quizá debía tener una pequeña conversación con la amiguita y si veía que no estaba por la labor, tendría que darle una lección como a la otra, no era conveniente dejar ningún rastro.

No había tenido más remedio que matarla, igual que a la puta de Córdoba. La muchacha no lo era o por lo menos no tanto como aquella, en eso se equivocó porque no era la primera vez que una jovencita con pinta de decente se derretía entre sus brazos. La mayoría, por agradecimiento o por vergüenza o mezcla de los dos, se dejaba acariciar, pero esta no se lo había permitido, ¡la muy zorra!

Hasta hacía poco se satisfacía sin tener que recurrir a las mujeres fuera de la casa pero ya no aguantaba más, sus ojos se iban detrás de ellas por más que intentara disimularlo. Las criadas se sometían a sus caprichos por miedo a perder su trabajo pero estas aventuras no entrañaban ningún peligro y pronto se aburría de ellas. Buscaba riesgo y emoción, por ese motivo ideó el viaje a Córdoba a casa de sus tíos, argumentando a sus padres que tenía que arreglar algunos papeles de las fincas. Nada más llegar, al atardecer, se acercó a aquel asqueroso barrio de puterío. Aquella fulana joven le gustó al primer vistazo y acordaron irse por los alrededores del río, donde abundaban árboles y sitios discretos para ocultarse y dar rienda suelta a sus humores. La prostituta se sorprendió un poco por la extraña petición, había habitaciones de sobra por la zona donde ejercía su profesión, pero estaba acostumbrada a las extravagancias de sus clientes. Accedió, pero había visto una oportunidad que quiso aprovechar haciéndole un pequeño chantaje. Ya en plena faena, cuando estaba en la gloria, le dijo que si no quería que llamara a un municipal, le tenía que dar más dinero, un duro más de lo acordado. ¡No pudo imaginar la pobre ramera dónde se había metido! Su cara reflejó más sorpresa que miedo cuando con furia repentina la cogió del cuello antes de que pudiera gritar y la estranguló allí mismo. Después le descubrió el opulento pecho, le subió las faldas y la sobó a conciencia con una mano, mientras se acariciaba con la otra hasta alcanzar el éxtasis. Se recompuso y se alejó, mirando con desprecio el cadáver, pero a los pocos pasos se detuvo, dio la vuelta, abrió la boca de la joven y le introdujo la medalla que llevaba en el bolsillo.

Había sido su primer crimen.

No había tenido grandes problemas hasta ahora por sus gustos por las jovencitas, discurría, bueno, jovencitas y no tan jovencitas, pero no se atrevía con las más mayores salvo que fueran criadas de la casa, podían darle algún disgusto; no eran tan temerosas como las crías y estas además eran dulces, tiernas y se acobardaban pronto que era lo que más disfrutaba, así que no valía la pena intentarlo con las otras. Tan solo tuvo un problema serio hacía tres años. Aquella niña, atemorizada y con remordimientos por dejarse acariciar, lo contó a su madre y esta, aún a sabiendas de la familia que iba a acusar, tuvo el valor de ir al Ayuntamiento, denunciando el caso a los municipales y, al no conseguir nada, fue a la Guardia Civil nada menos. El asunto no pasó a más, pero el sargento lo habló con su padre y el disgusto fue tremendo, hasta había recibido un bofetón al que no respondió de milagro. Si su progenitor conociera su fuerza no se habría atrevido pero se prometió que un día no muy lejano se la haría sentir.

Pensó en el maldito sargento, tenía una mirada que parecía taladrar el cerebro, como si

supiera lo que pasaba por la cabeza de la gente, se le había quedado mirando cuando contemplaba la fotografía en la puerta de la iglesia y cuando iba por la calle con sus amigos pero razonó, así miraba a todos, no podía sospechar, ni él ni nadie, quién era realmente porque no destacaba en nada, por más que el guardia conociera aquel oscuro episodio de su vida. Algo estaba claro y era que debía controlar su tendencia con las féminas por los problemas que le podía acarrear, tenía que ser más prudente pero también es cierto que le resultaba cada vez más difícil.

Y más, si había mujeres en el pueblo como la que tenía en mente.

En los últimos tiempos sentía una pasión cada vez más avasalladora por una mujer, la hembra que más le atraía del pueblo, estaba casada y no vivía lejos de su casa; poseía un cuerpo exuberante, armonioso, pero lo que más le seducía era su mirada segura y directa con unos ojos que derretían a quien la miraba. ¡Cuánto le gustaría dominarla y gozar de ella! Quizá algún día se diera la circunstancia propicia para conseguirlo y desde luego no iba a desaprovecharla.

Porque le gustaban las mujeres pero todavía le gustaba más someterlas, hacerles sentir su poder. Había nacido para ello.

Entró sin llamar Luciana, una joven criada que llevaba en la casa solo un año. No muy alta era, sin embargo, de generosas hechuras, pecho prominente, caderas voluptuosas y mirada pícaro y descarada. Cerró la puerta, echó la llave y sin hablar, se fue desnudando lentamente, con una lúbrica sonrisa en sus labios. La figura se había abierto la bata y la miraba fijamente. Cuando se acercó, la cogió violentamente del pelo y le echó la cabeza para atrás, arrancando un gemido a la sirvienta. Algunas lágrimas asomaron a sus ojos pero se aguantó, sabía que sería inútil. A continuación la besó en los labios con furia y manoseó con fuerza los pesados y firmes pechos pero la mujer no se quejó, le gustaba someterse, sentir su fuerza. La oscuridad de la noche envolvió los dos cuerpos. La sombra, sentada en la mecedora, apoyó la cabeza en el respaldo mientras, indiferente, miraba pasar a la gente por la calle a través de los visillos.

Momentos más tarde, la criada se vistió y salió de la habitación.

La figura, como una presencia siniestra, se adormeció.



## XVI

### MONTERRUBIANOS

Amaneció el nuevo día y cuando despertó el sargento, su mujer ya no estaba a su lado. Abrió los ojos y se quedó mirando la luz que del patio entraba a través de la cortina de la habitación, escuchando el rumor de la charla de las mujeres de la casa.

Le vino a la cabeza inmediatamente la nueva incógnita, ese lapso de tres o cuatro horas en que se había perdido la pista a la muchacha. No es que fuera demasiado importante si lo pensaba bien porque, al final, sus últimos momentos se conocían con certeza. Había pasado sobre las doce de la mañana del domingo en dirección a la casa de campo donde fue hallada y el médico no iba muy descaminado sobre las horas que llevaba muerta, así que la asesinaron sobre la una de la tarde. Por ahí no había ninguna duda, solo saber quién la había matado, caviló con algo de ironía el guardia, pero tenían que averiguar dónde había estado la muchacha antes de dirigirse a su fatal destino. Quizá alguien la había visto con su asesino para quedar con él horas más tarde, yendo cada cual por su lado para evitar habladurías. En cualquier caso no debían dejar cabos sueltos.

Volvió a su mente la posibilidad de que la niña tuviera en el pueblo algún amigo, novio o amante que, dada la discreción de la muchacha, no se conociera todavía, aunque a la vez pensó, dando la razón a la mujer de Santiago Caballero, que no era tan fácil ocultar una relación de este tipo, ni siquiera si existía, dado el escaso tiempo que la joven permanecía en Hinojosa. Pero estas cosas nunca se sabían con seguridad. ¿No existían los flechazos? Podía resultar que en tan pocos días se hubiera encaprichado de algún mozo y se vieran a solas, después se podrían haber enfadado y el amante en cuestión fuera un descerebrado que la asesinó al no conseguir lo que pretendía. Sin embargo no le convencía esta teoría por la saña demostrada. Además, las relaciones de pareja eran muy difíciles de disimular y más en una cría tan joven que, por muy lista que fuera, no alcanzaría a tener la astucia suficiente para disimular una relación amorosa, eso se notaba en la cara, en los ojos, y más estando siempre en compañía de su amiga Inés y conocer como conocían los allegados su vida en el pueblo.

Descartó la hipótesis, este tipo de relaciones siempre saltaban a la vista y tenían sus peculiaridades, en los pueblos existía un ritual estricto que había que cumplir a rajatabla, pero la descartó simplemente porque cualquier relación se controlaba por los vecinos y se hubiera conocido prontamente, sobre todo por el mujerío, al que más apasionaba, ya que siempre era noticia la posibilidad de unirse dos familias. Aparte de que no estaba bien visto que una pareja de

solteros fuera sola por ahí, así por las buenas; si querían ser discretos era lo peor que podían hacer y la que siempre salía malparada era la fama de la mujer. El sargento sonrió al recordar sus tiempos de novios y las inmensas dificultades para acariciar a su novia en las casi nulas oportunidades que tenía para hacerlo. Era prácticamente imposible, tanto por la vigilancia a que eran sometidos, como por el ropaje femenino que cubría de pies a cabeza el cuerpo de la mujer, pero, pensaba también, la imaginación soslayaba tales obstáculos desde que el mundo era mundo.

Interrumpió estas divagaciones, no, no creía que la muchacha tuviera algún pretendiente porque sencillamente era demasiado atractiva para pasar desapercibida.

Se sentó en la cama y empezó a vestirse. Salió a la casa, Amalia estaba en la cocina y cuando lo vio empezó a prepararle el desayuno. Lo terminó, se puso la guerrera y se despidió con una buena palmada en la grupa de su mujer que protestó un poco, se habría alarmado si su marido no cumpliera con este ritual.

Llegó al cuartel, estaba de guardia Barea con otro número, aún no había aparecido el teniente, saludaron al sargento y le soltaron la novedad:

—Ha llegado la familia de la muchacha, están dentro —informó Barea—. Han venido acompañados por un guardia civil de su pueblo.

Barbancho le dio una orden:

—Vete a avisar al teniente.

El guardia salió presuroso a cumplir el mandato.

Barbancho entró en la antesala del despacho donde estaba esperando un grupo de personas, entre ellas un guardia civil que se le acercó de inmediato.

Era joven, de rostro cetrino y mirada oscura, se cuadró ante el sargento y declaró su nombre, cargo y su disposición para cuanto mandara. Era uno de los guardias que la comandancia de Córdoba había enviado en ayuda de los de Hinojosa. Lo habrían solicitado a la de Badajoz, algunas veces la superioridad sabía hacer bien las cosas, admitió el guardia. Al ser de Monterrubio conocía a los feriantes de ese pueblo y seguramente a la familia de la muchacha a quien había acompañado, su vida y relaciones, podía ser de mucha utilidad. Desde el día anterior prestaba servicio otro número de la vecina línea de Pozoblanco, la superioridad había cumplido su palabra, ahora el cuartel de Hinojosa contaba con una ayuda que tratarían de utilizar lo más eficazmente posible. Después de unos momentos de conversación sobre la familia que aguardaba a que terminaran de hablar, el guardia de Monterrubio salió fuera y el sargento se vio frente al grupo.

Se le acercó una mujer madura y llorosa en la que reconoció sin dudar a la madre y a su lado un hombre con chaqueta de pana y camisa blanca, cara angulosa y seria, el marido. Junto a ellos dos jóvenes, supuso que eran los hijos, al resto de personas las conocía, eran los Arellano. Todos se habían puesto en pie cuando entró Barbancho, el cual maldijo la situación por tragársela él solo. La primera en hablar fue la madre que no admitía todavía la muerte de su hija:

—¡Señor guardia, dígame que no es verdad lo que le ha ocurrido a mi niña, dígame! —rogaba la mujer, sollozando derrotada. Aunque los guardias civiles de su pueblo y los alfareros los habrían puesto al corriente de los sucesos, la madre aún parecía tener esperanza.

El sargento le puso la mano en el brazo mirándola con pena, la mujer se derrumbó, sus hijos la cogieron y la sentaron en una silla. El marido, con la gorra en las manos, hablaba con el guardia pidiéndole detalles de lo sucedido, tenía la cara pálida, sin afeitarse, seguro que no había dormido

en muchas horas, se notaba su cansancio junto con su enorme dolor. Los hijos escuchaban las explicaciones del guardia que procuró en lo posible ahorrarles los detalles macabros.

Al fin apareció el teniente y también conversó con la familia de la asesinada, estaba todo claro, y sobre la muchacha poco aportaron que no supieran ya por las precedentes conversaciones y el telegrama del cuartel de Monterrubio, información que le había ampliado a Barbancho el guardia civil recién llegado. A pesar de las fundadas sospechas de que el asesino fuera de Hinojosa, preguntaron a los padres por lo más evidente, los posibles novios o admiradores de su hija. La madre contestó, a duras penas, que sabían que los tenía pero ninguno serio, era demasiado joven para casarse.

—Ella no sentía interés por ningún hombre, eso lo notamos las madres enseguida —dijo a los guardias.

Saltaba a la vista que la niña era la preferida, tanto por ser la más pequeña de los hijos como por su cálido carácter y, desde luego, dilataban el posible compromiso por su juventud, supuso el sargento. Y que por eso la mandaban al pueblo un par de semanas antes de ir ellos, para que disfrutara un poco, cuando se casara terminaría su libertad juvenil.

No se les ocurrió preguntar nada más, todo el mundo quedó un momento callado, pensativo, en el ambiente flotaba la tristeza, el dolor, la cólera.

El teniente Cortés rompió el silencio diciéndoles que podían recoger el cadáver para llevarlo a su pueblo si así lo deseaban, los padres asintieron y el guardia les prometió conseguir un carro para transportarlo. Se lo agradecieron lacónicamente pero ellos habían venido en el suyo propio, en él se llevarían el cuerpo hoy mismo. El jefe del puesto les ofreció avisar mediante telegrama al cuartel de Monterrubio para que notificaran a su familia el entierro ya que imaginaba no habían hecho ningún preparativo al respecto. Así era, el artesano volvió a agradecerse.

Cortés no perdió el tiempo en explicar a la familia de la muchacha las gestiones realizadas para que pudieran llevarse el cadáver. La noche anterior, los jefes del cuartel, antes de marchar a sus domicilios, se habían dirigido a casa de don Felipe, el médico, y los tres juntos a la del juez Perea. Parecía una confabulación, así lo había dicho bastante cabreado el juez cuando le interrumpieron la cena. Pasaron todos a su despacho y allí trataron de convencer al magistrado de que autorizara la exhumación del cuerpo de la muchacha asesinada, sepultado al día siguiente de la autopsia.

«—No puedo autorizarlo, ¡cojones! Ya conocéis la ley —exclamó furioso ante la encerrona de sus amigos.

Intervino Barbancho, abusando sin dudar de la confianza que tenía con el magistrado.

—Vicente, la familia llegará esta noche o por la mañana solo para llevarse el cadáver de su hija. No podemos consentir que vuelvan a su pueblo con las manos vacías, bastante tienen ya.

—No insistáis, conocéis la ley tan bien como yo y me he limitado a cumplirla. El cuerpo está enterrado y no podrán llevarse los huesos hasta dentro de diez años —dijo, descarnadamente.

Intervino el médico.

—Lo sabemos Vicente, lo sabemos, pero se me ha ocurrido algo.

—¿Qué? —preguntó el juez, que no podía disimular su irritación.

—Pues que puedes variar un poco tu informe para que puedan llevárselo.

—¿Me estás diciendo que me pase la ley por la entrepierna? —estalló.

—Lo que pretendemos decirte —argumentó Barbancho—, es que podrías tener un poco de manga ancha en este asunto. Si lo hacemos bien, no perjudicamos a nadie y hay que ponerse en lugar de los padres de la muchacha, ¡coño!, que han hecho un viaje del carajo ni más ni menos que para recoger los restos de su hija asesinada, y si no se la llevan volverán sin el consuelo de tenerla a su lado. Piensa en su dolor y desesperación.

—No te pongas tan dramático, que te conozco —dijo, interrumpiéndolo. Suspiró sin embargo, y miró al médico.

—¿Qué podríamos hacer sin complicarnos mucho la vida?

—Por ejemplo, que al ser un cadáver desconocido, iba a donarse a la escuela de medicina del hospital de Sevilla para servir a los futuros médicos en las clases de anatomía.

—Pero ya no es desconocido...

—Espera que termine, hombre.

—Y entretanto la Guardia Civil había identificado a la muchacha y avisado, lógicamente, a sus familiares. Llegaron estos y reclamaron el cuerpo antes de que se lo llevaran los del hospital. Así de sencillo —apostilló el médico.

—Los únicos que pueden desmentirlo son el enterrador y su ayudante, pero se les puede convencer para que digan que el cuerpo fue nunca enterrado. Más que nada para asegurarnos en el improbable caso de que alguien tuviera interés en averiguarlo —remató el teniente.

Finalmente y como era obvio, el magistrado cedió, no sin haber puesto el grito en el cielo. Pero todos sabían que era una especie de justificación, el juez también era padre y no tan duro como su facha indicaba. Acordaron que por la mañana, juez y médico se acercarían al cementerio. El magistrado para hablar con el enterrador encareciéndole la máxima discreción y ordenar a la vez la exhumación del cadáver que harían bajo las indicaciones del galeno.

Sin poder evitar la curiosidad, el juez preguntó al médico cómo haría para preservar el cuerpo una vez desenterrado, ya que debía estar medio descompuesto.

—Muy sencillo. Lo meteremos en un ataúd y lo cubriremos con sal.

Todos lo miraron asombrados por la peculiar forma de conservación de un cadáver que no lograban entender del todo. El galeno lo confirmó:

—Sí, es como estáis pensando. Igual que los jamones. No os extrañe, es una de las formas más antiguas de conservación utilizadas por el hombre».

Terminó la dura conversación y los padres de la muchacha se marcharon en compañía de los alfareros, en su casa repondrían fuerzas y después harían el doloroso viaje de vuelta.

Ya se conocían las interrogantes más oscuras, entre ellas el motivo de que una bella joven se quedara en casa de una familia y que esta no la echara de menos durante días porque habían acordado que se fuera de viaje con la otra, lo que al final no ocurrió. Así eran las cosas, la explicación final era el clima de confianza y seguridad que existía por esos años en Hinojosa. Aparte de los problemas típicos de cualquier comunidad no existían razones para desconfiar de la gente, lo que le había pasado a la muchacha era totalmente anormal en el pacífico pueblo. ¡Hasta ahora!, ahora vivía entre ellos un asesino, además era un asesino demencial, implacable. No podía haber ninguna razón para explicar lo que había hecho con la joven, se podía entender que, dada su belleza y atractivo, el amante la hubiera matado en un arrebato, pero lo que no cabía en la cabeza de nadie era el encarnizamiento con que lo había hecho. Y lo peor era que podía repetirlo en

cualquier momento, la mitad de la población de Hinojosa eran mujeres, por lo que jóvenes solteras, casadas y viudas, en definitiva, mujeres atrayentes, había en abundancia. Cualquiera de ellas podría ser su próxima víctima, solo las jóvenes solteras que, aunque vigiladas por los padres, eran lógicamente más libres, alcanzaban probablemente el millar y eso sin contar a las niñas de doce a catorce años, posible objetivo también del repugnante asesino.

El jefe del cuartel dio instrucciones a un par de guardias para que marcharan al cementerio a custodiar de nuevo el cadáver. Debían procurar que la familia no lo viera, habían pasado tres días y, si bien desde hacía unas horas se preservaba en sal, había sido desenterrado y ya mismo se iniciaría su descomposición, por lo que el aspecto no debía ser agradable. Aunque imaginaba que querrían verlo de todos modos.

Ambos jefes se quedaron sentados mirándose, con la cabeza puesta en la reciente escena con los familiares de la asesinada.

—¡Vaya situación Barbancho! Si pudiera coger a ese hijo de la gran puta por el pescuezo se lo iba a dejar como un alambre. O mejor todavía, lo dejaría cinco minutos a solas con el padre. —Su mirada reflejó un fulgor helado que no se preocupó de ocultar.

—En fin... —dijo, volviendo a la realidad—. Ya sabemos, creo, todo lo que hay que saber sobre la muchacha, pero el caso es que no tenemos ninguna pista que nos conduzca al criminal y todo empeora con la llegada diaria de feriantes y visitantes, el pueblo se va a poner en el doble de gente con lo que ello supone para controlarla, y a la mayor parte no la conocemos.

—Hasta ahora pensábamos que el asesino podía ser forastero, pero después del crimen de Córdoba parece lo contrario. Estoy deseando que llegue el correo para comprobarlo —comentó el sargento.

—Yo también, pero estoy seguro que es de aquí, soy de los que piensan que las coincidencias no existen. Lo que me despista es que si fuera del pueblo ya tendríamos alguna sospecha ¿no? —arguyó Cortés.

—No tiene por qué, el criminal es astuto y la falta de pistas lo demuestra, solo tiene un punto débil, introducir medallas en la boca de sus víctimas. Debe ser una manía. Si no fuera por eso, no tendríamos nada, pero aunque coincidan ¿por dónde vamos a tirar? No se me ocurre nada salvo averiguar lo que ocurrió desde que la muchacha se despidió de los tenderos hasta que murió. Esas horas no me parecen una pista firme, aunque lógicamente la investigaré; es posible que alguien la viera en ese tiempo con el asesino pero no lo creo, no iba a ser tan ingenuo como para hablar con la joven delante de todos.

—No parece lógico, desde luego.

—Por otra parte —añadió Barbancho—, estoy pensando... ¿Qué te parece si damos un repaso a los incidentes de los últimos años? Quizá encontremos algún detalle que nos aporte luz en esta puñetera oscuridad. Los casos ocurridos desde que estamos en el pueblo más o menos los tenemos en la cabeza aunque volveremos a repasarlos, pero no conocemos a fondo los de años anteriores. Igual encontramos algo. Porque... ¿se te ocurre alguna idea mejor?

—No, creo que es lo único que podemos hacer por ahora.

—Lo encargaremos a García, es el guardia que mejor sabe leer y le gusta el papeleo, yo le echaré una mano. Además, el servicio está cubierto, podemos dedicar unas horas a los papeles. Si te parece, a los guardias de Pozoblanco y Monterrubio los enviaremos a patearse el pueblo vestidos de paisanos, aquí no los conoce nadie. Daré instrucciones a Fuentes para que les diga por

donde han de ir.

—De acuerdo, pues no se hable más, yo también echaré una mano. ¡García! —llamó el teniente—. Saca del armario los expedientes de los tres últimos años —dijo, cuando apareció el guardia—. Los repartiremos entre los tres y los repasaremos con cuidado tomando notas de todo lo que nos llame la atención para luego comentarlo. La idea es localizar a un individuo que se destaque por su afición a las mujeres, a ver qué encontramos. Porque no se te viene a la cabeza ningún elemento de las características del asesino, ¿no es así?

—Ninguno, mi teniente. Ha habido algún caso más o menos horrible desde que presto servicio pero, desde luego, no recuerdo ningún criminal que haya hecho algo parecido a esto.

Entretanto, Barbancho salió para hablar con el cabo Fuentes y darle instrucciones sobre los nuevos guardias. A los pocos minutos volvió al despacho y señaló a García la mesa donde iba a trabajar. De nombre Lorenzo, este guardia llevaba en la villa más de veinte años, se acercaba a los cincuenta de edad, era viudo y tenía pasión por los periódicos, libros y cuanto papel impreso cayera en sus manos. Cliente habitual del casino del *Gurri*, en sus días de descanso le gustaba curiosear en los libros, apenas usados, de la no muy surtida biblioteca. El trabajo que le encargaron le hizo mostrar un amago de sonrisa en su rostro pétreo.

—Sobre todo, teniente —observó el sargento—, creo que debemos anotar o mejor, comentar directamente para no perder el tiempo, los delitos relacionados con peleas entre novios o maridos, quejas por maltratos, en fin, todo en lo que esté mezclada una mujer, sea de la edad que sea.

—Me parece perfecto, así no se escapa nada. ¡Pues venga, a trabajar!

Eran las doce de la mañana, tenían dos o tres horas por delante antes del almuerzo.

Llevaban repasados casi treinta expedientes cuando, sobre las dos de la tarde, llegó la valija del correo. El tren, desde Córdoba, había llegado con normalidad después de un viaje de seis horas a la estación de Zújar, al lado de dicho río y distante alrededor de doce kilómetros del pueblo, y también la diligencia de viajeros arribó puntual en Hinojosa.

El peatón encargado del correo depositó la valija en el cuerpo de guardia que un número entregó de inmediato a sus jefes, atareados en el despacho. La abrieron y de un sobre grande, que rasgaron con premura, sacaron unos papeles, era el expediente del asesinato de la prostituta de Córdoba. Contenía además un pequeño sobre sin cerrar del cual cayó una medalla que rápidamente contrastaron con la encontrada en el cuerpo de la muerta. Efectivamente era idéntica. Contemplaron la foto de la asesinada en la capital hacía dos años, era joven, guapa, tenía el pelo revuelto y los ojos semiabiertos. El teniente leyó con rapidez el informe, también habían encontrado la medalla en la boca de la prostituta. Se confirmaba por tanto la sospecha de que el asesino, cuando menos, residía en el pueblo, era casi imposible que fuera de otro porque el detalle de la medalla hacía que el crimen fuera especial. Aunque había convento de carmelitas en Córdoba, esa característica indicaba que pertenecía al pueblo, ya que era mucho más probable que un hinojoseño se trasladara a la capital como tantos habitantes de la provincia, por cualquier motivo, y aprovechara el viaje para desahogarse con una ramera, que no un capitalino se fuera a Hinojosa y matara a una muchacha que llevaba aquí solo una semana. No iba a haber dos asesinos con la misma manía de colocar una medalla en la boca de sus víctimas, era absolutamente ilógico

por no decir absurdo.

Ahora cobraba más importancia el repaso de los expedientes, los mirarían con lupa y vigilarían a los implicados en asuntos de faldas.

Los guardias se fueron a comer, eran las dos y media de la tarde.

## **XVII DELITOS**

El sargento llegó a su casa cansado y, más aún, deprimido, el día había resultado amargo como pocos tanto por la entrevista con los padres de la muchacha como por la confirmación de que su asesino era un paisano, sin contar con el contenido de los casos revisados.

La mayoría de ellos consistían en trifulcas provocadas por el vino cuando los agrarios venían al pueblo en las fiestas y se emborrachaban nada más llegar. Aunque no habituales, eran peleas violentas y en algunos casos con sangre, cuando se perdía la cabeza lo primero que aparecía eran las navajas, pero estos incidentes los llevaba la guardia municipal en su mayor parte, recurriendo solo a ellos cuando había heridos o cuando se formaban tumultos, lo que era raro por no decir inexistente.

Se le vino a la cabeza el suceso ocurrido en la fiesta del Señor del pasado año, una riña entre dos vecinos, amigos para colmo, que habían discutido por cosas de críos; sus hijos se habían peleado, sobrevino la discusión y el vino hizo el resto. La desgracia fue que al dar un violento empujón uno de los contendientes, el otro cayó al suelo con tan mala suerte que dio con la nuca en el bordillo de la acera, muriendo al instante. Estos casos le encendían la sangre, no quería pensar en las familias y sus hijos, uno de los padres muerto, el otro en la cárcel por sabe Dios cuántos años, dos familias destrozadas. Recordó un lance similar ocurrido unos meses atrás, una pelea entre dos hombres borrachos que fueron expulsados por el tabernero, continuando la discusión en la calle. Llegaron finalmente a las manos y uno de ellos derribó al otro, aplastándole a continuación la cabeza con una lancha de granito. Según se decía, el motivo de la discusión surgió porque el muerto se había llevado un canasto de algarrobas del campo del agresor.

Otros incidentes se habían producido por cuestiones de linderos entre dueños de fincas grandes con pequeños propietarios, casos casi siempre perdidos por estos, aunque también, algunas veces, su miseria o ambición les hacía correr los mojones. Hacía unos años, un señorito, más soberbio de lo habitual, había matado con un azadón al propietario de una haza por haber desplazado un poste lindero. La noticia había conmocionado a la villa, el asesino estaría en la cárcel varios años pero la familia del muerto había quedado deshecha ya que estaba compuesta solo de mujeres, la viuda tuvo que arrendar la tierra por una miseria y las hijas se pusieron a servir en casas particulares. Y otro, estremecedor, había ocurrido cuando dos paisanos se encontraron en un camino entre huertas, ninguno se apartó del estrechísimo sendero, cogieron



sendas piedras, se apedrearon mutuamente, y ambos murieron por los impactos. El odio entre ellos, seguramente de años, había eliminado cualquier parecido al sentido común.

En la comarca de los Pedroches, los delitos más frecuentes eran los de lesiones debido a la primitiva mentalidad de la defensa del honor: se pasaba de la palabra al hecho en un suspiro, no bastaba con la agresión verbal, un insulto, no, se pasaba a las manos rápidamente. Y aquí aparecía un problema importante, la posesión de armas, sobre todo las de fuego, que abundaban debido a la historia del siglo pasado de la guerra contra el francés, al bandolerismo derivado de aquella época y al contrabando. Era muy común llevar escopetas, debían poseerlas solo los cazadores mediante una licencia anual y previa prueba de ser persona equilibrada y fiable, pero lo que no podía admitirse es que muchos de estos ciudadanos, en teoría razonables, antes de pasar por casa cuando venían de cazar, se fueran a las tabernas con el arma al hombro. Esto sacaba al guardia de sus casillas, era como arrimar yesca al fuego, pero en fin, gracias a los controles del Instituto Armado estos casos eran cada vez más raros. Las armas blancas eran las más utilizadas en las pendencias y las causantes de la mayor parte de las heridas, sin faltar las cometidas con piedras y otros objetos arrojados, siendo de menor importancia las efectuadas con las ya citadas armas de fuego, aunque con estas el resultado más frecuente y lógico era el de muerte.

En cuanto a los motivos eran los típicos de cualquier comunidad, resentimientos producidos unas veces por cuestiones de propiedad, por robar los frutos de la tierra o cazar furtivamente; otras por herencias o discusiones en el juego y muy pocas veces por adulterio o por la política local.

Escasos eran los cometidos por causa de robo con resultado de muerte. El sargento rememoró un caso ocurrido en el pueblo en diciembre del año 1904 que había saltado a los periódicos de toda España. Unos individuos habían degollado a un prestamista en su propia casa para robarle joyas y una importante cantidad de dinero. Pocos días después fueron detenidos por la Guardia Civil de la vecina villa de Belalcázar; la foto de los tres individuos apareció en todos los diarios, posteriormente dos de ellos fueron condenados a cadena perpetua y el otro a muerte. La conmoción fue terrible pero este tipo de delitos eran muy raros por estos pagos.

Y había algunos casos de maltratos a mujeres, que era el objeto principal de la revisión. Las víctimas eran generalmente esposas, el marido volvía a casa borracho y lo pagaba con su mujer. Aquellos pobres diablos solían ser desdichados que no tenían ni para dar de comer a su familia, así que cuando cogían una peseta se la gastaban en vino para ahogar sus penas y cuando llegaban a sus miserables viviendas se encontraban con los gritos de la esposa; al final todo terminaba con una paliza de la que muchas veces no se escapaban ni los niños. Pero solo los casos extremos llegaban a la Guardia Civil y tampoco eran demasiado frecuentes, lo que pasaba dentro de un hogar era sagrado.

Sin embargo, abundaban los motivos pasionales. Cuando una familia no admitía la relación de su hija con un pretendiente o viceversa, se cometían delitos por venganza. En los casos que estaban revisando el teniente y el guardia García también había aparecido, entre otros de menor importancia, uno en que un marido había encontrado a su mujer encamada con su amante, los hombres se habían peleado, navaja en mano, y terminaron en el cuartelillo después de curarles el médico las heridas superficiales. Prácticamente todos eran cometidos por hombres, las mujeres apenas aparecían como causantes de ellos, aunque sí como motivadoras de muchos.

Realmente, Hinojosa y los pueblos de la zona no eran especialmente conflictivos, lo

demostraba el índice de delitos de la comarca que suponía la mitad de los cometidos, por ejemplo, en la capital o en la zona minera de Peñarroya y Belmez.

Quizá el motivo principal de la paz que reinaba en estos lugares residía en que había bastantes comerciantes y muchos ganaderos, pero lo más importante era la tierra. Y esta estaba relativamente repartida<sup>[10]</sup>.

Lógicamente había jornaleros, gente asalariada que dependían de los propietarios para su sustento, eran los parias, los que apenas podían vivir de su trabajo, siempre inseguro. Pero en conjunto, las diferencias entre los poseedores de la tierra no eran tan abrumadoras como en otras zonas del país.

Los guardias habían terminado con la primera parte de la revisión sin detectar nada especial, no había saltado ninguna alarma en los tres años repasados que les hiciera sospechar de un posible asesino. Según lo previsto iban rápido, cuando terminaran con estos retrocederían algunos años atrás, era quizá la parte más interesante por menos conocida, ya que los jefes actuales del puesto aún no residían en Hinojosa. Y por la tarde o al día siguiente como mucho, finalizarían.

Barbancho llegó a casa, saludó a su suegra y dio un apretón a su mujer, atareada en la cocina, donde olisqueó la comida con desazón, era cocido.

—¿Ha habido novedades sobre el asunto de la cría? —indagó su mujer, sin interrumpir la vigilancia de la comida.

—Ninguna, solo dolor, han llegado los padres y ya puedes imaginarte cómo están. Esta tarde se llevarán el cadáver a Monterrubio. Me alegro de no estar en el cementerio cuando se lleven el cuerpo. ¿Qué se comenta por el barrio?

—Pues te lo puedes imaginar. Las vecinas cuentan historias de todos los colores, pero lo cierto es que hay miedo, aunque el ambiente parezca animado hay mucho temor por lo ocurrido, sobre todo por parte de las que tienen hijas jóvenes.

—No es para menos, ahora hay que andar con cien ojos sobre ellas, no dejarlas salir solas, recogerse en cuanto anochezca, en fin, tener sentido común.

—Pero no es tan sencillo, muchas muchachas, por ejemplo, van solas a las huertas que están cerca del pueblo. Ahora tienen que ir acompañadas, nadie se fía de nadie. Y también se habla de que hay feriantes que no van a venir como estos años de atrás, algunos ya han avisado de ello, las noticias vuelan y esto está haciendo daño al pueblo.

—Lo sé, pero no podemos hacer más de lo que hacemos, ya sabes a qué horas aparezco por casa todos los días. Bueno, ¿queda vino en esta santa casa? —cambió de conversación.

—¿Tú qué crees? Anda moscón siéntate, que esto está casi terminado y los niños van a llegar ya —dijo Amalia con una sonrisa, aligerando el mal humor del marido.

Efectivamente, a las tres y pocos minutos se presentaron los dos zagales con más gazuza todavía que el padre. Era curioso que los hijos del sargento no hubieran seguido los pasos de su progenitor, lo más común en el Cuerpo porque era el único modo de vida que habían conocido, pero tanto el guardia como su esposa no influyeron y se alegraban de ello. Conocían de sobra los riesgos y penurias del trabajo de un guardia civil, sin contar con la miseria que ganaban y estaban convencidos de que habían acertado, ambos chavales eran sanos y abiertos y no añoraban para nada la vida de su padre a pesar de haber crecido entre armas y uniformes.

Los mozos dieron un beso a la abuela y a la madre y se sentaron a la mesa comentando los sucesos del día, que había transcurrido sin novedad. Terminó la comida y según costumbre, y más en pleno verano, el sargento se fue a echar la siesta.

Las calles estaban desiertas, el pueblo en silencio.

## XVIII AMBIENTE

A las seis de la tarde, el guardia salió de su casa y se quedó observando en la ancha acera a un vendedor de cántaros, un hombre mayor, con blusón amplio, pantalones de pana a pesar del calor y zapatones de suela gruesa. En dos burros, sostenidos por unos artilugios de palo parecidos a las aguaderas, había buena cantidad de cántaros cubiertos por una red que vendía a las vecinas, unas viejas, con faldas casi hasta los pies y pañuelo negro al cuello, otras más jóvenes, con vestido claro y pañuelo colorido anudado en la nuca. Una niña con falda corta hasta la rodilla y zapatos grandes llevaba un cántaro apoyado en la cadera. Ayudando al hombre mayor, un niño con pantalones también hasta la rodilla.

Lo conocía, el alfarero era un personaje popular gracias a su negocio que le hacía patear la villa de cabo a rabo. De nombre Serafín, iba acompañado de su hijo menor para ayudarlo. Tenía en torno a los sesenta años y su familia se dedicaba a la fabricación de cacharros de barro cocido desde hacía varias generaciones, teniendo la alfarería en su propia casa, al principio de la calle San Gregorio, no muy lejos del centro del pueblo. Barbancho aprovechó la ocasión y habló con él, nunca se sabía donde podía saltar la liebre. El alfarero le dijo que le sonaba la joven, cuya foto había visto en la puerta de la iglesia, pero no podría asegurarlo, ya había muchos visitantes en el pueblo, caras nuevas que no retenía en su cabeza. A la pregunta de qué personas, ajenas al barrio, pasaban con frecuencia por delante de su alfarería, abierta a la calle, Serafín se quedó mirando al frente, rascándose la cabeza e intentando recordar. Al cabo de unos instantes dio al guardia cuatro o cinco nombres pero ninguno extraño, eran residentes del centro del municipio que, habitualmente, iban de paseo hacia el camino de Sevilla o giraban al final de calle para coger la redonda. Uno de los nombres le llamó la atención, no era la primera vez en estos días que se cruzaba en su camino pero no le dio más importancia si bien quedó grabado en un rincón de su memoria.

Se despidió del alfarero y siguió andando por la Villeta. A ambos lados de la ancha calle, todas las casas tenían el mismo aspecto humilde, de una planta, con jambas y dintel de granito sin desbastar y un pequeño ventanuco que daba a la *cárama*. Era una de las zonas donde el pueblo se había ampliado y lo demostraba la anchura de la calle. En su parte más antigua, las calles eran más estrechas mientras más próximas a la Plaza. En la acera izquierda, sobresalían los contrafuertes de piedra de la iglesia del Carmen cuya celebración era de las más sonadas del

pueblo. Hasta hacía pocos años la villa terminaba por esta zona en el convento de San Diego de Alcalá, ahora de los Carmelitas, junto a la puerta plateresca de San Sebastián recientemente derribada. El guardia miró de reojo la escalera de siete gradas y anchísimas barandas de granito pulido, a poco más de un metro del suelo, que daban acceso a la iglesia por ese lado. Al pasar por la calle, los críos del barrio se paraban ante ella con frecuencia y ejecutaban lo que era casi un rito: subir las gradas, pasar a una de las dos anchas barandas y saltar al suelo, mientras más lejos mejor; luego, proseguían su camino. Las golondrinas planeaban con su vuelo ágil que parecía alocado, entrando y saliendo de sus nidos colgados bajo el alto alero del tejado.

El guardia sonreía con frecuencia al recordar a su madre cuando de niño lo llevaba con ella a la novena de la Virgen en el mes de julio. La buena mujer, pensando tal vez en desarrollar en su retoño una vocación religiosa inexistente, tenía la bendita costumbre de llevarlo cada tarde a la celebración carmelitana los días próximos a la festividad, hasta bien entrados los doce o trece años. Con aquel calor de julio al niño le costaba un trabajo ímprobo aguantar la pesadez de la función y más cuando sabía que sus amigos estaban jugando en el Parque. Cuando terminaba la ceremonia vespertina salía de la iglesia desalado, *desatentado* decían en el pueblo, corriendo como un demonio al Parque con el trompo en el bolsillo en busca de sus camaradas. Su madre, meneando un poco la cabeza, lo dejaba suelto dándose cuenta de que el niño no iba, probablemente, para cura.

Bastantes feriantes ya habían montado sus tenderetes, faltaban solo diez días para San Agustín. Preferían llegar con tiempo al pueblo aunque renunciaran a las ferias de municipios más pequeños, tanto para elegir un buen lugar en la calle como para empezar a exhibir sus productos. La vecina villa de Belalcázar estaba en plena feria, cuando esta terminara, la mayoría de feriantes marcharía a Hinojosa. Aunque los agrarios que vivían en las fincas de las afueras tardarían todavía una semana en llegar, era cierto que los residentes ya comenzaban a curiosear y a hacer cuentas sobre lo que debían comprar para todo el año.

La calle mostraba un rastro de paja. Delante de una casa, un agrario la estaba introduciendo en el pajar. Procedentes de las eras que circundaban el municipio, denominadas *ruedos*, los agricultores detenían el carro de varas atestado de paja sujeta con una red de esparto delante de la amplia puerta falsa de la casa. El campesino utilizaba una manta cuyo extremo superior formaba una capucha que encajaba en su cabeza, ataba los extremos inferiores y la llenaba con los tallos del cereal formando una gran bolsa. Luego la llevaba al pajar donde la amontonaba bien prieta, para lo cual utilizaba los servicios de los críos del barrio, que disfrutaban apisonándola con pies y manos. Mezclada con grano, sería uno de los alimentos básicos para el ganado.

Se palpaba la alegría en las gentes, sobre todo en los niños, ahora no era tiempo de escuela, así que las pandillas pululaban por todo el pueblo y sus alrededores cometiendo las barbaridades típicas de la edad. Eran frecuentes las peleas entre bandas de barrio, utilizando los combatientes como armas ofensivas tanto piedras como espadas de madera. De vez en cuando al caudillo de una pandilla, bien para demostrar su liderazgo, bien por aburrimiento, se le ocurría atacar a otra, para lo cual convencía a sus acólitos y para el barrio enemigo se iban, con la intención de invadir y conquistar fugazmente nuevos territorios. El resultado de las escaramuzas era a menudo incierto pero no que varios niños llegaran a sus casas descalabrados y llorosos.

Pasó junto a la zapatería de Pablo, un hombre que ya le parecía viejo cuando el guardia era un niño y se paraba en su taller con la puerta abierta a la calle. Allí seguía con sus, al menos, setenta

años fabricando y arreglando botas y zapatos y, en verano, confeccionando con maestría sandalias para los pequeños. Lo saludó con afecto y charló un rato con el artesano cuyo negocio, como bien sabía el guardia, era uno de los mentideros de la villa como lo eran las barberías y las tabernas. Los rumores estaban copados como era lógico por el crimen de la muchacha. A preguntas de Barbancho el zapatero contestaba lo que había oído, todo eran chismes, pero nada jugoso para el guardia. Se despidió del zapatero, apareció en la Plaza, ya bastante animada, la atravesó y llegó al cuartel.

El teniente le refirió los últimos acontecimientos.

—Ya están preparando el cadáver para llevárselo.

—¡Vaya panorama jodido! ¿Quiénes están en el cementerio? —preguntó el sargento.

—Jurado y otro número, ya nos contarán.

Los hombres se sentaron y volvieron a los papeles en los que, sin levantar la cabeza, estaba enfrascado García. Cuando aparecía algo que consideraban relevante en algún informe lo comentaban entre ellos, pero hasta el momento nada había hecho saltar las alarmas.

—Hasta ahora hemos revisado los casos de los últimos tres años y no hemos encontrado nada —expuso Cortés.

—Era previsible, estábamos en el pueblo por esa época.

—Entonces, ¿hasta dónde llegamos?

—Pues creo que hasta el año cinco, revisaríamos seis en total. Más tiempo no creo que valga la pena... por el momento.

Se pusieron a leer, el improvisado equipo apenas hablaba, las horas transcurrían lentas hasta que, sobre las ocho de la tarde, llegó Jurado.

Con precisión y claridad, aunque sin poder evitar algún comentario propio, dio el parte de la retirada y transporte del cadáver por la familia de Monterrubio.

El joven guardia explicó que, antes de que llegaran los familiares de la muerta, había acudido al cementerio don Felipe, el médico, para preparar el cuerpo. El cadáver, desenterrado el día anterior y metido en un ataúd lleno de sal estaba colocado en la mesa de mármol de la sala de autopsias. El enterrador y su ayudante, a una orden del galeno, destaparon la caja, abrieron la mortaja y sacaron los restos de la muchacha. El médico mandó a todos fuera de la sala y estuvo un buen rato encerrado a solas con el cadáver.

—Cuando terminó y los empleados y nosotros entramos, había desaparecido el olor a muerto. Desde luego el doctor ha hecho un buen trabajo, no sabemos qué mejunjes habrá puesto en el cuerpo y la cara de la mujer, pero parecía dormida a pesar de los días que lleva muerta y enterrada. Los empleados la envolvieron de nuevo en la mortaja y Don Felipe le tapó la cara con un lienzo blanco. Pretendía que la familia no la viera —así lo comentó—, pero fue inútil. Nada más llegar, exigieron que se descubriera su rostro y cuando se acercaron, la madre gritó con desesperación al contemplar a su hija, aunque fue contenida por su marido y por los hijos abrazándose todos, la verdad es que no armaron demasiado escándalo. Entonces sucedió algo: la madre, separándose de los hombres de su familia, se dirigió a don Felipe y le pidió unas tijeras. A pesar de la cara de sorpresa del médico, este le entregó unas pequeñas. La mujer se acercó al cadáver y cortó un mechón de pelo de la cabellera negra de la niña que guardó en su pañuelo. Después la besó en la frente y ella misma le volvió a cubrir el rostro con el lienzo. El padre dio la conformidad para terminar con los preparativos, los empleados colocaron el cuerpo dentro del

ataúd que, previamente, la familia había comprado en una carpintería del pueblo, lo cubrieron de nuevo con la sal y, cerrando el féretro, lo llevaron al carro. Don Felipe les dijo que no se preocuparan, que el cuerpo llegaría en buen estado a su pueblo, pero no debían retrasar el entierro porque dentro de un día como mucho el olor ya sería insoportable —dijo con suavidad pero claramente—. Una vez colocado y bien sujeto el ataúd en el carro, se sentó a su lado la madre, el padre se puso enfrente de ella, los hijos cogieron las riendas y salieron encaminándose al Mármol en dirección a Monterrubio.

—Y nada más, mi teniente —terminó.

El guardia salió del despacho cuadrándose, los jefes no cruzaron palabra, se miraron y ambos se entendieron, sus cabezas habían seguido la escena imaginando la infinita tristeza del ambiente.

Barbancho murmuró:

—Para un relicario.

—¿A qué te refieres? —preguntó Cortés, con extrañeza.

—Al mechón de pelo que cortó la madre a su hija.

—Iba a preguntártelo. ¿Cómo lo sabes?

—Solo lo imagino, pero apostaría la paga de un mes.

—Puede ser... —admitió el teniente.

Al cabo de unos instantes, Barbancho volvió a hablar:

—Felipe como siempre, ¡no está en su mano!

—¿Por qué lo dices?

—Porque hubiera sido suficiente dejar el cuerpo en la caja tal y como estaba. Con la sal, que no me extrañaría haya comprado él mismo, se mantiene de sobra para el viaje. Luego, que en Monterrubio lo hubieran adecentado para enterrarlo, pero no, tenía que hacerlo él porque sabía que la madre querría ver a su hija. No puede ocultar su bondad el hombre este.

El oficial asintió y, dando ambos un pequeño resoplido, se pusieron de nuevo con los papeles. Ya eran cerca de las nueve de la noche, trabajarían un poco más y mañana seguirían, pero en contra de lo que pensaban dieron las diez y no habían averiguado nada. Tan solo hablaron del episodio de la niña cuya madre había puesto una denuncia al personaje acaudalado por acariciar a su hija con demasiada devoción hacía unos años. Pero estuvieron de acuerdo en que el caso no tenía más importancia.

Quedaron en terminar con los informes la mañana siguiente, se levantaron y marcharon.

Cuando el sargento salió del cuartel era noche clara, de agosto, las estrellas titilaban brillantes en el cielo y en la plaza había veladores con algunos hombres que charlaban a la escasa luz de las farolas.

La *cachicha* estaba todavía al pie del cañón, sentada en una pequeña silla de enea al frente de su pequeño tenderete situado ante la fachada de la Virgen del Castillo. Allí vendía pipas, garbanzos tostados, caramelos y tabaco.

## XIX UN ESCALOFRÍO

Al día siguiente, jueves 18 de agosto, el sargento Barbancho, a hora temprana, se fue para el cuartel cambiando de itinerario. Bajó de su casa hasta la entrada del Parque y giró a la derecha, quería ver cómo estaba todo por San Sebastián, por lo que volvió a girar y entró en la vía, paralela a la Villeta y como esta, bastante ancha por esa zona. Ambas calles eran bastante recientes, se habían formado a partir del derribo de la portada, construyéndose el caserío a partir del convento y de la ermita que, durante siglos, había permanecido en las afueras de la población.

Tanto en la acera frente al Parque como al principio de esta calle, algunos feriantes ya empezaban a instalar sus tenderetes de golosinas, turrónes o juguetes, pero destacaban los de aperos para agrarios. Allí se veían desde albardas para burros y mulas hasta cinturones y cencerros que los críos no podían resistirse a tocar recibiendo las habituales miradas furiosas de los vendedores y algún que otro bocinazo que les hacía poner pies en polvorosa. La mayoría de feriantes se quedaban por la noche junto a su puesto en la acera de la calle, allí instalaban una tienda sencilla apoyada en cuatro palos con una lona encima, comían sobre un cajón de madera y por la noche dormían hombres y mujeres separados por una cortina. Realizaban la higiene diaria en la casa ante la que se habían instalado con la benevolencia de los propietarios, allí entraban mujeres y hombres a lavarse y a decentarse y, al terminar la feria, correspondían a su anfitriona con un detalle.

Llegó el sargento a la amplia plaza de tierra de San Sebastián, presidida por su ermita de sencillo estilo gótico. En esta plaza jugaba de pequeño el guardia junto con su pandilla, allí corrían con el aro, en verano jugaban al trompo y, en los días soleados de invierno, a la billarda.

Y un poco más abajo existía una monumental puerta de granito, demolida hacía pocos años. Se había enterado con pena mezclada de indignación, del derribo de la portada que, junto con otras cuatro situadas estratégicamente, guardaban el acceso a la antigua villa amurallada<sup>[11]</sup>. Era lógico que el pueblo al crecer tanto sobrepasara dichas puertas, pero había sido una atrocidad arquitectónica innecesaria porque, simplemente, se hubiera construido a continuación de ellas como se había hecho en otros lugares y siempre sería hermoso contemplarlas y un recuerdo y homenaje a los antepasados, razonaba el guardia. En fin, le había sentado como un tiro cuando se enteró de que habían desaparecido aquellas monumentales portadas de piedra, de estilo plateresco, hermosísimas. Y cuando lo comentaba con don Isidoro el cura, que tampoco estaba en



el pueblo por esos años y que asimismo montó en cólera cuando se enteró, el lenguaje comedido que usaba habitualmente el sacerdote se transformaba en una explosión de insultos a los causantes del desatino que sorprendía a cualquiera que lo escuchara. No era raro que despotricara contra ellos y sus ruines intereses en las homilias de aquel tiempo.

Pasó delante de la ermita medieval, blanca y sobria, era la más próxima a su casa y la conocía perfectamente así como la fiesta del santo a primeros de año, que recordaba a veces con nostalgia. En el duro invierno se colocaban tenderetes en la pared oriental de la pequeña iglesia mirando desde la plaza, en la calle Limosna, calle en pendiente llamada así por abrirse en el muro una portezuela que daba acceso a la gran huerta del convento de los carmelitas. A través de ella, se daba comida a los pobres. Era tradicional en esta fiesta el consumo de piñones que las familias, con ayuda de un martillo de madera o unas tenazas metálicas, comían en casa. Los hermanos celebraban su cena de hermandad después de recorrer el pueblo con su rondalla, que inundaba de alborozo las calles; luego, en una sala aneja al pequeño templo, celebraban el ágape y continuaban la juerga, mirados con curiosidad y envidia por la chiquillería desde la puerta. Decían las malas lenguas que esta hermandad estaba compuesta por buenos *cuartilleros*, competentes libadores de cuartillas de vino, aunque eso sí, con fama de saber mearlo.

El guardia pasó por la plaza de Colón, atravesó la calle Reinas, *Cacharreinas* dicen sus paisanos, cruzó la Plaza, y llegó al cuartel sobre las ocho de la mañana.

El teniente tenía por costumbre llegar sobre las nueve, el guardia García ya estaba en la oficina leyendo los informes. Lo saludó con cordialidad:

—¿Cómo va todo, García?

—¡Bien, mi sargento! ya estoy terminando el año siete, hemos quedado en que llegaremos hasta el cinco, ¿no es así?

—Así es, cuando terminemos con ese año paramos. Si en seis años no hemos encontrado nada es que no vale la pena seguir, habrá que tirar por otro lado.

Habló con el cabo Fuentes para organizar el servicio y los guardias de ambas armas salieron, los de caballería, para su habitual ronda por los caminos, los infantes, para el Pilar. Los dos guardias que les habían enviado de ayuda iban de incógnito, vestidos como cualquier paisano, con objeto de patearse las calles hasta el Parque y el Prado del Pilar haciéndose pasar por feriantes. Le hizo gracia al sargento la vestimenta de ambos, traje, camisa blanca y mascota prestados por él mismo y por el teniente, cuyas tallas eran más o menos parecidas a las de los guardias. Para completar el atavío iban armados con varas de olivo, como auténticos tratantes de ganado, aunque desde luego, por mucho interés que pusieran en ello, no conseguían ocultar del todo su profesión de guardianes del orden.

Ya habían comunicado la identidad de la muchacha y los últimos detalles a la comandancia de Córdoba. Esta los dejaba tranquilos, por el momento. El teniente llegó poco después de las nueve, saludó a sus subalternos y todos se enfrascaron en la lectura de los casos. Tampoco hubo suerte en la mañana, sobre las once Cortés y el sargento se fueron al casino del *Gurri*, en la plaza, para tomar un café y despejarse un poco. Regresaron y siguieron casi hasta la hora de comer sin resultado alguno, la desesperanza empezaba a invadirlos, ¡cojones!, se lamentaban, ¿tan mala suerte tendrían de no encontrar siquiera un indicio, un puñetero hilo de donde empezar a tirar? Los expedientes que tenían que ver con casos de malos tratos a mujeres y peleas entre hombres por causa de celos y similares, se habían ido apartando a un extremo de la mesa del teniente, habían

separado veinte en cuatro años y todos o casi todos estaban muy claros. Algunos elementos masculinos aparecían en más de un caso, pero no surgía ese detalle que los hiciera diferentes a los simples desgraciados que eran.

Seguirían por la tarde, debían terminarlos ese día, eran poco más de las dos y había que ir a almorzar. Variando su costumbre al mediodía, el teniente invitó a Barbancho a un vaso de vino en el *Gato* antes de irse a casa. Para allá se fueron después de despedirse de García, entraron en el local, y recibieron el saludo de Sebastián, el dueño del casino.

—¡A la paz de Dios señores!

Los guardias respondieron al saludo, dejaron los tricornios encima del mostrador de madera reluciente, se acodaron y aguardaron los vasos. El local estaba muy animado, bastantes vecinos ocupaban el mostrador y las mesas. En el ambiente flotaban las voces de los clientes y el humo de los cigarrillos. Al estar en esquina, las fachadas daban tanto al muro oriental de la iglesia como a la calle que bajaba a Santa Ana y las vistas sobre la Plaza eran inmejorables. Elevando la voz, Sebastián les dio un poco de palique, que para eso era el jefe, otro camarero atendía a los demás parroquianos. Derivó la charla al origen del casino, que lo había heredado de su padre y cuya humilde taberna hacía solo unos años había transformado en hermoso local. Pero el negocio tenía, que él recordara, más de un siglo de antigüedad, un bisabuelo había comprado el establecimiento a una familia cuyo heredero había muerto en Bailén, en la guerra contra el francés, y sus hijas no quisieron continuarlo. Estas se habían casado pero sus maridos se dedicaban al campo y no quisieron meterse a taberneros, oficio bastante esclavo y poco agradecido, tanto por la escasa ganancia y mucho trabajo, como por el trato un poco despegado y desatento que recibían por parte del paisanaje. Los guardias asentían, ya conocían la historia. Sebastián se alejó un momento para atender la barra.

Continuaron los civiles la charla sobre aquellos duros tiempos, recordando los acontecimientos de hacía un siglo cuando, en 1810, los franceses del ejército napoleónico llegaron a estas tierras alojándose en el castillo de Belalcázar. Desde allí controlaban los pasos hacia Extremadura. No lo tuvieron fácil, la bravura de los paisanos les dio bastantes quebraderos de cabeza; en aquellos tiempos los *colodros* formaron cuadrillas para hostigar a los invasores, uniéndose finalmente a una que cuidaba por la seguridad de los viajeros en la comarca: la cuadrilla de escopeteros de *Los Maya*. Estas cuadrillas junto con otras de las localidades de la zona utilizaron tácticas de guerrillas para acosar a los franceses, hasta que fueron deshechas en la batalla de Valsequillo ese mismo año. No quedó aquí la participación de los hinojoseños en la espantosa guerra. Dos años antes, hay constancia de su intervención en la victoriosa batalla de Bailén, y años después en la de Vitoria, en 1813, cuando los gabachos huían a escape del país. Durante estos años era patente el miedo que los invasores tenían a los paisanos en cualquier lugar de España, cuando los españoles luchaban por una causa justa, cuando estaban convencidos, eran temibles. Su espíritu indomable hizo que cualquier invasor, desde la más remota antigüedad, sufriera en carne propia la enconada defensa del modo de vida hispano.

—Nuestra historia está cuajada de episodios de este tipo y de hombres excepcionales que los llevaron a cabo y que, con lastimosa frecuencia, apenas obtuvieron el merecido reconocimiento — aseveraba el teniente.

—Así somos los españoles, envidiosos, divididos, enfrentados muchas veces, hasta que llega una ocasión como esa —convino el sargento.

El oficial, como buen conocedor de la historia militar española, añadió:

—Algo parecido ocurrió con los descubridores y conquistadores de América, bastantes de los cuales, quizá los más importantes, nacieron por estas tierras y realizaron proezas que cuesta creer. Gigantes más que hombres como Cortés y Pizarro que conquistaron imperios; como Orellana y Núñez de Balboa que descubrieron ríos que parecían mares y océanos infinitos; como Sebastián de Belalcázar, paisano del vecino pueblo de su nombre, conquistador y fundador, y muchos más cuya memoria se pierde en la noche del tiempo. Hombres desesperados y valientes hasta la locura que realizaron las epopeyas más increíbles de las que se tenga memoria entre los seres humanos. Astutos e ingenuos, avariciosos y generosos, fríos en los combates y ardientes en sus pasiones, escribieron las páginas más inenarrables de la historia universal —declaró Cortés, con irreprimible entusiasmo.

—Sí, pero nosotros nos creemos solo lo malo, lo que difunden los países que fueron nuestros enemigos, ahí está la absurda leyenda negra que nos persigue desde hace siglos y lo que es peor, que nos seguimos tragando como idiotas.

—Llevas toda la razón. Aquellos españoles hicieron barbaridades, sí, pero exactamente igual que los colonizadores de tantas naciones, no hay conquista sin derramamiento de sangre. Sin embargo, y al mismo tiempo, hicieron cosas indudablemente buenas como en toda historia humana. Pero, ¡ah coño!, fueron españoles y sus compatriotas, nosotros, los de antes y los de ahora, los condenamos al olvido. En muchas naciones pasa exactamente lo contrario —concluyó con desazón el teniente.

—Así es, resaltamos nuestros defectos mientras otros los ocultan, olvidamos a nuestros grandes hombres y admiramos a los de otros países, pero en fin teniente, llevamos en la sangre la envidia y la ingratitud —remató Barbancho, mohíno.

Los dos guardias tenían el vaso de vino en la mano, el sargento como siempre fumaba con deleite un cigarro, habían quedado callados después de la apasionada charla histórica.

En eso estaban, mirando a la calle a través de la puerta abierta cuando vieron pasar al personaje nombrado la tarde anterior, el que había intentado abusar de una muchacha. Transmitía una impresión un tanto repulsiva, no pudo ver a los guardias por la claridad del sol en la calle y la cortina de la puerta que sumía en penumbra al casino. Ambos jefes se quedaron mirándolo sin decir nada hasta que entró en su casa, enfrente del local.

—¡Qué buena pieza! —dijo entonces Cortés, expresando sin más palabras lo que ambos sentían.

—¡Desde luego! —respondió Barbancho, pensativo.

Súbitamente, su cerebro registró un foganazo al tiempo que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Había sido un instante, una milésima de segundo, y lo había desencadenado un gesto que había visto realizar a la figura.

Cuando quiso analizar esa sensación lo interrumpió el juez Perea que acababa de entrar.

—¡Hombre, dichosos los ojos! —dijo, dirigiéndose a los guardias—, aquí tenemos a la autoridad, que cuida de nuestras vidas y haciendas y que tanto se preocupa por las desgraciadas gentes —refiriéndose, con evidente ironía, a la encerrona que le habían tendido en su propia casa para conseguir que la familia de la muchacha se llevara su cadáver.

—¡Estás tú apañado! —contestó el sargento con simpatía pero con esfuerzo, quería averiguar por qué el gesto realizado por el desagradable personaje le había producido aquella impresión

pero no lo consiguió, la aparición del juez lo había distraído. De todos modos se convenció de que se trataba de una sensación engañosa, posiblemente por lo obsesionado que estaba con el crimen, su cerebro buscaba donde no había, así que lo apartó de su mente.

El juez les preguntó qué tal iba el asunto que tenían entre manos y los guardias lo pusieron al día, en eso estaban. Acabaron hablando el magistrado y el sargento sobre la comida de los próximos días de feria, lo típico pensó el teniente, que estaba acostumbrado a las conversaciones de aquellos gastrónomos aficionados.

Terminaron los vasos y se despidieron.

Eran cerca de las tres, al salir a la calle los hombres entornaron los ojos al recibir la deslumbrante luz del sol.

## XX

### LA TABERNA

Sobre las seis de la tarde, el sargento llegó al cuartel y recibió el parte de la ronda mañanera sin novedad alguna. A pesar del crimen y de los rumores subsiguientes, los feriantes seguían llegando, había cada vez más gente.

El teniente aún no había aparecido pero García ya estaba concentrado en los papeles. Barbancho se acomodó en su mesa mirando, un poco desazonado, el montón de expedientes que le faltaba leer. En su mente era casi obsesiva la imagen de la muchacha asesinada pero a la vez y con rigor, no dejaba de pensar en el escenario del crimen y el resto de circunstancias de aquella tarde: el terreno, la casa, los curiosos que estaban junto al cadáver. Tenía la impresión de que allí había pasado algo que no habían detectado.

Tomó una decisión al respecto, llamó a Jurado y le encargó que fuera con Barea a dar una vuelta de nuevo por el lugar y que revisaran con atención la casa, a la que solo habían echado un somero vistazo el día que encontraron el cuerpo de la joven, y que se fijaran bien en los alrededores. Además, debían preguntar a todo el mundo y estar atentos a la gente con la que se encontrarán. No sería la primera vez que un asesino rondara la escena donde cometió el crimen. Hubiera deseado ir él mismo pero tenía que terminar sin falta la revisión de los informes, no podía perder más el tiempo entre papeles.

Después del latigazo que sintió al ver cruzar al figurón delante de El *Gato* al mediodía, le había quedado una sensación inquietante, algo que le venía a la cabeza de vez en cuando y que no lograba encajar. A pesar de desecharla en su momento, retornaba a su mente sin poder evitarlo. El sargento llamaba a esta sensación «la mosca» que revoloteaba en torno a su cabeza sin poder atraparla. Por fin había aparecido esa especie de presentimiento que muy pocas veces le fallaba y por el cual el teniente le tomaba el pelo de vez en cuando. También sabía que si se obsesionaba con ella nunca se manifestaría, había que dejarla de lado, en el momento más inesperado haría acto de presencia.

Volvió su atención a los papeles y empezó a leer. Seguían los informes de los años anteriores a su llegada, eran prácticamente idénticos a los que habían repasado, en general la vida en el pueblo era tranquila, se vivía como en una gran familia en la que todos conocían su papel y lo vivían en paz, exceptuando los típicos problemas de convivencia como en cualquier familia.

Llegó el teniente, charlaron un poco sobre el trabajo y también se puso a leer. Las horas

transcurrían. Sobre las ocho llegó Jurado que lo puso al corriente de la revisión efectuada en la casa donde habían matado a la muchacha. La habían examinado bien y puesto patas arriba los pocos aperos que contenía, la casa era vieja y tenía desconchones y grietas en las paredes y en el suelo, que también revisaron; habían buscado por todos los sitios sin encontrar nada. En el camino tampoco, habían hablado con los hortelanos y ganaderos de la zona y también con los paseantes, sin resultado.

El sargento confiaba en el guardia, aunque joven era despierto, no era probable que se le hubiera escapado algún detalle importante. Pero seguía teniendo la sensación de que en la casa debía haber algo más porque entre aquellas paredes se había desarrollado parte del drama. Decidió revisarla de nuevo, iría solo, muchas veces era más productivo examinar el sitio donde había ocurrido un hecho sin compañía de nadie, se concentraba más, dejaba volar la imaginación y retrocedía en el tiempo situándose en el terreno con ojos críticos y mente abierta, como si de un espectador se tratase. Más de una vez la inspiración le había visitado en esos momentos. Y eliminaría esa obsesión de su cabeza.

Siguió leyendo.

Habían dado una buena avanzadilla con los expedientes, estaba cansado de tanto papeleo. De repente se le ocurrió algo.

—Teniente, con tu permiso me voy con Jurado a dar una vuelta por la zona de La Fontanilla, donde viven los tenderos. Ya sabes que su hija era la amiga de la asesinada, así que para allá voy a ver si me entero de algo nuevo.

Pero lo que pretendía el guardia era averiguar las horas en que habían perdido la pista a Guadalupe, desde que la familia de Santiago Caballero se fue a El Viso hasta que se vio pasar a la muchacha por San Gregorio. No había olvidado este detalle por más que pareciera irrelevante.

—Me parece bien —contestó el oficial—, nosotros terminaremos con los informes y si no encontramos nada ya buscaremos otros caminos. Este cabrón no se nos puede escapar y cuando pienso en la sensación de incompetencia que podemos dar a los superiores no me hace ni chispa de gracia.

Barbancho llamó al guardia y ambos salieron del cuartel en dirección al sitio señalado. Ya había anochecido, hacía calor pero soplaba una tenue brisa que lo hacía más soportable. Bajaron por el hospital de La Caridad, tomaron el camino de Belalcázar en dirección a Pozoblanco por donde transitaba menos gente, y giraron a la derecha entre calles estrechas.

Llegaron finalmente a su destino, la taberna del *Peque*, local exiguo y algo oscuro pero acogedor, al que se accedía por una puerta en chaflán, con tres mesas y cuatro sillas cada una, y una pequeña barra de madera situada enfrente de la puerta.

Allí se reunían los vecinos del barrio, artesanos y comerciantes aunque la mayoría eran ganaderos y labradores, para hablar de sus cosas. Sin ser de las mejores, la cosecha del trigo y de la cebada de este año no apuntaba mal; a pesar de las sempiternas quejas de los agrarios así lo parecía. De todos modos no había que fiarse, no sería la primera vez que la tremenda labor de los campesinos a lo largo de todo el año iba a obtener su recompensa y luego, un mal frío o una mala tormenta o cualquier otro desastre la había arruinado. Que siempre había que estar mirando al cielo<sup>[12]</sup>.

—¡A la paz de Dios, señores! —saludó el sargento a los paisanos que estaban en la pequeña taberna en número de seis o siete, ya mismo se llenaría. Cuatro de ellos estaban en una mesa

jugando al truque, los otros de mirones.

—¡A la paz de Dios, sargento y la compañía! —respondió Elías Murillo, El *Peque*, propietario del negocio, desde detrás de la barra. El hombre pasaba del metro ochenta y pesaba más de cien kilos, precisamente pequeño no era.

—¡Cuánto bueno por aquí! Mucho hace que no los vemos. ¿Cómo va todo, sargento? —añadió con cordialidad.

—Ahí vamos tirando. Le he dicho a Jurado que ya estaba bien de andar por los caminos, vamos a tomarnos un vaso de vino a la taberna del *Peque* y que nos cuente novedades del barrio.

Pues por aquí pocas, el jaleo que ya se empieza a notar con los feriantes y con la gente de los cortijos que va llegando, lo de todos los años. Nos hemos enterado del asunto de la niña que han matado. ¿Hay algo nuevo? ¿Se sabe ya quién es ese hijoputa? —preguntó el tabernero poniendo dos vasos delante de los guardias.

—Todavía no, pero detrás de él andamos.

Barbancho dio un trago al vino y fue directo al grano.

—¿Nadie de por aquí conocía a la muchacha?

—¿A la muerta? No, ¿por qué íbamos a conocerla? —exclamó Elías.

—Pues porque estaba todo el día por vuestro barrio.

Al oír esta afirmación, los clientes interrumpieron el juego y se dieron la vuelta mirando a Barbancho con toda atención.

—¡No puede ser! —dijo con incredulidad el tabernero.

—Sí puede ser, Elías. Iba siempre con la hija de Santiago Caballero, el de la tienda de comestibles. Eran de la misma edad. ¿No has visto las fotos de la joven en la Plaza?, están colocadas en las puertas de la iglesia y del ayuntamiento.

—Pues casualmente no paso por la Plaza hace días, ya sabe, cuestiones de trabajo, no podía tener cerrada la taberna.

—¿Y ustedes? —preguntó el guardia dirigiéndose a los estupefactos contertulios—. ¿Han visto las fotos?

—¡Yo sí! —dijo uno de ellos—, pero no conozco a la niña.

Lo mismo declararon algunos más.

—Pues señores, por delante de la taberna ha tenido que pasar muchas veces, era una belleza de criatura.

—¿Y dice usted que estaba con los Caballero? —dijo Anselmo Rodríguez, uno de los clientes—. Ahora que me acuerdo, he visto a su mujer y a su hija acompañadas de otra joven muy guapa, pero no me he fijado demasiado, ya hay muchos forasteros. ¿Tiene la foto a mano, sargento?

El guardia la sacó, todos se acercaron.

—¡Esa es! —exclamó Anselmo—, es la moza que iba con la hija de Santiago. ¡Coño, no me había fijado bien!

—¿La recuerdas entonces? ¿La has visto solo con ella o con alguien más?

—No recuerdo —contestó Rodríguez—, la he visto de paso y creo que solo con la niña de Santiago pero vamos, no podría asegurarlo.

—Sí, ahora que la miro con detalle la he reconocido. Las dos jovencitas siempre iban juntas, llamaban la atención por lo alegres y, ¿por qué no decirlo?, por lo guapas que son —dijo Ramón Sandoval, otro de los parroquianos—. ¡Espere!, ¡a esta muchacha la he visto sola...! ¿Cuándo

dice que apareció muerta?

—Fue asesinada el domingo a mediodía, la encontramos por la tarde —contestó el guardia, expectante.

—Pues yo la vi el domingo sobre las ocho u ocho y media de la mañana, cuando iba a mi huerta. Se metió en la carpintería de Bernardo, el *rarucio* ese que tiene el taller en la Fontanilla.

Sobre la pequeña taberna el tiempo pareció quedar suspendido.



## XXI

### UNA ACLARACIÓN

El sargento sintió una descarga, Jurado se puso tenso, los contertulios alerta. No se oía una mosca.

—¡Sí, ya sé donde está la carpintería! —reaccionó el guardia, nervioso—. Dices que la viste sobre las ocho u ocho y media. ¿Y qué hizo la niña, se metió allí sin más? ¿A esas horas y en domingo?

—¡Como le estoy diciendo! Era temprano y antes de ir a misa de doce me fui a la huerta, no aguanto en la cama, al salir de casa la vi cruzar y meterse en el taller.

El sargento se le quedó mirando mientras procesaba la información. ¿Qué iría a hacer la muchacha en casa de Bernardo, en domingo y tan temprano, cuando debía estar en la casa de los alfareros? No tenía sentido. La teoría que descartó en su momento de que la niña tuviera relación con algún hombre, le volvió ahora con toda su fuerza. Bernardo Molina era un hombre un tanto excéntrico, de ahí el adjetivo que le había aplicado Ramón. Buen carpintero, era especialista en la construcción de carros de varas, el mejor de todo el pueblo en este cometido. Pero la fama de raro le venía a Bernardo porque tenía una afición un tanto peculiar por estos lares y en una persona del pueblo llano: la pintura. Su tiempo libre lo dedicaba a pintar hermosos cuadros sobre cualquier tema, abundando los de paisajes; era frecuente verlo con su caballete en el Santo Cristo reflejando desde el caserío de la villa a una puesta de sol o un chaparro del camino, aunque también se le podía ver en sitios insospechados retratando una puerta antigua o una vieja enlutada. Soltero y cuarentón, no salía prácticamente de casa, donde vivía con su madre, y tampoco pisaba las tabernas, sin embargo había que reconocer que era afable, trabajador y servicial, pero en los pueblos ya se sabe, si uno no bebe un vaso de vez en cuando es un tío extraño.

Sandoval seguía afirmando por enésima vez que había visto a la muchacha el domingo, el sargento le hizo mil preguntas pero sobre la hora no cabían dudas. Ahora quedaba saber qué había pasado en la carpintería. La incógnita de las horas en que se perdió la pista a la muchacha antes de morir y que había advertido el sargento cuando interrogó a los Caballero, iba a ser aclarada por fin, o eso esperaba el guardia. La impresión recibida por todos había sido fuerte, los hombres tendrían tema de conversación para toda la noche.

Los civiles se despidieron de Elías y de sus parroquianos con un ¡hasta otra señores! y salieron a la calle. Los dos vasos de vino les habían sentado bien pero Barbancho estaba alerta

ante la próxima entrevista. ¿Por qué el carpintero no se había presentado en el cuartel para declarar que la moza estuvo en su casa horas antes de morir? Posiblemente porque no sabía que se trataba de Guadalupe... o por otra razón más oscura. O quizá esperaba que los guardias no se enteraran de esa visita. Allí había algo raro que debían aclarar inmediatamente.

A mitad de la calle Fontanilla pararon y llamaron a la puerta de una casa, al lado de un portón encima del cual se apreciaba un tablón pintado con gracia que indicaba el oficio de Bernardo. Al poco tiempo les abrió el interesado, que se quedó boquiabierto al ver a la pareja de guardias.

—¡Buenas noches, Bernardo! —saludó el sargento.

—¡Buenas! —respondió con amabilidad el pintor aficionado, sin añadir más por la sorpresa.

—Queríamos hablar contigo.

—¡Ah, perdonen!, ¡pasen, pasen! —contestó el interpelado.

Entraron en la casa, no era grande, en realidad era una media casa, limpia, con macetas por todos lados y algo no muy usual en las viviendas humildes: las paredes estaban cubiertas de cuadros al óleo.

Llegaron a la pequeña sala de estar donde a la luz de una lámpara estaba la madre cosiendo. La mesa estaba llena de bocetos, obviamente los habían interrumpido. Saludaron a la sorprendida mujer que compuso una mueca de miedo, la aparición de los civiles no podía augurar nada bueno.

—Estábamos entretenidos, esperando que nos entrara el sueño —explicó el carpintero.

—No queremos molestar Bernardo pero tenemos que hablar contigo, si puede ser en sitio más discreto —dijo el sargento, que se apresuró a decir a la madre:

—Perdone usted por venir a estas horas, no se asuste, queremos hablar con Bernardo de un asunto de trabajo.

La buena mujer siguió asustada lógicamente, balbució algo que no se le entendió y su hijo señaló a los guardias el paso hacia el patio, no había otro lugar para hablar además de donde estaba la pequeña familia y por otro lado allí la temperatura era más agradable. Sacó tres sillas y todos se acomodaron.

El sargento encendió un cigarro y mirando al carpintero a los ojos, habló.

—Supongo Bernardo que estarás al corriente del asesinato de una muchacha el domingo pasado.

—¡Cómo no!, aunque salgo poco, los clientes me lo han contado, aparte de que solo con oír a las vecinas se entera uno de todo, vino una a contarle a mi madre todos los detalles. Según parece la joven era forastera.

El sargento lo miraba con atención, no imaginaba que aquel pintor vocacional pudiera ser el asesino. Por otra parte era soltero y retraído, casi un desconocido, podían gustarle las mujeres pero quizá su carácter le impidiera hablar o acercarse a ellas y tener una tendencia anormal, agresiva bajo aquella cara bondadosa, en fin, a saber lo que pasaba por la cabeza de la gente.

—¿La conocías? —preguntó de súbito Barbancho.

—¿Yo? —respondió, sorprendido—. ¿Por qué la iba a conocer?

—Porque, Bernardo... estuvo en tu carpintería el día que la mataron.

Si al hombre le hubieran dado una puñalada no habría sangrado, su cara fue poniéndose pálida cuando comprendió lo que el sargento le había dicho.

—¿Pero qué me está diciendo? ¡Dios santo, Guadalupe! ¡Es imposible! —balbuceó el hombre, removiéndose en su silla—. Porque es Guadalupe ¿no?

El sargento se tranquilizó, aquella reacción no era falsa, apreciaba a Bernardo, le gustaba la gente discreta y aunque no lo conocía mucho, le había catalogado siempre como un buen hombre.

—¡Sí, la muchacha asesinada es Guadalupe! ¿No lo sabías? —preguntó de nuevo el guardia atenuando el sonido de su voz, había comprobado la terrible impresión causada al carpintero, no se reacciona así cuando alguien ha matado a un semejante.

Contestó al cabo de unos segundos.

—¿Cómo voy a saberlo? Verá sargento, me interesan muy pocas cosas, mi vida es sencilla y no me gustan los chismes. Cuando me enteré de que habían matado a una muchacha no se me ocurrió pensar en ningún momento que era mi amiga, no hice preguntas, si tenía que enterarme de algo ya me enteraría aunque no quisiera. Ahora lo entiendo, rumoreaban que era forastera, de por aquí cerca, unos que de El Viso, otros que de Cabeza del Buey, incluso de Zafra he oído, pero le insisto, no puse demasiada atención, todo está lleno de forasteros de los pueblos cercanos.

El hombre había quedado totalmente anonadado, aniquilado, sacó su pañuelo y enjugó una lágrima; se levantó, fue a la cocina y trajo una jarra de agua y un vaso. Bebió, intentando tranquilizarse.

—¿Amiga has dicho? ¿Cómo puede ser que una mujer guapa y tan joven pueda ser tu amiga, Bernardo? —inquirió el guardia.

—Es un poco raro, ¿no? —sonrió con abrumadora tristeza el hombre—, entiendo que mi amistad con ella así lo parezca y más en los pueblos donde todo está controlado, donde no puedes moverte sin que algo chirrie. Tiene su explicación —añadió con amargura.

—Conocí a Guadalupe el año pasado, la primera vez que vino al pueblo sola según me contó. Un día pasó por delante de la casa abierta en compañía de su amiga Inés y se fijó en los cuadros de las paredes cerca de la puerta. Yo estaba en ese momento fuera de la carpintería y me di cuenta de que le habían llamado la atención. Me acerqué y las invité a pasar para que los vieran. Guadalupe, a pesar de lo parlanchina que es, bueno que era —dijo, pasándose la mano por la frente—, quedó en silencio mientras los contemplaba, yo estaba en la gloria por aquel aprecio al que no estoy acostumbrado. Le fui explicando el contenido de cada uno, la niña estaba entusiasmada, me dijo que siempre le habían gustado los cuadros y que envidiaba a los artistas, que a ella le gustaría algún día pintar como yo, etc. Finalmente, Inés le metió prisa y se fueron, pero a partir de entonces era frecuente que se asomara a la carpintería cuando pasaba sola y si no me veía muy ocupado me pedía que le enseñara los lienzos que estaba pintando, mis bocetos, las ideas que tenía para otros nuevos... Era muy inteligente y curiosa y tenía una sensibilidad tremenda.

Apareció otra lágrima en su rostro que no se preocupó de secar.

—Y tenía también un innato sentido de negociante —añadió con una sonrisa de simpatía—, no podía evitarlo, me dijo que por cuánto le vendería algunos de mis cuadros. Le contesté que no hacía negocio con ellos, que eligiera el que más le gustara y que se quedara con él, sería mi regalo. La chiquilla se entusiasmó y me dio un beso, casi se puso a dar saltos de contento. Pero le hice saber una cosa, se lo regalaba con la condición de no venderlo. Se quedó un poco suspensa pero luego sonrió y me lo prometió, nunca lo haría.

El guardia lo interrumpió:

—¿Qué pasó el domingo?

—¿El domingo? ¿Fue cuando la mataron?

—Sí.

Bernardo se quedó mirando al sargento ante el laconismo de la respuesta, pero contestó rápidamente.

—Me sorprendió verla tan temprano y en día de fiesta, en mí no es raro, me acuesto pronto y en cuanto despunta el día ya estoy trabajando; los días festivos procuro no hacer ruido para no molestar a los vecinos, pero siempre hay labores en que no es necesario hacerlo. Entró en la carpintería y estuvimos hablando como otros días. Le pregunté qué hacía a aquella hora y me dijo que la familia de su amiga Inés se había ido de viaje a El Viso, ella iba a ir pero al final no lo hizo porque tenía entre manos algo importante que tratar y lo resolvería dentro de unas horas, había quedado a las doce, no quería dejar pasar la ocasión. Se la veía ilusionada, no era la primera vez que me hablaba de sus compras, cuando algo le gustaba, sobre todo cacharrería que es lo que venden sus padres, daba una señal y cuando venían aquellos, la liquidaban. Me dijo que hacía un rato se había marchado la familia de Inés y que todavía no había ido a la casa donde paraba, que ahora lo haría. Le pregunté entonces si quería ver mis últimos dibujos y me dijo que sí, pasamos a la casa y se los mostré. Tomó un vaso de leche que mi madre le trajo y echó una buena parrafada con ella, que veía el cielo abierto cuando la cría venía por casa. Cuando nos dimos cuenta yo casi había perdido la mañana y ella dio un respingo y se marchó presurosa, habían pasado las horas sin sentir. La vi como siempre, contenta y feliz, te contagiaba su alegría, era una delicia estar con aquella criatura. Le dije entonces que si quería ir a casa de los alfareros apenas tendría tiempo para su negocio, me contestó que iría a la cita y después a casa. No le di más importancia, era casi el mediodía, tendría tiempo para lo suyo y para llegar a comer. Se despidió y no he vuelto a verla, ¡ni la veré nunca más! —articuló con enorme tristeza y conteniendo un sollozo, sin importarle la presencia de los civiles.

Los detalles que aportaba Bernardo confirmaban su inocencia, pero el sargento prosiguió con su interrogatorio.

—De todas formas tendrás que admitir que es un poco raro lo que dices, no es normal que una moza se interese por la pintura y se tire las horas muertas en casa de un hombre que le dobla la edad, es más lógico que a esos años le gusten otras cosas —expuso el guardia, sin rodeos.

—Lo sé, pero puede creerme, demasiadas veces ignoramos cómo son las personas, yo mismo me sorprendí cuando vi el interés de la muchacha por mis cuadros, ¿qué quiere que le diga?

—Bernardo ¿puedes decirme donde estuviste el domingo después de que se fuera la niña? —preguntó con mirada inquisitiva el sargento.

El carpintero lo miró a su vez, entre sorprendido e indignado cuando captó su alcance. Pero entendió al guardia.

—Comprendo, ahora soy el principal sospechoso ¿no? Pues no me moví de aquí, no soy demasiado religioso y no voy casi nunca a misa, eso lo hace mi madre, pero puedo decirle que por delante de mi carpintería pasa mucha gente de la calle así que pregunte por ahí y le confirmarán que, a la hora que usted dice, estaba trabajando en el taller con las puertas abiertas. Y mucha gente, de camino a la iglesia, veía a la muchacha salir de aquí.

El sargento estaba seguro de ello, de todos modos indagaría o mandaría a un guardia al día siguiente al barrio para confirmarlo.

—¿Te dijo la muchacha con quién había quedado?

—¡No!, era imposible sacarle nada, sabía guardar un secreto, de todos modos pienso que probablemente no conocería al vendedor, la mayoría son forasteros.

Barbancho comprendió que no había más preguntas que hacer, se puso en pie, Jurado lo imitó y ambos se encaminaron a la salida después de saludar a la madre, todo había quedado claro.

El pintor aficionado se quedó en la puerta presenciando la marcha de los guardias de su casa, sin contestar a su despedida..., sin verlos.

Un asesino había destruido no solo la juventud, la alegría y la sensibilidad de una bella muchacha. También había aniquilado una esperanza lejana oculta en lo más profundo del corazón de un hombre solitario.

## XXII

### DESEOS TURBIOS

El personaje había salido a la calle acompañado por sus amigos habituales, dirigiéndose al Parque y cotilleando sobre los visitantes que iban llegando al pueblo. A algunos les lanzaban bromas, la mayoría bastas, sin gracia, que aquellos encajaban como podían bajando generalmente la vista, avergonzados. Ellos eran los ricos y se sentían superiores. Se mofaban, sobre todo, de los pobres cortijeros, aquellos habitantes de las tierras situadas fuera de la población. Iban al pueblo una o dos veces al año, la feria era sagrada porque tenían que proveerse para todo el año, pero entraban cohibidos, asustados, aquello les debía parecer una gran ciudad, el ambiente alegre, las voces, las risas, los atolondraban. Era lógico al pasar de la quietud del campo a la algarabía del lugar y más en feria, pero como los niños, pronto se habituaban a aquellos jaleos y aunque se les notaba la cortedad, rápidamente se acostumbraban al regateo con gitanos y feriantes.

Era un demonio astuto, silencioso, aunque no una tumba, cuando se le requería hablaba también pero era diferente a los amigos, estos lo sabían y respetaban su forma de ser, respeto fundado en su pertenencia a los poderosos del pueblo no porque su carácter fuera afable. Le gustaba la soledad y cuando tenía ocasión se iba sin compañía por los alrededores del pueblo, por los caminos, unas veces a pie, otras jinete sobre su yegua, pero sabía que esto llamaba la atención y solo lo hacía a horas intempestivas, cuando nadie podía ver lo que hacía, como una sombra, silenciosa, sutil y acechante. Pero cuando tenía posibilidad de acercarse a una mujer solitaria, sobre todo joven, cambiaba de actitud, se le hacía agradable y le inspiraba confianza, la posible víctima no podía sospechar en ningún momento su intención.

No podía evitarlo, su atracción por las féminas era enfermiza. En su niñez la apreció pronto y en su adolescencia la notaron también sus padres. Era una tendencia extraña, impropia y agresiva, por lo que estos prefirieron ocultarla. Sin embargo, a medida que iba pasando el tiempo se empezaron a preocupar seriamente, eran frecuentes las reprimendas mezcladas con amenazas procurando que se corrigiera. Fue en vano, es más, a medida que iban pasando los años, ya había superado los treinta, su inclinación a propasarse con las mujeres cada vez era más fuerte y la controlaba mal, por eso ocurrió lo de Córdoba y por la misma razón mató a la muchacha la semana pasada.

Pero apenas le afectaba, no sentía remordimientos prolongados. Ni siquiera pensó en la desgracia que había traído a la familia de la muerta ni, desde luego, sintió culpa alguna al truncar

una vida en plena juventud. Tan solo, después de algún abuso o como en el caso del crimen de días atrás, sentía algo parecido al arrepentimiento, pero era tan breve y ligero que olvidaba casi inmediatamente lo que había hecho y cuando recordaba, recordaba a la mujer en concreto y al placer que le había dado, no a la violencia que había ejercido contra ella ni a sus consecuencias. Confiaba en su fuerza que utilizaba a menudo, las mujeres no podían hacerle frente. Una vez vencida la contrincante era cuando más disfrutaba: tenerla rendida, a su disposición, aprovecharse de ella a conciencia no dejando un resquicio del cuerpo femenino sin saborear, era el mayor de sus placeres. Cuando alcanzaba el éxtasis daba por bien empleado el riesgo corrido.

Todo empezó mucho tiempo atrás, cuando aquella criada se demoraba más de la cuenta en manosear su cuerpo infantil en el momento del baño. Con el tiempo se dio cuenta de que la mujer lo hacía no solo por juego o por curiosidad sino simplemente porque le gustaba. Al principio no entendía como aquella viciosa podía aprovecharse de la fragilidad propia de su corta edad, pero cuando fue pasando el tiempo tales manoseos empezaron a complacerle hasta que se hicieron imprescindibles. Sin embargo, un día, a los doce o trece años y casi sin pretenderlo, en un enfado, le dio un bofetón a la criada que la tiró de espaldas. Entonces sintió una sensación de fuerza inmensa, gratificante, salió de la bañera y se quedó de pie ante la mirada asombrada de la mujer. Estaba gozando de su poder, le gustaba tenerla asustada, a su merced, sometida, le levantó las faldas, empezó a acariciarla y cuando alcanzó el placer al tocarla en lo más íntimo, supo que acababa de experimentar el gozo más grande de su existencia. Habían pasado muchos años y nada le satisfacía más, por una parte el placer físico, por otra y por encima de todo, la exhibición de su dominio ante la hembra rendida.

A lo largo de los años, las criadas de la casa conocieron y soportaron esta inclinación, sobre todo las más hermosas, pero apenas lo hablaban entre ellas porque, además de ser humillante, se arriesgaban a que las echaran de la casa y hasta a no encontrar pareja si la gente se enteraba. Por ello lo más prudente era callar y seguir para adelante, no podían enfrentarse a aquel ser despótico con tanto poder, dinero y fuerza física, no hablarían por ser ellas las más perjudicadas.

Y aunque era un partido atractivo por su posición y había tenido algunas relaciones a lo largo de los años, estas nunca cuajaron, no fue posible.

Recordaba casi a diario a la mujer que tenía entre ceja y ceja, por ese motivo pasaba con frecuencia delante de su casa a ver si tenía suerte y podía contemplarla. No despertaba sospechas, pensaba, por ser la calle principal, la de más tránsito del pueblo y más ahora, con la feria al caer. Además, al estar camino del Parque era paso obligado para casi toda la población, que pasaba las tardes de verano en el bello paseo, cuajado de árboles y cercado de paredes de hiedra, *boleteros* las denominaban los paisanos. Había hablado, como por casualidad, algunas veces con ella y cada vez que lo hacía sentía crecer su pasión malsana. Le costaba trabajo disimularla, hubiera pasado horas contemplándola, sus ojos la traspasaban de arriba abajo. Pero también sabía que era inalcanzable. A veces le acudía un plan a su cabeza como el de aprovechar el jaleo de cualquier fiesta, cuando todo el pueblo estuviera volcado en la calle y cualquier persona pasaba desapercibida entre tantas; entonces se colaría en su casa por la mañana o por la tarde a horas donde no estuvieran los hombres de la familia para encontrarse con ella. El acceso era fácil, las casas del pueblo solían estar entreabiertas de día, con solo una cortina en la entrada cuando sus moradores estaban dentro.

Existía un gran problema y consistía en que la mujer sabía quién era, lógico, en los pueblos se

conocen casi todos y más si se pertenece a una familia rica, y eso podía complicar las cosas. No veía solución, bueno sí, había una: matarla después de haberla gozado. No sería la primera vez e incluso le corría por el cuerpo un placer nuevo al hacerlo, una excitación enorme por el poder que sentía al disponer de una vida a su antojo. Por otra parte, no tenía otra salida, no era imbécil y sabía que la mujer no aceptaría sus caricias, con otra no pasaría nada, callaría, pero esta tenía genio, lo hablaría con su marido y eso sí que sería un problema. Por tanto no había otra solución que asesinarla. En fin, todas sus maquinaciones no dejaban de ser un sueño, una fantasía lejana.

A pesar de que casi siempre conseguía realizar sus innobles caprichos, sufría, no era feliz. La estricta educación religiosa y familiar que había recibido desde su niñez le producía frecuentes desazones y accesos de furia cuando no se cumplían sus deseos. Y aquí aparecía otro rasgo extraño en su forma de ser. No podía precisar desde cuando, quizá desde que las tardes del mes de julio iba con su madre a la novena previa a la celebración de la fiesta. Lo cierto es que aquella costumbre, extendida en el pueblo, de que las madres llevaran a sus hijos a esas celebraciones religiosas hasta casi la pubertad, había dejado una huella indeleble en su espíritu. Era la veneración a la Virgen del Carmen, fervor que no había perdido con la edad y que había arraigado con tanta fuerza en su alma que lo único que respetaba a la vez que le aportaba sosiego, era la imagen de aquella Virgen, de rostro sereno y bellísimo. Llevaba una medalla al cuello y otra en un bolsillo, se tranquilizaba tocándolas. Después de cada reprimenda de su padre cuando se enteraba de alguno de sus desmanes, incluso después de recibir algún bofetón ya desde que era una criatura, pero sobre todo después de cada abuso, después de cada exhibición de fuerza doblegando a una mujer, aparecía por breves momentos una sensación de culpa que solo calmaba acariciando los discos de plata. Por ese motivo había introducido una medalla en la boca de la prostituta de Córdoba y de la muchacha asesinada el domingo, era una forma de pedir indulgencia tanto a su víctima como a la Virgen.

Y con bastante frecuencia asistía a misa en el templo carmelitano, la contemplación de la divina imagen era como un bálsamo para su alma atormentada. Aunque pertenecía a la parroquia de San Juan por estar al lado de su casa, prefería ir a la del Carmen.

Su familia y amigos la consideraban una más de sus tantas manías.



## XXIII UN HALLAZGO

El sargento apareció en el cuartel a las ocho de la mañana del viernes 19 de agosto, saludó a los guardias, dispuso el servicio y entró en la oficina, enfrascándose de nuevo en los expedientes apartados en la primera revisión. Encendió un cigarro y empezó por los más antiguos, repasando con atención los que él no había leído. Efectivamente, los casos se repetían, casi todos eran por los motivos habituales, celos, promesas de matrimonio incumplidas y, por supuesto, algunas palizas más fuertes de lo normal que habían terminado con el marido o novio en el cuartel.

Recordó el que tenía en sus manos, uno estremecedor en que el novio de una muchacha mató al padre de ella cuanto este le negó el permiso para cortejarla. El motivo del rechazo fue que la familia del muchacho no tenía tantas tierras como la de su novia; los jóvenes se amaban, era una injusticia grande impedir su unión por un pedazo de tierra más o menos. Hubiera sido un caso más entre tantos pero todo se enconó por el desprecio con que fue despedido. La afrenta se enquistó en el corazón del joven, lo intentó de nuevo y al ser rechazado por el padre con peores modos que la primera vez, desesperado, perdió la cabeza, fue un día a su cortijo y lo asesinó, abriéndole el vientre con su navaja. Después se entregó en el cuartel. Tanto la familia del joven como la muchacha, que seguía soltera, fueron las víctimas de un anticuado sentido del honor, de un modo de pensar que había cambiado poco con el paso del tiempo.

Barbancho se sentía impotente, no aparecía ningún indicio claro, nada que los condujera en la buena dirección, los casos revisados no ofrecían ese detalle que los hiciera distintos, todos eran transparentes acerca de las motivaciones de los homicidas o agresores, ninguno guardaba interrogantes. Mostraban las pasiones humanas al descubierto, descarnadas y crueles muchas veces, pero humanas al fin y al cabo. No como el asesino, que se había revelado como un ser despiadado sin razón alguna, lo que lo hacía más peligroso y peor, impredecible.

Tomó una determinación, algo se le había pasado por alto, algo que tenía delante de sus narices y que no detectaba todavía, una idea que lo había dejado intranquilo, que no hacía más que chirriar en su cabeza. Hasta ahora, la investigación se desarrollaba con normalidad, habían identificado a la chica, sabían los días que llevaba en el pueblo, averiguaron por qué no se denunció su desaparición y la habían situado en sus últimas horas, pero algo cruzó ante el sargento que había encendido una lucecita de advertencia en su cabeza, una mosca revoloteando que no conseguía atrapar. Retornaba la misma sensación del día anterior.

Buscó en el cajón de su mesa y cogió la llave de la casa donde hallaron a la muchacha cuya cerradura ya habían reparado. El aparcerero la había dejado en el cuartel, se la devolverían cuando acabaran las pesquisas.

Sin dudarle, salió y se encaminó hacia la vivienda campestre, prefirió ir solo aunque iba contra las ordenanzas, pero no quería dejar el cuartel con un número únicamente y los demás estaban de servicio. Así se lo dijo a Barea con el encargo de comunicarlo al teniente cuando llegara. Se encaminó por las Cuatro Esquinas hacia la calle San Gregorio a través de la calle Larga, pasó delante de la ermita del santo y tomó el camino de Sevilla, girando a la izquierda hasta llegar a la casucha.

No encontró por el camino a nadie desconocido.

Llegó ante la casa y dio una vuelta pausada a su alrededor fijándose en el terreno, los hierbajos, las piedras, incluso movió con el pie un montón de espigas que aún no se habían llevado a la trilla. Nada. Abrió con la llave y entró en la vivienda dejando la puerta abierta para que penetrara la luz exterior y se puso a repararla de arriba abajo. La pequeña construcción tenía una lancha de granito pulido donde se hacía candela, encima de la chimenea una repisa donde se hallaban algunas cazuelas de barro y un candil. Había también una mesa no muy grande de madera sin desbatar, dos banquetas redondas de tres patas y una cantarera con dos cántaros. Apoyadas en las paredes, herramientas para los trabajos del campo, un azadón con el mango brillante por el uso y cuya pala revisó, unas aguaderas, una albarda, una jáquima y poco más. Pero todo esto ya lo habían inspeccionado el día del descubrimiento del cadáver y por parte de Jurado y Barea el día que los envió allí de nuevo. No estaba seguro de por qué repetía el examen ni realmente por qué había vuelto al lugar de la muerte de la muchacha. Era como si le atrajera el escenario del crimen por una razón que aún no podía definir.

Se situó en el centro de la vivienda con los brazos en jarras dejando volar la imaginación, mirando con ojos desapasionados todo el entorno, su cerebro rememoró lo que pudo haber ocurrido allí el domingo por la mañana. Donde él estaba se habían encontrado el asesino y su víctima, imaginó lo que podía haber ocurrido recorriendo con la vista toda la casa.

Y al fin, creyó tener claro cómo se había desarrollado la tragedia. Era lógico, no pudo suceder de otro modo. Pero también reconocía que, por mucho que supiera como habían transcurrido los acontecimientos, si no encontraba alguna pista que lo condujera al homicida era como no tener nada. Y una pista era lo que buscaba el guardia.

Continuó la inspección removiéndolo todo, mirando por debajo de los utensilios y aperos de la casa, incluso sacó los cántaros, uno de los cuales estaba vacío, miró por los rincones y finalmente levantó del suelo la albarda. Al hacerlo, sintió en la cara un suave latigazo, se separó un poco y fijó la vista con la mayor atención en el arreo para mulas. Entonces la vio colgando: una hilera plateada de eslabones que la luminosidad del campo hizo brillar. La tomó entre los dedos, era la cadena de un colgante, roto pero en buen estado, limpio y reluciente, como si se hubiera perdido hacía poco. Comprendió por qué no lo habían visto al revisar la vivienda, el color blanco del colgante se confundía con el amarillento de la albarda. Pendía de la unión entre la almohadilla y la ancha correa, levantó la cadenilla con cuidado, tiró de ella y surgió algo que no le extrañó demasiado: una medalla. Pero su corazón se aceleró, el hallazgo confirmaba lo que tenía en la cabeza, que dentro de la pequeña casa había ocurrido algo más de lo que imaginaron en el primer registro. Se sintió satisfecho por su obstinación.

En ese momento oyó unos pasos por el camino que se detuvieron ante la puerta. Barbancho se escondió detrás de ella y esperó. En el marco apareció una figura cuya sombra se alargó en el suelo de tierra, inmediatamente el guardia cerró la puerta y se encontró de cara con el teniente.

—¡Coño Juan, qué susto me has dado! —exclamó su jefe, dando un paso atrás—. Me dijeron que habías venido aquí, por eso me he dado el paseo, estaba harto de la oficina.

Ambos hombres se miraron en silencio mientras los latidos de sus corazones se aquietaban. El oficial, viendo los ojos brillantes de su subordinado, le preguntó al cabo de unos momentos:

—¿Has descubierto algo, no es así?

—Puede —respondió, ya calmado—. Aquí hay lo típico en una casa que sirve para guardar aperos y raramente de hogar, pero mira lo que he encontrado —dijo, mostrándole el colgante y la medalla—. ¡Vaya revisión han hecho nuestros guardias!

—Pues es verdad. ¿Y qué te sugiere la medallita? Espera, ¡es igual a la que encontramos en la boca de la muchacha muerta! —exclamó Cortés, mirándola con atención.

—Así es, pero además, esta lleva su colgante, si no es igual se le parece mucho y tampoco sé si servirá para algo. Desde luego el asesino tiene obsesión por las medallas. Algo me ronda la cabeza pero no consigo verlo. Sin embargo tengo claro lo que pasó aquí.

—¿Y qué fue lo que pasó?

El sargento se lo dijo, su jefe asentía con la cabeza, era posible. Pero tampoco señalaba hacia el asesino de forma evidente, no tenían nada, ¿o sí?

Dijo, refiriéndose al anterior comentario de Barbancho.

—¿Así que ha aparecido la famosa mosca, eh? Hazle caso, no sería la primera vez que te da la solución. ¡Hay que joderse!, cada vez que vienes encuentras algo.

—Sí, pero aunque parece que avanzamos, en realidad no tenemos nada del asesino salvo las medallas que, por ahora, no nos conducen a ninguna parte.

—¡Por ahora sargento! creo que en ellas está la solución aunque aún no la veamos.

—Seguro que es así —siguió hablando Barbancho casi para él mismo—, pero realmente ¿qué nos aportan? ¿Cuántos hinojoseños, mujeres y hombres devotos del Carmen, las llevarán? Probablemente cientos.

—Así es, pero no hay una sino dos, tenemos otra pista —dijo el teniente.

El sargento estaba ausente, pensativo, como si su jefe no se hallara en la casa. Murmuraba por lo bajo palabras ininteligibles.

—¿Tienes algo en la cabeza?

—Puede, puede... tengo que comprobar una cosa, ya te contaré. De momento llevaremos la medalla a la casa del médico para que la examine.

Se volvieron para el pueblo, Barbancho iba rumiando sobre el hallazgo, lo interrumpió su jefe:

—¿Qué tal ayer en el barrio de los tenderos, averiguasteis algo?

—Sí, ya sabemos donde estuvo la muchacha en sus últimas horas.

Le relató las pesquisas realizadas en la taberna y la entrevista con el carpintero añadiendo que creía a pies juntillas en este hombre, aunque confirmaría su declaración. Pero reconocía que no tenía ninguna pista segura, nadie había visto a la muchacha con ningún posible sospechoso. No tenían nada salvo las medallas.

Soltó un exabrupto que parecía no venir al caso:

—Cuando coja a Jurado y Barea les voy a dar a cada uno una patada en el culo, *los tontos el cipote*, mira que les dije que miraran bien, ¡serán cepporros! —desahogaba su frustración, sin dejar de reconocer para sus adentros que encontrar la medalla había sido un golpe de suerte.

Cortés reía.

De camino al cuartel pararon en la casa del médico y le enseñaron el nuevo hallazgo.

—¿Otra medalla? —exclamó asombrado el galeno—, pero coño, ¿es que las coleccionáis?

—Las colecciona el asesino —puntualizó Barbancho—, a eso venimos Felipe, a que le des un vistazo, nosotros no hemos apreciado nada pero queríamos que la ojearas por tu microscopio, a ver si encuentras algo.

El médico cogió el colgante, extrajo el disco de plata y lo colocó debajo del potente tubo del aparato. No dijo nada, después hizo lo mismo con el colgante y lo fue desplazando por el soporte de cristal. Todos estaban callados, observando sus maniobras.

De repente exclamó:

—¡Pues sí, hay algo!

—¿El qué? —preguntaron al unísono los guardias.

—En la medalla no hay nada, pero en el colgante hay piel pegada, y no es la piel de un agrario, os lo puedo asegurar, es una piel fina, blanca, de alguien a quien no da el sol a menudo.

Los guardias se miraron entre sí y ambos al médico como requiriendo más información. De alguna forma la idea que siempre habían tenido era que el asesino de la muchacha sería un labriego, un pastor o un vagabundo. El médico amplió los detalles.

—Por el tipo de piel, la persona que llevaba esto no es agrario ni ganadero, conozco de sobra el pellejo de estos, parece cuero. Y tampoco creo que cuando trabajan lleven una medalla de plata colgada del cuello, ¿no os parece?

—¡Llevas razón! no es muy probable, entonces estás sugiriendo que...

—No sugiero nada, afirmo lo que os estoy diciendo, esta medalla pertenece a alguien que no trabaja al aire libre.

Quedaron todos pensativos. ¿Quién sería el dueño?

Los guardias volvieron a la realidad, Barbancho se guardó medalla y colgante en un bolsillo, agradecieron al médico su colaboración y se marcharon.

## XXIV LA MOSCA

El sargento tenía una idea en mente provocada por el hallazgo de la segunda medalla, ese era el camino a seguir, tal y como había señalado el teniente, el problema era encontrar la meta pero estaba de acuerdo en que en las medallas se hallaba la clave. Cuando era pequeño, su madre lo llevó un día al convento y le compró un escapulario que portaría durante largo tiempo. Era el signo del devoto del Carmen y costumbre que lo llevaran los vecinos tanto pequeños como mayores, sobre todo los del barrio cercano a la iglesia. Pero las medallas eran otro cantar, eran más caras, había oído decir que los carmelitas las tenían de varios metales, desde latón hasta plata e incluso de oro, aunque estas las vendían por encargo. Tanto la encontrada en la boca de la muchacha como la hallada por el sargento en la casa de campo eran de plata, por lo que el asesino debía ser alguien con posibilidades, sin duda.

La idea, simple y obvia, consistía en que por la tarde, antes de ir al cuartel, hablaría con un hermano lego del convento al que conocía de muchos años y probablemente el que se encargaba de la venta de emblemas de la Virgen. Le preguntaría quién había comprado medallas últimamente, quizá dos a la vez, igual le daba un nombre que encajara con los aparecidos en los informes, era una posibilidad. No obstante, reconocía para sí que era difícil, la mayoría de familias hinojoseñas tenían varios hijos, si una madre compraba medallas para sus retoños no sería una sola, y más en estas fechas con la proximidad de la feria ya que constituían un buen regalo, *enferio* se dice en Hinojosa. Por otro lado, no debían abundar las familias que pudieran permitirse comprar varias medallas de plata. De cualquier modo había que intentarlo, si no obtenía resultados en el convento preguntaría en las tiendas que las vendían. Con todo, no quería confiar demasiado en esta probabilidad, el asesino era muy astuto como había demostrado sobradamente, igual había comprado una en el convento y la otra en una tienda para no dejar rastro, o simplemente dejaría pasar el tiempo antes de decidir una nueva adquisición. En fin, al menos era la primera pista con posibilidades desde la muerte de la joven.

Comió con su familia, charló un rato con su mujer y se fue al dormitorio a echar la sagrada siesta. Al levantarse pasaría por los Carmelitas.

Pero la siesta no existió.

A punto de dormirse estaba cuando de repente algo le hizo levantarse como un resorte, quedando sentado en la cama:

—¿Será posible? —pensaba, febril—. ¿Será posible? —se repetía—. ¡Claro que es posible, coño, todo concuerda!

Mientras se ponía en pie y se empezaba a vestir a toda prisa, estuvo a punto de caer al suelo al ponerse los pantalones, iba repasando los hechos y estos encajaban.

—¡Joder, joder, a ver si tenemos suerte! ¡A comprobarlo se ha dicho! —decía para sí, con el corazón latiendo desbocado.

Dicho y hecho, serían las cinco de la tarde cuando apareció en la sala donde estaban cosiendo su mujer y su suegra que se asustaron al verlo aparecer de golpe, con el pelo revuelto, la cara demudada y los tirantes del pantalón colgando, a medio vestir; el guardia las tranquilizó, no pasaba nada, luego les explicaría. Se lavó la cara someramente en el patio, terminó de vestirse y salió de casa encaminándose al convento a toda prisa.

Llamó a la puerta del patio principal, entrada de las personas ajenas al templo y salió a abrirle un lego al que dijo que quería hablar con el hermano que vendía recuerdos de la Virgen. El fraile le contestó que pasara y esperara, que iba a avisarlo. Se quedó contemplando, impaciente, el patio cuadrado que conectaba con la iglesia, dominado por una fuente en el centro y jardines a los lados que esparcían un agradable frescor. A continuación se encontraba el segundo patio, hermosísimo, porticado de columnas de granito que sostenían el piso superior mediante arcos de medio punto, y un bello empedrado en el suelo. A él se accedía desde la calle Frailes por la puerta contigua a la que había entrado, una primorosa portada de estilo clásico, flanqueada por columnas y ventanas coronadas con tímpanos<sup>[13]</sup>.

Al poco llegó Alfonso Rubio, Alfonsito como le conocían cariñosamente, un joven con aspecto de maduro, prematuramente calvo y de rostro simpático. Había quedado huérfano de niño y los hermanos del Carmen lo acogieron entre ellos; el mozo siempre vivió allí y no le pasaba por la cabeza salir del convento.

El guardia civil le preguntó si seguía siendo el encargado de la venta de los símbolos de culto a la Virgen, Alfonsito le respondió que sí.

Barbancho le mostró la medalla de plata.

—Sí, las vendemos aquí, no muchas porque son caras y no puede permitírselo la gente humilde salvo en ocasiones raras. Las habrá comprado alguien de dineros.

—¿Y has vendido algunas los últimos días?

—Hombre sargento, a pesar de lo que le he dicho, ahora es buena época, la feria está al caer y este es un buen *enferio*, de modo que sí, se han vendido varias.

Había llegado el momento de comprobar su corazonada. El guardia le preguntó entonces si alguien había comprado un par de ellas a la vez, añadiendo el nombre que tenía en la cabeza.

El hermano lego lo confirmó, le había vendido dos el martes pasado, una con su colgante, todo de plata.

Al sargento se le iluminaron los ojos. Efectivamente la lucecita se había encendido, la mosca atrapada era la auténtica, no cabía duda. Reprimiendo una mueca de satisfacción, se puso serio y le ordenó que no dijera a nadie lo que habían hablado. Luego dio las gracias al asombrado laico con un apretón en los hombros, quizá demasiado fuerte para su cuerpo menudo y se marchó, nervioso y exultante.

Giró al final de la calle San Diego y se dirigió hacia la Fontanilla, llamó a una puerta entreabierta y esperó. Apareció la mujer de Santiago Caballero que se asustó al ver al guardia.

—¿Dónde está Inés? —preguntó.

—En la tienda de su padre, ¿por qué? —preguntó a su vez la madre, alterada.

—Eulalia, no quiero asustaros pero no tengo más remedio. Voy a pedir os una cosa: no la dejéis salir sola y más si es fuera del pueblo; ni a los alrededores, ni al Santo Cristo, ni al Parque siquiera durante los próximos días, hasta que yo os lo diga —aconsejó, rotundo.

La alarma se acentuó en la cara de la madre.

—No puedo ser más claro porque solo tenemos sospechas, pero hacedme caso: cuando Inés tenga que salir de casa que lo haga acompañada, sin excusa alguna. Le diré lo mismo a tu marido. Y otra cosa: no se lo digáis a nadie. Os explicaré todo una vez pasado el peligro. Ahora voy a ver a tu hija.

El sargento marchó al establecimiento dejando a la mujer conmocionada, pero era preferible, no podía andar con paños calientes. Seguro que iría de inmediato a buscar a su hija y junto con la menor, encerrarse todas en casa.

Llegó a la plaza de Santa Ana y entró en el local, donde se encontraba la joven, su padre despachando y un par de mujeres comprando unos carretes de hilo. Hizo una señal a Santiago que salió de detrás del mostrador y hablaron un rato, quedamente. Luego, el padre volvió a su puesto, salió Inés y Barbancho le preguntó si el personaje que tenía en mente había hablado con ellas los últimos días. La linda muchacha se lo confirmó, al menos un par de veces, si bien era posible que con Guadalupe lo hiciera en alguna ocasión más. Aunque ya había advertido a su padre acerca de no dejarla sola un momento, hizo lo mismo con ella quedando más tranquilo, la muchacha era prudente.

Se despidió y marchó al cuartel sin pérdida de tiempo. Estaba cada vez más nervioso, sus sospechas se confirmaban, todo encajaba, todo tenía sentido.

Cuando llegó aún no había aparecido el teniente, estaban de retén Jurado y otro guardia, habló con ellos un rato sobre las escasas y poco importantes incidencias del día. Notaron a su jefe nervioso pero a la vez comunicativo, intuyeron que había novedades pero no se atrevieron a preguntar, ni siquiera Jurado a pesar de la relativa confianza que tenía con Barbancho. Este tampoco lo reconvino por no haber encontrado la medalla en la casa que revisó el día anterior, se sentía demasiado eufórico para echar la bronca a nadie. Se metió en el despacho del teniente quedando a la espera, pensativo, fumando un cigarro tras otro, intentando tranquilizarse.

Sobre las siete llegó su jefe. Cuando entró en el despacho sabía que algo había sucedido en cuanto le vio la cara, era seria pero los ojos le brillaban.

—¿No me tengas en ascuas! Has averiguado algo, ¿no? —preguntó, directo.

—En efecto, jefe.

Rápida y brevemente lo puso en antecedentes sobre el día que los interrumpió el juez Perea en el casino, el latigazo que sintió al ver lo que hacía el figurón ante su casa y cuando, a punto de dormirse hacía solo unas horas, le acudió la inspiración, aclarándolo todo. Añadió también la gestión con Alfonso Rubio en el convento que confirmaba sus sospechas, y la reciente charla con Inés que tampoco dejaba lugar a dudas sobre que el personaje conocía a las niñas. Su jefe lo miraba como dudando, pero tenía sentido, sí, claro que lo tenía.

Pero también era muy difícil probar lo que había descubierto.

—Creo que encajan las piezas, la casa del campo, las medallas, que coinciden con la que se encontró en el cuerpo de la prostituta en Córdoba, la personalidad del sujeto demostrada en el

incidente de hace tres años y al que no dimos importancia, y finalmente lo que le viste hacer el otro día delante del casino. Eso le ha delatado.

¡Otra vez has acertado sargento! El problema es cómo lo vamos a demostrar, no podemos entrar en casa de su padre así por las buenas. ¡Quién lo hubiera dicho!, lo hemos tenido siempre delante de nuestras narices —declamaba Cortés.

—Efectivamente, y me siento un poco culpable por no haberlo visto antes, pero si no es por la segunda medalla nunca lo habría aclarado, ya que si hubiera comprado solo una no tendríamos donde agarrarnos, pero la que encontré en la casa demuestra sin lugar a dudas su culpabilidad porque ha comprado dos para sustituir la que introdujo en la boca de la muchacha y la que perdió en la vivienda del campo. El testimonio de Alfonsito lo ha confirmado aunque la inspiración me vino en la siesta, no trabajando —añadió con humor nervioso—. Sin olvidar que la muchacha no fue violada, lo que constituye una prueba más. Y, evidentemente, el problema principal es demostrarlo. Habrá que preparar una estrategia, no podemos acusar a nadie por una sospecha por muy fundada que sea, cualquiera puede comprar medallas y llegarían hasta el pobre Alfonsito el cual, si lo presionan que lo harían sin dudar, cambiaría de opinión, diría que no recuerda o que se ha confundido de persona. Y si se resiste lo obligarán sus superiores, saben de sobra con quién se juegan los cuartos. Hay que demostrarlo de otro modo porque lo primero que el terrateniente hará es ponerse en contacto con sus abogados de Córdoba, sin contar que posiblemente hable con el gobernador civil y este con nuestro jefe superior, se nos podría caer el mundo encima.

—Así es, hay que tener mucho cuidado, nos jugamos el pan, Barbancho.

—¡Puñetera justicia! Si fuera un ciudadano normal ya lo tendríamos aquí cantando, pero cualquiera se atreve con el personaje.

—Pero si el personaje, como tú y yo estamos seguros, es el autor del asesinato, que no crea que se va a escapar, lo veremos en Córdoba sentado en el garrote o encerrado para toda su puta vida —sentenció el oficial.

—Cortés —se dirigió el sargento a su jefe, enderezándose en la silla—, hay que organizar un plan para conseguir que se descubra, tenemos que pensar en ello y pronto. Nunca estamos seguros de si va a actuar de nuevo, creo que su desatino va a más, no queremos que con tanta gente en el pueblo, con tanta cría, pase lo mismo que con la muchacha asesinada. Por mucho que vigilemos siempre habrá un momento en que no podamos hacerlo y ya ha demostrado su astucia y de lo que es capaz.

—Llevas razón, pero ¿qué podemos hacer? Desde luego hablar con el padre no, lo primero que haría es lo que hemos dicho, poner en marcha toda su influencia para cortar de raíz cualquier acusación.

—Y seríamos nosotros los que acabaríamos con problemas. Tampoco podemos pedir ayuda al alcalde, lo pondríamos en un compromiso, no va a ayudarnos solo por detalles, sin pruebas consistentes, y tendría que recurrir a los guardias municipales pero ya sabemos que el alguacil es amigo íntimo del padre. Creo que este tema debemos llevarlo solo entre nosotros.

—Así es, no nos queda más remedio —le dio la razón el jefe del puesto.

Se callaron, el teniente, aunque fumaba poco, pidió un cigarro al sargento y ambos, en un santiamén, llenaron de humo el pequeño despacho. Toda la tarde estuvieron cavilando sobre la estrategia a seguir, despedían casi abruptamente a los guardias cuando se presentaban con alguna incidencia, barajaron buen número de posibilidades pero no llegaban a un acuerdo. Eran las nueve



de la noche y estaban como al principio, era un problema tremendo, estaban seguros de haber encontrado al criminal pero el funcionamiento de la justicia era como era. El terrateniente, el cacique, siempre había existido en los pueblos, pero con la política de Cánovas se había reforzado en las últimas décadas. Los poderosos servían para mantener la paz en los municipios pero también manejaban los resortes para que en las elecciones se votara a favor del candidato propuesto por los gobernadores provinciales, que a su vez recibían órdenes de los partidos. Era la paz a costa del poder en manos de unos pocos, por no decir de uno solo. Y aquel hacendado tenía bastante influencia en la capital, había hecho durante años muchos favores a los políticos.

De modo que tenían que actuar con la máxima prudencia, eran conscientes del riesgo que suponía enfrentarse al cacique, poderoso por encima de la ley como bien sabían. Había que provocar a su vástago para que se delatase, no era una persona normal, eso contaba a favor de los guardias, tenía que reaccionar si se le hostigaba adecuadamente. Pero, ¿cómo le tenderían una trampa para capturarlo y poder interrogarlo? ¿Cómo lo harían para que su padre no descubriera que había caído por su causa? Aunque todo saliera bien debía parecer que los civiles eran ajenos al motivo de su detención. No solo por el arresto en sí —argumentaban entre ellos—, sino porque supondría el hundimiento del padre en el pueblo y en las altas esferas, perdería sus privilegios, influencias y amigos, nadie querría tener que ver con él, incluso era posible que la familia tuviera que abandonar el pueblo. A pesar de su prepotencia y poder no podría evitar las murmuraciones, esta vez ciertas, ni soportar que los mirasen por la calle como apestados. Y para evitarlo, se defendería con uñas y dientes arrasando incluso a los mandos de la Guardia Civil si se enteraba de que estos habían capturado a su descendiente mediante una celada poco menos que ilegal. A eso se agarraría con la inestimable ayuda de sus abogados y sus poderosos contactos.

De pronto Barbancho dio un respingo, el teniente lo miró sobresaltado.

—¿Qué pasa sargento, se te ha ocurrido algo?

—Yo mismo me he sorprendido pero sí, me ha venido algo a la cabeza hace un rato aunque hasta ahora no he visto la posibilidad de realizarlo. Lo que pasa teniente es que es complicado de cojones y tampoco es demasiado legal, mejor dicho, más que ilegal no demasiado honesto y, desde luego, bastante arriesgado.

—Explícame qué te ronda por el caletre —exigió Cortés, impaciente.

El sargento lo hizo, el teniente, con la mirada fija en su subalterno, escuchaba como si le fuera la vida en ello. Su cara reflejaba duda, desconfianza, alarma, era un poema.

—Llevas razón, no es complicado, es peor todavía y además tu mujer te va a arañar cuando se lo propongas.

—Lo sé, de ella depende todo. Pero si no lo intentamos por ese camino dime por dónde coño podemos tirar —declaró Barbancho.

Siguieron hablando largo rato, el teniente poniendo objeciones, el sargento solventándolas.

Al fin terminaron la conversación estando de acuerdo, aunque el teniente dijo por enésima vez a su suboficial que lo que habían hablado era como el cuento de la lechera porque toda esta locura dependía, en primer lugar, de su mujer, que tenía carácter e inteligencia más que suficientes para negarse, de convencerla dependía todo el asunto y no creía que lo consiguiera; y en segundo, que las protagonistas aceptaran ayudarlos porque desde luego iban a correr un grave riesgo.

Pero los guardias eran resueltos y estaban absolutamente convencidos de que debían intentarlo, las circunstancias no le dejaban otra opción. No solo porque amaran la justicia sino

porque no podrían vivir en paz si se producía otro crimen similar. Cualquiera en su lugar habría desechado el problema, como mucho lo hubieran hablado respetuosamente con sus superiores y así en cadena, hasta llegar al padre del personaje el cual conseguiría, con toda probabilidad y gracias a sus influencias, enterrar el asunto. Pero aunque el montaje fallara, al menos lograrían que ese demonio quedara en evidencia y tendría que irse del pueblo. En cualquier caso debían hacerlo lo más rápido posible, ya se estaba echando la feria encima y cada vez sería más complicado ejecutar el plan. Fijaron un plazo de tres días, cuatro máximo, en los que no dejarían de controlar al criminal elemento gracias a los dos guardias que les habían mandado de refuerzo y que el sujeto no conocía. Era una ventaja que fueran vestidos de paisano, no dejarían de vigilarlo ni a sol ni a sombra, aunque eso sí, con la máxima prudencia para no ponerlo sobre aviso.

Se fueron al casino del *Gato* y se bebieron unos vasos de vino charlando con los paisanos, el sargento había comentado que para tratar el asunto con su mujer tenía que llegar a casa cuando todos estuvieran acostados.

Entró en el local uno de los autores más famosos de coplillas de carnaval del pueblo, que saludó a los guardias. Decían que a este hombre la inspiración le venía cuando se acostaba, en la mesilla de noche tenía siempre a mano una pequeña libreta donde anotaba los versos que le desvelaban. Comentaron la fiesta de ese mismo año, algunas coplillas habían sido lo bastante cáusticas como para que el autor recibiera un par de guantazos del marido de una de las protagonistas de ellas, una hembra madura y bastante llamativa. Pero estos incidentes no arredraban al autor. En general, la fiesta había transcurrido sin problemas serios y hasta los guardias se habían divertido un poco.

Se despidieron, eran cerca de las doce de la noche, todavía había jaleo en la calle.

## XXV

### UNA CONVERSACIÓN

Cuando el sargento llegó a casa, sus hijos acababan de acostarse y Amalia estaba hablando con su madre en la habitación de esta, sentada en la cama, por lo que pronto quedarían los dos solos.

Al poco apareció y se sentó con su marido en la salita después de servirle la cena en un plato cubierto por una servilleta.

—Son sardinas de Málaga, las han traído esta mañana, están estupendas, claro que frías no serán lo mismo.

—Hoy se han salvado, no sería la primera vez que se las come el gato —respondió el guardia, atacando los plateados y sabrosos peces.

—No seas ganso, para una vez que pasa... No se me ocurrirá como la otra vez, dejarlas en la mesa de la cocina, los gatos las huelen a la legua.

—Y el cabreo que me llevé, si le echo mano al maldito minino, no lo cuenta.

—¡Pobre bicho, no se te ocurra hacerle nada!, también tiene la casa libre de ratones.

El pequeño felino era un componente más de las familias y había casas donde gozaba de mayor simpatía por parte de los dueños, principalmente de las mujeres, con las que compartía la vida diaria.

El guardia terminó de cenar, se sirvió otro vaso de vino, encendió con cachaza un grueso cigarrillo y miró a su mujer, que al instante supo que aquella noche no iba a ser como todas.

Comenzó a hablar y a lo largo de un buen rato refirió las pistas que lo habían conducido hasta el verdugo de la muchacha, el detalle que le había delatado y las diligencias realizadas hacía unas horas, tanto en el convento como con Inés, la hija de los tenderos, diligencias que habían confirmado plenamente sus sospechas.

Finalmente, haciendo una pausa un tanto teatral, le descubrió su identidad. Amalia, que miraba a Barbancho con toda el alma, quedó conmocionada cuando asimiló el nombre que su marido acababa de mencionar. No podía creerlo. No dijo nada pero se estremeció al recordar las veces que había hablado con semejante canalla.

El sargento, entonces, explicó a su esposa que capturar a ese demonio por los cauces oficiales era poco menos que imposible, dada la escasez por no decir carencia absoluta de pruebas. Esperaba su conformidad a cuanto decía pero Amalia intuyó algo y permaneció callada, era lo

suficientemente astuta como para suponer que su marido, al que conocía perfectamente, estaba llegando por fin a lo que pretendía de ella. Porque, desde luego, algo pretendía.

Y así fue. El guardia civil, hablando pausadamente y con la mayor calma, le expuso el plan que había perfilado con el teniente.

Poco a poco el rostro de la mujer fue cambiando de expresión hasta reflejar un inmenso estupor al comprender lo que el sargento le proponía. No podía creer lo que estaba oyendo. Estalló:

—¡Pero Juan! ¿Tú estás bien de la cabeza? —saltó, poniendo el grito en el cielo—. ¿Cómo puedes pedirme eso? ¿Cómo piensas que yo voy a decirle a una madre que ponga en peligro a su hija? ¡Vamos, estáis locos tú y el teniente!

Se oyó un rebullir en la habitación de la suegra, seguro que había oído las voces de su hija. El sargento le dijo a su mujer que bajara la voz y lo escuchara, luego decidiría.

Volvió a explicarle el plan desde el principio, esta vez con más detalles e insistiendo en la plena seguridad del mismo con la mayor de las convicciones, aunque ni él tenía claro todavía cómo iba a ponerlo en práctica.

Sin embargo, a pesar de las razones del guardia, el plan era descabellado y peligroso y su mujer, lógicamente, no permitía que la convenciera.

—No cuentas conmigo Juan, no por mí que haría lo que fuera, sino por ellas, no tenemos ningún derecho a pedirles esto.

—Tienes razón, pero dime ¿qué solución nos queda? ¿Quieres que ese demonio siga matando a muchachas indefensas y encima del modo en que lo ha hecho? —espetó el guardia.

Su mujer respondió de inmediato:

—¿Y si fuera al contrario? ¿Y si te pidieran poner en peligro a uno de tus hijos? Seguro que no lo verías tan claro. No insistas más, tenéis que buscar la solución por otro lado, no puedo creer lo que estamos hablando.

No obstante, Amalia había bajado el tono de la conversación lo que no pasó desapercibido para el civil. Con su cachaza habitual, con sosiego, pero con argumentos incontestables, el sargento hablaba, conocía bien a su mujer, por ello la había involucrado en el asunto. A la media hora de charla le pareció que iba asumiendo el asombroso por no decir irresponsable plan, aunque seguía oponiendo resistencia con cuestiones llenas de sentido común.

—Imagínate —argumentó Amalia—, que mis amigas acepten el proyecto de locos que me propones. ¿Cómo justificarían su presencia en el pueblo? ¿Qué excusas darían a la gente? Son dos mujeres solas y seguro que no van a faltar alcahuetes que querrán enterarse de quiénes son y qué hacen en Hinojosa, y eso es lo que menos interesa para lo que habéis planeado. Y además, aquí, en casa, no podrían quedarse ya que se descubriría el pastel.

Barbancho procuraba contestar con seguridad a todas las dudas que le planteaba su mujer, pero con la mayor prudencia, Amalia era lista y si no le ofrecía razones convincentes no lograría su ayuda.

—Por supuesto, aquí no pueden quedarse, nadie puede sospechar la más mínima relación con nosotros. Si el asunto sale bien o mal, nunca puede saberse que son amigas tuyas, todos nos jugamos el pescuezo.

—Nuestra relación no la conoce nadie en el pueblo, ni siquiera mi madre.

Cuando la traté en Córdoba, mis tíos y mis primas sabían de nuestra amistad, pero poco, solo

tú estabas al tanto de lo unidas que estábamos —aclaró Amalia.

El guardia siguió hablando, estrechando el cerco, todo lo tenía pensado después de tantas horas hablando con el teniente.

—Se alojarían en la fonda de Damián, en la Plaza, y el motivo oficial de su visita al pueblo, el que deben dar a los preguntones, es que vienen a pasar unos días porque su marido, ya sabes que la madre está casada con un negociante de dineros —dijo con ironía el guardia—, está interesado en hacerse con una casa de campo con su *huertecita* para pasar las hermosas primaveras de nuestra villa y las ha mandado aquí para conocer los mejores sitios y ver si les interesa.

—Eres muy gracioso. ¿Y por qué no ha venido el tal marido? ¿Y por qué iban a comprar precisamente en Hinojosa?

—El marido no ha podido venir por motivos de trabajo y han elegido el pueblo porque un amigo íntimo de la familia, originario de aquí, se lo ha aconsejado —contestó sin titubeos Barbancho.

—Y además, ¿qué me dices de su aspecto? Por mucho que quieran disimular no creo que engañen a nadie.

—Bueno, las mujeres de la capital tienen una apariencia más alegre aunque debes convencerlas para que no se luzcan demasiado.

—Lo tienes todo pensado por lo que veo, ¿no? ¡Pues lo que yo veo es que todo esto es absurdo y no es para tomarlo a broma! —replicó Amalia, irritada.

—Ya lo sé guapa, te aseguro que no lo tomo a broma, pero el asunto requiere decisiones excepcionales.

Amalia quedó unos instantes en silencio. No terminaba de entender cómo su marido, siempre tan prudente, le planteaba tan demencial idea, cómo podía pedirle aquella locura. Los guardias debían estar desesperados para recurrir a ella, obviamente no veían otra opción. Pero eso no justificaba involucrar a sus amigas. Estaba sumida en un mar de dudas.

Barbancho rompió el silencio, sentenciando:

—Amalia, la situación es angustiada porque sabemos quién mató a la muchacha, así que comprenderás que no hay forma de echarle mano por los medios habituales al pertenecer a la familia más poderosa del pueblo; no podemos hacerlo si no es de la forma que estamos tratando, aún sabiendo el riesgo que todos corremos. Pero también puedes comprender perfectamente que no podemos dejar suelto a ese mal bicho, nosotros no tenemos hijas pero imagínate que así fuera y que una de ellas cayera en sus manos. ¿Qué harías? —dijo, repitiendo su argumento más fuerte.

La mujer lo comprendía todo, principalmente que el plan de los guardias era absurdo. Porque aún si aceptaba, ¿cómo podría convencer a sus amigas para que participaran en el asunto? No, era una tremenda insensatez. Sin embargo sabía que su marido tenía razón, aquello de una hipotética hija en manos de tal canalla le revolvió las tripas. Y las mujeres jóvenes del pueblo, las posibles víctimas, no eran ningunas hipótesis. Decidió llegar hasta el final para ver si encontraba algún fallo en el descabellado plan.

—Bueno, suponiendo que te haga caso, ¿cómo puedo ver a mi amiga si vive en Córdoba con su hija? Esto no se puede decir por carta, hay que hablarlo cara a cara y para eso o bien ellas vienen al pueblo o yo tengo que ir a la capital.

Era un argumento que la mujer creía suficientemente sólido para, al menos, pensar mejor las cosas.

—¡Llevas razón!, tienes que irte en el tren mañana mismo, vamos, dentro de unas horas. No podemos dejar pasar más días. Lo malo es que pasado mañana es domingo y no podrás regresar hasta el lunes. Bueno, pasáis un día de juerga en la capital —dijo el sargento con aire trivial pero con el alma en vilo.

Había llegado el momento crucial, o su esposa aceptaba o lo mandaba a hacer gárgaras, lo más lógico y más al decirle lo del viaje a Córdoba.

—¡Estás loco, Juan! —protestó Amalia, enfurecida a más no poder, cuando se dio cuenta de que el repentino viaje era una insensatez, pero una insensatez cuya solución había previsto astutamente su marido. El argumento, que a ella le parecía sólido como una roca, quedó tirado por tierra. Casi odiaba en esos momentos a Barbancho.

—¿Cómo le digo a mi madre que de repente tengo que ir a Córdoba? Dime, ¿cómo se lo explico?

Barbancho respiró al fin, había sido una lucha difícil pero conocía la generosidad y valentía de su mujer, siempre lo había sabido. Ahora todo estaba encarrilado.

—Muy simple, le dices que hemos recibido en el cuartel un telegrama de tus primas diciendo que tu tía Engracia está muy mala y que quiere verte como sea, que quiere hablar algo importante contigo, pero no te has enterado hasta que he llegado yo. Y mañana, bueno hoy, antes de salir, vas a ver a Paquita, la vecina, para que le eche de vez en cuando un ojo a tu madre durante estos días mientras los niños y yo estamos trabajando. Y que se lo diga también a tu tía Maruja, así estará más acompañada. Cuando hables con tus amigas cordobesas os volvéis todas al pueblo el lunes. Si consigues convencerlas, claro.

—Pero Juan, ¡todo esto es tremendo! Hace un rato te estaba esperando como cualquier día y en una hora la que me has liado. ¡Estoy de los nervios!

—Lo sé Amalia, a mí me gusta todo esto tan poco como a ti pero piensa que por todos lados que miremos no hay más solución que el disparate este y te reconozco que hay que tener suerte para que salga bien. Lo único que nos consuela es que valdrá la pena intentarlo si al final enganchamos a ese demonio. Porque si esto falla no sabemos qué hacer, bueno sí lo sabemos, seguir los cauces lógicos y legales, lo que equivale a dejarlo suelto para que dentro de unos días o unos meses vuelva a matar, aquí o donde sea, no lo dudes.

—Ten claro que si no fuera por eso no me metería en este berenjenal.

—Pues venga, ¡ánimo!, que tengo una mujer con más cojones que el caballo de Espartero, valdrías para servir en el Cuerpo del Duque de Ahumada —exclamó el guardia con entusiasmo.

—¡No seas burro! Y no te hagas ilusiones, lo damos todo por hecho y resulta que el problema más gordo es convencer a una madre para que ponga en peligro nada menos que a su hija, y además que la hija acepte. Sigo pensando que es de locos.

—El problema más gordo eras tú, una vez convencida pongo la mano en el fuego de que harás lo mismo con tus amigas.

—Pero te voy a dejar algo claro, muy claro —cerró la mujer—: les contaré todo lo que me has dicho pero no voy a convencerlas, que ellas decidan; y si las veo dudar lo más mínimo, yo misma las animaré para que no acepten, así que no eches las campanas al vuelo. Bueno, voy a hablar con mi madre para decirle lo del viaje, no creo que esté dormida después de las voces que he dado.

Barbancho alargó la mano y acarició a su esposa que lo miró con cara de pocos amigos:

—Tú estás como una cabra pero yo no lo estoy menos —dijo la mujer levantándose mientras

reprimía una sonrisa.

Amalia entró en la habitación de su madre con la palmatoria encendida, se oyó el crujir de la cama al sentarse y la conversación queda entre las dos mujeres. La pobre suegra no pegaría ojo en toda la noche al saber el mal estado de salud de su hermana y pensar en el precipitado viaje de su hija, estuvo seguro el guardia.

Luego, la esposa del sargento tardó otro buen rato en preparar lo que llevaría para la precipitada expedición y algo de comer. El carruaje de viajeros salía a las cuatro y media de la mañana, Barbancho iría antes a la parada para coger un sitio, si estaba todo ocupado tendría que llevar a su mujer a la estación a caballo, ya se apañaría. Se acostaron cerca de las tres sin desvestirse, la noche no era propicia para dormir, siguieron hablando en la oscuridad sin pegar ojo, dándole una y mil vueltas al plan ideado.

A las tres y media se levantó el matrimonio sin haber podido descansar y el sargento se fue a la parada de la diligencia situada en la puerta de la fonda, al lado de la Plaza. No tuvo problemas, el coche tirado por dos mulos era amplio, disponía de seis asientos y estaban comprometidos cuatro. Compró el billete y se volvió a casa.

Mientras, Amalia llamó a la puerta de la casa de su vecina Paquita, que abrió su marido al cabo de un buen rato con ella detrás, alarmada. Cuando reconoció a la esposa de Barbancho, el hombre escuchó brevemente el motivo de llamar a esas horas y se volvió a la cama, dejando el campo libre a las dos mujeres. Unos años mayor que Amalia, Paquita era una mujer de cuerpo menudo y mirada luminosa y sincera. Transmitía siempre tal alegría y frescura que los problemas y miserias de cada día desaparecían en su presencia de modo asombroso. Y su generosidad le impedía ver cualquier obstáculo o inconveniencia de modo que casi insultó a su amiga y vecina cuando esta le pidió el favor de vigilar a su madre, como si dudara de ello. También la echó prácticamente a la calle diciéndole que no perdiera el tiempo en explicaciones, a ver si iba a perder el tren, y que no se preocupara más, ¡coño!, que eran solo dos o tres los días que iba a faltar de su casa.

Un cuarto de hora antes de la salida estaba el matrimonio en la parada, respondiendo a los conocidos que había surgido un tema familiar grave en Córdoba. Comentaron los últimos detalles, el sargento miró a su mujer, la abrazó y se despidieron. Barbancho se quedó mirando el traqueteo del carruaje mientras desaparecía por la calle en dirección al camino de la estación.

No estaba seguro de lo que había montado ni mucho menos, pero sí de que no había más solución que esta... desesperada. Si todo iba bien, dos cordobesas desconocidas aparecerían el lunes en Hinojosa.

Era la madrugada del sábado 20 de agosto.

## XXVI UN VIAJE

El viaje a la capital duraba largas horas y había que tener temple para realizarlo. Si debido al infame camino, al mal tiempo o a las frecuentes averías del carruaje, el viajero tenía la mala suerte de no llegar a tiempo a la estación, o simplemente porque una vez en ella había que esperar al tren de mercancías que a menudo se retrasaba por cualquier motivo, el trayecto podía durar hasta un día. Pero un viaje afortunado tardaba solo seis o siete horas. Desde Hinojosa hasta la estación de Zújar discurría un camino que se iniciaba a partir del pueblo por el de *la Gutierra* o de *la Estación*, una pista de tierra que se cogía a la derecha del Mármol, en dirección a Extremadura, al poco de iniciarla. También se le conocía como la vereda del Correo. La senda, llena de baches, cruzaba el camino de Consolación, así llamado por hallarse próxima la ermita de esta Virgen de Belalcázar, y al término de unos doce kilómetros desde la población, se llegaba al apeadero del ferrocarril.

Hacia unos años Hinojosa, entre otros pueblos, había luchado para que esta línea férrea que se iniciaba en Almorchón, Badajoz, y terminaba en Córdoba, un total de 133 kilómetros, pasara por la villa, pero se dio absoluta preferencia al transporte de carbón de la cuenca minera del Guadiato. En el área de Hinojosa, el ferrocarril se aprovechó para transportar los productos agrícolas y cabezas de ganado, pero nunca se pensó en su utilización por viajeros, de ahí la larga distancia del pueblo a la estación a través de caminos que en otros pueblos era aún mayor. Ni siquiera se había construido la proyectada carretera.

Intereses de los poderosos habían aislado la zona, ya que el paso natural entre la Meseta y Andalucía lo habían constituido estas tierras desde tiempo inmemorial como lo demostraban las milenarias calzadas romanas que las cruzaban.

La estación estaba rodeada de chaparros, algunos olivos desperdigados y abundantes matas de retamas que anunciaban el río Zújar, principal afluente del Guadiana, a pocos pasos de allí. Los viajeros de Hinojosa bajaron de la diligencia y se sentaron en un banco de madera a la puerta de la estación, otros entraron a tomarse un café o una copa de aguardiente en la modesta cantina. De no ser por el madrugón disfrutarían de la magnífica temperatura a esas horas tempranas y del paisaje que se desplegaba ante la vista del viajero, todavía en sombras. A lo lejos se oían ladridos de perros guardianes de ovejas, y en un corralón cercano una piara de cochinos negros gruñía, aguardando su transporte. Con el mismo fin destacaba, al lado de la vía, un enorme montón



de costales de grano colocados ordenadamente.

El tren, procedente de Almorchón, a no muchos kilómetros, partía a las cinco y media de la mañana. No tuvieron que esperar demasiado, al cabo de solo media hora un pitido prolongado anunciaba la lenta entrada de la locomotora en el apeadero. Entre chirridos y escapes de vapor, la máquina paró, subieron los viajeros, una cuadrilla de obreros llevó a hombros los costales de grano a uno de los vagones de carga mientras dos porqueros, armados con largas varas, condujeron los cerdos a otro furgón a través de un corredor de tablones de madera en rampa, entre las protestas de los animales. Al cabo de otra media hora, el jefe de estación enarboló su bandera autorizando la salida. La locomotora inició su cachazudo arranque y fue tomando velocidad, cruzando aquellos desiertos parajes. Pasó por las estaciones de Valsequillo y La Granjuela, donde se detenía para dejar el correo, recoger algún viajero, y cargar algún carro de borregos o cochinos con destino a la capital y, con más frecuencia en esta época, de trigo o cebada. A las siete y media de la mañana llegaron a la estación de Peñarroya donde debieron esperar cerca de dos horas mientras se unían al convoy varios vagones cargados con el preciado carbón.

En la importante zona minera del Guadiato trabajaban muchos obreros que vivían en varios pueblos cercanos al principal, Peñarroya, y el vecino, Pueblonuevo del Terrible, pueblo reciente, tan nuevo, que se había fundado hacía solo medio siglo. Pero se había convertido, gracias al dinero que afluía, en una pequeña y rica capital. Esta comarca, a la que también pertenecían las cercanas poblaciones de Belmez y Espiel, constituía el principal polo industrial de la provincia con sus minas del valioso mineral. Por este motivo, en Peñarroya y Pueblonuevo se habían instalado un buen número de industrias, había una central térmica, una fundición de plomo, numerosas fábricas de productos químicos y multitud de negocios al amparo de todo ello.

Y por estas tierras cruzaba otro ferrocarril, el de vía estrecha que, procedente de Conquista<sup>[14]</sup>, en Córdoba, llegaba a Fuente del Arco, en Badajoz. Las compañías que construyeron las líneas de ferrocarril eran privadas, de ahí el motivo de instalar la de vía estrecha: era más barata que la del ancho ibérico, medía un metro de anchura en relación al metro sesenta habitual, siendo el radio de las curvas más reducido. Por tal razón ocupaban menos terreno, lo que se traducía en menores expropiaciones de fincas y mayor ahorro en desmontes, túneles y viaductos. De hecho, era la segunda línea más larga de la península<sup>[15]</sup> y permitía el comercio desde puntos alejados de la comarca, como el de naranjas de Valencia y el de pescado fresco de Málaga y Huelva, al conectar con la otra vía. Pero el ferrocarril de vía estrecha tenía un evidente y grave problema: su incompatibilidad con el de vía ancha, que obligaba a engorrosos trasbordos de mercancías, lo que hacía perder tiempo y dinero.

Y como tantas cosas en la vida, la línea férrea a Córdoba que se había levantado principalmente para el transporte del carbón y productos metalúrgicos, nunca fue rentable. Los ingresos se equipararon con los gastos, por lo que el resultado fue nulo, su enorme coste nunca produjo los beneficios previstos. Sin embargo, un aspecto secundario como fue el transporte de la producción agrícola y ganadera de Los Pedroches, aunque por sí mismo no justificaba la construcción del ferrocarril, siempre resultó productivo.

Al cabo de casi dos horas, en torno a las nueve de la mañana, con el sol anunciando otro día abrasador, el tren se puso en marcha, parando de nuevo en la estación siguiente, Belmez, con su imponente castillo roquero que vigila la villa desde un empinado cerro y donde ya estaban esperando los viajeros procedentes de la zona de los Pedroches que habían cogido la línea de

Conquista desde varias horas antes. Para trasladarse a Córdoba, los pasajeros de los pueblos orientales de la comarca tomaban el tren en las estaciones de Villanueva de Córdoba, Pozoblanco, Alcaracejos o la aldea de Las Minas del Soldado en el término de Villanueva del Duque, hasta llegar a Belmez. Esta localidad debían cruzarla de una parte a otra ya que la estación de vía estrecha estaba situada al principio de la población y la de vía ancha con dirección a la capital en la parte opuesta, un kilómetro y medio en línea recta. Debían pues atravesarla, bien a pie llevando su maleta o cesta que muchas veces contenía gallinas o conejos, bien utilizando un carro dispuesto para este menester si podían permitirse. Cuando se transportaba ganado, los rebaños cruzaban el pueblo de un lado a otro, con el consiguiente fastidio y molestias para los vecinos.

Hasta Peñarroya y Belmez el viaje había sido cómodo, pero a partir de la siguiente población, Espiel, donde también se incorporaban vagones de mineral, comenzaba la verdadera aventura. El ferrocarril era conocido entre los cordobeses como *la Vía de la Sierra* y desde Espiel hasta la capital tenía un recorrido de 52 kilómetros a través de un trazado demencial. La misma vía tuvo, antes de su inauguración hacía ya cuarenta años, una historia rocambolesca. Diversos empresarios quisieron hacerse con la concesión pero en sus proyectos no contaban con la terrible orografía de Sierra Morena. Se tardó casi veinte años en construir el ferrocarril<sup>[16]</sup>. Su caótico trazado se adaptaba al terreno para hacer los mínimos túneles y abaratar su coste, y estaba lleno de curvas que bordeaban los montes, pero lo más terrible eran los desniveles, entre los cuales destacaba el situado entre Córdoba y la estación de Cerro Muriano, donde en tan solo 19 kilómetros, el desnivel era de 400 metros. Y hasta El Vacar, 12 kilómetros más, subía casi otros 200, hasta alcanzar la cota máxima cercana a los 600 metros.

En el vagón de asientos de tablas, Amalia iba acompañada por un matrimonio del pueblo a quien conocía de vista y que había venido con ella en la diligencia. También iban a Córdoba. Ya habían hablado cada uno del motivo del viaje a la capital pero no eran, al igual que la mujer del sargento, demasiado parlanchines. El resto eran viajeros de telas o de joyería, lo que se advertía tanto en su elegante vestimenta como en las maletas que portaban con las muestras que vendían en las tiendas de los ricos pueblos mineros.

Atravesaron los magníficos parajes de la sierra. Antes de El Vacar, un antiquísimo castillo árabe contemplaba el paso del tren. Llegaron a la estación de Obejo donde el conductor inició las maniobras para tratar de alcanzar la siguiente, Cerro Muriano. Entre estos dos puntos había un brutal descenso en rampa que automáticamente tenía una subida igual de pavorosa, era el paso más temido por los maquinistas. Si no cogían suficiente impulso en la rampa, el tren no conseguía subir y retrocedía. No quedaba otra solución cuando pasaba este habitual problema que intentarlo una y otra vez, y si al final no era posible, se procedía a soltar la mitad de los vagones para permitir la subida del reducido convoy, volver con la locomotora y arrastrar los vagones que habían quedado atrás. Pero el sistema normal era utilizar una máquina trasera que empujaba los más de veinte vagones que arrastraba la delantera hasta alcanzar Cerro Muriano. Una vez conseguido, la máquina de apoyo se volvía a Obejo y la misma maniobra se hacía en el viaje de vuelta. Era frecuente que tanto mayores como niños se fueran al furgón de cola que tenía una pequeña baranda exterior, como un balcón, y desde ella observaran la locomotora trasera que iba suelta aunque cerca del convoy. Si la delantera no podía arrastrar los vagones, se le unía aquella para empujarlos, así hasta llegar a su destino.

Tuvieron suerte, no surgieron demasiados incidentes y los atrevidos viajeros llegaron con el

cuerpo quebrantado, sobre la una de la tarde, a la estación de Ferrocarriles Andaluces, abreviado por los cordobeses como *Andaluces*, la estación central de Córdoba. En la antigua capital romana de la Bética y, siglos después, de Al-Andalus, la España musulmana, no hacía bochorno, hacía fuego. Si en el tren pasaron calor, a todos les pareció que habían estado en el paraíso cuando bajaron en la estación, no muy lejos de la Plaza de las *Tendillas*, corazón de la ciudad. El bofetón de aire caliente a aquella hora los dejó sin aliento. El sol quemaba la piel desnuda, las mujeres, inmediatamente, se colocaron un sombrerito con un velo negro que les cubría la cara, los hombres sudaban bajo el sombrero. En la estación los trabajadores se movían diestros pero parsimoniosos, a aquellas horas había que ser de hierro para trabajar.

Amalia bajó del vagón con su pequeña maleta de cartón donde llevaba una muda y un vestido y se dirigió a un aguador que ofrecía su botijo de agua fresca a los viajeros, bebió un largo trago, le pagó una perra gorda y salió de la estación. La mujer del sargento conocía bien Córdoba ya que de soltera había pasado largas temporadas en casa de sus tíos que regentaban una tienda de telas en la calle Concepción, entre las *Tendillas* y el Paseo de la Victoria, lugar de comercio y mucho ambiente. Vivían en el piso superior de la tienda y daban a la joven Amalia libertad para recorrer el centro y el casco histórico. Sus tíos tenían dos hijas más pequeñas que su prima, por lo que disponía de tiempo para sus paseos cuando estaban en la escuela.

Bajo el terrible calor recorrió la avenida de Cervantes, junto a un hermoso parque. Toda la avenida está flanqueada por un parapeto cubierto de bellas baldosas de cerámica azul donde, cada pocos pasos hay asientos que invitan al descanso con la efigie clásica del más genial de los escritores en el centro. Atravesó la Ronda de los Tejares, luego una calle estrecha y apareció ante la iglesia de San Hipólito<sup>[17]</sup>, con un robusto torreón de piedra, como la torre del homenaje de un castillo. Al lado del templo se abre la avenida del Gran Capitán, donde se sitúa otra iglesia, la de San Nicolás de la Villa, que posee un retablo muy parecido al de San Juan Bautista de Hinojosa.

La mujer pensaba en el sobresalto de sus tíos si supieran que pasaba al lado de su casa. Traspuso la última calle y llegó a la Plaza de las *Tendillas* de donde se encaminó a Claudio Marcelo, giró al final de la misma, a la derecha, y entró en la calle San Fernando conocida por los cordobeses como calle *Feria*, en dirección al río, lugar céntrico y muy cerca de la posada del Potro, famosa, además de por ser antiguo sitio de llegada de carruajes, porque es mencionada por Cervantes en su Quijote.

Llegó, sudorosa y respirando afanosamente, a la casa de sus amigas, la caminata desde la estación, aunque no larga, parecía interminable a aquella hora despiadada.

Llamó con una pequeña aldaba colocada en la puerta, lo primero que haría sería beber dos vasos de agua por lo menos, venía seca a pesar de haber echado un buen trago en la estación. Sonrió imaginando la sorpresa que seguro se llevarían. Tuvo que repetir dos veces más los golpes y se alarmó pensando que no estuvieran en casa, sería viaje perdido, pero se tranquilizó, si hubieran cambiado de domicilio se lo hubieran dicho por carta.

Al cabo de la tercera llamada se oyó una voz agria, desapacible:

—¿Quién llama? ¿No sabe qué hora es? ¡Va a despertar a todo el barrio!

Amalia se sonrió, era la voz soñolienta de Matilde, su amiga del alma.

Abrió la puerta una mujer de edad aproximada a la de Amalia, despeinada o *despeluñada* como diría una hinojoseña, y con los ojos rojizos que demostraban la interrupción del sueño, ojos que se agrandaron hasta el infinito cuando la reconoció.

—¡No es posible, no me lo puedo creer, venga un abrazooo! —dijo sin la más mínima compostura la mujer, que estrujó a la otra durante un minuto al menos.

—¡No me lo puedo creer! —repitió—. ¡Tú aquí! ¿Pero, es que pasa algo? —dijo, poniendo de pronto cara de preocupación—, no me digas nada, pasa mujer, que no es hora de estar en la calle.

Entraron en la casa. De estilo árabe, era una vivienda típica de la ciudad, no muy grande pero sí limpia y con un pequeño patio cuajado de macetas cuyas flores perfumaban el ambiente.

Hacia allí se fueron, Matilde le preguntó a Amalia qué quería beber, pero ella misma tomó la decisión.

—Tienes que venir sudada con este calor, te voy a traer agua.

Apareció al momento con una jarra de cristal y un vaso que puso encima de la pequeña mesa situada en el centro del patio, a la sombra de una parra. Amalia bebió casi con desesperación el precioso líquido, repitiendo por segunda vez. Una vez recuperada se acomodó en la silla y pudo empezar a hablar.

Matilde tenía un aspecto mucho más descuidado que su amiga; aunque era de la misma edad parecía diez años mayor, tenía rastros de pintura en los ojos, la cara ya empezaba a cubrirse de arrugas y el pelo lo tenía desordenado, pero sería por haberse levantado de la cama sin tiempo para amansarlo, dormir hasta esas horas tenía su explicación.

Su expresión era bondadosa y un poco descarada, al reírse mostraba unos dientes en no muy buen estado, pero quitando estos detalles era todavía una hembra de buen ver, quizá un poco llamativa, o bastante llamativa, porque era... prostituta.

## XXVII UNA AMIGA

Su mirada reflejaba un inmenso cariño por la mujer del guardia.

Se carteaban tres o cuatro veces por año aunque luego, la vida de cada cual hizo que su correspondencia se espaciara en el tiempo, de hecho hacía meses que no se escribían. Pero una amistad como la suya siempre estaba ahí. Se habían conocido sobre los quince años, un día comenzaron a charlar en el mercado de la Plaza de la Corredera donde Amalia hacía la compra, y pronto surgió una corriente de simpatía entre ellas hasta el punto de que era raro que no salieran a diario por el centro de la ciudad, y cada temporada que Amalia pasaba con sus tíos en Córdoba se reunía con su amiga. Sus caminos se separaron pronto al morir los padres de Matilde, esta empezó a trabajar, y Amalia se casó y no tenía la misma libertad de antes, de modo que iba a la capital solo en contadas ocasiones.

El calvario de Matilde comenzó cuando se hizo cargo de ella un tío suyo, un *malasombra* con ínfulas de señorito que no se preocupaba más que de explotarla en su taberna. Su aspecto a aquella edad ya anunciaba una real mujer, con cuerpo de curvas rotundas, gran desparpajo en el andar y seductores ojos negros. Cuando rozaba los dieciocho años empezó a rondarla un individuo amigo de su tío, un calavera de quien no se sabía bien en qué trabajaba si es que lo hacía, pero buen cliente de las tabernas de la zona entre las que figuraba la del familiar de Matilde, donde permanecía buena parte del día. Algún oscuro negocio se traían ambos elementos entre manos ya que el tío, en muchos aspectos otro tarambana, le permitió con todo descaro abordar a su sobrina. Su continua presencia, las bromas, algún regalo de vez en cuando, deslumbraron a la jovencita hasta que finalmente la embaucó. Le prometió el oro y el moro, boda por todo lo alto, una casa preciosa, hijos, etc., la joven se enamoró perdidamente y la convirtió en su amante, abandonándola cuando quedó embarazada, estaba casado y no quería problemas.

Su tío montó en cólera y la culpó del desaguizado. La echó de su taberna, según decía lo había deshonrado y no quería a una puta en su casa, que aquel era un negocio decente. No quiso volver a verla. La verdad es que la muchacha no tenía bienes de valor de los que pudiera sacar provecho. El dilema fue que apenas tenía medios para sobrevivir y, en su estado, no podía hacer nada por la vida. La ayudó una vecina amiga de su madre, que la había visto nacer, y cuando se acercaba el momento le aconsejó que diera a luz en un hospicio próximo donde atendían los partos de mujeres desgraciadas y sin recursos: jóvenes solteras expulsadas de casa por sus padres, prostitutas,

huérfanas... Allí alumbró una niña a la que solo vio durante unos instantes. Al día siguiente, cuando quiso volver a tenerla en sus brazos, una monja le dijo que había muerto. No la creyó, la niña lloraba como una energúmena mientras aguardaba la leche materna, era una criatura sana y llena de vida. Exigió que se la devolvieran, otras hermanas intentaron convencerla de su muerte, no entendían a aquella desdichada que reclamaba a su hija difunta, pero una monja caritativa y un tanto ingenua que conocía la verdad, se apiadó de la mujer y apremiada por sus remordimientos le confesó que su hija estaba viva pero que la habían entregado en adopción a una familia de posibles.

Parecía lo normal, en aquellos duros tiempos no era raro que las mismas madres mataran a sus hijos indeseados al nacer o, más habitualmente, los dejaran en los tornos o a las puertas de los conventos para que se hicieran cargo de ellos las religiosas, que en general realizaban una magnífica y desinteresada labor precisamente en beneficio de aquellas desgraciadas. Pero el hospicio estaba regido por un médico sin entrañas que, de acuerdo con dos o tres monjas, vendían, si tenían ocasión, los niños nacidos de prostitutas. Sabían que Matilde era madre soltera, sin medios decorosos de vida, y que no tenía familiares ni amigos que pudieran incomodarlos, así que a cambio de un generoso donativo inmediatamente entregaron a la niña al matrimonio joven y sin hijos. Matilde, cuando por boca de la monja conoció el destino de su hija, armó tal escándalo que la echaron del convento sin siquiera reponerse, y médico y monjas implicadas amenazaron con entregarla a las autoridades si seguía proclamando que se la habían robado.

Pero la cordobesa no era una mujer común y quería tener a su niña. Su expulsión no la asustó, puso una denuncia a la que no hicieron caso, y todos los días se presentaba en la puerta del convento reclamando a grandes voces a su hija, hasta que los guardias municipales la arrestaron y llevaron a la cárcel donde permaneció dos días. Estaba desesperada pero su juventud se impuso. Viendo que no tenía medios para sobrevivir, se propuso hacer lo que fuera con tal de ganar dinero y poder recuperarla. No tuvo que buscar mucho, la noticia de su desliz había corrido pronto por el barrio, un día se presentó en su casa una señora bien vestida y enjoyada, habló con ella y le propuso un trato. Si se portaba bien con determinado señor, este la mantendría, no le haría falta de nada para vivir. La joven aceptó y así empezó su carrera.

Puso todo su empeño, a partir de entonces, en recuperar a su cría, contrató a abogados sin escrúpulos que le hicieron albergar ilusiones mientras malgastaban su dinero, hasta que finalmente lo perdió todo, incluida la esperanza. Cayó en una depresión tremenda que le hacía estar todo el día tumbada en la cama, descuidó su aspecto y sus amantes la rehuyeron. Se consideraba una mala madre por haber abandonado a su hija, incluso pensó en el suicidio, la vida no valía la pena si además de ser una desgraciada le habían quitado lo que más amaba en el mundo.

Entonces apareció la figura de Amalia.

Ya casada, hizo un viaje a Córdoba a visitar a sus tíos, inmediatamente fue a verla y cuando contempló la estampa, antes espectacular, de Matilde, se quedó con la boca abierta: ¡Cómo había envejecido!, incluso vio algunas canas en su negrísima cabellera a pesar de sus veintipocos años. Matilde se sinceró con su amiga, le contó lo ocurrido en los últimos tiempos y la pérdida de su hija, estaba tan destrozada que le confesó incluso el pensamiento de quitarse la vida.

El valor de Amalia se demostró en esa tesitura. Conocía la penosa profesión que ejercía Matilde pero desconocía las circunstancias de la adopción de su hija. Sintió una furia terrible. La animó y le prometió que, dentro de su juventud y no tener relaciones en la ciudad, la ayudaría con

todas sus fuerzas, contaba con una persona fiel y astuta. Matilde la miró con ojos llorosos y le preguntó quién era, su amiga le contestó que su marido, guardia civil de Montalbán, pueblo donde el matrimonio residía. Una expresión de desaliento asomó a sus ojos, conocía a Barbancho de cuando se casaron, pero con la edad que tenía y perteneciendo a un cuerpo tan disciplinario, ¿cómo podría ayudarla? Tampoco lo sabía bien Amalia pero mostraba tanto entusiasmo y seguridad que su amiga se consoló un poco.

Lo increíble fue que, a los dos meses de esta conversación, un buen día se presentó una monja en casa de Matilde y le dijo que podía recoger a su niña del convento, habían recibido instrucciones de devolvérsela. Fue como si de repente apareciera un riachuelo de agua clara ante un sediento, no podía creerlo, entonces ¿había caridad y buenas personas en este mundo? ¿Quién sería el ángel salvador? No podía adivinarlo, la incierta ayuda que Amalia le ofreció fue olvidada a los pocos días. A la mañana siguiente fue a recoger a su hija, una preciosa niña de dos años y la llevó a su casa, estaba eufórica. En esto, alguien llamó a la puerta, salió a abrir y se encontró con Amalia quien la miraba con cara sonriente y un poco burlona.

La mujer comprendió inmediatamente.

—¿Has sido tú?

Amalia no contestaba, solo sonreía mientras unas lágrimas se deslizaban por su rostro. Matilde se abalanzó hacia ella y la abrazó, así estuvieron un buen rato. Cuando se separaron, Matilde le pidió explicaciones, quería saber cómo había conseguido recuperar a la criatura. Amalia lo hizo con detalle, había venido a su casa en cuanto comunicaron al cuartel la devolución de la niña el día anterior. Su marido era el guardia predilecto del brigada, jefe del puesto, persona mayor y con fondo bondadoso, a quien expuso el problema, obteniendo de él una vaga promesa de ayuda. Entonces entraron en juego las mujeres. La esposa del suboficial, en connivencia con Amalia, presionó de tal modo a su marido que el hombre no tuvo más remedio que ceder. El brigada tenía buena fama en los altos cargos de la Guardia Civil de Córdoba y se dirigió a un capitán de su misma edad que conocía de hacía años y con el que había compartido peligros en una desgraciada época ya pasada, lo cual les había unido para siempre. Y aunque no le gustaba pedir favores, lo hizo con su amigo y superior, no tuvo más remedio si no quería afrontar las iras de su mujer. El capitán sí contaba con influencias en la capital y le prometió hacer algunas diligencias que consistieron en hablar con el jefe de la comandancia provincial, hombre muy relacionado tanto con la sociedad civil como con el clero, consiguiendo que el asunto de la cría llegara hasta el obispo.

No era la primera vez que habían llegado a oídos del prelado rumores sobre el destino de los recién nacidos en el convento. Llamó a la abadesa de un convento, mujer joven e inteligente, y le refirió el problema pidiéndole ayuda para investigarlo. La joven priora encargó a una monja de su confianza que indagara un poco, para ello la introdujo en el hospicio. Allí, astutamente y con el paso de los días, fue conociendo a las hermanas, entre ellas a la que había confesado a Matilde la realidad sobre su hija. Estuvo segura de que en ella residía la clave para conocer lo que ocurría en el hospicio. No se equivocó, la monja estaba deseando hablar con un superior a quien transmitir lo que sabía, que desde hacía un tiempo existía el comercio de niños de prostitutas, comercio del que se beneficiaba el médico y las monjas que colaboraban con él. Cuando estas fueron citadas, confesaron de corrido su culpa y pidieron perdón a la comunidad. El galeno también fue convocado a declarar y aunque se resistió, las pruebas en su contra eran abrumadoras.

Fue expulsado del hospicio y las monjas arrepentidas, internadas en un convento de clausura.

El obispo, inmediatamente, ordenó la devolución de la niña a su madre.

No fue fácil, el matrimonio que la había adoptado pertenecía a familia de comerciantes adinerados y bien relacionados con la Iglesia, pero un sacerdote delegado por el obispo habló con ellos y les hizo ver que las monjas habían engañado a la madre y que esta reclamaba a su hija, de hecho había denunciado la adopción. Era de justicia devolvérsela y además había intervenido gente poderosa, les advirtió. El argumento definitivo fue descubrirles el origen de la niña, que las monjas habían ocultado cuidadosamente. Aquello los convenció, aunque este último extremo no se lo contó Amalia a su amiga. Los padres adoptivos sabían que era hija de madre soltera pero no de una ramera y a pesar de la resistencia de la esposa, que adoraba a la cría, comprendieron que no tenían más remedio que devolverla. Si el asunto llegara a saberse entre su familia y amistades, tanto su posición social como el destino de la criatura no serían demasiado halagüeños. Se indignaron de tal manera que hasta cambiaron de parroquia y elevaron una fuerte queja al obispado.

Esto le explicó Amalia a su amiga que la miraba con tal expresión de cariño, con tal veneración, que le dijo:

—Amalia, si algún día necesitas algo, mi vida si hace falta, cuenta con ello.

Desde aquel acontecimiento nunca dejaron de tener relación por carta y aunque muy espaciada en persona, de hecho hacía un montón de años que no se veían, nunca cayó en el olvido.

Matilde recuperó su lozanía, su hija se convirtió en su razón de vivir. Siguió para adelante, ahora escogía a sus amantes y ganaba dinero suficiente para mantenerse ambas con desahogo. No hacía mucho, Amalia se llevó un tremendo disgusto. La hija de Matilde, a la que su madre puso por nombre Elvira, había empezado a tomar sus mismos derroteros. A pesar de que procuró educarla en un buen colegio de monjas, su profesión y su poca autoridad moral hizo que la niña saliera un tanto desvergonzada. Para tenerla controlada debía estar cerca de ella y eso no era posible por su trabajo. Al final, la expulsaron del colegio. La niña creció a su libre albedrío, era una preciosidad que había heredado el cuerpo de su madre, aunque más esbelto, la edad ya iría rellenándose. Poseía la chispa innata de su progenitora y una vivacidad que, a pesar de la poca cultura adquirida en el colegio, no desentonaba en ningún ambiente.

Lo malo fue que, a medida que iba creciendo, se dio cuenta de la atracción que ejercía sobre los hombres y eso le gustaba. Ahora, con dieciocho años ya había tenido varias relaciones, también algunos desencantos y, definitivamente, se había metido por el mismo camino de Matilde. Esta se enfureció al principio pero sabiendo, como ella misma decía, que contra esa querencia no había forma de luchar, había cedido. Y aunque fuera curioso, las había unido más. La niña era de las prostitutas más solicitadas de Córdoba, tenía varios galanes que pagaban bien por sus servicios y ahora la pequeña familia vivía desahogadamente, hasta con lujo.

Esta era la historia de Matilde y de su hija. Amalia, fuerte y generosa, comprendió y admitió que así era la vida y que, fueran lo que fueran, nunca dejaría de sentir cariño por ambas mujeres.

Llegó el momento de esclarecer la causa del inesperado viaje.

Inclinándose un poco sobre la silla, Amalia tomó de las manos a Matilde y le dijo:

—Te vas a quedar de piedra cuando te cuente por qué he venido a veros.



La mujer no dijo nada pero estaba expectante. Amalia espetó de golpe:

—Quiero que tanto tú como tu hija os vengáis conmigo a Hinojosa en cuanto salga el próximo tren. Si estáis de acuerdo en lo que os voy a contar, claro.

El asombro se reflejó en la cara de Matilde.

—¿Que nos vayamos contigo al pueblo? ¿Y eso por qué, querida?

—Te voy a contar una historia en la que está comprometido mi marido, un problema del que vosotras podríais ser la solución.

—Cuenta con ello, pero ¡leche, dilo de una vez, que me tienes en ascuas!

Amalia tomó de nuevo la jarra de agua y llenó otro vaso, llevándolo con gesto nervioso a su boca.

—Matilde, no es fácil lo que vengo a pedirte, y no quiero que pienses que me aprovecho de ti. Quiero decir que si no queréis participar lo comprenderé y me volveré al pueblo en cuanto pueda, pero es un problema al que no vemos otra solución, por eso he venido a veros.

—Como sigas dando rodeos me vas a poner de los nervios —exclamó la mujer.

Amalia soltó de sopetón el plan que los guardias habían pergeñado.

Matilde puso cara de estupefacción. Repitió lo que le había dicho su amiga al menos dos veces y cuando comprendió el alcance de lo que pretendía, reprimió el impulso de echarla de su casa. No lo hizo porque la adoraba y porque no estaba loca, de eso estaba segura, al contrario, era la persona con más sentido común que había conocido en su vida y por eso mismo no entendía nada.

Esta vez fue ella quien agarró el mismo vaso de Amalia y bebió, también nerviosa. Cuando iba a hablar de nuevo, se interrumpió:

—Espera, ya que mi hija es la clave voy a llamarla para que oiga lo que me estás contando.

Dicho esto, entró en la casa y llamó a grandes voces a Elvira.

Al poco rato apareció en camión una joven a la que Amalia reconoció inmediatamente por su cara aniñada que no había cambiado mucho desde que la vio por última vez, cuando era una cría, pero quedó sorprendida al reparar en su persona.

Era, quizá, la mujer más impresionante que había visto en su vida. Alta, de pelo castaño tirando a rubio, grandes y expresivos ojos azules, labios rojos y gordezuelos y piel de alabastro, casi transparente, parecía una diosa. Generosa de busto, el torso se estrechaba hacia su cintura de avispa que, brutalmente, se expandía en unas caderas tremendas, voluptuosas, formando un conjunto armonioso y cimbreante como un junco. Imaginó la impresión que haría en los varones si hasta a las mismas mujeres ponía nerviosas. Amalia estaba segura de que la joven había roto y rompería en su vida muchos corazones, se había quedado muda al contemplar su belleza, aún despeinada y en ropas menores, cuando se arrojara un poquito sería demoledora.

Volvió a la realidad, se levantó y abrazó a la joven, que le correspondió cariñosa al decirle su madre quien era.

—No te había visto desde que tenías doce o trece años, ¡eres una preciosidad!

—No tanto —contestó modesta y sonriente la joven.

—¿No tanto? —exclamó Amalia—, no quiero pensar en la cantidad de hombres que tendrás a tus pies.

—¡Bah!, los hombres, si sabes manejarlos, son como niños, con un par de carantoñas pierden la cabeza.

—Es cierto, pero es que por ti vale la pena perderla, ¡qué belleza de mujer! —repitió mirando a su madre, que sonreía orgullosa.

—¡Anda, siéntate Elvira!, que mi amiga viene a pedirnos un favor y quiero que escuches lo que me ha dicho a mí.

Amalia repitió a la joven el plan.

—Hace unos días, la Guardia Civil de Hinojosa cuyo sargento es mi marido como sabéis, descubrió el cuerpo de una joven de tu edad, Elvira, la habían matado y la habían violado... con una hoz, dejándole destrozado el bajo vientre, ¡vamos, la obra de un loco!

La muchacha expresó su horror con sendas exclamaciones.

—El asunto es —continuó Amalia—, que por unos indicios que no vienen al caso, mi marido ha descubierto al culpable, pero su padre es el principal terrateniente del pueblo, y aquí viene el problema: no hay pruebas claras para acusarlo; si los guardias lo hacen con lo poco que tienen, el asunto no irá a ninguna parte, ya sabéis las influencias de los ricos, tanto en los pueblos como en la capital y los amigos tan poderosos que tienen.

—Lo comprendemos, Amalia, sigue —animó Elvira.

—Pues Juan ha pensado que la única forma de atrapar a ese demonio es tenderle una trampa. Si sale bien, asunto solucionado pero si no, se librará y seguirá matando como os podéis imaginar.

—Y esa trampa quieres que sea mi hija, ¿no? —volvió a intervenir Matilde.

Efectivamente esta era la idea que había trazado el sargento, la única que veía con posibilidades una vez conocida la identidad del personaje asesino. Conocía su obsesión por las féminas y sabía por las cartas de Matilde a su mujer que la hija era una profesional como ella y además muy bella, como acababa de comprobar Amalia. Era el cebo perfecto.

—Pero Amalia, ¿sabes lo que nos estás pidiendo?

—Lo sé, Matilde, yo misma puse a Juan de loco para abajo cuando me lo dijo, pero quiero que sepáis que soy la primera en ver que esto es una auténtica insensatez, le dije que tenían que buscar otra solución pero por muchas vueltas que los guardias han dado, y yo misma, es cierto que solo vemos esta. En cualquier momento —prosiguió— puede hacer otra salvajada y lo peor es que el pueblo se está llenando de forasteros para la feria, que empieza la semana que viene, por lo que es muy urgente apresarlos cuanto antes.

—Lo comprendo Amalia, pero comprendeme también a mí, pídemelo lo que quieras pero no que ponga en peligro a mi hija.

—Matilde, te doy toda la razón, no tenéis que ver nada con este asunto, es peligroso, no sé —titubeó—, me doy cuenta de que nunca he debido consentir en esta locura y ponerlos en un compromiso, soy una idiota. La única excusa que tengo, que todos tenemos, son las ganas de coger a ese monstruo que sin duda va a seguir matando, porque es casi seguro que asesinó a otra mujer aquí hace un par de años.

Las cordobesas no pudieron evitar un estremecimiento y hablaron al mismo tiempo cuando Amalia relató el suceso y mencionó el detalle de la medalla. El crimen, que madre e hija recordaban perfectamente, había conmovido y metido miedo durante un tiempo a todas las prostitutas de Córdoba. Elvira había conocido a la muchacha asesinada, era de su misma edad, una desgraciada poco prudente. Matilde comentó que algunas veces ocurrían casos parecidos, casi siempre por celos de los hombres, pero a todo el mundo espantó el detalle de la medalla encontrada en su boca.

Las mujeres mayores habían quedado calladas, Matilde como dando por terminada la charla y Amalia sabiendo que había fracasado pero aliviada al fin y al cabo.

No contaban con la joven.

—Amalia, ¿qué tendría que hacer? Explícamelo con detalle —preguntó, directa y deteniendo con un gesto de las manos las protestas de su madre.

La hinojoseña reprimió una expresión de sorpresa y le contestó que su papel era el más importante para capturar al asesino... y el más peligroso. Se lo relató a las cordobesas con los máximos pormenores y toda sinceridad, sin ocultar nada.

—Reconozco que incluso saliendo bien —aclaró Amalia—, no será fácil que confiese su crimen, pero al menos quedará claro de qué persona se trata, lo sabrá todo el pueblo y el padre, probablemente, lo mande lejos, a un sanatorio o a donde sea para que no haga más daño, porque un juicio hay que descartarlo. Pero los guardias están seguros de que si lo provocan confesará, y entonces se hará justicia.

—Es un buen plan —reconoció Matilde—, pero muy peligroso como bien dices. ¿Te imaginas si le pasara algo a Elvira?

—No quiero imaginarlo. Todo esto lo sabemos y lo hemos discutido. Mi marido me ha insistido de todas las maneras posibles que no perderán de vista a tu hija ni un segundo, me asegura que no sufrirá ningún daño porque los guardias la vigilarán armados hasta los dientes. Y por eso ha pensado Juan en tu hija, por su desenvoltura, no cree que Elvira se asuste, pero más que nada porque sois profesionales, lo digo con todo el cariño del mundo, y sabéis como..., en fin —le dio vergüenza terminar la frase.

—Te entendemos perfectamente —la muchacha completó la idea que Amalia no se había atrevido a desarrollar con gracia descarada, tanta, que a la *colodra* se le subieron los colores a la cara, aunque rápidamente se unió al coro de risas femeninas.

Poco a poco fueron cesando y se pusieron serias. Terminó la charla Amalia.

—Quiero que lo habléis entre las dos y quiero que decidáis sin el más mínimo compromiso. Para mí seguiréis siendo las mismas si decís que no, es más, me gustaría que os negárais, no tenéis nada que ver con este asunto y os aprecio demasiado como para que os expongáis a una desgracia, sobre todo Elvira.

—Lo sabemos —respondió Matilde cogiéndola de las manos—, eres la mujer más maravillosa que he encontrado en mi vida, y también eres valiente y generosa como siempre has demostrado. Te queremos y respetamos y nos gustaría mucho haceros ese favor, no solo a vosotros sino al mundo cogiendo a ese hijo de puta, pero es que es muy grave lo que nos pides.

Amalia terminó la conversación.

—Aún queda un último detalle sobre el asesino, os vais a quedar fritas cuando os lo diga.

Las mujeres se quedaron mirándola y cuando lo mencionó, quedaron un momento en suspenso, como si no entendieran. Al hacerlo, soltaron al unísono una escandalosa carcajada, que duró, coreadas por las tres mujeres, un largo rato. Pero cuando cesaron las risas quedaron serias, el asunto no era para tomarlo a broma.

Matilde se levantó y marchó a la cocina donde preparó un almuerzo ligero. Después de la comida, Amalia se levantó de la silla y le dijo a su amiga si tenía un sitio donde descansar o tendría que buscar una casa donde pasar la noche y el día siguiente, hasta el lunes no salía el próximo tren para viajeros, ya había preguntado en la estación. La mujer no le hizo caso y la

acompañó a una habitación aseada y coqueta, le dijo que se acomodara y que echara una *siestecita*, la noche anterior sin dormir, la paliza del viaje y la tensión pasada la debían tener hecha unos zorros. Amalia lo agradeció, se quitó el vestido quedándose en enaguas, y se tumbó en la cama. Quedó dormida inmediatamente.

Madre e hija volvieron al patio y hablaron largamente. La tarde transcurría con sosiego, el calor era agobiante aunque en el patio se podía soportar.

Una hora después se oyó un rebullir en la habitación donde descansaba la hinojoseña y, al poco rato, lavada y con el pelo recompuesto se presentó ante las mujeres con una cariñosa sonrisa.

—Me ha venido maravillosamente bien la siesta, estaba molida —dijo.

—Me alegro que hayas descansado. ¡Bueno Amalia!, hemos estado hablando Elvira y yo y se nos ocurren algunas preguntas.

—Preguntad todo lo que queráis.

La cordobesa era lo que la vida le había obligado a ser pero no era ingenua ni mucho menos, como tampoco su hija. Ambas demostraron su sagacidad con las atinadas cuestiones que plantearon a su amiga y todo quedó claro con las respuestas de la hinojoseña.

Madre e hija se miraron entonces a los ojos, asintieron y se volvieron hacia ella.

—Amalia, estamos de acuerdo —habló Matilde—, lo haremos por tu marido pero sobre todo por ti, nunca olvidaremos lo que hiciste por nosotras y si sale bien y echamos mano a ese diablo, pues miel sobre hojuelas.

La mujer del guardia las tomó de las manos y se lo agradeció.

No salieron en el resto del día, al anochecer se presentó un caballero en la casa preguntando por Elvira pero esta lo despidió, hasta dentro de una semana por lo menos no estaría disponible.

Matilde regó el patio, el perfume que las flores expelían creaba un ambiente delicioso. La noche se echó sobre Córdoba refrescando la atmósfera, eran los mejores momentos del abrasador verano.

## XXVIII UN CONCILIÁBULO

Aquel domingo 21 de agosto amaneció Córdoba con un sol espléndido, deslumbrador. Las mejores horas para soportarlo eran las del amanecer, después la ciudad se convertiría en un horno. Las mujeres, a hora temprana, ya estaban levantadas, irían de paseo bien provistas de una sombrilla, haciendo tiempo hasta las doce en que asistirían a misa en la Mezquita-Catedral.

La noche anterior se habían acostado tarde, parlotando sin parar, la joven había gozado como nunca, no era frecuente disponer de libertad para hablar con una mujer común, del pueblo llano, que no se dedicara a la antigua profesión que su madre y ella ejercían. Las horas que pasaron como mujeres normales y corrientes con la hinojoseña, le habían parecido a la muchacha un sueño. Aquella amiga, además de tremendamente atractiva, le había descubierto un mundo que ella desconocía, un mundo sencillo, donde cada uno tenía su papel. Le había llamado la atención la felicidad que mostraba Amalia, no se sentía en modo alguno debajo de sus hombres sino una parte más de su pequeña familia, imprescindible como el resto. Elvira estaba acostumbrada a los hombres, lógico, y a féminas con gustos distintos que estaban locas por la joven, pero mientras pagaran bien ella las hacía disfrutar, su madre, en cambio, nunca había admitido este tipo de relaciones, era más clásica. Pero en su vida diaria no frecuentaba demasiado a las mujeres corrientes exceptuando quizá a algunas vecinas que la cuidaron de pequeña, las demás procuraban evitarla.

En el mundo de la joven abundaba la malicia, la grosería y un sentido de propiedad de los varones que la había endurecido; había aprendido a defenderse y aprovechar su atractivo físico que no iba a durar siempre. En su vida diaria había de todo menos normalidad, su profesión les había aportado a ambas dinero y una cierta libertad para vivir sin sobresaltos, pero adivinaba que no era un vida cabal como la que estaba entreviendo en la *colodra*. Aquella mujer producía una impresión de cercanía y honradez que comprendía perfectamente que su madre fuera capaz de ir por ella al fin del mundo. Y también que Amalia haría lo que fuera necesario para ayudarlas como ya había demostrado al recuperarla de niña; a través de su dulzura y buenas maneras intuía en la hinojoseña un carácter fuerte y sano, quizá como debiera ser la gente en general y no era. Fue para ella una noche inolvidable.

Una vez arregladas y disfrutado de un buen desayuno, se fueron para la calle sobre las diez de la mañana. Matilde tomó la dirección del pequeño grupo y se encaminaron a la ribera del Guadalquivir. Las calles por las que transitaban hacía retroceder a Amalia a los días de su adolescencia, siempre le gustó deambular por la parte antigua de la ciudad. Pasaron ante venerables caserones que pregonaban la riqueza de siglos pasados y que siempre le hacían recordar la fragilidad humana cuando pensaba en el poder de las familias que los construyeron. Serían ricas y probablemente felices hasta que las vicisitudes de la vida las hizo desaparecer en el tiempo.

Llegaron al gran río, grupos de gaviotas estaban posadas en sus orillas, por el puente romano circulaban pocas carretas, se notaba que era domingo. Lo atravesaron pasando delante de la imponente torre de la Calahorra y giraron a la izquierda, entre árboles, por el camino de la ribera. Se estaba a gusto paseando por la zona. Al rato, se dieron la vuelta hasta el único y antiquísimo puente y lo volvieron a cruzar, dirigiéndose a la Mezquita. No había ningún hombre que dejara de fijarse en las llamativas mujeres, no solo en la madre y la hija, sino en la hinojoseña, quizá más atractiva por su porte y porque no se parecía a las otras, que de algún modo proclamaban su profesión. Amalia tuvo que reprimir en varias ocasiones la risa, tanto al oír los piropos que aquellos descarados capitalinos les dirigían como por la desenvoltura con que sus amigas contestaban a los requiebros.

En torno a las doce, el pequeño grupo de féminas llegó ante la monumental Mezquita, pasaron bajo la puerta del Perdón y aparecieron en el Patio de los Naranjos con una fuente en medio y una gran alberca que refrescaba el ambiente. Allí mojaron las manos y entraron en el inmenso templo musulmán, cuya impresión para quien lo viera por primera vez debía ser tremenda. Los portentosos arcos que sostienen la mezquita, cerca de cuatrocientos, están apoyados en mil columnas que las lámparas iluminan tenuemente. A Amalia le gustaba pasear hasta casi perderse en aquel bosque mágico, admirando las hermosas capillas cristianas que circundan las paredes del santuario pero lo que siempre le impresionaba era la zona más sagrada del templo islámico, un espacio decorado con una gran concha en la cúpula y mosaicos primorosos entre arcos lobulados increíblemente bellos. Luego se dirigieron al espacio cristiano de la catedral, penetrando en él de forma natural, sin estridencias. Siempre se fijaba durante un buen rato en los bellísimos púlpitos y en la espléndida sillería del coro. Y tuvo un pensamiento de admiración para los arquitectos de la catedral, los Hernán Ruiz, constructores también de la iglesia parroquial de Hinojosa.

Después de terminada la misa, cerca de la una de la tarde, el trío femenino salió al patio colmado de naranjos, el aire ardiente las dejó exhaustas y más con aquellos vestidos que cubrían todo el cuerpo, aunque los de madre e hija eran más ligeros, protegiendo ambas damas sus rollizos brazos, de un blanco deslumbrante, con guantes de gasa y cara y cabeza con una coqueta sombrilla. La tez blanca era símbolo de belleza y finura, no iban a consentir que se les tostase. Comieron en una taberna al principio de la calle Feria, bajando por una estrecha calle en rampa, a la que condujo Matilde a su amiga ante la sorpresa de esta. Aquello no era apropiado, las tabernas eran para los hombres aunque sospechaba que sus amigas habían entrado en ese sitio más de una vez a juzgar por la soltura con que lo hicieron y la familiaridad, no exenta de sonrisas cómplices, de los camareros, que aguardaban detrás de la puerta. Le gustó el establecimiento, ocupado por mesitas de hierro con tapa de mármol en varias salas. Algunas veces sus amigas iban a comer allí, se lo

permitían de vez en cuando ya que ambas no eran muy duchas en la cocina, confesaron. En el transcurso de la comida las mujeres bebieron dos vasos de vermú cada una, Matilde además degustó una copita del dorado vino cordobés, y a la *colodra* se le tinto la blanca cara de un rubor que la hizo si cabe más atractiva, se había puesto contenta y reía con más brío del normal con las ocurrencias de sus amigas.

Cuando se levantaron para irse, eran cerca de las cuatro de la tarde, ya no había nadie por las calles, la ciudad dormía a aquellas horas. Ellas tampoco saldrían ya de casa, las cordobesas tenían que preparar el equipaje para una semana. Después de la siesta, Amalia pidió trabajo y le dieron una regadera con la que empapó abundantemente de agua las innumerables macetas del patio, una vecina se ocuparía de ellas hasta que regresaran. Terminada la cena repasaron los detalles del plan a ejecutar en Hinojosa y todo quedó claro. Pronto se acostaron, dentro de unas horas debían levantarse para coger el tren, el madrugón sería terrible y más para las cordobesas que, por su ajetreada vida, rondaban mucho y se levantaban cada día después de las doce de la mañana.

La noche se echó sobre la ciudad eterna de los califas.

El lunes 22 de agosto, madrugaron y las tres mujeres se dispusieron a marchar a la estación del ferrocarril, que salía muy pronto, a las seis de la mañana. Con no poco trabajo se pusieron en pie sobre las cuatro y pico, se asearon, desayunaron y salieron a la noche estrellada.

A aquellas horas no había nadie por las calles que pudiera ayudarlas a transportar las voluminosas maletas de las capitalinas. Peor fue cuando empezaron a subir la cuesta de la calle Claudio Marcelo pero en la madrugada corría un fresquito que animaba los cuerpos. Cruzaron la plaza de las *Tendillas*, recorrieron la avenida de Cervantes y llegaron a la estación central del ferrocarril cuando estaba amaneciendo. El ambiente había cambiado, por los alrededores había gran animación, multitud de carros transitaban por las calles, y buen número de trabajadores bregaban en la terminal, cargando mercancías. Las voces que se oían por todos lados alegraban el ánimo. Matilde se hizo con una garrafillo de agua, compró los tres billetes a pesar de las protestas de Amalia, y todas subieron. El tren partió casi puntual a las seis y cuarto. Viajaba poca gente pero, aún así, apenas hablaron, tal y como habían acordado, no era prudente mostrar que se conocían.

Amalia le temía al viaje pero algo menos. El de dos días antes había sido una paliza, ahora al ir en compañía de sus amigas se le haría más agradable aunque no pudieran conversar. El tren tan solo tardó unas tres horas en atravesar los peores pasos, el viaducto de 152 metros del Arroyo de los Pedroches nada más salir de la ciudad, el tramo hasta Cerro Muriano, donde se situaban cinco de los ocho túneles de la línea, y de ahí hasta la imposible rampa de Obejo. La hinojoseña comprobó que sin el empuje de la locomotora trasera, al igual que en el viaje de ida, no sería posible subir aquella rampa disparatada. No se consiguió, lógicamente, a la primera, casi se bebieron la garrafa de agua y pasaron su poquito de miedo ante las maniobras del maquinista, pero finalmente consiguieron remontar y llegar a esta última estación, el tiempo no era lo importante en este viaje, sino llegar sanos y salvos. El tren siguió el ascenso atravesando los otros tres túneles hasta la estación de la Alhondiguilla en el término de Villaviciosa, tierra de buen vino, durante cerca de dos horas, ya que había que parar con frecuencia para dejar paso a los trenes que venían

en dirección contraria. A lo largo de las diversas estaciones se habían subido cuatro o cinco personas más, irían en torno a las veinte en el único vagón de viajeros.

Ya estaban en terreno llano y la velocidad del ferrocarril era más constante. Llegaron a la estación de Peñarroya, donde soportaron una larga parada mientras se hacían los consiguientes trasbordos de los vagones de vía estrecha. Continuó el interminable viaje y llegaron, por fin, a la estación de Zújar sobre la una de la tarde.

El calor era abrasador, el aire quemaba la piel. Se apearon, el jefe de estación saludó a Amalia, y con poco disimulo ojeó el meneo de caderas de madre e hija mientras se dirigían a la diligencia una vez comprado el billete. Los pocos hombres que en ese momento había en la terminal detuvieron su labor para mirar con la mayor atención a ambas mujeres, y los que estaban dentro del edificio salieron también al exterior con el mismo objetivo y escasa diplomacia. Amalia miró al cielo, suspirando con resignación. Subieron, iban solas pero aún así hablaron poco y en voz baja por más que el traqueteo del carruaje sobre el infernal camino hubiera hecho imposible al cochero escuchar algo. El terrible viaje estaba terminando, llegaron a los *Tres Puentes*, lo cruzaron y se dirigieron a la Plaza donde arribaron a las dos de la tarde. Bajaron, las cordobesas entraron en la fonda, junto a la parada, y la mujer del sargento se encaminó a su casa.

Por la mañana, el sargento había sondeado si habría problemas con las habitaciones para lo cual envió a un guardia jubilado de su confianza para reservarlas. «Todavía había disponibles, los próximos días será imposible» le informó a este Damián, el propietario de la fonda. El jubilado reservó una con cama amplia y balcón desde donde se veía la Plaza Mayor. Las cordobesas fueron identificadas sin problemas por el guardia de Monterrubio vestido de paisano, que rondaba por la parada con aire despistado. Lo había mandado el sargento para vigilarlas hasta que entraran en la fonda. Cuando lo hicieron, el guardia marchó al cuartel para informar a su jefe eventual.

Las capitalinas se asearon, se cambiaron de ropa y bajaron a comer, ya habían llamado la atención por su porte, sobre todo la joven, pero cuando respondieron a la natural y un poco impertinente curiosidad, que eran la mujer e hija de un negociante de la capital, de dinero dieron a entender, y el objeto que las traía al pueblo, se atenuó la expectación, aunque no el interés por sus personas, llamativas a pesar de ir relativamente discretas.

Barbancho, en compañía de Jurado, había aprovechado la mañana para contrastar la declaración que el carpintero y pintor aficionado había hecho sobre las horas que la muchacha asesinada pasó en su casa el domingo por la mañana, antes de partir a su desdichado destino. Aunque estaba seguro de quién había matado a la joven, para eso habían montado todo este circo, como buen profesional debía comprobar todos los flecos. Confirmaron su versión, varios vecinos la corroboraron, el carpintero no se movió de su taller en toda la mañana hasta casi la hora de comer, y algunos de ellos vieron a la muchacha entre las once y las once y media, estaban acostumbrados a verla entrar y salir con relativa frecuencia de la carpintería, unas veces sola, otras, acompañada de su amiga.

Amalia iba camino de su domicilio, al menos el calor era más soportable que el de la capital, decía para sí, la realidad es que la calle estaba desierta.



El sargento apareció en casa casi al mismo tiempo que su mujer y entró, ávido de noticias.

—¿Qué tal la tía Engracia? —preguntó a Amalia, interrumpiendo la charla de esta con su madre pero siguiendo la corriente.

—Pues mejor, le ha dado una perlesía pero la han cogido a tiempo y está en cama recuperándose, ha sido más un susto que otra cosa. Como está con sus hijas yo no hacía falta para nada, así que me he venido esta mañana. La tía me ha insistido en que le diga a usted que no se preocupe, que de esta sale —dijo, dirigiéndose a su madre—. Pero como es tan aprensiva, ya se veía muerta, por eso quería que fuera a verla.

—¡Dios mío, qué susto!, he estado en vilo todos estos días —exclamó Catalina, aliviada.

—Bueno madre, pues ya lo sabe, así que tranquila. Voy a ponerme cómoda y a lavarme un poco, el viaje de Córdoba no tiene nombre, si uno quiere morirse, con que vaya un par de veces a la capital en este tiempo ya está listo —parloteaba. Luego miró a su marido y le ordenó:

—¡Tú, sargento, siéntate!, termino pronto y os pongo la comida.

—Tranquila mujer, me tienes que contar cosas de Córdoba.

Amalia se aseó y se fue para la cocina, momentos después la siguió Barbancho en tirantes, armado con su cigarro y un vaso de vino.

—Menos mal que tu madre, la pobre, no ha insistido en que le explicaras cómo puede ser que te llame tu tía a punto de morirse y a los dos días apareces sin haber pasado nada. ¡Vaya viaje extraño! —comentó bajando la voz.

—¡No te metas con mi madre!, con la explicación que le he dado es suficiente. Es mejor que sea así, si supiera a lo que he ido y en lo que estamos metidos, se lleva un soponcio.

—Bueno, cuéntame cómo ha ido todo. Ya sé que tus amigas han llegado y se han alojado en la fonda sin novedad, ¿no habrá sospechado nadie que os conocéis?

—Puedes estar tranquilo, ni tú te hubieras dado cuenta, parecíamos extrañas.

—¿Y qué, están dispuestas? Seguro que sí, si han venido al pueblo.

—Están dispuestas, son valientes y generosas como demuestran al participar en esta locura y, aunque algunos puedan creer que no, son más honradas que muchas personas que conozco.

—Lo sé. ¿Le has explicado bien lo que tienen que hacer?

—Perfectamente —respondió la mujer—, les he advertido que va a ponerse en contacto con ellas un guardia civil retirado para servir de enlace con vosotros.

La participación de este nuevo personaje fue considerada imprescindible para el futuro desarrollo de los acontecimientos por los jefes del cuartel. Necesitaban de la máxima discreción y por ese motivo a Barbancho se le ocurrió recurrir a él. Un guardia jubilado era un paisano normal y corriente y, aunque vinculado de por vida al Cuerpo, al menos emocionalmente, no levantaría las mismas sospechas de colaboración que uno en activo. De apellido Ramírez, era un hombre gracioso y sociable a la vez que astuto y prudente. Había pasado al retiro hacía ya unos años y se había vuelto a Hinojosa, de donde era originario. Viudo, vivía con su único hijo y su nuera. Había tenido suerte en su jubilación. Años atrás, vendió unas tierras de su mujer al morir ella y con el dinero había comprado un estanco cerca del Parque, que regentaba su hijo. Por ello marchaba bien y estaba todo el día de paseo o en el casino. Conocía a todo el pueblo y estaba al tanto de sus chismes. Barbancho tenía plena confianza en él al conocerlo de toda la vida, fue amigo de uno de sus tíos guardias y con el paso del tiempo afianzaron su amistad, no hacían falta muchas palabras para que los hombres se entendieran. Y aparte de los ratos siempre agradables que compartían, el

guardia retirado había dado al sargento muestras de su perspicacia en muchas de sus conversaciones. Para colmo, no hacía mucho, Barbancho había sacado a su hijo de un embrollo que pudo costarle un buen disgusto: una discusión en una taberna donde salieron a relucir las navajas y que el sargento, con su habitual prudencia, había solucionado. El padre casi veneraba al guardia por aquello.

El matrimonio seguía charlando.

—Creo que lo más complicado es que la niña conozca a nuestro personaje, a ver si hay suerte y lo hace pronto. Lo demás será fácil, lo comprenderás cuando la conozcas —comentó Amalia.

—Tengo ganas de hacerlo, desde que era una cría no he vuelto a verla, ni tampoco a la madre. En cualquier caso, Ramírez es la mejor opción, ahora tiene tiempo para todo y le ha encantado el asunto, ya sabes, la cabra tira al monte.

—Pero será discreto, ¿no?

—Como una tumba. El hombre será guardia civil hasta su muerte, lo que significa saber guardar un secreto y, además, me está agradecido por el lío del que saqué a su hijo. Confío en él hasta el punto de que es el único paisano que conoce nuestras intenciones. Su misión será poner en contacto a tus amigas con el figurón y acordar la cita. He preferido hablarle con sinceridad desde el principio porque estoy seguro que nunca dirá nada que pueda comprometernos.

—Sargento, me tienes con el susto metido en el cuerpo porque todo se basa en que ese demonio no sospeche nada y caiga en la trampa que le vais a preparar. ¡Mira que si algo sale mal! No quiero pensar en que le ocurra algo a la niña, no me lo perdonaría nunca. Y el teniente y tú también os estáis arriesgando, si la cosa no funciona y se investiga un poco, se os va a caer el pelo y con vosotros vamos todos detrás.

—Amalia, la decisión la han tomado ellas, se les ha explicado con toda sinceridad el asunto y el peligro que conlleva, son conscientes de ello.

—Lo sé y ahí demuestran su valor.

—Y por nosotros no te preocupes —animó el guardia—, ya saldríamos del atolladero, tenemos pensadas excusas de peso si el asunto se estropea.

Mientras hablaban, la mujer cocinaba con perfecta competencia, esto siempre le llamaba la atención al sargento, cómo una mujer sin dejar de hablar atendía impecablemente a lo que tenía entre manos.

Al poco llegaron los hijos y almorzaron.

El guardia se acostó a la siesta dando vueltas a los acontecimientos que depararían las horas siguientes.

## XXIX LA TRAMPA

El sargento, después de la siesta y antes de ir al cuartel, salió del pueblo para dirigirse al paraje donde había previsto organizar la emboscada. El sitio elegido era la *Castana*, una fuente antigua situada en las afueras de Hinojosa, a dos kilómetros por el camino de Valsequillo, al sur de la villa. Muy cerca, pasa el Arroyo de las Viñas. Provista de una alberca de piedra de donde mana su único caño, desagua a través de pilas de granito comunicadas entre sí, perdiéndose el agua entre los matorrales. Una tapia de piedra separa la fuente de una huerta y las ramas de un sauce de buena altura dan sombra al manantial.

Llegó, se mojó un poco la cara y quedó observando el terreno. Buscaba un lugar donde los guardias pudieran vigilar sin temor a ser descubiertos, pero no era fácil. Aunque había algunos olivos dentro de la huerta, estos estaban pegados a la fuente y el resto lo conformaba una llanura de huertas desperdigadas, viñas y campos segados. No acababa de gustarle el sitio elegido pero era el más discreto y sobre todo el más cercano. Si hubiera escogido El Pilar o Los Lavaderos sería imposible poner el plan en práctica, siempre había gente por allí pero más estos días, con los feriantes.

Su primera intención había sido la ermita de San Bartolomé, allí el terreno era ideal por el bosquecillo de olmos blancos que existe delante de la pequeña iglesia, pero estaba demasiado lejos del pueblo. Quizá lo había pensado porque era la ermita por la que más debilidad sentía. Antigua como todas y de estilo gótico es una pequeña iglesia blanca en cuya entrada, una vez pasada la verja, hay todavía un horno de pan. Al penetrar en ella, el visitante se interna en un mundo tradicional, modesto, donde late la religiosidad de siglos. Barbancho, cuando la visitaba, a menudo contemplaba en su imaginación la imagen de miles de hinojoseños devotos que habrían venerado al santo a lo largo del tiempo, veinte generaciones al menos. Enfrente de la iglesia, junto a una fuente, todavía hay pilas talladas hace miles de años en bloques de granito que, según los eruditos, son tumbas de los antiguos pobladores de la zona.

Pero los cinco kilómetros de distancia le hicieron descartar este emplazamiento desde el principio, si uno iba a San Bartolomé en una tarde de agosto llegaría rendido, por eso había elegido la *Castana*.

El camino pasaba al lado, miró la cuneta próxima, los guardias se podían ocultar allí pero tenían que estar tendidos y en situación muy poco airosa y a la mínima que asomaran la cabeza

serían descubiertos. No, allí la trampa era demasiado tosca. Entre los olivos de la huerta pegada a la fuente también se podrían ocultar, pero la tapia les tapaba la visión y además quedaban demasiado cerca, cualquier ruido los delataría. «¡Coño!, era difícil encontrar el sitio apropiado», se impacientaba el guardia; debían ocultarse pero sin perder de vista su objetivo. Miró de nuevo al otro lado del camino y se fue para allá, cruzándolo. El terreno en ese lado se elevaba en rampa, lo subió y desde ahí miró la fuente, «puede ser...», pensaba. Giró la vista a la izquierda. Cercana al riachuelo había una tejera en ruinas con parte de las paredes hundidas. A su alrededor estaban apilados ladrillos rotos y artilugios de madera desvencijados entre cuyos listones se secaban las piezas antes de meterlas en el horno.

Se fue para ella y lo decidió mientras se aproximaba. Era un buen sitio para establecer la vigilancia, a tan pocos pasos de la fuente y a esa distancia no podían fallar con el fusil si fuera necesario utilizarlo. Lo único malo es que los guardias tendrían que estar al sol un buen rato. En su interior estaba el horno, ahora cegado por los ladrillos de la pared derribada. Se situarían detrás del muro que quedaba en pie, era suficiente para ocultar un par de hombres. Al estar el terreno en rampa, los guardias se podían sentar o estar de pie según las circunstancias, y vigilar perfectamente la fuente desde ese lugar elevado. Estaba claro, con un poco de precaución sería suficiente, el personaje estaría en el séptimo cielo con la joven cordobesa, lógicamente si llegaba a la fuente sin sospechar nada, pero una vez allí no habría problema.

Quedó satisfecho, el sitio era estratégico, desde esa pequeña altura controlaban perfectamente todo el terreno hasta el manantial, a su derecha el camino de Valsequillo que partía del pueblo, a su izquierda el Arroyo de las Viñas con un puente, pasado el cual se abría otro camino, y enfrente y más importante, la fuente, a cien metros. Lo lógico para llegar allí era coger la calzada procedente del pueblo, pero si no era así, también controlaban la del arroyo. Por tanto, todas las vías de acceso al lugar quedaban cubiertas.

Ahora faltaba decidir quiénes realizarían la vigilancia.

Lo hizo de inmediato, serían él y Jurado, no confiaba por completo en los demás guardias, unos por viejos, que a saber con quien se relacionaban fuera del cuartel, aunque fueran discretos se les podría escapar algún comentario; otros por jóvenes, recién ingresados, quienes quizá por inexperiencia podían hacer lo mismo, contar algún detalle perjudicial para el montaje que Barbancho preparaba. Jurado, aunque joven, era de confianza y admiraba al sargento, este se podía poner en sus manos sin ningún reparo.

Revisó todo de nuevo y no advirtió ningún inconveniente, bajó al camino y regresó al pueblo.

Antes de llegar al cuartel, entró en el casino del *Gato* donde, como era habitual, estaba el guardia jubilado Ramírez, que no apartaba la vista de la ventana desde donde contemplaba toda la plaza, cada vez más animada a medida que iba cayendo la tarde. Repasaron las instrucciones y quedaron en que por la noche le comunicaría el resultado de su vigilia.

Encontró a Cortés en su despacho. Lo puso al corriente de los pasos realizados y que serían él y Jurado quienes realizarían la guardia. Al teniente no le gustó mucho la idea de que el sargento estuviera presente pero tuvo que admitir que era lógica, mientras menos cabos dejaran sueltos mejor. Luego, lo más importante, que esta noche o como mucho a lo largo del día siguiente, Elvira debía establecer el contacto, comentaban. Si todo salía bien organizarían el encuentro en la fuente por la tarde, entre las cinco y las seis, cuando no pasara nadie por el campo. Algún paseante podía hacerlo pero era improbable, en todo caso más tarde, cuando el calor hubiera cedido. Volvían a

asaltarles innumerables dudas y se daban perfecta cuenta de lo arriesgado del plan pero también estaban seguros de que era el único modo de capturar a esa alimaña.

Llamaron entonces a Jurado, que entró en el despacho cuadrándose. El sargento le ordenó sentarse y entre él y el teniente lo pusieron al corriente del plan a ejecutar. Al joven guardia se le iluminaron los ojos ante la aventura. Le advirtieron, con mirada seria, que confiara en ellos, que no hiciera preguntas y que, por supuesto, no lo comentara con nadie. Se quedó de piedra cuando conoció quién había matado a la muchacha. Los demás guardias ignoraban esta información, solo podían sospechar algo los de paisano ya que seguían al objetivo, debidamente señalado por Ramírez, desde el día siguiente a su identificación, tal y como les había ordenado el sargento. Pero ni siquiera estos sospechaban lo que estaban tramando sus jefes, él era el único que lo sabía a partir de ahora. Se apreció un breve destello de orgullo en sus ojos por la confianza que le mostraban sus superiores. El joven guardia volvió a su puesto y los jefes quedaron a la espera de novedades.

Pasaban las horas. Los hombres hablaban poco y fumaban mucho, sobre todo Barbancho que, egoísta, miraba con alarma cómo su petaca se vaciaba ya que el teniente, poco fumador exceptuando momentos como este, no gastaba más tabaco que el del sargento, el cual lo miraba con cara de pocos amigos cada vez que su jefe le pedía un cigarro.

En torno a las diez de la noche apareció el jubilado, jadeante y sudoroso, los guardias le dijeron que se sentase, que respirara un poco y les explicara cómo había ido todo.

—Perfecto, mi sargento —comenzó.

—¡No me llames mi sargento, coño, que ya estás retirado!

—Pero siempre perteneceré al Cuerpo, mi sargento.

—¡Y dale! Vamos, cuéntanos qué ha pasado.

Ramírez se retrepó en la silla, aceptó el cigarro que le ofreció el guardia y comenzó a hablar.

—Pues les diré. Sobre las ocho, poco después de hablar con usted, vi a la buena pieza salir de su casa, enfrente del casino. Inmediatamente abandoné el local y cuando comprobé que se encaminaba a la Corredera, lógicamente para curiosear por los puestos calle arriba, me dirigí directamente a la fonda donde le dije a Damián que avisara a las señoras. Al poco se presentaron estas, se notaba que estaban preparadas para salir. Pero yo no me esperaba a tales hembras — dijo, con los ojos brillantes.

Ramírez empezó a hablar con tal entusiasmo de la belleza y apostura de las mujeres, que el sargento se vio obligado a aplacarlo un poco, llamándolo al orden. Siguió hablando.

—Me fui con ellas a la calle y localizamos al bicho en los tenderetes a la altura de la iglesia del Carmen, donde se lo señalé a las mujeres. Ya había anochecido. Yo pensé que ahí terminaba la misión por hoy pero me quedé de una pieza cuando vi que la muchacha hablaba con la madre y, acto seguido, se dirigía a su encuentro.

Hizo una pausa, como para dar más énfasis a lo que iba a decir.

—¡Señores! Yo he visto en mi vida a muchas mujeres del gremio, bueno, y a las que no lo son, cuando quieren llevarse a alguien al huerto. Pero lo que he visto esta noche todavía no me lo creo. La cordobesa, a pesar de estar la calle llena de gente, como quien no quiere la cosa se fue acercando, acercando, hasta que consiguió que se fijara en ella. Cuando lo hizo, sus ojos se agrandaron y su boca se abrió hasta el límite. La muchacha se hacía la despistada pero en un momento determinado, sabiendo perfectamente que era examinada a conciencia, se dio la vuelta y

le miró con la sonrisa más dulce y seductora que puedan ustedes imaginar.

—¡Coño, Ramirez, que nos estás poniendo nerviosos! ¿Quieres ir al meollo de una puñetera vez?

—Es que estoy intentando hacerles ver que esa niña se lleva al canasto a quien le de la gana, estoy seguro de que no hay bicho viviente que se le resista.

Dio otra chupada al cigarro, que ya estaba en las últimas y prosiguió:

—Pues nada, para no alargarme mucho, sucedió lo previsto. La figura se le acercó como gallina sin cabeza, dando vueltas alrededor de la niña, que no dejaba de sonreír, de *posturear*, de pestañear, yo creo que a todos los tíos que estábamos por allí nos tenía igual de embrujados.

—¡Al grano, Ramírez, al grano! —apuró Barbancho.

—Ya termino. La muchacha por fin aceptó que se le acercara y empezaron a hablar. Lo hicieron durante un buen rato, luego, muy sonriente, se despidió y Elvira se acercó a su madre y a mí, que estaba algo separado de ellas, disimulando, pero con el oído atento. Nos contó el contenido de la charla, que no consistió nada más que en lanzarse tonterías como los enamorados, y remató diciendo que han quedado mañana en la iglesia del Carmen para oír misa.

—¿Cómo que para oír misa? —preguntaron a la vez los sorprendidos jefes.

—Pues que han quedado en misa para acordar el sitio del encuentro y el precio de los servicios de Elvira. La niña muchas sonrisas pero el negocio es el negocio, así se lo dijo de claro y creo que bien hecho, para que no sospeche. Además le ha dicho que deben mantener la discreción por encima de todo, ya que ella y su madre van a estar en el pueblo durante la feria y no quieren que los municipales las echen a los dos días de estar aquí. Según el plan, la niña procurará por todos los medios que la cita sea por la tarde en la *Castana*, adonde yo la llevaré por la mañana para que la conozcan. Ese engendro irá con la idea de llevársela a otro sitio pero eso no ocurrirá, ¿verdad, señores?

—¿Y por qué han quedado en los Carmelitas? —indagó Cortés, cortando las divagaciones del jubilado.

—Pues por la hora, y también por precaución. Allí se celebra la misa a las ocho de la mañana y siempre hay menos gente. Y también porque estaban delante de la iglesia, así que se la señaló para que no cupieran dudas. Yo he quedado con madre e hija mañana sobre las diez para enseñarles la fuente y ahí la joven me dirá cómo le ha ido la entrevista en la misa. Vendré a informarles a la vuelta del paseo.

—Bueno, bueno, vamos despacio, Ramírez, mejor dicho, vamos un poco para atrás —requirió el sargento—. A ver, cuéntame detalles de la entrevista. ¿Cómo es que la niña se ha ido directamente hacia nuestro figurón? ¿Por qué se ha acercado a él precisamente? ¿Por qué no a otro cualquiera? Por mucho que le guste la joven, en cuanto se pare a cavilar un poco seguro que sospecha. Es lo que pensará si no está en Babia.

—La moza es toda una experta en lo suyo, señores. No fue directamente sino que se situó cerca; la mayor parte de la gente que miraba los tenderetes eran mujeres aunque también había hombres. Como les dije antes, el bichejo, al verla, se acercó poco a poco a Elvira hasta que esta fingió que le hacía caso y entablaron conversación. Por lo visto, con toda la cara dura del mundo, le dijo al cabo de unos momentos de charla que notaba una corriente de atracción mutua. Y pasó al ataque: que había adivinado sus gustos, que ella tenía experiencia en detectarlos y... en complacerlos, etc. etc. Entonces le ha preguntado si estaba equivocada o no, y el personaje, al que

se le iba un color y le venía otro, asintió con la cabeza. No tenía ojos nada más que para Elvira.

—¿Ya está? Entonces, ¿crees que no ha sospechado nada?

—Creo que no. Como todos, estaba flotando. Luego pareció recobrase un poco y terminó la charla citándose en la iglesia para lo que he dicho antes, acordar el precio y el lugar, la muchacha no aparentó mayor interés. Mañana veremos en qué termina la cosa, aunque hará lo que Elvira quiera, estoy seguro.

—Esperemos que así sea, no podemos permitirnos ningún fallo.

Hablaron un rato más, dieron por terminada la charla y los tres hombres abandonaron el cuartel yéndose al casino del *Gurri* a tomar unos vasos y alejar sus preocupaciones. Los clientes estaban habituados a su presencia, era raro que guardias civiles alternaran con los paisanos, pero como el sargento era del pueblo, algo había cambiado indudablemente.

Cuando salieron a la calle eran las doce de la noche, las farolas apenas iluminaban el grandioso espectáculo de la fachada de San Juan.

## XXX UNA CITA

El martes 23 de agosto de 1910 amaneció con algunas nubecillas en el cielo que no ocultaban la luminosidad del día. Quedaban cinco días para la feria, era la jornada clave en el desenlace del drama, o apresaban al diabólico ser que había alterado la paz del pueblo, o se les escapaba definitivamente. Para evitarlo, una joven generosa y valiente iba a poner en peligro su vida, y los mandos de la Guardia Civil del puesto de Hinojosa a meterse probablemente en el embrollo más grande de sus carreras.

A las siete y media de la mañana una esbelta y atractiva mujer salió de la fonda junto a la Plaza y se encaminó al convento de los Carmelitas.

Recorrió la empedrada calle hasta llegar a la iglesia, entró y se sentó en uno de los bancos de en medio. Había algunas viejas enlutadas, las feligresas habituales a esa hora, sentadas en las primeras filas. El frescor del templo era agradable, la joven se quitó el sombrero y observó la imagen de la Virgen situada detrás del altar mayor, de rostro bellísimo, coronado por una tiara dorada y con el Niño en brazos. Candelabros plateados colmados de flores rodean ambas imágenes y debajo de ellas destaca un Cristo crucificado. Dos capillas flanquean este conjunto, situado en alto para mejor apreciarse.

No había nadie próximo a la muchacha, distraída contemplando el hermoso altar de la iglesia y la única nave del templo, alto y de paredes blancas. De pronto, Elvira sintió un golpecito en el hombro, se volvió y encontró junto a su cara el rostro desagradable que conoció la noche anterior. Reprimiendo un instintivo gesto de temor y repulsión, sonrió y saludó a la recién llegada figura que, silenciosa como una sombra, se había sentado en el banco detrás de ella. Después de unos momentos, salió por una puerta situada a la derecha del altar mayor el sacerdote, acompañado de un monaguillo. Dio comienzo la ceremonia que fue más bien breve. En el silencio del templo se oía la voz monótona del celebrante y el murmullo de los rezos de las feligresas. Al cabo de veinte minutos el sacerdote terminó la misa y las pocas viejas que había se dirigieron a la salida.

La figura permanecía de rodillas en su banco con la cabeza reclinada entre las manos, como si quisiera pasar desapercibida. Cuando comprobó que no había nadie en el templo se dirigió a la joven y habló un buen rato con ella, en voz baja. Luego quiso acariciarla pero esta solo le permitió un beso ligero, estaban en lugar sagrado, reprendió con gracia. Hacia el final de la discreta conversación volvió a acariciarla, se puso en pie y, con aspecto exultante, se marchó



antes que la muchacha, que quedó sola en la penumbra de la iglesia. Al poco, Elvira se levantó y salió fuera, entornando los ojos al recibir la violenta luz del sol. Con paso tranquilo y entre los susurros y miradas impertinentes de las beatas, que chismorreaban a la puerta del templo, se dirigió a su alojamiento.

A las diez en punto, madre e hija, ataviadas con vestidos ligeros y sombrillas, salieron de la fonda y se encaminaron al Parque, a la entrada del cual ya estaba esperándolas el jubilado Ramírez. Se pusieron en marcha, el hombre bastantes pasos por delante de ellas, caminando separados para evitar murmuraciones de la gente con que se cruzaban. Quedaron atrás las últimas casas y al cabo de media hora larga, pasando entre campos segados y eras donde los agricultores aventaban el grano, pasaban el rastrillo sobre las espigas de trigo y llenaban costales con el fruto que cargaban en carros, llegaron a la fuente de la *Castana*. Había dos agrarios dando de beber a sus mulas. Saludaron al guardia retirado y este les ofreció un cigarro, charlando amigablemente hasta que al poco vieron aparecer a las dos mujeres. Los labriegos se quedaron mirándolas con los ojos desmesuradamente abiertos, callados súbitamente. Las mujeres los saludaron con una sonrisa que debió llegarles al alma y, contoneando las caderas, se sentaron en el brocal de la alberca.

Con trabajo y gracias al antiguo guardia, siguieron la cháchara sin dejar de mirar de reojo a las féminas hasta que terminaron los cigarros, apagaron las colillas en la palma de la mano con un poco de saliva, las arrojaron al suelo y se marcharon entre sonrisas un tanto socarronas cuando el jubilado les dijo que se quedaría un rato en la fuente para refrescarse y recuperar el aliento.

Cuando se perdieron de vista, el guardia retirado se acercó a ellas y la muchacha le relató la entrevista con el personaje en la iglesia.

Poco después, el grupo se volvió para el pueblo y Ramírez se dirigió al cuartel donde estaba poniendo a los jefes al corriente de la conversación.

Lo escucharon sin abrir la boca hasta que terminó.

—Así que han quedado a las seis en la *Castana*... ¡Joder, perfecto! ¿Pero cómo lo ha conseguido? —indagó, asombrado, Barbancho.

—Pues muy sencillo. Tal y como Elvira le había advertido en el primer encuentro debían guardar la mayor discreción, y para ello, en la misa, han convenido citarse en la fuente que ella acaba de conocer, y a una hora en que no pasara nadie. Por eso la han fijado a las seis, de mutuo acuerdo y tal y como ustedes querían. Como era lógico, el figurón, desconfiado, le preguntó que por qué precisamente en la *Castana* y ella le contestó que en la fonda se la habían aconsejado por su cercanía. Luego irían adonde quisiera pero en la fuente cobraría por adelantado el precio de sus servicios, acordado en la iglesia. No es precisamente barata, por eso prefiere cobrar antes de la faena, aunque joven no es tonta, le dijo claramente, que ya había tenido experiencias en las que el cliente se largó sin pagar después de gozarla, pero si no estaba de acuerdo no pasaba nada. Lo estuvo, lógicamente. Y cuando cobrara quedaría a su entera disposición, siempre que fuera en sitio reservado, insistió. Así que la niña ha aplicado a la perfección el plan previsto por ustedes.

—¿Y qué más? —apremió el sargento.

—Pues poco más. Quedaron en que la recogería a caballo y desde ahí irían a una casa cercana, propiedad de su familia. Ese demonio seguro que piensa llevarla a la vivienda donde mató a la niña de Monterrubio. No hay otra más cerca.

Ramírez dio una larga chupada al cigarro, el teniente no le dio tregua.

—¿Y...?

—Elvira preguntó si era discreto el lugar donde está la casa y le contestó que sí, que estaba al lado del pueblo. Cuando terminaran, ella saldría primero, como si fuera de paseo, y su acompañante bastante después, no habría problemas.

—Bueno, bueno... ¿Algo más, Ramírez? —preguntó Cortés.

—Pues nada especial, solo que al final y con bastante cara dura, Elvira le dijo que nunca olvidaría la cita y que mientras, soñara con las delicias que le esperaban. ¡Desde luego, la niña tiene un par de cojones! —apostilló.

Todos quedaron callados, pensativos, hasta que Barbancho rompió el silencio.

—¿Y no se mosqueó nada, nada? —indagó, desconfiado—. Es que todo ha ido demasiado rápido por más que desde el principio la muchacha haya sido clara. Es muy raro citarse en un sitio apartado y a unas horas donde por allí no pasan ni las águilas. ¡Joder! En su lugar yo no me fiaría un pelo de la niña por mucho que diga a qué se dedica y por muy atractiva que sea.

—¿Qué quiere que le diga! Mi opinión es que no ha sospechado nada, estaría en la gloria hablando con ella y ardiendo por dentro... como cualquiera.

—¡Hombre!, exceptuando el primer encuentro, el de ayer por la noche, que quizá resultó un poco forzado, hay que reconocer que todo se ha desarrollado con bastante lógica. La muchacha quiere discreción y acaba de llegar al pueblo, pero es que el bicho también es prudente por la cuenta que le tiene. Por eso es sensato que se hayan citado en un sitio por donde pasa poca gente a determinadas horas, normal, no iban a quedar en el casino a media mañana. Y desde ahí, una vez sobre la moza lo acordado, le acompaña adonde sea, yo lo veo natural —razonó el teniente.

—¡No sé yo! ¡Coño, no acaba de gustarme! —farfulló Barbancho.

Pero finalmente todos reconocieron que, en principio, el plan estaba saliendo a pedir de boca, la ratonera preparada para cazar la enorme rata y eso sí, los nervios de todos a flor de piel, aunque según Ramírez, a la muchacha más le parecía una aventura de novela. No así a la madre, que reflejaba su preocupación con advertencias continuas a su hija.

Se marchó el jubilado, quedando los jefes del cuartel conversando.

—Bueno, sargento, parece que tu plan va funcionando... hasta ahora.

—Eso parece, pero no estoy tranquilo ni mucho menos. Está todo tan cogido por los pelos... Los planes, por muy bien que los prepares, siempre se desvían. Yo esperaba que el encuentro se hubiera producido de una forma más natural, no tan precipitadamente, para que esa sabandija no sospechase nada raro aunque para ello la cita se retrasara. No es lo mismo quedar con alguien después de verse un par de días seguidos que hacerlo a la primera. Con todo lo bien que parece que marcha el asunto no se me va de la cabeza el peligro que va a correr la muchacha. Todo ha resultado demasiado fácil, en cuanto se pare a pensar un poco seguro que sospecha.

—Desde luego te doy la razón aunque por otro lado y por lo que nos ha contado Ramírez, la moza ha sido convincente y tiene una capacidad de seducción irresistible. Tal y como suponías, ha sabido representar su papel. Es la única explicación de que haya caído tan pronto en la trampa, su obsesión por las mujeres, no podía dejar escapar la oportunidad. Aún así no me fio un pelo, estoy de acuerdo contigo en que la joven va a asumir un riesgo enorme, tenéis que estar con los ojos bien abiertos.

—Lo sé, por eso no te preocupes, estaremos atentos en todo momento. Si acude a la cita no imaginaré que lo vigilamos. Estamos cerca teniente.

La mañana transcurrió sin novedades. Sobre la una de la tarde el sargento se encerró con Jurado y con Cortés en el despacho de este para repasar los detalles de la operación. Las cordobesas se fueron para la fonda, dentro de poco comerían y descansarían si es que podían hacerlo. Ya no saldría la madre, la hija lo haría en torno a las cinco con tiempo sobrado para llegar puntual al lugar del encuentro mientras el pueblo dormía la siesta. Barbancho quedó con Jurado a las cuatro y media en el Parque. Se fue para su casa, eran las tres.

Comieron pisto manchego y un refrescante gazpacho pero, en contra de lo habitual, el sargento estaba callado, se notaba en el ambiente un silencio anómalo que detectaron los hijos y la madre de Amalia. Cuando lo mencionaban al padre, este los miraba como extrañado de la interrupción, pero pronto sonreía y los embromaba, siempre quería ser sincero con sus hijos aunque esta vez no podía permitírselo, así que les dijo que estaba pensando en los problemas de los forasteros. Organizar la feria no era fácil, cuando todos estuvieran disfrutando los guardias estarían trabajando, siempre con la responsabilidad de mantener el orden. Pero sus hijos no le creyeron del todo, no era ni mucho menos habitual ver a su padre serio en casa a pesar de los problemas. El guardia cruzaba frecuentes miradas con su mujer, se entendían sin hablarse y le entristecía verla sufrir pero cada vez estaba más seguro de que había obrado bien, había que coger a aquel maldito demonio y darle garrote si fuera posible, aún así no pagaría lo que había hecho.

Al terminar de comer, el sargento, en contra de su costumbre, no anunció que iba a echar la siesta sino que se marchaba al cuartel. Sus hijos y suegra lo miraron con asombro. ¿Cómo era posible? El guardia les contó una milonga, tenía pendiente un asunto relacionado con la feria y había que resolverlo.

Se fue al patio y se lavó la cara y el torso. Amalia estaba a su lado.

—Juan, por Dios, ten mucho cuidado, vigila a la niña, estoy como un flan, si pudiera iría con vosotros o con ella, tengo los nervios de punta.

—Lo sé, Amalia, imagínate la angustia de la madre esperando sola en la fonda. No hago más que pensar en vosotras y en la cría, pero quédate tranquila, no va a pasar nada, vamos armados y a ese bicho hijo de la gran puta lo vamos a coger con las manos en la masa.

—Ya lo sé, por parte vuestra no tengo miedo, pero no se me olvida la niña. Cuando pienso en el valor de la criatura sabiendo a quién se enfrenta, todavía no me lo creo.

—Amalia, las mujeres, y tú eres una prueba, cuando llega la hora tenéis más valor que muchos hombres. Venga, no te preocupes, si todo sale bien te prometo que un día de feria vamos a salir por ahí *a tirar el carro por las piedras* —dijo en plan animoso, utilizando el dicho del pueblo para irse de parranda.

Su mujer lo abrazó nerviosa, con una lágrima en los ojos.

—Te quiero sargento —le dijo.

—Y yo a ti, sargentona.

## XXXI

### LA CACERÍA

Barbancho salió a la calle bajo el sol achicharrante, armado con fusil y revólver, tricornio con visera y funda de lienzo, y se encaminó al Parque. A esas horas todavía se veía a algún paisano un tanto alegre que iba para casa caminando de una acera a otra en precario equilibrio. Las tabernas habían cerrado hasta el anochecer, los escasos viandantes saludaban al guardia un poco asombrados por la hora. Llegó al Parque a cuya entrada estaba Jurado en perfecto estado de revista y con el fusil cruzado al pecho, a la sombra de un frondoso eucalipto. Apenas se veían feriantes en sus tenderetes, la mayoría estarían echando la siesta. Los pocos que trasteaban en ellos apenas repararon en los guardias, estaban acostumbrados a verlos todos los días.

Se cuadró cuando llegó el sargento.

—Vamos, no seas exagerado —dijo el guardia.

Se fueron hacia el camino de Valsequillo, no vieron a nadie por aquellos parajes, lógico a aquella hora. Al cabo de treinta minutos llegaron a la fuente, dieron un vistazo, se refrescaron y atravesaron el camino subiendo hasta la tejera que el sargento había elegido el día anterior. Eran las cinco. Se asomaron al horno y se situaron a la espalda de la pequeña fábrica arruinada, apoyando los fusiles en el muro. Los civiles examinaron de nuevo el terreno y su escondite, aunque incómodo era perfecto. Finalmente se sentaron, apoyando la espalda contra la pared. Con frecuencia se quitaban el tricornio y se secaban la frente sudorosa con sus desmesurados pañuelos de bolsillo. Hubieran dado algo por estar junto a la alberca, a la sombra del gran sauce, oyendo el murmullo incesante del agua que manaba de su caño.

Apenas hablaban, seguían sentados en el suelo, los minutos iban pasando, Barbancho tenía unas ganas de fumar horrendas pero se contuvo, no quería arriesgarse lo más mínimo a que lo delatara el humo del cigarro. Al cabo de un buen rato se pusieron en pie sacudiéndose las culeras de los pantalones y vigilaron ambos lados del camino. El sargento miraba hacia la parte del pueblo, Jurado a la zona del Arroyo.

De repente los músculos de Barbancho se pusieron en tensión, dio un codazo a su compañero y ambos quedaron mirando en la misma dirección. Una figura con algo raro encima de la cabeza había aparecido por el sendero. Cuando se fue acercando comprobaron que se trataba de una mujer con una sombrilla. Caminaba lentamente, se iba aproximando, llegó ante el manantial, se detuvo, dio un vistazo atento a los alrededores y se sentó en la alberca, cerca de la sombra del

sauce. Ambos guardias estaban expectantes, agarraron los fusiles por instinto, prontos a utilizarlos si la situación lo requería. Casi aguantaban la respiración, eran las seis menos cuarto de la tarde, el sol les daba de lleno pero estaban acostumbrados a sus inclemencias.

Veían perfectamente a la muchacha. Cuando se quitó el sombrerito y pudo contemplarla bien a pesar de la distancia, a Jurado se le iluminaron los ojos y se le escapó un exabrupto:

—¡Coño, que maravilla!

El sargento lo reprendió:

—¡Jurado, *vamos a lo que vamos!*, no podemos perderla de vista ni un segundo, estamos esperando a quien sabes, así que no te quedes pasmado.

—A la orden mi sargento, es que no he visto una cosa igual en mi vida.

—Ya lo sé, pero lo que debe preocuparte no es la belleza de la joven, sino que ha tenido el valor de poner en juego su vida y nuestro deber es protegerla por encima de todo, así que no te distraigas.

—Claro, mi sargento.

Los minutos transcurrían lentos, la mujer miraba en torno suyo, jugaba con la sombrilla con la que apartaba las moscas y se protegía la cabeza, solo se oía el ruido de las chicharras.

Las cartas estaban echadas, el anzuelo preparado con una magnífica carnaza, solo debían esperar a que picara el pez gordo.

Porque había llegado la hora de comprobar si el plan urdido por Barbancho y el teniente con la ayuda de Amalia, daba resultado. La muchacha era el cebo preparado para capturar al demonio que había asesinado al menos un par de veces. Elvira, joven y sobre todo bellísima, no podía ser mejor señuelo, cualquiera caería en su tremendo encanto. Era lo que todos esperaban, la única probabilidad de capturarlo aún a costa de poner en peligro la vida de la joven.

Lo que habían ideado los guardias para apresar a tal monstruo, como todos los buenos planes, era algo muy sencillo. El plan que Amalia había explicado a sus amigas en Córdoba y que estas generosamente habían aceptado a pesar del evidente riesgo, consistía en que la muchacha incitaría al figurón asesino a besarla, a acariciarla, le permitiría incluso que la desnudara un poco, de modo que fuera excitándose cada vez más. Y cuando estuviera en la gloria, fingiría bruscamente que se arrepentía, le diría que era una locura estar en aquel sitio donde cualquiera podía verlos, que ella estaba acostumbrada a hacerlo en lugares con clase y, finalmente, el remate: que había cambiado de opinión, que no quería seguir con la faena ni quería su dinero, y que se marchaba de allí. Sería una actitud tan absurda en una profesional, resultaría una provocación tan intolerable y para colmo, en esos momentos, con el elemento a punto de alcanzar el éxtasis, que su reacción sería violentísima y más en un carácter tan desequilibrado como el suyo.

Y aquí debían intervenir como rayos los guardias civiles, aquí residía el mayor riesgo, donde la muchacha ponía su vida en juego. Si el demonio tenía una navaja podía cortarle el cuello en un suspiro, pero esperaban que intentara estrangularla o agredirla con una piedra, lo que fuera, pero que les diera tiempo a los guardias a intervenir. Ella debía defenderse, forcejear, arañar si hacía falta, y Barbancho dispararía al aire para detener la agresión. Parecía fácil, dada la corta distancia desde el refugio de los guardias hasta la fuente, pero también podía ser todo tan rápido que su actuación resultara inútil y que la muchacha quedara malherida. La idea no estaba mal pensada ya que si salía bien, los guardias civiles detendrían al perverso personaje aduciendo que iban de ronda por aquel sitio cuando se encontraron con la disputa y a Elvira media desnuda, y

podrían acusarlo de, al menos, intento de violación. Luego, intentarían que confesara el asesinato de la muchacha de Monterrubio. Dado su carácter desquiciado, estaban seguros de conseguirlo si lo provocaban adecuadamente. Pero el sargento no quería pensar demasiado en el riesgo que corría la joven, si le ocurría algo nunca se lo perdonaría.

Lo que ninguno de los presentes podía imaginar era que la sombra estaba cerca. Había sospechado algo raro cuando se topó con aquella diosa el día anterior, incluso en la conversación de la mañana en la iglesia donde habían acordado la cita. A pesar de su fascinación por la hermosísima joven, en las dos entrevistas había percibido cosas bastante chocantes, primero el extraño encuentro de la noche donde en una simple charla había calado su inclinación; luego, en la misa de la mañana, quedando para verse en un sitio al descubierto cuando ella misma exigía discreción desde el primer momento. Sí, era muy extraño que de un vistazo conociera su interior por mucha experiencia que su profesión le aportara. Pero es que todo fue tan repentino, tan descarado que, a pesar de la atracción que sentía por la muchacha, algo le había puesto en guardia sin poder precisar qué. Había bastante gente merodeando por los tenderetes y le había elegido entre los demás, ¿por qué? Era ilógico, no tenía sentido, la joven pretendía algo que se le escapaba y no era, desde luego, el simple ejercicio de su profesión.

Por otra parte, podía haberle elegido por su aspecto, el traje que vestía, aún siendo de diario, proclamaba su riqueza. También le tranquilizó el precio que había pedido por sus servicios, la muchacha era muy cara, aunque pasar una hora con tal belleza no tenía precio; si hubiera gato encerrado probablemente habría pedido menos dinero. Asimismo le gustó la insistencia de la joven en pasar desapercibida si eso era posible dada su estampa. Si fuera una furcia normal y corriente no prestaría atención a esos detalles, en cualquier sitio podrían reunirse sin importarle nadie y más en un pueblo extraño. En cambio esta actitud demostraba que no eran ramerías demasiado vulgares. Su madre también era una profesional, le había confesado, y debían proteger su negocio; era lógico que vinieran a trabajar en la feria porque corría dinero abundante, pero debían ser prudentes si querían ejercer su oficio.

En cualquier caso el peligro era un aliciente más, a lo que había que añadir la increíble belleza de la mujer que justificaba de sobra correr riesgos. ¿Qué podría pasarle? Nadie se atrevería a acusarle de nada, su familia era intocable. Lo que tenía claro es que no dejaría pasar la oportunidad de estar con ella porque igual no volvía a verla nunca más. Hasta era posible, pensó en su enfermiza mente, que le gustara a la joven, así se lo había dado a entender ella. Reflexionó, tranquilizándose, que acudiría a la cita, si alguien la veía en su compañía, serían dos personas hablando o paseando, podrían murmurar pero nada más. Y esperaba que la muchacha se portara bien, si no, conocería su fuerza, lo que era un estímulo añadido. Concluyó que a pesar de todo iría con cuidado, su prudencia le había salvado en más de una ocasión.

Con estas dudas en mente pero con decisión y un deseo irrefrenable, salió de su casa en la yegua que había mandado aparejar a un criado después de comer, encaminándose al manantial. Si todo marchaba con normalidad llevaría a la joven en su montura a la casa donde había matado a Guadalupe, era el sitio perfecto, el aparcero no utilizaba la ruinosa vivienda en esos días al estar en plena trilla. Allí disfrutaría de ella, pensamiento que apenas le había permitido dormir esa noche. Pretendía gozarla sin límites y si se negaba a satisfacer cualquiera de sus deseos la

sometería por la fuerza, lo que ya disfrutaba por adelantado.

Obedeciendo a su instinto, en lugar de ir por el camino usual desde el pueblo, lo hizo por el camino de Sevilla, pasando cerca de la casa donde había cometido el crimen y siguió hacia delante, al Arroyo de las Viñas. Cuando llegó al pequeño paso de piedra sobre el riachuelo lo cruzó, giró a la izquierda siguiendo el cauce y, cuando distinguió la fuente a lo lejos, desmontó, ató la yegua a un chaparro y sacó unos prismáticos que solía utilizar cuando salía a inspeccionar las tierras de la familia. Divisaba perfectamente la fuente de la *Castana*, algo tapada por los árboles de la huerta pegada a ella. Fue acercándose, pasando entre hinojos y retamas a la vera del arroyo y llegó, con el cuerpo inclinado, cerca del camino. La distancia hasta la fuente era de unos trescientos metros. A través de las lentes vio a la joven de espaldas sentada en el brocal de la alberca, esperando. Sintió una corriente de lujuria que estremeció todo su cuerpo. Hasta ahí todo normal, igual había desconfiado sin razón.

Examinaba pacientemente tanto la fuente como sus alrededores, mirando enfrente de donde se hallaba, el terreno a su derecha, al fondo, no detectaba nada extraño, nada amenazador, todo estaba en calma. Quizá había exagerado.

Hasta que algo brilló al otro lado del camino.

En la tejera en ruinas situada casi enfrente del manantial algo había destellado, concentró su buena vista, ayudada por los prismáticos, en la pequeña edificación, y entonces vio aparecer el borde de un tricornio blanco.

—¡Un guardia civil! ¡Joder, joder! —maldijo para sí, agachándose instintivamente. No se movió durante unos segundos, menos mal que había sido prudente, cavilaba con el corazón trémulo. Se levantó con mucha lentitud, enfocó de nuevo los gemelos y entonces vio otro destello, era el cañón de un fusil. Después brilló lo que debía ser el reluciente cuero amarillo del correaje de los guardias. Volvió a agacharse, casi tumbándose en el suelo. Aunque estaba bien a cubierto por los árboles y por hallarse en el terreno bajo del riachuelo, miró a través de las lentes como si la vida le fuera en ello. En efecto, al cabo de un rato, al lado del primer guardia apareció otro, no podía distinguirlos bien por los tricornios cubiertos con tela blanca y la visera que les sombreaba el rostro, pero reconoció al sargento del cuartel por su enorme bigotazo, el primero era un guardia joven.

Llevaba toda la razón al sospechar de la facilidad del encuentro con aquella belleza.

«—¡Malditos! ¡Así que era una trampa! Algo se ha olido ese guardia cabrón —discurría con rabia homicida—. Igual ha sospechado por el asunto de la niña de hacía tres años o quizá se había enterado del crimen de Córdoba hacía dos. Sí, eso ha debido ser, lo de Córdoba».

Se maldijo por su estúpida costumbre de introducir una medalla en la boca de sus víctimas.

«—Eso me ha delatado, seguro. Pero ya da igual el motivo, está claro que me han descubierto, si me llego a fiar hubiera caído como un ratoncito. Y la zorra de la jovencita esa que se me acercó ayer para citarme hoy es el cebo, está en complicidad con los guardias, más claro el agua. De todos modos hay que ver la sangre fría que ha mostrado desde el principio la muy puta, es de admirar».

Volvió a la realidad.

«—Pero si esperan que caiga en su trampa, van listos esos desharrapados. Y desde luego me vengaré, que no lo dude nadie» —rumiaba para sí, con cólera.

Lentamente se fue incorporando, se apartó del refugio, volvió sobre sus pasos con el cuerpo

inclinado y cuando quedó fuera de peligro, se enderezó y se sacudió el polvo de la ropa, montó en su cabalgadura y se fue para el pueblo al trote. Su mente estaba en plena ebullición, había perdido el control, la furia que sentía al fracasar el encuentro con la muchacha, hacía que todo lo viera de color rojo. Debía serenarse y seguir con su vida habitual para no delatarse, eso le dictaba la prudencia, era cierto que le habían descubierto pero no podían acusarle de nada, si no, no hubieran intentado su captura tendiéndole una trampa, razonaba. Pero al mismo tiempo, en su desquiciada mente arraigó a fuego una idea e iba a ponerla en práctica inmediatamente: se vengaría de los guardias, ya había decidido cómo, y luego, si podía echarle mano a la jovencita, se enteraría de con quién se había jugado los cuartos.

Mientras, ajenos a todo, los civiles y la joven veían transcurrir los minutos, ya habían pasado diez sobre la hora fijada para el encuentro, cuando llegaron las seis y veinte Barbancho empezó a alarmarse. Jurado lo miraba de vez en cuando interrogante, sin atreverse a preguntar nada. La joven se había puesto en pie varias veces y paseaba por la explanada del manantial, se sentaba, se levantaba, su inquietud era evidente. El guardia temía que al no aparecer el personaje a la hora acordada ni ver a nadie por los alrededores, pensara que había ocurrido algo imprevisto y se marchara de allí, pero permaneció en su sitio. A lo lejos, junto al arroyo, un agrario sobre su carro de varas transitaba con calma por el camino. Finalmente, a las siete menos cuarto, el sargento asumió que algo había fallado, igual se había equivocado de persona. Si era quien imaginaba, nunca dejaría pasar una oportunidad como aquella con la espectacular joven, pero los hechos parecían desmentirlo, había fracasado. Cuando faltaban cinco minutos para las siete le dijo a Jurado que todo había terminado, si a aquellas horas no había aparecido el personaje ya no lo haría, el plan se había ido al carajo y hasta era imprudente seguir allí, pronto aparecería por el camino algún paseante. Salieron de su escondite ante la mirada sorprendida de la joven y se fueron hacia ella con caras decepcionadas. Cuando la muchacha los vio venir comprendió que la trampa tan cuidadosamente elaborada se había malogrado.

El sargento quedó sorprendido cuando pudo verla de cerca, realmente aquella joven era una auténtica belleza, se quitó el tricornio cuando llegó a su lado.

—¿Elvira? No te veía desde que eras una niña.

—Y usted debe ser el sargento Barbancho, el marido de Amalia.

Le tendió la mano también a Jurado dedicándole una sonrisa que estremeció al joven de la cabeza a los pies.

—Por lo que veo el asunto no ha salido bien, ¿me equivoco?

—No, el que se ha equivocado he sido yo, creía estar seguro que funcionaría contigo pero no ha sido así, y lo que más lamento es haberos metido a tu madre y a ti en esta aventura, lo siento de veras.

—No tiene que preocuparse por eso sargento, tanto mi madre como yo haríamos lo que fuera por usted y por su mujer, no sabe lo que tiene en casa.

—Lo sé mejor que nadie, llevamos toda la vida juntos.

—En fin, ¿qué hacemos ahora? —preguntó la joven.

El sargento estaba pensativo.

«—No puede ser, esta alimaña nunca dejaría pasar una ocasión como esta —se repetía a sí



mismo—. ¿Qué coño habrá pasado? ¿Nos habrá descubierto? Pero para eso ha tenido que desviarse del camino antes de la fuente y habernos visto... Quizá algún movimiento inconsciente... Y para descubrirnos ha tenido que vigilar un buen rato, desde luego no ha podido hacerlo desde el camino del pueblo ni tampoco desde el arroyo. ¿O sí? ¡No me jodas...! ¡Claro que es posible, muy posible!»

Se guardó sus pensamientos.

—¿Qué hacemos? —insistió la joven—. No es por mí, pero mi madre estará asustada.

—Lógico, y también mi mujer, ahora nos vamos. No me doy con la cabeza contra la tapia porque la rompería. ¡Vaya metedura de pata! Creo que ese demonio nos ha descubierto y lo malo es que sabe que también lo hemos hecho nosotros —confesó al fin—. Pero lo peor es que sigue libre y después de estropearle el asunto habrá montado en cólera. Si conozco bien a ese monstruo no creo que se detenga y sea más prudente, al contrario, con la cabeza a pájaros que tiene es capaz de matar a alguien en venganza —dijo mirando a la mujer y al guardia.

Los jóvenes se estremecieron.

—¿Cómo es posible que nos haya sorprendido? —preguntó Jurado.

Barbancho, entonces, habló de sus sospechas.

—Creo que se ha desviado del camino —dijo, mirando en dirección al Arroyo de las Viñas—, ha tenido que ser por allí, no hay otro sitio. Seguro que nos ha estado observando, nos habrá descubierto por el brillo del fusil o de los botones de la casaca o qué se yo, de lo que estoy totalmente seguro es que se trata del bicho más astuto que he conocido en mi vida.

«—El único sitio desde el que nos ha podido descubrir es detrás de la fuente, al lado contrario de donde vigilábamos, por donde no esperábamos que apareciera. ¡Claro!, habrá seguido la ribera del arroyo hasta llegar cerca del manantial y por nuestra imprudencia nos ha pillado desprevenidos al no resguardarnos con la misma precaución que por la parte del pueblo. ¡Seré zoquete! Debimos dejar los fusiles apoyados en la pared de la tejera hasta que hicieran falta, no llevarlos en la mano, al sobresalir el cañón seguro que el brillo del acero nos ha delatado. ¿Y ahora, qué hará este mal bicho? Se me ponen los pelos de punta al pensarlo, con la cabeza destornillada que tiene es capaz de tomar represalias contra cualquier mujer y con la cantidad de gente que hay ahora en el pueblo será casi invisible. Hay que tomar alguna determinación, la primera y básica es localizarlo y seguirlo donde fuera. Eso es, ha llegado el momento en que cualquier precaución es inútil, aunque se de cuenta no dejaremos que respire ni un momento, va a sentir en la nuca el aliento de mis guardias civiles» —decidió.

Pero debía comprobar si realmente los había descubierto, podía ser que no hubiera acudido a la cita por cualquier otro motivo. Para ello el guardia bajó por el sendero hasta el arroyo ante el silencio asombrado de los jóvenes, a los que mandó esperar, y siguió su curso. Estuvo un rato yendo de un sitio para otro, parándose, examinando con atención el suelo y los matorrales. Jurado y la muchacha no hablaban, desde la distancia se limitaban a contemplar las maniobras del sargento. Este caminó bastantes metros hasta el bosquecillo de olivos, mirando con atención el sendero de tierra, se agachaba, se levantaba, apartaba las ramas... Cruzó el arroyo seco y examinó la orilla contraria hasta perderse entre los árboles. Al poco volvió sobre sus pasos cruzando de nuevo el cauce, llegó hasta la fuente y confirmó a los jóvenes que efectivamente, allí había estado alguien hacía poco, se notaba por unas huellas en la arena que abundaban al estar cerca del arroyo y por algunas retamas pisadas recientemente. También los cascos de un caballo destacaban sobre

el camino arenoso al otro lado. Comentó que era posible que hubiera usado prismáticos, desde aquella distancia era muy difícil detectar a los guardias.

«—¡Qué mala suerte! ¡Y qué imbécil he sido! —se recriminaba—. Si también hubiera llevado gemelos quizá hubiera podido avistarlo, pero no se me ha pasado por la cabeza, la fuente está solo a cien metros, ¡coño! Todo lo he basado en el sigilo, en la discreción, y resulta que esto es precisamente lo que ha puesto en práctica ese demonio y no nosotros como era nuestro deber, con el resultado de haber sido desenmascarados como principiantes, como auténticos pardillos».

No hablaron más, se fueron para el pueblo, todos iban sin despegar los labios, cabizbajos. Barbancho dijo con la mayor seriedad a la muchacha que no se le ocurriera salir ni a ella ni a su madre de la fonda, como mucho un pequeño paseo por la Plaza, pero le aconsejó, pensándolo mejor, que ni eso. Se separaron al llegar a las primeras casas dejando que la joven fuera por delante para mantener la discreción. Los guardias se detuvieron en la casa del sargento para explicar lo sucedido a Amalia, que estaba a punto de sufrir un síncope viendo cómo transcurrían las horas sin tener noticias. Sintió un alivio tremendo, aunque no hubiera funcionado el plan tan trabajosamente preparado, al menos no le había ocurrido nada malo a su joven amiga.

Poco después los civiles continuaron su camino hasta el cuartel.

Eran cerca de las ocho de la tarde, la zona era un hervidero de gente, la alegría de las tardes próximas a la feria se palpaba en las calles.

## XXXII DESENLACE

La figura estaba escondida en la primera habitación de la izquierda, la salita donde la familia pasaba el invierno. Había entrado en la casa aprovechando el jaleo de tanta gente brujuleando por los tenderetes, uno de los cuales daba, por su parte trasera, a la puerta de la casa, entreabierta como siempre y solo tapada por una cortina, así que había entrado sin que nadie se diera cuenta.

La sombra esperó, su excitación era máxima, su deseo mezclado con su furia podían más que ningún otro sentimiento, había elegido la mejor ocasión, eran poco más de las ocho de la tarde, los hombres estaban fuera, nadie debía aparecer por allí y si tenía problemas sería solo con la mujer, la madre no opondría resistencia.

Los criados de su casa habían quedado paralizados cuando apareció con el rostro descompuesto y restos de polvo y tierra en el traje. Ordenó a uno de ellos que guardara la yegua, subió a su cuarto sin hablar con nadie más, se desnudó y se metió en la bañera llena de agua fría, intentando aplacarse. Fue en vano, su furia se había desbocado. Hasta ese momento no había tenido ningún motivo de venganza, pero al descubrir a los guardias, al saber que el plan de gozar a la joven diosa era un vulgar montaje, su desmesurado orgullo, la impunidad que siempre había gozado, había disparado su cólera hasta alturas imposibles de controlar. Nada le haría detenerse, nadie se atravesaría en su camino, ejecutaría lo que tenía en mente por encima de todo y de todos y luego, que se atrevieran a cualquier acusación o denuncia. Nunca nadie, nadie, le había quitado lo que consideraba suyo. Aquella muchacha estaba destinada para su deleite y quienes habían desbaratado su propósito pagarían por ello.

Sus medios económicos y familiares, su sentimiento de estar por encima del bien y del mal, su desmedido narcisismo y prepotencia, le impedían razonar con mesura. Había tomado una decisión que, hasta ahora, era solo un deseo lejano, inabordable. Lo imaginaba cada día, incluso lo tenía previsto ejecutar en cualquier fiesta cuando toda la calle estuviera atestada de gente, pero no dejaba de ser más que una ilusión, una idea muy peligrosa, una quimera, existían demasiadas probabilidades de que no saliera bien. Pero lo acaecido en la fuente precipitó los acontecimientos, había desaparecido el último resto de cordura y con ella la prudencia. Su nublada mente le impedía intuir que estaba arriesgándolo todo. Lo lógico, después del episodio de

la fuente, era permanecer en un segundo plano y dejar que las cosas transcurrieran con normalidad, porque estaba claro que la Guardia Civil ya conocía su identidad y más pronto que tarde montaría un dispositivo de vigilancia en toda la población para impedirle volver a actuar. Si dejaba correr el asunto como hubiera hecho en otro caso, nadie podría acusarle de nada, no tenían pruebas claras de haber asesinado a la muchacha ya que de ser así hubieran procedido a su detención. Pero había perdido la sensatez por el fracaso del encuentro en la fuente, por ello y aunque lo arriesgaba todo, se convenció de que era el momento adecuado de conseguir su objetivo, antes de que se viera a los guardias por todos lados. Después, sería imposible realizar su plan... si no se daba prisa. Se vistió con parsimonia y salió de la casa sin hacer caso a la llamada de su madre cuando bajaba por la gran escalera del salón. Se encaminó a la calle principal, los paseantes que se le quedaban mirando entre el gentío se sorprendieron por su mirada diabólica que no trataba de ocultar. Finalmente llegó a la vivienda y, sigilosamente, se introdujo en la habitación.

Por fin había llegado el momento. Hacía demasiado tiempo que deseaba a la mujer de la casa donde se hallaba; ahora, rondando los cuarenta años, era más atractiva, más cautivadora si cabe que cuando era joven, no podía esperar más para gozarla. ¡Y ejecutar su venganza, que sería dulce como la miel!

La casa donde se había introducido la sombra estaba situada hacia la mitad de la Villeta, en su zona más ancha, cerca del Parque.

Era... la casa del sargento Barbancho.

Y la mujer que buscaba, su esposa Amalia.

Lentamente, la figura apartó la cortina de la habitación donde se había ocultado, apareciendo en la penumbra. Al fondo se oía murmullo de conversación, serían madre e hija charlando. Avanzó por el pasillo hacia el interior. Cuando la vio, Catalina, la abuela, se sorprendió pero la saludó afectuosamente. Se sorprendió aún más cuando pasó a su lado sin contestarle, como un fantasma, como si no estuviera delante. La anciana se quedó sin habla. La sombra pasó a la cocina, donde se oía trastear a la hija.

Cuando entró, la mujer del guardia estaba inclinada, con las piernas rectas, buscando seguramente algún cacharro para preparar la cena. Admiró sus rotundas formas, eran perfectas, deseables, dentro de poco disfrutaría de ellas. Cuando la mujer se irguió y se dio la vuelta, dio un grito y se le cayó una cacerola al suelo con gran estrépito. Se oyó la voz de su madre pero no la escuchó.

—¡Jesús, que susto me has dado! —exclamó Amalia, temblorosa.

La inquietante figura que tenía delante era rechoncha, fuerte, con el pelo cortado en flequillo. Los ojillos pequeños y ratoniles tenían un brillo desquiciado en una cara muy poco atractiva, con granos que la afeaban aún más; el cuello corto, casi inexistente pero muy grueso, revelaba una fuerza física descomunal.

Y tenía el busto plano.

El terror envolvió completamente a Amalia no solo por la imprevista aparición sino porque la figura que estaba frente a ella, el personaje, la sombra, el demonio... era una mujer, una asesina.

Ante ella estaba Micaela Medina, la hija de don Estanislao. La conocían en el pueblo como la

machorra rica.

—¡Qué hermosa eres, por fin estamos solas! —fue la respuesta a la expresión de horror de Amalia.

La mujer esperó, un poco inocentemente, que la aparición tuviera un motivo racional, lógico. Pero presentarse en su casa como una intrusa y hablar de ese modo, dejaba claras sus intenciones aunque su cerebro no lo admitiera.

Afrontando el peligro a duras penas, se puso en guardia.

—¿Qué es lo que quieres, Micaela? —dijo con voz trémula, no era precisamente cobarde, pero aquello la había dejado paralizada, estaba frente a una criminal.

—¡A ti, a ti te quiero!, no armes escándalo, solo quiero abrazarte.

Las alarmas se encendieron del todo en Amalia, ya estaba segura de lo que aquella desgraciada quería, pero ¡Dios mío!, ¿cómo se le podía enfrentar? tenía el aspecto y seguramente la fuerza de un hombre, empezó a temblar de verdad.

—¡Vamos Micaela, no sabes lo que dices!, además ahí está mi madre que se está enterando de todo —las palabras entrecortadas apenas le salían del cuerpo. Lamentó su mala suerte al verse sola ante la asesina cuando su marido y el otro guardia se habían marchado hacía pocos minutos.

La machorra avanzó hacia ella y levantó una mano acariciándole con suavidad el brazo. La mujer dio un respingo hacia atrás, aterrada, dando con el talón a la cacerola que salió despedida unos metros.

—¡No me toques! —gritó—, ¡estate quieta, no me toques! —repitió con voz cada vez más alterada. Al fondo se oyó de nuevo la voz de la madre.

—¿Pasa algo Amalia?

—Nada mamá, no pasa nada, estoy hablando con Micaela.

La mirada de esta estaba fija en ella, se dibujaba una feroz sonrisa en su fea y descompuesta cara.

—Esta mujer está loca —pensó Amalia para sí, observando su mirada delirante—. Virgen del Carmen, ¿qué hago? En ese momento, presa de la desesperación y el miedo, quiso salir de la cocina, pero el camino estaba cerrado por la intrusa, que la atrapó fácilmente.

—¿Dónde vas preciosa? No quiero hacerte daño, solo que seas un poco complaciente —dijo acariciándole, ya sin ninguna prevención, los pechos con ambas manos. Si en ese momento a la mujer no le dio una congestión del miedo y el asco que sentía, no se la daría nunca.

Instintivamente le apartó las manos y gimió, la otra creyendo que estaba vencida, volvió a acariciarla y esta vez no se movió, se quedó mirándola con ojos llorosos.

—¡Pero por Dios Micaela, mira lo que haces!, cuando se entere tu padre, cuando se entere el pueblo, ¿qué van a decir?

—Es que no se va a enterar nadie, ¿verdad Amalia? —dijo con voz lenta y sibilina en la que latía la más terrible de las amenazas—. Si alguien se entera de esto la primera perjudicada vas a ser tú que te voy a partir los dientes y luego tu madre, a la que soy capaz de matar ahora mismo.

El pavor desbordó completamente a la mujer, ya no sabía que hacer, la otra seguía manoseándola cada vez con más violencia, bajó una mano extendiendo sus caricias por todo el cuerpo y la besó con furia. La esposa del guardia, horrorizada, no era capaz de moverse. Sentía un asco infinito, vivía una pesadilla.

De pronto, despertó del letargo y dio un violento empujón al marimacho, haciéndole

trastabillar.

—¡Guarra, fuera de aquí! ¡No quiero verte! ¡Si me pones otra vez la mano encima te saco los ojos! —gritó con desesperación.

La madre se alarmó.

—Pero Amalia, ¿qué está pasando ahí? —se oyó remover la silla donde estaba sentada. Entró lentamente en la cocina y viendo la escena soltó un gemido ahogado. La machorra se dio la vuelta y dio un fuerte empujón a Catalina, que cayó al suelo golpeándose la cabeza y quedando sin sentido.

La mujer del sargento, no supo nunca de donde sacó esa fuerza, se abalanzó sobre la asesina y la agarró del pelo zarandeándola ciega de coraje, pero quedó sin respiración y medio atontada ante el puñetazo que aquella le dio en la boca del estómago. Cayó al suelo golpeándose la cabeza y quedando desmayada.

El resto lo recordaba como un sueño. Sintió que el marimacho se le echaba encima, le desgarraba la pechera, le sacaba los senos y se los acariciaba y mordía con furia. Luego le levantó la falda y la sobó con brutalidad.

Entonces Amalia recuperó un poco el sentido, extendió la mano a su derecha, tocó la cortinilla baja del hogar donde guardaba los trastos de cocina y milagrosamente agarró el mango de una sartén. La sacó, arrastrando los cacharros que estaban encima, y reuniendo todas sus fuerzas dio un tremendo golpe en el cráneo a la agresora, cayendo esta a un lado. Con la cabeza dándole vueltas, se arrodilló frente a la machorra que intentaba levantarse y, golpeándola con rabia, la tiró de nuevo al suelo, donde siguió pegándole con la sartén tres, cuatro veces más, hasta que vio sangre en la cabeza y el cuerpo inerte. Tiró la improvisada arma al suelo y poniéndose en pie se fue para su madre que empezaba a rebullir, le tocó la nuca donde se apreciaba un buen chichón y la levantó con trabajo, haciéndola sentar en una silla.

No sabía qué hacer, el marimacho yacía sin sentido en la cocina y ella estaba mareada, con un buen golpe en la cabeza y los pechos al aire. Se recogió la tela desgarrada y se fue para la calle con decisión, había gente pasando que se le quedó mirando sorprendida por su aspecto, pero no le importaba. Entró en la casa de al lado, donde vivía su amiga Paquita, y la llamó a gritos. Su marido estaba allí, salió también y todos entraron corriendo en la casa del sargento. Vieron a la anciana apoyada en la mesa sosteniendo su cabeza en la mano y pasaron a la cocina donde la machorra ya estaba recuperando el sentido. Los vecinos comprendieron lo que había pasado por las nerviosas explicaciones de Amalia. El marido se arrodilló sobre la agresora y le puso una rodilla en el pecho sujetándola, después pidió a la esposa del guardia una cuerda que esta buscó rápidamente. Al estar todavía sangrante y atontada por los golpes no opuso resistencia, el hombre le dio la vuelta y le ató las manos a la espalda con dos o tres cuerdas de pita. Luego, la hizo sentar contra la pared. Su aspecto era terrible entre la sangre y los moratones, pero lo que estremecía era su mirada enloquecida y las palabras que empezó a escupir por su boca.

—¡Cabrona, guarra, todas sois iguales, me calentáis y luego no me dejáis disfrutar, no valéis más que para cogeros por la fuerza! ¿Cómo has podido hacerme esto? Yo te quiero, te deseo desde hace tanto tiempo..., es preciosa, ¿verdad? —preguntaba ahora mirando al marido de Paquita—. ¡De la que te has librado, puta! —gritó de nuevo a Amalia—, si no me distraigo te habría saboreado toda y luego te habría matado como hice con la pendona de la muchacha, es lo que te mereces.

El matrimonio no supo al principio a qué se refería, pero un instante después comprendieron que acababa de confesar el asesinato de la niña de Monterrubio.

Amalia lo sabía y no pudo evitar decirle, hecha una furia:

—¡Guarra y puta lo serás tú, marrana indecente, que has tenido el valor de matar a la pobre cría, con ella sí te atrevías pero en cuanto has topado con una mujer de verdad ya ves como te ha ido! ¡Loca, que estás loca!

—¡Loca por ti, que te comería de arriba abajo!, comprendo que a tu marido lo tengas encelado con ese cuerpo que luces —dijo riendo, con el brillo de la demencia en sus ojos.

No le hicieron más caso. Paquita salió a la calle, delante de la puerta se había formado un corrillo de curiosos que habían oído el jaleo, le dijo a un chaval vecino que se fuera al cuartel volando y que viniera el sargento a su casa, que era muy urgente. Entró de nuevo y tomando del brazo a la aún temblorosa Amalia, la hizo sentar en una silla, tapándole el pecho con una toalla que encontró en el lavabo del dormitorio.

—Te ha dejado medio *encoreta* la guarra esa —comentaba, nerviosa. La valerosa mujer del sargento tenía todavía la respiración entrecortada pero no hacía más que mirar a su madre que tenía mal aspecto. Le dijo a Paquita que mandara a alguien a llamar a don Felipe, el médico, no por ella sino por la anciana que estaba blanca como la cera, no le gustaba su semblante. Mientras, en la cocina, el marido de su amiga, se había sentado en una silla delante de la asesina, vigilándola. La mujer no paraba de chillar y desafiar, pero el hombre era tranquilo así que solo se limitaba a levantar la mano de vez en cuando amenazándola con un buen golpe que, momentáneamente, hacía callar a la bruja.

En el cuartel, donde había llegado hacía poco, el sargento estaba relatando al teniente el fracaso de la operación, estaba triste y frustrado, igual se había equivocado de persona, pero no, sabía que era la asesina pero se le había escapado porque los había descubierto, de esto estaba seguro cuando comprobó las huellas en el arroyo.

—La hija de puta se ha olido la trampa, tal y como temíamos. Por eso fue por el camino menos probable, por donde no la esperábamos. Y allí ha vigilado hasta que nos ha descubierto —explicaba—. Era todavía temprano, seguro que ha visto brillar el acero del fusil o las hebillas del correa desde donde estaba oculta. No sabemos cómo pero ha sospechado del montaje con la joven cordobesa, por eso fue bordeando el arroyo y se escondió antes de llegar a la fuente. Desde allí nos ha estado observando, seguro que con la ayuda de unos prismáticos, es astuta como una serpiente. En cualquier caso —continuó— se acabaron las prevenciones, voy a ordenar a una pareja y a los guardias de paisano que la sigan sin descanso, ya no importa que nos vea, mejor dicho, queremos que nos vea, ahora al menos no se atreverá a actuar. Y ya veremos por donde tiramos luego.

En eso estaban, cuando se presentó un muchacho vociferante que dijo a los guardias de la entrada que una vecina del sargento pedía que este fuera a su casa con urgencia. Barbancho oyó los gritos y salió alarmado, seguido por Cortés.

Cuando entendió lo que el alterado muchacho decía, con el corazón latiéndole desbocado en el pecho, salió volando del cuartel con el teniente y Jurado detrás, la gente se les quedaba mirando con aprensión al pasar por la Plaza, ¿qué había ocurrido?

Atravesaron las calles corriendo, los paseantes los miraban sobresaltados, el sargento llegó primero a su casa y entró, casi arrancando la puerta del empujón, llegó a la sala y al ver a su mujer y a su suegra, empezó a tranquilizarse. Su esposa le hizo un gesto con la cabeza hacia la cocina y entró en ella. Cuando vio a Micaela Medina sentada en el suelo, con las manos atadas y un brillo vesánico en los ojos, comprendió que siempre había tenido razón.

El teniente junto con el guardia entraron al poco y se hicieron cargo de la situación, agarraron de los brazos a la prisionera y se la llevaron al cuartel.

Barbancho se aproximó a su mujer y la abrazó, entonces Amalia empezó a llorar a torrentes, sin poder controlarse. Si alguien hubiera podido ver la cara al sargento, habría notado como un par de lágrimas pugnaban por salir de sus ojos, al final lo consiguieron, resbalaron hacia abajo y se perdieron en el poblado bigote.



## XXXIII CONFESIÓN

El espectáculo de la hija de don Estanislao llevada presa por dos guardias civiles a lo largo de la vía principal, en plena ebullición a aquellas horas, había conmocionado a todo el pueblo. No fue agradable llevar casi a rastras a una mujer loca por la empedrada calle, entre chillidos y amenazas. La gente no daba crédito a lo que veía.

Al llegar al cuartel, el teniente dio orden tajante a los guardias de la entrada de que, a excepción del juez, no dejaran pasar a nadie, ni siquiera al padre de la prisionera aunque viniera acompañado del jefe de los municipales o del alcalde, que esperaran. Don Felipe, después de atender a la suegra y a la esposa del sargento, se dirigió al cuartel en compañía de este, allí intentó administrar un calmante a la prisionera que lo rechazó entre insultos al galeno, a pesar de lo cual fue remitiendo en su lucha contra todo ser viviente. Los improperios hacia los guardias fueron bajando de tono, hasta que desaparecieron, tan solo los ojos enloquecidos, brillantes y agresivos, mostraban su estado mental. Estaba sentada en una silla, con las manos atadas a la espalda. Al registrarla encontraron una medalla sin colgante en un bolsillo, llevaba otra al cuello. El juez Perea había llegado también, lo pusieron al tanto de lo ocurrido, se sentó y sacó de su cartera un cuaderno preparándose a tomar nota de cuanto la mujer dijera.

Sabiendo que en estos casos más valía maña que fuerza, el magistrado, en presencia de ambos guardias y del médico, inició el interrogatorio con preguntas suaves, casi amables, para estimularla a hablar. Comenzó preguntándole si había matado a la muchacha el domingo 14 de agosto pasado en la casa que sus padres tenían cerca del camino de Sevilla. Esperaban que lo negase, lo habitual en un malhechor, pero se sorprendieron por su respuesta brusca:

—¿A aquella puta? Pues sí, es lo que se merecía.

Los presentes no pudieron evitar un sobresalto ante tan contundente y cínica respuesta. Pero el juez comprendió que había conseguido lo más importante, la confesión del asesinato cometido, en presencia de él mismo como autoridad judicial y en la del Instituto Armado. Ahora, por mucho que el padre intentara cualquier maniobra de defensa, no valdría para nada y más después del ataque a las mujeres de la familia del sargento, a las que tomaría declaración cuando terminara el interrogatorio de la asesina.

Perea le pidió a continuación que explicara todo desde el principio y por qué la había matado.

Más tranquila por el tono del magistrado, la hija del poderoso empezó a hablar quedando

todos conmocionados por el estremecedor relato de los hechos.

Había conocido a la joven asesinada, acompañada de su amiga, varios días antes del domingo, cuando pasaban por la Plaza. Le llamó la atención su belleza. Otro día, cuando las vio de nuevo, se acercó a ellas puesto que conocía a Inés, la hija de Santiago Caballero. Habló con ambas, sonsacándoles quién era Guadalupe y qué hacía en el pueblo. Así supo que era hija de unos comerciantes de Monterrubio que venían para la feria en los próximos días y también supo, por la ingenuidad de la joven monterrubiana, que no estaba solo de holganza, que si podía comprar alguna pieza interesante a los feriantes lo haría, para luego rematar la compra su padre. Aquí vio la oportunidad.

Un día después se fue para la plaza de Santa Ana, donde el padre de su amiga tenía la tienda, se hizo la encontradiza con las niñas y, mientras Inés entraba en el establecimiento, Micaela Medina aprovechó para decirle a Guadalupe que tenía candelabros usados que sobraban en su casa y que los había llevado a otra que tenían en el campo, al lado del pueblo. Si quería se los enseñaría y si le interesaban se los vendería a buen precio, estaban en muy buen estado. Pero no podía decirle nada a nadie, ni siquiera a su amiga, en los pueblos cualquier noticia corría como el viento y no quería que la gente se enterara de que vendía el patrimonio familiar, parecería que su familia estaba en apuros. Estaba segura de que le iban a interesar, insistió, pero si se lo decía a Inés, no habría trato. La joven aceptó.

La citó para el anochecer siguiente pero debía ir sola como era lógico, acordarían la hora y el sitio para cerrar el negocio.

Se reunieron ante los tenderetes pegados a la iglesia del Carmen, en la Villeta. Entre el gentío que por allí pululaba pasaban desapercibidas. Convinieron verse en la misma casa donde tenía los candelabros, una que sus padres tenían en el Camino de Sevilla, pasada la ermita de San Gregorio. Guadalupe la conocía gracias a las correrías por los alrededores del pueblo con su amiga. Y para evitar alcahuetterías se verían allí el domingo a media mañana cuando todos estuvieran en misa; allí harían la transacción, ni siquiera debía llevar dinero, confiaba en ella y ya le pagaría. A la muchacha no le agradó mucho la hora y el sitio de la cita pero no vio peligro, era una mujer y además de familia rica, podía hacer un buen negocio, así que desechó sus temores. Después de la conversación, ese mismo día, la asesina llevó a la vivienda del campo, en un canasto colgado del arzón de su yegua, un par de candelabros de bronce de buena calidad, piezas sobrantes en el desván de su casa. Allí aguardó el domingo a la niña.

Cuando se reunieron, ambas entraron en la casa y la joven quedó muy complacida cuando vio los candeleros y sobre todo cuando el marimacho le dijo el precio, prácticamente regalado. La moza mostró su alegría y le dio un abrazo inocente, ahí se le subieron los colores a la otra y correspondió al abrazo con otro largo, la acarició, e intentó besarla. La muchacha entonces se dio cuenta de que algo no iba bien, la rechazó instintivamente aunque con suavidad, y quiso marcharse. Pero no iba a serle fácil, la machorra volvió a abrazarla intentando que se quedara quieta pero la niña seguía forcejeando. Empezaba a perder la paciencia, la sujetó con más fuerza y esta vez pareció dominarla, pero la joven empezó a llorar y a querer separarse de ella con desesperación. Lo consiguió con cierta violencia, arrancándole en el forcejeo la medalla del cuello a su agresora sin que esta se diera cuenta de ello. La niña salió afuera pero no se marchó corriendo, estaba aturdida y se apoyó contra la pared, sollozando asustada. Micaela salió detrás, cerrando la puerta, y con palabras suaves quiso tranquilizarla e incluso le confesó lo que sentía

por las mujeres.

—Vamos —le aconsejaba yo—, no tienes por qué decirlo a nadie, mira, te regalo los candelabros. Como comprenderás no puedo ir por ahí pregonando mis gustos, las guarrerías son las que hacen los hombres con las mujeres, pero entre mujeres no es lo mismo, esto es cariño, muchas niñas se acarician y la gente lo ve normal.

—Pero la pendona se había recuperado del susto, me dijo que por nada del mundo consentiría que la tocara, me podía quedar con los cachivaches y por mucho que quisiera justificarlo aquello era una indecencia —me contestó—. Yo insistí, intentando razonar y me quise acercar en dos ocasiones más, pero no conseguí nada por las buenas. Entonces me cabreeé de verdad: ¡Se acabó! ¡Ahora te vas a enterar de quien soy yo!

—Volví de nuevo a la casa y no tuve paciencia para abrirla con la llave, por lo que de una patada arranqué la cerradura y entré. Cogí lo primero que vi, una *azoleja* que estaba en el suelo, salí y me fui a por la maldita zorra, ya no había quien me parara. Allí estaba, mirándome paralizada. Sin mediar palabra le asesté un golpe en la cabeza y se derrumbó sin un quejido. Ahora la tenía a mi disposición, me agaché y, a pesar de su mirada, le desgarré la pechera y le manoseé sus preciosos pechos, levanté su falda y me aproveché a conciencia, no hay cosa más maravillosa que acariciar a una muchacha dominada, domada, como tiene que ser.

Los asistentes, a duras penas controlaban su horror y su ira. Más de uno estaba pensando en que, si pudieran, le abrirían la cabeza a esta descerebrada, a ver si entonces disfrutaba tanto.

El juez le preguntó entonces por qué había desgarrado la entepierna a la niña, la asesina, con mirada rabiosa, contestó:

—Cuando terminé todavía me estaba mirando, le advertí que dejara de hacerlo, que la culpa la había tenido ella, pero no me hacía caso; me enfureció otra vez, así que entré de nuevo en la casa y cogí un hocino, salí y le di una buena lección destrozándole sus encantos, para que aprendiera. Si no quiso ofrecérmelos a mí, nadie más los disfrutaría.

Los asistentes no olvidarían nunca las sensaciones de aquel día. El asco, la ira, un impulso asesino hacia aquella loca, hacía aflorar en ellos los más bajos instintos del ser humano. La mujer siguió hablando.

—No conseguí nada, la muchacha seguía mirándome, pero ya me había desahogado, estaba cansada y me entró en la cabeza el maldito remordimiento. ¡Vamos! —le hablé—, no quería hacerte daño, perdóname. La abracé con cariño y, levantándola del suelo, la apoyé contra la pared y le bajé la falda tapando su hermosura. Seguía sin responderme así que decidí dejarla allí y para mostrarle mi arrepentimiento le introduje mi medalla dentro de su boca, la Virgen nos protegerá —le dije—, cerrándole los ojos. Me levanté y me fui para el pueblo, pero a los pocos pasos me di cuenta de que llevaba el hocino en la mano, así que lo tiré a una cuneta. Entonces me fijé en que la sangre me había salpicado las manos, la cara y el vestido, por lo que volví a la casa, entré y me lavé con el agua de uno de los cántaros, el vestido se secaría por el camino. Al llegar a casa entré por la puerta falsa, entregué el vestido a una criada para que lo lavara y me bañé para quitarme la suciedad. Fue entonces cuando me di cuenta, por el escozor del cuello, que había perdido la medalla y el martes fui al convento del Carmen para comprar otras dos. Tenía un asunto pendiente, el de la amiga de Guadalupe, me había visto en más de una ocasión con ellas y seguro que se imaginaba algo, tendría que despacharla lo más pronto posible para que no hablara, pero apareció la puta de la fuente y no tuve tiempo.

Como había intuido el sargento, Inés había corrido un gran peligro, se alegró de avisar a su familia para que no saliera sola a la calle.

El juez le preguntó entonces por la agresión a la mujer del sargento, la machorra esbozó una sonrisa lasciva y contestó:

—Es la hembra que más he deseado durante mucho tiempo. Cuando no pude gozar a la puta en la *Castana* porque descubrí a los guardias vigilando la fuente, uno de ellos eras tú —dijo mirando con odio a Barbancho—, monté en cólera y se me ocurrió la idea. Al volver al pueblo, dejé la yegua en casa y me fui a por tu zorra, sabía donde vivías y decidí vengarme, ibas a lamentar haberte cruzado en mi camino. Bajé hacia el Parque y me metí en tu casa. Me vino como anillo al dedo, ya que no me pude aprovechar de la otra en la fuente lo haría con tu mujer y luego la mataría para que me recordaras toda la vida.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Un movimiento instintivo del sargento fue sofocado por el teniente, el guardia se había puesto súbitamente de pie y había intentado echar mano al cuello de la asesina, pero su jefe le sujetó con fuerza los brazos.

—¡Quieto Juan, no cometas una locura!

El brillo asesino que había aparecido en los ojos del sargento fue aquietándose ante la mirada alarmada de los presentes. Pasaron unos segundos y, lentamente, se sentó de nuevo. La mujer había retrocedido en la silla, la mirada de fuego del guardia la atemorizaba.

Pero se recuperó pronto, hablando más iracunda todavía. Explicó el ataque a su mujer:

—Tuvo suerte la muy puta, la tenía dominada y la hubiera forzado si no me llega a dar con un cacharro en la cabeza, debí tener más cuidado. Y para que os jodáis, cabrones —desafió—, sabed que la muchacha no es mi primera víctima.

Ya no podía ni quería parar.

Relató entonces el asesinato de la prostituta en Córdoba. Los guardias, de algún modo, lo esperaban.

—¡Ese es el destino que les espera a las que no me complacen! —bramaba—, ¡yo soy quien manda!, todas las criadas de mi casa y muchas mujeres del pueblo han pasado por mis manos, ¡estúpidos, imbéciles!

Los presentes, asqueados, se quedaron mirándola, silenciosos, tenían más que suficiente con lo que había declarado, estaban aturdidos, para qué iban a decirle que había destrozado una vida que comenzaba y a una familia entera, sabían que sería inútil, aquella mujer era una loca y una asesina. Se miraron entre ellos sin mediar palabra, la conmoción era patente.

El juez Perea dio por terminado el interrogatorio y dos guardias se llevaron a la mujer que, entre gritos, solo miraba entre temerosa y desafiante al sargento. La encerraron en la cárcel del partido, en el Ayuntamiento.

## XXXIV

### UNA EXPLICACIÓN

Ahora venía el turno de los guardias. El sargento, antes de que llegara el juez Perea, había convenido con el teniente que no dirían toda la verdad, solo una parte, no podían eludir el hecho de que estaban vigilando la fuente porque la asesina seguro que lo contaba, como así había ocurrido.

El magistrado les animó a que explicaran todo el proceso, desde el hallazgo del cadáver hasta la captura de la criminal, qué hacían los guardias en la *Castana* y qué era eso de la muchacha de la fuente a la que la loca había calificado de prostituta. El teniente Cortés miró a Barbancho y le dijo al juez que, puesto que el sargento había llevado la mayor parte de la investigación y había descubierto a la asesina, le dejaba que explicara todo con detalle. El guardia inició su relato hablando de los hechos de la horrible tarde en que descubrieron el cadáver, ya conocidos por Perea al hallarse también presente, pero aportando datos que aquel desconocía.

—Mi primera impresión fue que el autor de la carnicería podía ser un agrario o ganadero de la zona, o incluso algún forastero. No podía descartar nada pero al saber que la casa era propiedad de don Estanislao, lógicamente pensé que ese era el camino por donde tirar, su entorno familiar. ¿Por qué iba a estar la niña en esa casa precisamente? Pero la puerta tenía la cerradura rota, si el asesino fuera alguien relacionado con el propietario, la hubiera abierto con llave. Esto me despistó por completo y le vino perfectamente al criminal, aquello parecía ser la obra de un ladrón. Sin embargo, los hechos lo desmentían, un ladrón roba, no mata a una muchacha, y menos con aquel ensañamiento.

El sargento prosiguió.

—En la casa aprecié un charco rojizo, ya seco, delante de la cantarera. En un principio pensé que el asesino había matado allí a la joven y después sacado el cuerpo fuera, pero no había ni rastros de sangre ni señales en el suelo de haberlo arrastrado. En torno al cadáver tampoco había evidencias de lucha. Comprendí entonces lo ocurrido, el asesino mató a la muchacha fuera de la casa y entró después en esta para lavarse la sangre. Si hubo forcejeo se produjo dentro de la vivienda.

El humo de los cigarros flotaba en el ambiente, no se oía una mosca en el pequeño despacho del cuartel. El sargento continuó con voz pausada.

—Ninguno de los vecinos que estaban junto al cuerpo reconoció a la joven. Pero cuando se le

practicó la autopsia apareció la primera pista, una medalla en la boca de la víctima que revelaba una característica curiosa del criminal. Iniciamos la investigación en toda regla. Esa misma noche se interrogó al aparcerero y al día siguiente a cuantos lo conocían, se investigaron sus pasos el día del crimen y fue descartado. Se encargaron unas fotografías de la muerta que se colocaron en la Plaza para que todo el mundo pudiera verlas, y varias parejas de guardias y municipales llevaron otra consigo que enseñaban a cuantos se encontraban, con preferencia a los feriantes. Al día siguiente del asesinato, lunes, la santera de la ermita de San Gregorio reconoció a la joven y el martes fue identificada por los ganaderos de Monterrubio. Hablamos a continuación con las dos familias que tenían relación en el pueblo con la muchacha, unos alfareros en cuya casa residía, y unos tenderos cuya hija mayor era amiga de la asesinada. A raíz de las explicaciones de esta familia, detectamos un margen de unas horas el día de su muerte en que la muchacha parecía haberse evaporado. La había pasado con un conocido carpintero de la localidad pero cuando hablamos con él igualmente fue descartado, estaba en su taller a la hora del crimen.

Dio una prolongada chupada a su cigarro y siguió:

—Hubo una novedad importante cuando recibimos un telegrama de la Guardia Civil de Córdoba informando que allí se había cometido un asesinato hacía dos años y que a la víctima se le encontró también una medalla en la boca. Cuando se recibió el expediente en el cuartel comprobamos que las medallas eran idénticas, lo que probaba, casi con total seguridad, que el criminal era del pueblo. Ahí centramos la investigación repasando los informes de años atrás por si aparecía algún individuo que encajara con la personalidad del criminal pero tampoco encontramos nada.

—Hasta el día en que fui de nuevo a revisar la casa donde se produjo el crimen. Allí encontré la segunda medalla y la idea inicial de que fuera un agrario o ganadero fue finalmente desechada cuando Felipe —dijo, mirando al médico con aprecio— revisó el colgante, encontrando restos de piel suave que demostraba que su poseedor no era persona que trabajara al aire libre. Y reforzó mi idea inicial de que el asesino debía ser alguien que conociera la casa. Había visto una posibilidad, preguntaría tanto en el convento como en las tiendas de la localidad, por si alguien había comprado dos medallas en los días posteriores al crimen, igual daba con algún nombre que encajara. Era complicado, en cualquier otra época del año podía dar resultado, pero en vísperas de feria las compras de recuerdos eran muy frecuentes. Lo comprobaría de todos modos.

Todos estaban expectantes, estaba cerca el final del relato y la explicación de cómo el guardia había descubierto a la asesina. Había llegado el momento de gloria de Barbancho. Aunque no muy dado al protagonismo, era humano al fin y al cabo.

—Sin embargo, no fue eso lo que me hizo dar con la solución. La solución apareció por un gesto de la criminal. Ese gesto se había grabado en mi cerebro las veces que me había cruzado con ella desde el primero al último día. Algo me había llamado la atención, algo como un chispazo que se metió en mi cabeza pero que no conseguía atrapar... hasta que se hizo la luz.

Para evitar ser llamado al orden por el juez encendiendo otro cigarro, dio la petaca a Cortés con el mudo encargo de que lo liara y Barbancho terminó su exposición.

—Desde el día del crimen, me había cruzado en diferentes ocasiones con la asesina y en todas esas ocasiones... acariciaba con gesto distraído, inconsciente, la medalla que siempre llevaba sobre el pecho por fuera del vestido. Esa es la manía que la ha delatado. El día que pasó delante del casino del *Gato* hacia su casa, cuando el teniente y yo charlábamos contigo, fue cuando sentí la

impresión que más tarde me hizo recordar que siempre que la había visto, hacía lo mismo.

El sargento rememoró para sí tales ocasiones: cuando la vio examinando la fotografía de la muerta en la puerta de la iglesia, acariciaba la medalla con los dedos, realizando idéntico gesto cuando se cruzó con ella en la calle acompañada de sus amigos y cuando entró en su propia casa como acababa de relatar el guardia. Estuviera andando o parada, tenía esa especie de tic, tocar la medalla. Esa era la mosca que revoloteaba en el subconsciente del guardia, el relámpago que lo hizo despertar en plena siesta, dándole la solución al caso.

Concluyó:

—Este detalle unido al antecedente de hace tres años con una muchacha y a lo que se rumoreaba en el pueblo sobre sus aficiones con otras mujeres fueron suficientes para investigarla. Contrasté mis sospechas en el convento y allí me confirmaron que la asesina, tal y como ella misma ha confesado, compró dos medallas de plata iguales a los dos días del crimen.

El guardia explicó al juez Perea que a partir de ese momento estrecharon la vigilancia sobre la homicida para impedir a toda costa que volviera a actuar.

Aquí lo interrumpió el magistrado amonestándolo, debía haber comunicado su sospecha y más que probable identificación de la asesina. El sargento se le quedó mirando.

—Vicente, no estábamos totalmente seguros, las cosas encajaban, pero ponte en nuestro lugar. ¿Cómo podíamos acusarla basándonos en una manía? Y no te digo de quien es hija la criminal. ¿Crees que hubiera sido suficiente acusarla por ese detalle que un buen abogado hubiera echado por tierra en un minuto?

—Llevas razón —admitió el juez—. Sigue.

Explicó entonces por qué estaban vigilando la fuente de la *Castana*.

—Estaba de ronda con otro guardia por el camino de Valsequillo cuando vimos venir del pueblo a una muchacha. Nos ocultamos en lo que teníamos más a mano, una tejera en ruinas situada frente al manantial, sospechando algo raro, no es normal que a aquellas horas estuviera sola una joven en aquel paraje. Por eso estábamos al acecho, quién sabe lo que pasaría, igual nada, lo más seguro es que hubiera quedado allí con su novio, pero teníamos que comprobarlo. Al cabo de un buen rato sin haber novedades, salimos al encuentro de la moza, guapísima por cierto, que nos explicó que no podía dormir la siesta y que había salido de paseo hasta la fuente a descansar y refrescarse, que no había nada malo en ello.

—También nos dijo que era cordobesa y había venido al pueblo en compañía de su madre a pasar unos días en la feria. Y no le preocupaba el crimen de días atrás, nos aseguró, que era de día y estaba en un camino por el que pasaría gente. Pero se asustó de verdad cuando le dije que precisamente a la muchacha la habían asesinado de día y junto a un camino. No sé por qué Micaela Medina la ha llamado puta, imagino que así califica a todas las mujeres que no la complacen.

El juez replicó al sargento, con mirada un poco incrédula, que esas horas no eran las propias ni para hacer la ronda ni para que una muchacha paseara sola por las afueras del pueblo, pero el sargento estaba preparado y contraatacó:

—Precisamente por la gravedad del caso no hemos descansado en ningún momento. Unos guardias han estado todo el día en el Prado, vigilando y hablando con los feriantes recién llegados, el resto, incluido yo, por todo el pueblo y de ronda por los caminos a cualquier hora, hablando con todo ser viviente, no es tan raro en estas circunstancias. Ten en cuenta que los

delincuentes actúan en las horas más extrañas, recuerda que la muchacha fue asesinada el domingo a las doce o la una. Y en cuanto a la mujer de la fuente no veo tan extraño su paseo, ya sabes que a esas edades los jóvenes no echan la siesta ni aunque los ates a la cama, como no es del pueblo se aburriría y saldría a dar una vuelta.

Intervino el teniente apoyando los argumentos de Barbancho:

—Desde el asesinato hemos aumentado la vigilancia por todos sitios y a todas horas, dedicando a ello prácticamente todos nuestros efectivos. Unos guardias de paisano han estado de forma permanente mezclados entre la gente con el oído atento, y tanto los de caballería como los de a pie, de ronda por los caminos, controlando preferentemente los que daban a la casa, no sería la primera vez que un asesino regresa al lugar del crimen. Por eso no debe extrañarte lo que dice el sargento ya que hasta él ha participado en las patrullas de la mañana a la noche. El asunto requería de toda nuestra dedicación.

El juez, con mirada dubitativa, aceptó aquella peregrina explicación. Aunque sabía que la obligación de los guardias cuando investigaban algún delito era vigilar de día y de noche, con frío o con calor y en cualquier terreno, le parecía un poco exagerado hacerlo a las seis de la tarde y en agosto... a no ser, lógicamente, que supieran que la asesina iba a ir allí. Y solo habría acudido si la aguardara una bella muchacha. Seguro que el marimacho había dicho la verdad, le habían tendido una trampa, la mejor posible, que resultó fallida al descubrir que la vigilaban los guardias civiles. Se quedó con la sospecha en la mente, pero conociendo a Barbancho no le extrañaba, ya le preguntaría más adelante sobre la muchacha de la fuente la cual tampoco le sorprendería que fuera realmente una prostituta. Ni siquiera las citaría ni a ella ni a su madre, ya no era necesario, el astuto sargento las habría aleccionado para el caso de que fueran interrogadas. Incluiría en el informe la versión de los guardias para que estos no tuvieran problemas ante una eventual reclamación de los abogados del cacique. Era la palabra de unos representantes de la ley contra la de una criminal demente. Y debía reconocer que lo importante era que la habían capturado, por mucho que los medios utilizados no fueran demasiado correctos.

—Finalmente —concluyó el guardia—, el desenlace se produjo con la intrusión de la asesina en mi casa y el ataque a mi mujer y mi suegra. No podíamos imaginar de ningún modo la obsesión que tenía con Amalia hasta el punto de agredirla en mi propio domicilio. Si mi mujer no reacciona, ahora estarían muertas las dos. Ha sido un milagro.

La declaración había terminado, el juez guardó en su cartera el cuaderno donde había tomado las notas, luego redactaría el informe definitivo.

Ahora vendría el batallar con la familia de la asesina, pero de nada les valdría. El juez Perea leería al padre y a su abogado el informe de la Guardia Civil y el suyo propio recogiendo la confesión de su hija, después ordenaría su traslado a la prisión de mujeres de Córdoba.

Probablemente, pensó el sargento, la encerrarían en el Hospital Psiquiátrico de la capital durante un tiempo, allí atendían a los locos, pero la bruja era lista, muy lista, quizá, al poco tiempo, empezaría a comportarse bien, a hablar cosas coherentes, asistiría a los oficios religiosos, diría que no entendía cómo pudo asesinar a las mujeres, que había recobrado la razón con la ayuda de Dios, etc. etc. y a lo mejor en dos o tres años la liberarían, ahí estaban las influencias de su padre. ¿Habría juicio? Lo dudaba. Pero una cosa sí conseguiría la justicia: expulsarla del pueblo, y su familia sufriría el embate de la mala fama. Aunque no se marcharan, su prestigio había quedado tocado y más en la capital, cuando sus amigos se enteraran del caso, muchos se



apartarían de ellos. Pensó que lo merecían, debían conocer el estado de su hija desde hacía muchos años y lo habían ocultado, el padre creía que con algunos bofetones la volvería al buen camino, pero lo fundamental era taparla, que la gente no supiera que era una enferma mental y lo que habían conseguido era la muerte de dos inocentes y otras que se habían librado de milagro, sin contar los abusos perpetrados durante tantos años.

Inmediatamente después de la declaración de la asesina y de los guardias, el sargento buscó a Ramírez, al que encontró, como era habitual, en el *Gato*. El guardia retirado había cumplido a la perfección con su cometido. Barbancho le contó someramente la confesión de la asesina y le agradeció la ayuda prestada encareciéndole que nunca hablara con nadie de su relación de los últimos días con las hermosas cordobesas, lo que el jubilado prometió sin asomo de duda, casi ofendido.

Camino de su casa, el sargento se desvió hacia la Fontanilla y llamó a casa de los Caballero. Estaba reunida toda la familia que no podía creer lo ocurrido cuando supieron quién era la asesina de Guadalupe y las circunstancias de su captura en la casa de Barbancho. Inés no paraba de sollozar recordando a su amiga asesinada pero, al menos, los padres respiraron aliviados por el desenlace del drama.

## EPÍLOGO

### UNA FORMA DE JUSTICIA

Al día siguiente de estos acontecimientos, miércoles 24 de agosto, hubo una pequeña reunión en el mismo lugar donde los guardias habían intentado cazar a la criminal, la fuente de la *Castana*, y a la misma hora que Elvira se había citado con ella, las seis de la tarde. La formaban cuatro personas, tres mujeres y un hombre.

Era la despedida de las cordobesas, que habían prestado una ayuda tan importante en la captura de la asesina. Las mujeres permanecieron un buen rato abrazadas, con lágrimas en los ojos, ignoraban cuando volverían a verse de nuevo, aunque la esposa del sargento se lo prometió, probablemente el próximo año, incluso este invierno, si su marido conseguía algunos días de permiso. Los minutos transcurrían entre la charla incesante de las féminas. El guardia permanecía un poco apartado del grupo. Cuando observó que se acercaba una hora imprudente ya que podían aparecer los primeros paseantes, con suavidad indicó a su mujer que era hora de separarse.

Se dirigió a las cordobesas:

—Nunca olvidaremos lo que habéis hecho por nosotros, las circunstancias nos obligan a no desvelar vuestro papel, pero tanto el teniente como yo os estamos agradecidos de por vida. Si alguna vez necesitáis algo, tanto en Córdoba como donde os encontréis, contad con la ayuda de la Guardia Civil —dijo Barbancho, solemne.

—Y si no estás dispuesto a hacerlo ya te obligaré yo, no sería la primera vez —apostilló con simpatía Amalia.

Todas rieron al unísono, se volvieron a abrazar y ambas parejas, por separado, tomaron el camino de vuelta al pueblo. Por la mañana, madre e hija regresarían a su ciudad.

Pero el día 25, jueves, iba a traer otra noticia que conmocionaría de nuevo el pacífico pueblo. En la madrugada, cuando la asesina, custodiada por dos números, era trasladada en la diligencia a la estación de Zújar para llevarla a Córdoba, el joven guardia civil de Monterrubio, en un movimiento que no pudo evitar su compañero de vigilancia, sacó una navaja de un bolsillo y de un tajo rápido, casi suave, rebanó el cuello a la mujer y se le quedó mirando. El otro número, rápidamente, le arrebató la navaja de la mano y a grandes voces mandó al cochero parar la diligencia. El guardia no se movía, solo contemplaba, a la oscilante luz de los faroles del carruaje

que apenas rasgaban las sombras de la noche, cómo la mirada del odioso rostro se iba apagando, sin abandonar el gesto de sorpresa, de incredulidad. El civil se dejó esposar por su compañero sin oponer resistencia y regresaron a Hinojosa.

Costó trabajo hacerle hablar ante el teniente. Por su declaración se supo que el joven guardia estaba enamorado de la muchacha monterrubiana sin que nadie, ni ella misma, lo sospechara. Hacía años que lo estaba, con frecuencia pasaba por delante del taller de su padre para verla y cuando lo lograba, la seguía por las calles, eso sí, con la mayor cautela para no asustarla. Pero su carácter melancólico le impedía acercarse a ella y menos mostrarle su abrumador cariño, ni sus compañeros de cuartel supieron advertirlo. Era huérfano y no tenía a nadie en el mundo. Cuando se enteró del asesinato, solo tenía una idea en mente: acabar con su asesino, nada le importaba ya. El traslado provisional a Hinojosa le vino perfecto, se ofreció voluntario y, al ser soltero, sus jefes no pusieron objeciones. Fue como una premonición.

Y sintió que había hecho justicia, una forma de justicia.

Fue juzgado en consejo de guerra y condenado a cadena perpetua en el penal de Melilla.

Pasados unos días y ya en plena feria, el juez y el sargento bebían unos vinos en el Parque sentados cómodamente ante un velador, mientras disfrutaban del abigarrado ambiente. Perea preguntaba a su amigo si lo habían propuesto para algún premio o condecoración. El guardia contestó que no esperaba nada, se había limitado a cumplir con su deber, bien es cierto que el teniente había emitido un amplio informe elogiándolo y solicitando para él algún reconocimiento. En fin, si se producía ese milagro que fuera en metálico, para pasar una buena feria. Ambos rieron ante la descabellada ocurrencia.

El magistrado comentó que también había hecho comentarios elogiosos para el Cuerpo en su informe pero que todo se había complicado al asesinar el guardia de Monterrubio a Micaela Medina. Por ello no creía que las altas esferas incomodaran a más de un gerifalte concediendo un premio a un simple guardia civil, sino que tapparían el asunto y lo dejarían pasar como un mal sueño. Como de pasada añadió que aunque no había nada que objetar sobre la resolución del caso dadas las diáfanas pruebas acusatorias, don Estanislao creía en la versión de su hija que acusó a los guardias de haberle tendido una trampa.

Barbancho miraba a su amigo un poco incómodo, no le gustaba el rumbo que estaba tomando la charla.

Confirmando sus temores, el juez cambió repentinamente de expresión y espetó al sargento que él también creía en la afirmación de la asesina. De hecho tenía algunas dudas sobre la declaración del guardia que esperaba le aclarara, sobre todo el encuentro «casual» con la joven cordobesa en la fuente, joven a la que por supuesto no conocía, comentaba mirando con fijeza y un poco burlón a Barbancho.

Este le respondió con un no rotundo, quizá demasiado rotundo.

—Es que había pensado que como la asesina era hija de quien es, igual pensasteis que no ibais a conseguir nada acusándola directamente y montasteis una celada para cazarla, pero esto es pensar mucho, ¿no, guardia?

—Así es, juez, tienes la mente muy calenturienta, se nota que te gustan las novelas policíacas. Crees que todos los asesinatos tienen aspectos inexplicables hasta que los descubre un buen

detective. Reconoce que de tu trabajo es lo que más te gusta.

—¡Claro, me has descubierto! —respondió Perea—, y por eso si interrogo a la niña de la fuente y a su madre, seguro que no os conocen de nada; y si ordeno a la Guardia Civil de Córdoba que las investigue, serán la hija y la mujer de un comerciante con dinero. Aunque nada de esto se menciona en el informe para seguridad de todos, es lo que se dice por ahí, ¿no es cierto? —indagó con su habitual expresión maliciosa.

En los ojos del sargento apareció un destello de alarma.

—¡Coño Vicente, no busques tres pies al gato!, haz lo que quieras pero te recuerdo que el crimen está resuelto, que es lo importante. ¿O no? Déjate de cuentos de detectives que no estamos para perder el tiempo.

—Estoy de acuerdo —respondió el magistrado—, pero cuando pase este embrollo ya te sacaré yo lo que sabes sobre esas mujeres y cómo has conseguido su ayuda. Si me lo contaras ahora me vería obligado a ponerlos a ti, al teniente y seguramente a alguien más, en un aprieto.

Ante la mirada de preocupación del guardia, Perea sonrió:

—¡Joder, Juan! Nos conocemos desde niños y, ¡coño!, tampoco es tan difícil imaginar a qué se dedican madre e hija por muy discretas que hayan tratado de ser. La hija del poderoso sería un demonio pero no mentirosa, al menos en su declaración. Pero habéis tenido suerte al morir esa desgraciada, las noticias que tengo son que el padre no ahondará en este lastimoso asunto, no por generosidad, sino porque es el primer interesado en no hacerlo. Ahora se justificará diciendo que él no sabía nada de las tendencias de su hija, adoptará seguramente una actitud de padre golpeado por la vida y procurará salvaguardar por todos los medios su prestigio e influencias.

Para no incomodar más al guardia, el sagaz magistrado abandonó el interrogatorio con un elogio.

—¡Valiente elemento estás hecho! Pero ¿sabes que te digo? Que si tuviera un problema te lo confiaría a ti, ¡tú sí que eres un detective! Anda, vamos a tomarnos otro vaso y una tapa de lechón y cuéntame qué vas a comer hoy, que estamos de feria.

El sargento respiró, eran muy amigos pero el juez actuaba de modo inflexible en la aplicación de la ley, se trataba de su trabajo al fin y al cabo.

Bueno... casi inflexible, gracias a Dios.

La feria transcurría con normalidad, a pesar de los sucesos acaecidos en la tranquila y laboriosa villa se decía que había acudido más gente que a la anterior.

Sería, probablemente, un buen año.

FIN

Málaga, agosto 2.012/enero 2.014

## BREVE HISTORIA DE HINOJOSA

Hinojosa del Duque y su comarca estuvieron habitadas desde tiempos inmemoriales. Los antiguos hombres del Paleolítico encontraron en esta zona suficientes recursos para sobrevivir como prueba la existencia de varios poblados de los que han quedado huellas, desde Santo Domingo hasta La Antigua, en Cerro Cuete, en *Las Patudas*, etc. Aquí vivieron los túrdulos, tribu indígena de aquellos tiempos oscuros, del tronco común de los íberos, pasaron después fenicios, cartagineses y romanos que explotaron sus canteras de mármol y piedra caliza, minas de plomo, cobre, plata y piedras preciosas. Sus herederos fueron los visigodos cristianos hasta que llegaron los musulmanes. Los pobladores vivían de los productos que esta tierra feraz proporcionaba, desde cereales hasta bellotas, desde ganado lanar y de cerda hasta caza, y aprovecharon sus minas. Por aquí pasaban importantes caminos, la mayoría en forma de calzadas construidas por los romanos, de Córdoba a Mérida, a Toledo...

Nunca fue fácil la vida en esta comarca y más cuando se convirtió en zona fronteriza. Las tierras quedaron despobladas por ser paso obligado de los ejércitos contendientes, el cristiano de Castilla y el musulmán. A pesar de su riqueza en tierras de labor y arboleda, que permitían criar grandes rebaños de ovejas y de cerdos de cuerpo alargado y piel negra, durante muchos años no se pudo asentar por aquí ninguna población que mereciera ese nombre, salvo las resguardadas en las fortalezas. La comarca fue llamada por los musulmanes «*Valle o Llano de las Bellotas*» por sus inmensos bosques de encinas que producían «las más dulces bellotas de España» como decía un escritor árabe de aquel tiempo. El rey cristiano Fernando III conquistó Córdoba en 1236 y a partir de entonces, llegó la repoblación. Se enviaron colonos castellanos y leoneses para explotar estas tierras desiertas, muy ricas para la cría de ganado; en pocos años se fundaron parroquias desperdigadas por aquí y por allá, necesarias porque la población empezaba a ser importante. Y se construyeron muchas ermitas para que los residentes en los campos tuvieran mejor acceso a las celebraciones religiosas.

Por aquellas fechas este pueblo comenzó a tener entidad, ya que las mejores tierras de cultivo se hallaban en su territorio. Su fundación, ¡quien sabe!, debía proceder de los últimos años del siglo XIII ya que las primeras noticias escritas que se tienen de la villa datan del año 1316 cuando pertenecía al concejo de Córdoba, especie de antiguo ayuntamiento con enorme poder sobre las tierras y vasallos del rey. En ese año aparece la primera mención a esta villa, con el nombre de *Finojosa del Pedroche*, pero también y a lo largo del tiempo se le conoció con el nombre de Hinojosa de Córdoba e incluso con el de Hinojosa de la Serena, lo que daba fe de la relación con

tierras extremeñas durante muchos siglos y que seguía en la actualidad.

El pueblo adoptó un bello escudo, coronado con un yelmo y dividido en cuatro cuarteles, dos palomas y dos leones rampantes cruzados, y debajo la leyenda «*fortes ut leo, simplices ut columbae*» —fuertes como leones, sencillos como palomas—, hermosa divisa que define el carácter de sus gentes. Y, sobre su nombre, hay varias opiniones, la más extendida es que procede del hinojo, planta abundante en el término y que se usa como condimento de su sabrosa cocina, aunque también dicen los entendidos que se debe al lugar donde se estableció el primer grupo de pobladores en busca de tierras aptas para la agricultura, denominado *Arroyo del Finojal* o *del Hinojal*, e incluso, que se trata de una corrupción del nombre que dieron los musulmanes a estas tierras.

Fueron pasando los años y doscientos después de que el rey castellano conquistara la bellísima capital del antiguo califato y estos territorios, el maestre de la Orden de Alcántara, Gutierre de Sotomayor, tomó el partido acertado en una de tantas guerras civiles por el poder en aquellos belicosos y sombríos años, apoyando al rey Juan II, que le recompensó con un título nobiliario en 1444 donándole una buena porción de tierras, entre las cuales se encontraba esta villa. Cervantes dedicó la primera edición del Quijote a uno de sus descendientes, un mecenas de aquel tiempo.

Y aquí empieza la verdadera historia de este bello pueblo.

Hinojosa es ya villa de señorío, incluso alberga dentro de sus muros una aljama de judíos, y empieza su crecimiento y enriquecimiento. Tanto es así, que a fines de ese siglo se inicia la construcción de la impresionante iglesia de San Juan Bautista, en el corazón del pueblo, con una original y bellísima fachada, la más majestuosa en muchísimas leguas a la redonda. Se roturaron más tierras y los ganados crecieron de forma exponencial. Al calor de estas actividades surgieron gran cantidad de oficios artesanales que hicieron crecer con su laboriosidad a esta villa, convirtiéndola en la más importante de Córdoba para arriba. Como todo en la vida, Hinojosa tuvo vaivenes importantes, debido a las epidemias, catástrofes del campo, a que muchos jóvenes emigraron a América en busca de riqueza y a las levadas para los ejércitos reales que combatían en Flandes.

La vida en aquellos tiempos era sencilla, trabajo y oración; abundaban las fiestas religiosas y de los correspondientes patronos a lo largo del año, a las que concurría el pueblo en pleno, no todo iba a ser trabajar y pasar penurias.

En 1833 con la última distribución provincial, la villa, dependiente durante cuatrocientos años del condado y posterior ducado, pasó de nuevo a Córdoba. La unión e influencia de Extremadura, sin olvidar a la vecina Mancha, siempre fue importante, de hecho, esta zona por su carácter y costumbres siempre fue más extremeña que andaluza.

Nos hallamos en los primeros años del siglo XX y la villa, a pesar de tantos avatares en su historia, seguía creciendo...

## ALGUNAS PUNTUALIZACIONES

La iglesia de San Juan Bautista, Monumento Nacional desde 1981, conocida por su majestuosidad como «*La Catedral de la Sierra*», y el convento de las Concepcionistas, los describo tal y como se hallaban en la época del relato, a principios del siglo pasado. Después de la guerra civil se eliminó el blanqueado exterior de estos edificios y las rampas de sus fachadas, por lo que ambos monumentos pueden contemplarse hoy en todo su esplendor.

Hubo una calle entre la plaza de Santa Ana y la Plaza, que discurría junto al ábside de la ermita de la Virgen del Castillo.

El cuartel de la Guardia Civil que describo en la novela existió, estuvo situado en la plaza del Padre Hilarión, donde posteriormente hubo un colegio. La construcción del edificio que todos los hinojoseños de mediana edad conocimos, al lado del Parque, por donde tenía su entrada, se terminó en 1920. El actual es una modificación del mencionado.

Las cifras de comercialización y venta de ganado reflejadas en el capítulo de la feria están extractadas del libro del P. Juan Ruiz y se refieren al año 1920 lo que, a mi juicio, no desvirtúa las del año de mi relato y dan fe de su importancia en aquel tiempo.

Las palabras y expresiones *colodras* utilizadas las explico en el mismo párrafo en lugar de hacer un anexo al final del libro, creo que hace la lectura más fácil. Es una pequeñísima muestra del peculiar, amplio y rico vocabulario de nuestro pueblo.

He escogido el apellido Barbancho para mi protagonista, además de como pequeño homenaje a mis antecesores, porque es bastante exclusivo de nuestra tierra y muy raro en España donde, según los datos obtenidos, lo poseen menos de dos mil personas. Las provincias donde más abunda son Córdoba y Badajoz por estos lares, y Barcelona y Madrid debido a la emigración iniciada a mediados del pasado siglo. Parece ser de origen castellano, lógico, fueron los que repoblaron Hinojosa después de la época árabe.

Hago constar que en la novela existen algunas licencias adoptadas por este humilde fabulador para el mejor fin de la historia y que se explican en los capítulos correspondientes con pocas excepciones. Entre ellas existe un episodio anacrónico: el de los guardias civiles cuando están intentando localizar en El Pilar a la joven asesinada. El relato se desarrolla al lado de la fuente con los eucaliptos, tal y como se puede contemplar hoy. Pero en los años de mi narración no había eucaliptos, se plantaron de forma generalizada en la España de la posguerra.

En último lugar, indicar también que el telégrafo se comenzó a instalar en los cuarteles del Instituto Armado a partir del año 1922.

Salvo inadvertencia, estas son algunas de las escasas licencias permitidas, la mayoría de datos y hechos contenidos en la novela proceden de fuentes documentales y de la memoria de nuestros

mayores excluyendo, lógicamente, su trama.

Las opiniones artísticas vertidas en la novela acerca de los monumentos descritos tanto de Hinojosa como de Córdoba, pertenecen al criterio, quizá algo apasionado, del autor.

Finalmente, y como mandan los cánones, indicar que tanto la trama como los personajes de esta historia son fruto de mi imaginación, cualquier parecido es coincidencia, y añadir y dejar patente que ninguno de los términos utilizados, y particularmente los referidos al género de las personas, tienen intención despectiva alguna, se utilizan en la recreación de los protagonistas y hay que entenderlos en el contexto de la novela.



## AGRADECIMIENTOS

A Luis Romero, por sus magníficos escritos y generoso asesoramiento. Su contribución a la pequeña historia de nuestro pueblo es y será impagable.

A Bernabé Galán, actual presidente del Colegio de Médicos de Córdoba, apasionado de su profesión y de su historia. Mi gratitud, tanto por su ayuda, como por su paciencia y sentido del humor en la resolución de tantas dudas sobre la medicina de hace un siglo.

Al Servicio de Estudios Históricos, Dirección General de la Guardia Civil en Madrid, Coronel Alfredo Montero, quien me ha facilitado una preciosa información sobre la Benemérita de principios del siglo XX.

A Pedro Gómez, fotógrafo y poseedor de una extraordinaria colección de fotografías de Hinojosa de todas las épocas. Muchas de las que conocemos del tiempo de mi relato, proceden de su familia.

A Antonio Manuel Sanz, ingeniero, gran conocedor de la historia de los ferrocarriles y especialmente de los que circulaban por nuestra tierra.

A Miguel Murillo, *colodro* de corazón, mi reconocimiento por la aportación de numerosos datos y anécdotas sobre nuestro pueblo y sus vecinos.

Y en lugar destacado, a Luis Rodríguez, mi padre. Su gran memoria, su profesión y su interés por los monumentos de Hinojosa y las costumbres de sus habitantes lo ha hecho imprescindible en el desarrollo de la novela.

Finalmente, a Luisa, mi mujer, primera lectora e implacable crítica de mi escrito, y a mi familia y amigos que me han ayudado en la revisión del texto.

Mis más sinceras disculpas si me he dejado a alguien, tan valioso como los citados, en el tintero.

A todos, gracias.

## BIBLIOGRAFÍA

- La Ilustre y Noble Villa de Hinojosa del Duque. Apuntes sobre su estado actual, historia, hijos y monumentos. Por el M.R.P. Fr. Juan Ruiz Ramos. Jerez de la Frontera, año 1922.
- Artículos de Luis Romero Fernández, Cronista Oficial de Hinojosa.
- Alimentación y Cultura en el Valle de los Pedroches. Juan Agudo Torrico, año 1999. (Con artículo de Isabel González Turmo)
- I jornadas de la Real Academia de Córdoba en Hinojosa del Duque. 18 y 19 de Junio de 1994. Artículos de varios autores.
- Hinojosa del Duque y el Valle de los Pedroches. Luis Romero Fernández, Juan Agudo Torrico, Pablo Torres Márquez, año 2002. Desglose:
  - Respuestas generales del catastro de Ensenada. Datos de 1753.
  - Cuestionario de Tomás López. Datos de 1793.
  - Diccionario geográfico-estadístico-histórico de Pascual Madoz. Datos de 1843.
- El libro de arquitectura de Hernán Ruiz, el Joven*. Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid. Pedro Navascués, año 1974.
- Violencia popular y autoridad pública en la Córdoba del primer tercio del siglo XX. Raúl Ramírez Ruiz, Universidad Rey Juan Carlos.
- La vida tradicional en Los Pedroches. Manuel Moreno Valero, año 2002.
- Cuerda de presos. Tomás Salvador, año 1953.
- El fulgor y la sangre. Ignacio Aldecoa, año 1954.
- Serenos en el peligro. Lorenzo Silva, año 2010.
- Cartilla del Guardia Civil. Edición facsímil del original depositado en la Biblioteca de la Dirección General de la Guardia Civil. Aprobada por S.M. en Real Orden de 20 de Diciembre de 1845. Edición abril de 1988.



EDUARDO RODRÍGUEZ PEREA nació en 1955 en Hinojosa del Duque, donde transcurrió su niñez y adolescencia.

Por razones laborales tuvo que abandonar el pueblo en plena juventud trasladándose al Madrid de los años 70, iniciando así un periplo que le ha llevado a recorrer buena parte de nuestro territorio hasta terminar en la costa andaluza, Málaga, donde hoy reside.

Lector impenitente y apasionado de la Historia de nuestro país, el paso del tiempo hizo crecer en él el afán de conocer mejor la vida de sus antecesores y un día se prometió escribir sobre ello.

Así nació esta novela, tras año y medio de redacción y cuatro más de permanente revisión. Ambientada a principios del siglo XX, procura reflejar la vida cotidiana de Hinojosa en esa época, la cual, con sus luces y sus sombras, no debió ser muy diferente a la de siglos pasados.

Se trata de la primera novela cuya acción transcurre, prácticamente en su totalidad, en Hinojosa del Duque, la auténtica protagonista.

## **Notas**

[1] *Colodro* es el apodo con el que se conoce a los hinojoseños en la comarca. La tradición le atribuye un origen glorioso gracias a un tal Alvaro Colodro que, según la leyenda, nació en esta población y fue el primer soldado que saltó las murallas de Córdoba en su definitiva conquista por el rey Fernando III en 1236. <<

[2] La vida del guardia civil nunca fue fácil y menos en aquellos tiempos. Cuando ingresaban debían aportar hasta su uniforme, bien es cierto que desde principios del siglo XX ya lo recibían del Instituto Armado, siendo responsables de mantenerlo en buen estado. En los mejores casos las mujeres de la familia les confeccionaban uno de repuesto si tenían medios, de ahí que algunos guardias tuvieran un aspecto un tanto desaliñado al vestir siempre el mismo. Pagaban de su bolsillo su sanidad y la de su familia y si salían de la Unidad a prestar algún servicio como la conducción de presos, lo que era frecuente, debían costearse su subsistencia, ya que los pluses que recibían eran insignificantes. Su escaso sueldo les daba para poco, así que lo complementaban con la generosidad de los paisanos cuando realizaban alguna misión en beneficio de aquellos. Pero debían tener cuidado con los regalos, no estaban permitidos por el Cuerpo porque el servicio podía quedar comprometido.

Los guardianes del orden estaban casados en su mayoría, los solteros convivían con la familia de algún guardia casado pagando una pequeña cantidad por la manutención y arreglo del uniforme y arreos, y todos vivían en el cuartel empezando por los mandos, allí comían y dormían. No tenían horario de trabajo, este duraba lo que el servicio requiriera, es decir las veinticuatro horas del día si fuera menester, no debían vestir de paisanos, ni alternar con ellos salvo que fuera gente de honradez reconocida, ni entrar en las tabernas salvo por cuestiones del servicio, no había domingos ni festivos. Y debían controlar todo el territorio asignado tal y como rezaba el dicho procedente de sus primeros tiempos: *«No debe haber sierra fragosa ni monte espeso donde no se vea el sombrero de la Guardia Civil»*.

Sin embargo, esta vida no les garantizaba el futuro de ningún modo. Al retirarse del Cuerpo, a la edad límite de cincuenta y un años y con al menos veinticinco de servicio, les quedaba una escasísima pensión por lo que debían buscarse otros trabajos, en el Ayuntamiento o en el Juzgado si sabían leer y escribir bien, y si no, buscarse el sustento donde fuera, en el campo, de albañil, zapatero, carpintero... Los niños solo habían conocido esta vida, así que lo normal era que la mayor parte ingresara en el Cuerpo al alcanzar la edad reglamentaria, era raro que alguno no siguiera los pasos del progenitor. <<

[3] El asombro viene dado porque el pueblo no era ni demasiado grande ni demasiado importante como para poseer un templo tan majestuoso y sobre todo cuando se conocía algo la historia de la zona, ya que donde residían los prósperos nobles que patrocinaron la construcción de la iglesia era en la vecina localidad de Belalcázar. Parecía lógico que se erigiera en esta villa y no en Hinojosa, pero tenía su explicación. En Belalcázar los condes habían edificado el magnífico palacio en su castillo y el inmenso convento de Santa Clara, y habían iniciado la construcción de la iglesia de Santiago. Pero Hinojosa, villa más grande y rica ya en aquellos tiempos, no podía quedar desplazada, por lo que, bajo el patrocinio de los condes, se levantó la monumental iglesia y el convento de las Concepcionistas años más tarde. Los lugareños aportaron casi todo, desde dinero hasta, seguramente, trabajo. La parroquia hizo muy bien su labor ya que las principales fuentes de financiación de la suntuosa basílica fueron las donaciones de los hinojoseños, tanto acaudalados como humildes, a cambio de recordar su memoria en los innumerables actos religiosos que en aquella época se celebraban. Fue un templo en cuya construcción colaboró todo el pueblo, cada cual aportando lo que podía, la fe les abrió los bolsillos, todos se veían representados en el monumento. <<

[4] La iglesia de San Juan Bautista fue concebida e iniciada en estilo gótico y terminada al cabo de un siglo en estilo renacentista, más acorde con los nuevos gustos de la aristocracia que la patrocinó. Todo el templo está construido en piedra de granito exceptuando el fabuloso artesonado en madera, de estilo mudéjar, de la nave central. Se empezó a levantar a finales del siglo XV y se terminó a últimos del XVI. Al no tener adosado ningún edificio civil, la construcción se aprecia en todo su esplendor.

Destaca su airosa torre que inspiró años más tarde al nieto del primer constructor la de la Catedral de Córdoba. Fue terminada por Juan de Ochoa, ya que la primera quedó dañada por un huracán. En su base se abre la puerta principal de acceso a la basílica, solo utilizada en las ceremonias importantes de aquel tiempo. Es de estilo gótico serrano con semiesferas de piedra dentro de un alfiz, que la enmarca. Encima de este primer cuerpo se alza otro del mismo estilo con las esquinas redondeadas y ahí termina el orden antiguo, dando paso a los siguientes tres cuerpos que pertenecen ya al estilo renacentista y que conforman la majestuosa torre. Las campanas se alojan en el tercer y cuarto cuerpo y el último, de traza octogonal, tenía adosados tres grandes relojes que daban a la plaza y a las calles laterales. La pared oriental la flanquean dos torres redondas pegadas al muro a modo de contrafuertes, labradas en círculos en su parte superior y terminadas en punta, que recuerdan las de un castillo.

En medio, la monumental portada que da a la Plaza.

Es la joya del templo, una auténtica obra maestra del renacimiento cordobés, un conjunto de una perfección tal que sobrecoge. De composición absolutamente clásica, la portada es un cuerpo saliente sobre el plano de la iglesia que semeja un arco de triunfo romano. Dividido en dos por un fuerte entablamento, en el cuerpo inferior columnas corintias pareadas custodian la puerta de acceso a la basílica y en el superior las columnas, de menor tamaño, flanquean un relieve de Dios Padre, culminado todo el conjunto por un friso decorado y pináculos sobre el remate ondulado característico de Hernán *El Mozo*. Sencillamente soberbia, está considerada la realización más importante del genial arquitecto en la provincia.

El interior del templo sobrecoge por la tenue claridad que recibe a través de las altas ventanas y por la impresión que produce el bosque de sus diez pilares de sillares de granito, cuatro de los cuales sostienen el coro desde donde se contempla el presbiterio, cerrado por un retablo de madera dorada. La Iglesia tiene tres naves, la central es la más alta y su techo luce el precioso artesonado mudéjar de tablonos decorados con absoluta maestría, ejemplo de diferentes estilos que encajan a la perfección. Al final de cada pilar de la nave central se distinguen perfectamente las basas que debían soportar los arcos, truncados al construirse el artesonado. Sin embargo, en las naves laterales los arcos se desarrollan en su totalidad sosteniendo las bóvedas de crucería. La zona del altar mayor está cubierta por otra bella bóveda decorada con pinturas de época barroca y allí se situaba una de las piezas mobiliarias más importantes de la iglesia, su retablo, también barroco, hecho totalmente de madera dorada a principios del s. XVIII. Fue destruido durante los primeros días de la guerra civil. El actual se fabricó en la década de 1940.



Al lado del presbiterio, a su derecha, se abre la imponente portada de acceso a la sacristía, construida con el carácter de los arquitectos antiguos, sólida y sin excesivas florituras, y en la parte opuesta del mismo lado, la primorosa capilla del bautismo con una bóveda labrada en piedra, la más hermosa muestra del estilo plateresco del templo junto con el grupo de las tres ventanas exteriores de la sacristía. Esta capilla bautismal posee una ventana originalísima, conocida en el pueblo como la de los «*Tres Soles*».

La iglesia de San Juan Bautista fue declarada Monumento Histórico Artístico de carácter nacional en 1981. <<

[5] El monumental templo fue edificado por una familia de constructores de origen castellano, en aquellos tiempos en que los oficios se transmitían de padres a hijos. Los Hernán Ruiz fueron una familia de arquitectos o maestros de obras, así se les conocía antiguamente; la construcción de la iglesia principal de Hinojosa la proyectó e inició el primero de la saga, el conocido como *El Viejo*, y la desarrolló su hijo, quizá el arquitecto más importante del Renacimiento en Andalucía, Hernán Ruiz II, conocido como *El Mozo* o *El Joven*, probablemente ya nacido en estas tierras. Cierra la saga Hernán Ruiz III, hijo del anterior y también genial maestro de obras aunque un tanto oscurecido por la portentosa figura de su padre.

Esta familia, además de construir la iglesia de San Juan Bautista de Hinojosa del Duque que, por su monumentalidad, se le conoce actualmente como «*La Catedral de la Sierra*». <<

[6] En esa época había muchos guardias casi analfabetos. Era obligatorio aprender los diez primeros artículos de la Cartilla, saber cómo dar partes verbales y redactarlos por escrito, así como la formación de primeras diligencias, aunque esto lo aprendían relativamente pronto. Pero en la práctica su trabajo les exigía algo para lo que la inmensa mayoría no estaba capacitada. No era solo el perfecto conocimiento y manejo de las armas de fuego y las obligaciones del soldado, que se aprendían con un poco de experiencia, no, la vida diaria les exigía conocimientos para enfrentar los problemas con que se encontraban, que ignoraban y que solo suplían con el tiempo y además, de forma imperfecta. Apenas tenían conocimientos de legislación sobre caza, pesca, carruajes, delitos y faltas, y leyes penales. Esto lo aprendían, y solo en parte, con la práctica, de ahí la absoluta necesidad de formación. Y esta presentaba grandes lagunas que afectaban en primer lugar a los mandos porque la preparación que estos recibían era competente en lo militar pero precaria en lo policial, así que no era difícil imaginar las consecuencias poco deseables que provocaban en las categorías inferiores, donde muchos números apenas sabían leer y escribir. Enseñarlos era uno de los cometidos del jefe del cuartel y de los suboficiales a su mando.

Obviamente, lo primero era el servicio y si este lo permitía, la enseñanza de las normas, que en muchos casos no se impartía. La realidad es que un buen guardia solo lo era después de muchos años de experiencia porque todo se complicaba más al no recibir instrucción sobre técnica policial, simplemente porque apenas existían nociones sobre investigación de delitos, inspecciones oculares o técnicas de interrogatorios, así que esta labor, imprescindible para el apoyo de la justicia, era casi inexistente. Hacía unos años, en las prisiones se había empezado a utilizar la dactiloscopia, el estudio de las huellas dactilares, pero esta novedosa disciplina aún tardaría muchos años en aplicarse, no había ni conocimientos ni medios para ello. <<

[7] La guerrera, de color azul oscuro, cuyo faldón llegaba casi hasta las rodillas, era de paño fuerte, resistente a los lavados y los guardias la llevaban tanto en invierno como en verano, con la sola concesión de la ropa interior, que en esta estación era más ligera. En 1909 se había emitido una orden modificando el color azul tina clásico por el gris-verdoso, embrión del actual color de la Institución, pero lógicamente para los de nuevo ingreso o para los que tuvieran el uniforme en mal estado, de otro modo había que esperar a que estuviera hecho polvo para cambiarlo debido al alto precio de la guerrera y el pantalón. Este era del mismo color azul y se ataba con una correa de cuero a los tobillos; en invierno llevaban polainas de paño de color pardo oscuro desde los botines hasta por encima de las rodillas, aunque solo para servicio en despoblado. El correaje amarillo completaba el uniforme. A la espalda, la cartera de camino con los libros, documentos y demás accesorios necesarios para el servicio, y algo de comida cuando prestaban servicio fuera de la población. Todos estos útiles, de cuero negro. Quizá lo más característico del uniforme era el tricornio de hule negro que, en verano, se autorizaba a llevarlo cubierto con una funda de tela blanca hasta más abajo de la nuca para enjugar el sudor, y una visera adaptable para proteger los ojos del sol, pero tanto visera como cogotera, se usaban solo para misiones en descampado. <<

[8] A pesar de la credencial, médico titular del pueblo y por añadidura del partido judicial, un facultativo prácticamente tenía que hacer de todo, desde certificados de nacimiento y defunción hasta tallar a los quintos que iban a la mili, inspecciones de apertura de establecimientos e incluso, expedir cédulas de habitabilidad de las viviendas. El cometido normal de curar a la gente lo hacía generalmente en las casas de los pacientes, para lo cual tenía que desplazarse andando a todos lados, lo que complicaba las cosas si el enfermo residía en el campo en cuyo caso utilizaba una mula, o un carruaje los más acomodados. Vivía de lo que sus pacientes le pagaban, casi todo en especie, conejos, gallinas, verduras, frutas, ya que muy pocos lo hacían con dinero, tan solo los pudientes y el Ayuntamiento por atender a sus funcionarios, a los pobres de solemnidad acogidos en el asilo y a los de la beneficencia municipal. No hacía mucho se había instaurado la iguala, especie de trato por el cual el médico atendía a una familia durante todo el año, al final del cual esta le pagaba una remuneración previamente acordada, generalmente como la descrita. <<

[9] La bella fuente, construida con el arte de los antiguos canteros en piedra de granito, era de la época de la iglesia de San Juan y del mismo estilo, con los habituales escudos de los nobles tallados en la parte superior. El conjunto lo corona un remate ondulado, elemento arquitectónico peculiar de Hernán Ruíz II, como puede observarse también en la fachada de la *Catedral de la Sierra*.

La segunda fuente del Pilar se construyó pocos años antes de la guerra civil. <<

[10] En la comarca no había demasiadas fincas grandes debido a las leyes desamortizadoras promulgadas a principios del siglo XIX por Mendizábal y posteriormente por Madoz, que beneficiaron en los años siguientes tanto a Hinojosa como a los pueblos del Valle. En base a dichas leyes, el Estado puso a la venta tierras improductivas procedentes de familias nobles y de la Iglesia, que fueron adquiridas por sociedades constituidas en las poblaciones para este fin. Estas sociedades compradoras las componían por lo general agricultores que por ellos solos no podían adquirirlas, pero sí aportando cada uno sus ahorros al común. Fuera de ellas, lo normal era que adquirieran las fincas gentes acaudaladas. Hinojosa fue el pueblo que más tierras y de mayor superficie adquirió. Un labrador, al ser copropietario de una determinada finca, cultivaba su pedazo de terreno y vivía de él, tenía que ser una sensación gloriosa que sus antepasados no pudieron experimentar jamás. Pasaron, después de muchos siglos, a convertirse en propietarios de las tierras que trabajaban, a depender de ellos mismos, de su sudor y trabajo. <<

[11] Las portadas platerescas que daban acceso a la villa, amurallada en aquel tiempo, además de en San Sebastián, estaban situadas en la zona de la Caridad, Belalcázar, San Gregorio y Torrecilla. Fueron derribadas en los últimos años del siglo XIX. <<



[12] Los años buenos no eran frecuentes, la mayor parte resultaban flojos y algunos catastróficos, no solo por el mal tiempo sino por las plagas que arrasaban las cosechas como la de langosta, que procedía de las comarcas vecinas de La Serena y del Valle de Alcuía, al oeste y norte de la comarca. Para atajarlas, desde antiguo se habían utilizado medios, tanto materiales como religiosos, que ayudaban poco en aquellos desastres. En aquellos entonces se empleaban para combatirlos ingenios como el buitrón, especie de inmensa trampa de lienzo que se estrechaba en un extremo, como un embudo; con este artilugio varias personas lo arrastraban por encima del campo recogiendo grandes cantidades del dañino bicho. Otra solución, quizá la más efectiva, era roturar el campo cuando se comprobaba que el maldito insecto había depositado su futura prole. Entonces se araba la tierra para dejar al descubierto los capullos llenos de huevos y se dejaban entrar en el campo arado piaras de cerdos que los devoraban con deleite. Era la ley, un propietario de cochinos no podía negarse a prestarlos para esta labor.

Con el tiempo ya se utilizaban medios químicos que avanzaron sensiblemente en la solución a estos problemas. <<

[13] El convento había albergado dentro de sus muros una comunidad de religiosos franciscanos durante casi doscientos cincuenta años. Según las viejas crónicas fueron muy apreciados por su labor en el pueblo, su lema «*reza y trabaja*», el viejo «*ora et labora*» latino, encajaba con la laboriosidad de la villa. En su dilatada historia había servido de casa de reposo de alumnos, de residencia del invasor francés, que lo destruyó, y también de cementerio. La Orden desapareció, como tantas otras instituciones religiosas del país, cuando llegaron las leyes desamortizadoras bajo las que fue decayendo hasta su definitivo abandono en 1835 con sus pabellones en ruinas. Sin embargo, gracias a la iniciativa de hinojoseños religiosos pero con visión de futuro, el recinto conventual fue rehabilitado y allí se instaló la orden del Carmen en 1890 con iglesia, convento y colegio de segunda enseñanza.

Había sido una buena idea recuperarlo, solo por el nuevo colegio valía la pena. Allí se preparaba a los futuros sacerdotes pero también a niños que, años antes, no tenían posibilidad de soñar con un porvenir mejor, porque las escuelas de la villa impartían enseñanza primaria y solo las familias acomodadas podían mandar a sus hijos a la capital a proseguir los estudios. En el Colegio de los Carmelitas se podían seguir estudios de segunda enseñanza, lo cual capacitaba a los jóvenes para asumir puestos con mayores horizontes. El magnífico edificio disponía de numerosas dependencias donde destacaban dos grandes patios, uno de ellos porticado, comedor, aulas y dormitorios que albergaban un buen número de alumnos de todo el Valle y comarcas limítrofes e, incluso, de zonas más lejanas. Esta institución también fue apreciada en la localidad, a la que comunicaban alegría cuando los numerosos alumnos, conocidos como *marianos*, salían de paseo los días de descanso, atravesando sus calles en dirección a las afueras.

Todos los hinojoseños de edad madura conocimos el convento de los Carmelitas y el magnífico edificio de su Colegio, desde la preciosa portada de la calle Frailes hasta los espléndidos patios. Fue derribado a mediados de los años setenta del pasado siglo. Solo queda la iglesia, ni siquiera permanece en pie su torre de piedra. <<

[14] Hasta 1927 no se concluyó la línea de vía estrecha con final en Puertollano. <<

[15] El motivo del tendido de esta vía fue transportar el mineral de plomo de las minas de Fuenteobejuna y Azuaga hasta la fundición de Peñarroya. Allí se procesaba y los lingotes de plomo colado se enviaban a Fuente del Arco desde donde se transbordaban a la línea ancha de Mérida a Sevilla, en cuyo puerto se procedía a su exportación. <<

,

[16] Una de las razones fundamentales para acometer esta descomunal empresa fue el suministro de carbón a los altos hornos de hierro de Málaga, que utilizaban el mineral traído de Asturias o importado de Inglaterra, lo cual encarecía extraordinariamente su precio. La línea férrea constituyó una gran esperanza: el mineral de la cuenca minera de Belmez y Peñarroya se llevaría a la costa a través de Córdoba, solucionando así el tremendo problema. Pero tal esperanza no se materializó cuando más necesario era, ya que la apertura de la línea férrea no llegó a tiempo, cerrando las fábricas antes de su puesta en marcha. Y en el colmo de la mala suerte la gran prosperidad de Málaga que la hizo situarse, junto con Barcelona, a la cabeza de España, desapareció a los pocos años del cierre de los altos hornos al aparecer la terrible plaga de la filoxera que destruyó la mayoría de sus viñedos, el otro pilar de la economía de aquellas tierras, obligando a emigrar a gran parte de la población. Desde hacía siglos, el vino malagueño, las pasas y otros derivados se exportaban a la antigua Roma y no hacía mucho a toda Europa. <<

[17] En esta colegiata están enterrados los reyes Fernando IV *El Emplazado* y su hijo Alfonso XI *El Justiciero*, este último asiduo viajero por las tierras norteñas de la provincia, camino de Sevilla, como gran aficionado a la caza que era. Varias poblaciones de los Pedroches, entre ellas Hinojosa del Duque, la antigua *Finojosa*, donde el rey cazaba el oso y el jabalí, son mencionadas en su libro de Las Monterías, allá por 1330.<<